

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA de MEXICO
Facultad de Filosofía y Letras

*IDEA DE LA HISTORIA DE PORFIRIO
PARRA Y SU CONTRIBUCION A LA
CORRIENTE EDUCATIVA POSITIVA EN
LA ESCUELA NACIONAL PREPARATO-
RIA.*



U. N. A. M.
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COORDINACION DE HISTORIA

TESIS
que para optar por el título de Licenciado
en Historia presenta

Ma. de Lourdes Alvarado Martínez Escobar.

México, D. F.
1981



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Patricia y Lorena, con todo mi cariño.

A mi madre y hermanos.

A mis familiares y amigos.

A la Universidad Nacional Autónoma de México
A mis maestros y en especial al Dr. Juan A. Ortega y Medina

INTRODUCCION

He elegido como tema del presente trabajo la figura de Porfirio Parra por considerarla factor de primera importancia dentro de la corriente filosófica positiva, tanto desde el punto de vista educativo, como del historiográfico y docente. El propósito es demostrar a través del mismo, hasta qué punto el arraigo y posterior crecimiento de dicha tendencia filosófica positivista dentro de la Escuela Nacional Preparatoria se debió, en gran parte, al trabajo arduo y constante de los discípulos de don Gabino Barreda, de entre los cuales destacó excepcionalmente y hasta con ciertos valores propios don Porfirio Parra, quien a la muerte del maestro tomó a su cargo la defensa de la filosofía comunitaria, sin ceder un punto en su lucha contra los continuos e incisivos ataques que iban socavando los cimientos de la filosofía comtiana-barrediana. Parra logró cristalizar de definitivamente en el plantel preparatorio y con posterioridad, en la Universidad Nacional de México el pensamiento positivo, del cual fué él pilar fundamental al haber tomado bajo su dirección la Escuela Nacional de Altos Estudios en 1910.

En relación con dicho objetivo se han analizado los diversos campos de la polifacética actividad intelectual de nuestro autor, dedicándole un capítulo a su aportación filosófica, así como a su producción literaria e historiográfica, las cuales constituyen la parte medular del presente trabajo. La aportación de Parra en este campo permite el adentrarse en la ciencia del pensamiento de quien fuera el más apasionado discípulo de Barreda.

En consecuencia, intentando alcanzar una imagen lo más clara y objetiva posible sobre

la vida y obra de tan interesante figura, hemos partido en la elaboración del presente estudio, de un capítulo denominado "Semblanza Biográfica", mediante el cual pretendemos ubicar a nuestro autor dentro de su época y peculiarés limitantes personales, información que, con seguridad, nos permitirá entender gran parte de su futura actividad intelectual.

A continuación, en el capítulo II, "Parra ante sus críticos", se presentan los juicios que Porfirio Parra ha inspirado a lo largo de diversas épocas, evaluaciones que coadyuvan a un conocimiento más amplio, tanto de su calidad humana, como de su obra histórica, filosófica y literaria. El tercer punto de interés en nuestro cometido ha sido analizar la postura filosófica del discípulo de Barreda, con el objeto de fundamentar, sobre bases concretas, nuestra hipótesis original, relativa, como se ha mencionado con anterioridad, a la importancia fundamental que Porfirio Parra tuvo en el desarrollo del positivismo en México, como directriz de las corrientes educativas nacionales durante las dos últimas décadas del siglo pasado y la primera del actual.

En la sección denominada "Porfirio Parra, el maestro" se ha intentado definir la actividad docente de Parra inmersa dentro de los cánones positivistas más estrictos; así como su vocación, a todas luces manifiesta, por educar y formar a las jóvenes generaciones de mexicanos, en quien Parra depositara sus más caras esperanzas.

El aspecto literario de nuestro autor, representado por su novela Pacotillas, como por su abundante producción poética, nos ha dado materia para incursionar en este renglón, que aunque es sin duda la manifestación más íntima de su sensibilidad, no por ello lo

aleja de la corriente positivista, por lo que colabora a enriquecer nuestro conocimiento de los diversos matices con que Parra interpretó ciertos valores morales, así como la conducta del hombre desde un enfoque más general y trascendental.

El sexto y último capítulo se ha reservado al estudio y análisis del aspecto historiográfico de Porfirio Parra, quien, a través de sus diversos trabajos sobre dicha disciplina, manifiesta una vez más, su indudable filiación positivista y sus más profundas preocupaciones sobre la esencia de nuestro ser nacional.

Por último, en la Hemerografía, se incluye la lista de los artículos periodísticos de nuestro autor detectados en la presente investigación, los cuales considero que contribuirán a un mayor y más profundo conocimiento, no sólo de la posición filosófica y de la actividad intelectual de Parra, sino, sobre todo, de la forma en que el México del porfirismo fue percibido por un importante, aunque reducido grupo de la élite social y cultural, que, como sabemos, ocupó posiciones privilegiadas en la estructura política del régimen, y del cual Parra fue integrante de primer orden.

Desear hacer patente mi gratitud por su valiosa dirección al Dr. Juan A. Ortega y Medina, quien con su sabia orientación hizo posible la realización de este trabajo, con el cual espero contribuir, aunque sea en una forma modesta, al reconocimiento de la obra de Porfirio Parra. Asimismo manifiesto mi agradecimiento más sincero al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por la beca que me otorgó a través del Centro de Estudios sobre la Universidad adscrito a la Universidad Nacional Autónoma de México, gracias a la cual hemos podido elaborar el presente trabajo.

CAPITULO I

PORFIRIO PARRA Y GUTIERREZ. SEMBLANZA BIOGRAFICA

Desafortunadamente muy poco sabemos respecto a la vida privada de Parra, ya que aquéllos que se han ocupado de él o de su obra, excepción hecha de la breve alusión que sobre el tema nos ha dejado Agustín Aragón, parecen ignorar este aspecto tan importante de todo hombre y, que coadyuva tan positivamente para lograr un verdadero y profundo conocimiento de las circunstancias personales, sociales y ambientales que necesariamente debieron condicionar la actividad intelectual y política de nuestro autor. Sin embargo, a continuación intentaremos esclarecer lo más fielmente posible las diversas etapas de su vida, así como el contexto económico, político y social que con mayor o menor intensidad forjó su carácter y, por ende, como afirmamos con anterioridad, su actividad filosófica, histórica y literaria.

Nació Parra el 26 de febrero de 1854 en la ciudad provinciana de Chihuahua, donde años mas tarde inició sus estudios en el Instituto Literario, dejando desde entonces prueba de su clara y ágil inteligencia, sobre la cual nos dice don Emeterio Valverde Téllez:

Desde sus más tiernos años se hizo admirar y amar la rara precocidad de su ingenio. A los doce años ya componía versos no despreciables, que revelaban el numen poético, que más tarde había de conquistarle un puesto entre los predilectos de las musas.¹

Mas las aptitudes del joven estudiante no se expresaron tan sólo en esta área, sino por el contrario, sorprendía a sus maestros y familiares por su rápida capacidad de aprendi

zaje en materia filosófica, disciplina que junto al latín emprendió desde muy joven.

Según apunta Moisés González Navarro en su obra Sociología e Historia en México, Parra perteneció a una de "las mejores familias" chihuahuenses, dato que según nos dice, tomó de una confesión del mismo Parra. Emeterio Valverde Téllez, por su parte, al referirse a la salida de Porfirio Parra de su tierra natal para dirigirse a la capital, donde iniciaría sus estudios preparatorios, nos dice que sus padres le trajeron a México " con grandes y generosos sacrificios".

Ciertamente según opinión de Agustín Aragón, nuestro autor provenía de una acomodada familia de la clase media, mas niño aún, pierde la estabilidad económica de que gozaba, a partir de lo cual, don Tomás Parra, hombre de grandes valores morales, tuvo que ganarse la vida como obrero de la Casa de Moneda de dicha ciudad. Posteriormente, preocupado por brindar a Porfirio Parra una educación acorde con sus notables aptitudes intelectuales, se trasladó a la ciudad de México.

Indudablemente que Parra debió guardar un grato y profundo recuerdo de estos años formativos en su tranquila ciudad natal, sentimiento nostálgico que expresa al referirse, con posterioridad, al Sr. cura y vicario don José de la Luz Corral, palabras en las que además, podemos percibir aquellas escenas de como un joven era educado dentro del profundo ambiente religioso de la época:

La figura del predicador daba mayor realce posible a la palabra privilegiada, su actitud llena de majestad, sus correctísimos ademanes, su ancha cara, redonda, bondadosa y expresiva, su tez blanquísima, destacándose sobre el negro fondo de las colgaduras del templo, todo contribuía a que los fieles conmovidos hasta el extremo acabaran por verter

torrentes de lágrimas. Yo unía las mías a las de los demás, y aseguro que, nunca las he vertido más puras ni más consoladoras ... He oído después a otros predicadores que gozaban de gran fama, y los he oído especialmente en el sermón del pésame, y confieso que ninguno ha vuelto a causar en mí la impresión del Sr. Cura Corral ... Han pasado algunos años, y ya adolescente ingresé entonces "Instituto Literario del Estado", al inmortal plantel fundado por el benemérito Padre Irigoyen. El año de 1864 acudí en busca de saber a ese noble aunque modesto plantel; lo dirigía con el título de Rector el Sr. Cura Corral; allí volví a escuchar aquella palabra elocuente y fluída, más de cerca y en tono más familiar, y la semilla de afecto sembrada en mí desde el púlpito se desarrolló y floreció.²

El joven estudiante destacó a tal grado entre el resto de sus condiscípulos, que el Congreso del Estado, queriendo fomentar sus aptitudes, le asignó un subsidio de doscientos pesos para que se trasladara a la ciudad de México y continuara sus estudios en la recientemente creada Escuela Nacional Preparatoria, plantel al que ingresó en 1870 y donde cursó los grados de tercero, cuarto y quinto. Por su buena conducta logró también la asignación de una beca, gracias a la cual se ayudó económicamente hasta terminar su carrera.

Sobre esta etapa de la vida de Parra tenemos un interesante juicio de Antonio Ramos Pedrueza:

... personificó la juventud que acudía entusiasta a escuchar la palabra de Barreda, predicando el evangelio del criterio de la observación y de la experiencia como base del conocimiento científico.³

Corresponde a esta época su primer contacto con la corriente filosófica positiva, entonces tan vigorosamente apoyada por el fundador de dicha institución, don Gabino Barreda, quien ejerció, con posterioridad, una definitiva influencia en la mente del joven estudiante.

torrentes de lágrimas. Yo unía las mías a las de los demás, y aseguro que, nunca las he vertido más puras ni más consoladoras ... He oído después a otros predicadores que gozaban de gran fama, y los he oído especialmente en el sermón del pésame, y confieso que ninguno ha vuelto a causar en mí la impresión del Sr. Cura Corral ... Han pasado algunos años, y ya adolescente ingresé al entonces "Instituto Literario del Estado", al inmortal plantel fundado por el benemérito Padre Irigoyen. El año de 1864 acudí en busca de saber a ese noble aunque modesto plantel; lo dirigía con el título de Rector el Sr. Cura Corral; allí volví a escuchar aquella palabra elocuente y fluída, más de cerca y en tono más familiar, y la semilla de afecto sembrada en mí desde el púlpito se desarrolló y floreció.²

El joven estudiante destacó a tal grado entre el resto de sus discípulos, que el Congreso del Estado, queriendo fomentar sus aptitudes, le asignó un subsidio de doscientos pesos para que se trasladara a la ciudad de México y continuara sus estudios en la recientemente creada Escuela Nacional Preparatoria, plantel al que ingresó en 1870 y donde cursó los grados de tercero, cuarto y quinto. Por su buena conducta logró también la asignación de una beca, gracias a la cual se ayudó económicamente hasta terminar su carrera.

Sobre esta etapa de la vida de Parra tenemos un interesante juicio de Antonio Ramos Pedrueza:

... personificó la juventud que acudía entusiasta a escuchar la palabra de Barreda, predicando el evangelio del criterio de la observación y de la experiencia como base del conocimiento científico.³

Corresponde a esta época su primer contacto con la corriente filosófica positiva, entonces tan vigorosamente apoyada por el fundador de dicha institución, don Gabino Barreda, quien ejerció, con posterioridad, una definitiva influencia en la mente del joven estudiante.

Contó Parra, durante estos años, con la posibilidad de relacionarse con alumnos de los más diversos estratos sociales, todo lo cual debió contribuir a la formación y consolidación definitiva de su recto y sólido carácter, cuyos principios morales fueron siempre el pilar de su vida, tanto intelectual como política.

No obstante que el nuevo ambiente debió presentar un mayor grado de competencia, no tardó en superarlo, y ya para 1872 logró un primer reconocimiento de sus excepcionales dotes para el estudio:

Finalmente -nos dice Ernesto Lemoine en su Obra La Escuela Nacional Preparatoria en el período de Gabino Barreda, -"consignamos el caso de un joven sobresaliente, cuya biografía no es posible apreciar fuera del marco de la Preparatoria: "Puesto a votación nominal si el alumno Porfirio Parra, aprobado en Química y Geografía con tres votos de perfectamente bien, no debía recibir premio por no haber presentado examen de Historia, resultó por mayoría de votos que no debía adjudicársele premio alguno". Tal fue el acuerdo de la junta, pero antes de que esta se levantara llegó un mensajero con el comprobante de la liquidación del adeudo, por lo que se modificó el fallo, al final del acta en la forma que se transcribe:

Nota Habiendo sido examinado el alumno Porfirio Parra de Historia, en la que obtuvo tres votos de perfectamente bien, determinaron los ciudadanos profesores por medio de una circular, que debería adjudicársele el primer premio en el cuarto año de estudios preparatorios, en suerte con el alumno Joaquín Segura.⁴

En 1871 se presentó como candidato al concurso abierto por el ministerio de Justicia para cubrir la clase de catedrático de Historia Universal y de Mexico en la Escuela Secundaria de Niñas, concurso en el que le fue asignado el segundo lugar, superando esta calificación un año más tarde, cuando, después de la oposición académica correspondiente, le fue asignada la clase de Historia en la Escuela de la Encarnación.

A los diecinueve años, en 1873, ingresó a la Escuela Nacional de Medicina donde transcurre su preparación profesional, simultáneamente a la cual se debió forjar su madurez en materia política, ya que esta época coincidió con una etapa plena de inquietudes e innovaciones en los diversos ámbitos de la vida nacional.

Muerto Juárez, ocupó la presidencia de la República, con carácter provisional, Lerdo de Tejada, quien posteriormente y por abrumadora mayoría fue confirmado en su cargo para el periodo 1872 - 1876.

Muy lejos estaba nuestro país de lograr entonces la tan anhelada y perseguida unidad nacional que permitiría a los gobiernos liberales sentar las bases del ideal progresista.

El territorio patrio se resquebrajaba ante las constantes manifestaciones de rebeldía de los diversos caciques que negaban su obediencia al ejecutivo, siendo Manuel Lozada, según los valores de la historiografía liberal, uno de los rebeldes que más seriamente hizo tambalear la estabilidad política del país, y que sólo por la acertada actividad del general Ramón Corona, fue sometido en la Sierra de Alicia, tomado prisionero y posteriormente condenado a muerte.

A fin de 1875 y ante la ambiciosa actitud reeleccionista de Lerdo surge el Plan de Tuxtepec, en el que se proyectaba la figura del ya entonces prestigiado Porfirio Díaz como general en jefe del llamado Ejército Regenerador.

Obviamente que acontecimientos de tal envergadura debieron haber contribuido en gran parte, como hemos dicho con anterioridad, a la formación política del inquieto y

polifacético alumno de Medicina, quien, con posterioridad, dedicaría su vida a la defensa del Positivismo en México, como única posibilidad de contrarrestar las profundas divergencias e intereses antagónicos encarnados en los diversos grupos políticos mexicanos. Como prueba de esta etapa preparatoria, contamos con la participación de Parra en el movimiento universitario de Abril a Mayo de 1875, calificado por Ma. del Carmen Ruiz Castañeda como el primer movimiento estudiantil en nuestro país digno de ser tomado en consideración, ya que los elementos de lucha y juego ideológico del mismo estaban enfocados al logro de una total independencia de la vida escolar, no sólo del poder político, sino también del eclesiástico. En cierta forma, consideramos que el movimiento efectuado por las Escuelas Nacionales en 1875 representó el esfuerzo estudiantil por llegar al campo académico los postulados planteados por la generación reformista.

Basta con recordar los nombres de aquellos líderes que junto a Parra organizaron el movimiento de "La Universidad Libre", para reconocer en ellos a los futuros directivos de la dictadura porfirista, no sólo en el área de la educación, sino en los diversos renglones de la vida nacional.

Mas estas inquietudes que indudablemente ocuparon a Parra, no le llevaron a descuidar sus estudios universitarios; lejos de ello, lo vemos esforzarse en escalar continuamente los peldaños de su profesión. Así, en 1874 se somete a un concurso abierto para cubrir la plaza de practicante en el Hospital de San Andrés, logrando conquistar, en dicha ocasión, su primer triunfo de carácter profesional, no obstante que para tal fin compi-

tió con ocho alumnos más avanzados en sus estudios. 1875 fue un año definitivo en la vida de Parra ya que contrajo el contagio del tifo por lo que cayó gravemente enfermo, y fue precisamente su maestro, don Gabino Barreda, quien con acertado criterio médico e ignorando los métodos tradicionales, intervino diagnosticándolo adecuadamente, hecho por el cual nuestro autor se sintió en deuda constante para con él. Es muy posible que a partir de este momento la relación entre ambos se hubiera transformado en un vínculo mucho más sólido y profundo, como podemos comprobar por las siguientes palabras del mismo Parra:

Yo mismo soy un testimonio viviente de la pericia médica de mi maestro. En 1875, siendo practicante del Hospital de San Andrés, en la sala del gran cirujano Rafael Lavista, adquirí por contagio el tifo, que en mí revistió una forma de las más graves. El médico de cabecera, sin esperanzas de salvarme, convocó en junta a los ilustres médicos Rafael Lavista y Miguel Jiménez, quienes afirmaron que el caso era desesperado, declarando que no había nada que hacer. El Sr. Barreda, reconociendo la mucha gravedad del caso, abrigó alguna esperanza, y formuló una indicación, que fue aceptada casi por mera cortesía por sus ilustres colegas, y a esa sabia indicación debí conservar la vida, pues apenas se puso en práctica desaparecieron como por encanto los síntomas graves.⁵

O cuando, refiriéndose a la misma ocasión expresa:

... me puso a orillas del sepulcro, de donde sólo pudo apartarme la soberana ciencia de mi maestro y salvador Gabino Barreda.⁶

Un año más tarde, cuando Parra tomó el curso de Patología General a cargo de Barreda, debió acrecentarse dicha relación, etapa de la cual también tenemos un testimonio del propio Parra, quien confiesa, con entera franqueza, la influencia que el célebre maestro ejerció sobre su persona.

Tuve el gusto de cursar esta asignatura en 1876, y en ella pude apreciar la gran personalidad de Barreda que tan profundo influjo ejerció sobre

mí. Aunque había sido alumno de la Preparatoria, no cursé con él la clase de Lógica, pues mi espíritu estaba orientado a la sazón hacia otros rumbos. Pero en la memorable clase de Patología General, no sólo adquirí un concepto claro y bien definido de la asignatura tal como se encuentra expuesta en los magníficos tratados sobre la materia..., sino que también adquirí una idea del método científico, y desde esa inolvidable fecha acepté el criterio y las doctrinas del maestro y me proclamé su discípulo."⁷

Mientras tanto, las conquistas profesionales de Parra continuaban gradualmente. En 1877 ocupó el cargo de profesor de Medicina de Urgencias en el Conservatorio Nacional de Música. En Febrero del mismo año, se inauguró en la Ciudad de México la Asociación Metodófila Gabino Barreda, cuyo presidente fue el propio Barreda y de la cual Parra formó parte en calidad de socio, en unión de un grupo de estudiantes seguidores de la Filosofía Positivista, entre los que destacaron: Adrián Segura, Andrés Aldasoro, Andrés Almaraz, Salvador Castellot, Alberto Escobar, Carlos Esparza, Angel Gaviño, Regino González, Miguel S. Macedo, Demetrio Molinar, Daniel Muñoz, Pedro Mercado, Pedro Noriega, Carlos Orozco, Manuel Ramos, Joaquín Robles, etc.

Sin embargo, desde el punto de vista personal, 1877 fue un año crítico en la vida de Parra, según nos dice Agustín Aragón, ya que, siendo aún estudiante, contrajo matrimonio y fracasó, lo cual rompió el equilibrio emocional del joven. A partir de entonces, su carácter varió notablemente, convirtiéndose en un ser triste y melancólico.

Tales experiencias, como es lógico, repercutieron de alguna manera en su vida escolar, por lo que Parra, estudiante excepcional hasta entonces, terminó la carrera no tan brillantemente; sin embargo, un año después, pese a tantos problemas, Parra obtuvo su título de médico cirujano, prueba de su fortaleza y voluntad inquebrantables.

Poco después, en mayo del mismo año, se presentó a concurso abierto para cubrir la va cante de profesor adjunto a la cátedra de Fisiología en la Escuela Nacional de Medicina de México, para lo cual, compitió exitosamente con los doctores Manuel Rocha y Ramón López Muñoz.

Rica fue, sin duda, esta época para la superación académica de Porfirio Parra, quien en Marzo del mismo año logró el nombramiento de profesor de Lógica en la Escuela Nacional Preparatoria, en substitución de su fundador, el maestro Gabino Barreda, convirtiéndose a partir de entonces, en el más apasionado defensor del Positivismo como base y estructura fundamental del sistema educativo nacional.

Podríamos afirmar, sin temor a equivocarnos, que Barreda abandonó confiadamente su foro ideológico en manos de tan apasionado discípulo, hecho que nos es narrado por don Angel Pola con riqueza de detalles:

Lo presentó a sus discípulos con un speech, como sucesor suyo. Parra pronunció un discurso de aceptación. Fué aplaudido y abrió el curso explicando magistralmente la lección del día, sentado D. Gabino de oyente. Desde entonces la vida de la doctrina estuvo asegurada y el maestro partió tranquilo para Alemania con una misión diplomática, confiando en que el positivismo dominaría los ánimos en las escuelas.⁸

Mas Agustín Aragón, en un artículo publicado por la Revista Positiva y con un tono de profundo resentimiento hacia la actividad desarrollada por quien fuera su maestro, niega abiertamente que hubiera realmente cumplido con su misión, e inclusive, afirma que Barreda murió intranquilo ante el futuro de su doctrina:

... ¿Murió tranquilo el Dr. Barreda en respecto del porvenir inmediato de su obra? Los datos por mí recogidos me inclinan a creer que no.⁹

A reserva de volver posteriormente sobre el tema, he creído conveniente mencionar dicha idea, ya que refleja un punto de vista totalmente contrario al juicio general, y por tanto, servirá para graduar nuestro personal enfoque sobre el tema.

El éxito de Parra a cargo de la cátedra de Lógica representó, sin duda, uno de los retos profesionales más serios ante el cual tuvo que enfrentarse; sin embargo, también en esta ocasión logró salir triunfante. Remitámonos a un juicio de don Antonio Ramos Pedrueza, quien fue su alumno por aquellas fechas y se refiere a este punto en los siguientes términos:

Parra recibió el alto y peligroso honor de concluir el curso comenzado en 1880; abrió su curso íntegro; yo pertencí al grupo de jóvenes que hicimos un año escolar con él. No puedo recordar sin honda emoción la ansiedad con que esperábamos las cuatro de la tarde para entrar a la cátedra; el joven maestro desarrollaba frente a nosotros las enseñanzas sabias de Barreda y de Stuart Mill; su palabra limpia y sonora fluía como raudal cristalino en medio de los aplausos de los preparatorianos de quinto año; el espectáculo era inolvidable.¹⁰

Sin embargo, muy poco duró para el joven filósofo la satisfacción de suplir al inolvidable maestro. La época cambiaba y con ella también se daba marcha atrás a la política educativa implantada con anterioridad; por tanto, y como él mismo indica en su currículum vitae, fue separado de la clase de Lógica, "por haber sido cambiado el sistema de enseñanza filosófica", o como Ramos Pedrueza señala con mayor realismo:

Al acabar el curso de 1880, Parra era expulsado de la cátedra; vientos de Fronda corrían en las altas esferas oficiales contra la Escuela Preparatoria.¹¹

Ciertamente, cambios académicos de no poca importancia consumaban en Parra los ataques anteriormente dirigidos a Barreda, adoptándose en la enseñanza la Filosofía racio-

nalista en vez de la experimentalista inglesa de la que nuestro autor fue siempre ardiente partidario. Ante las nuevas y difíciles circunstancias, Parra tuvo una vez más que demostrar la fuerza y solidez de sus principios, convirtiéndose a partir de este momento en el más tenaz defensor del Positivismo durante los largos años en que dicha doctrina fue el blanco de los más diversos ataques, situación que ya desde 1878 venía perfilándose con absoluta claridad, al haber sido señalada como responsable moral de los suicidios que fatalmente se suscitaron entre algunos jóvenes estudiantes. Esta acusación fue especialmente sostenida por La Voz de México y atacada como correspondía a su credo político por el periódico La Libertad, donde a partir de 1879 colaborara Parra, encargado junto a Luis E. Ruiz y Manuel Flores de la sección científica. La Voz, como hemos dicho, llevada por un marcado sentimiento antipositivista, trataba afanosamente de demostrar ante sus lectores, que la causa de estos suicidios radicaba en la pernicioso influencia de la doctrina comtiana sobre la juventud mexicana, acusación ante la cual La Libertad, indignada, publicaba:

¿Qué es lo que La Voz pretende probar? ¿Que la doctrina de A.Comte conduce al suicidio? Pues ni ahora ni nunca citará un solo texto del cual pueda racionalmente deducirse semejante consecuencia.¹²

Mas resultaron inútiles los esfuerzos que dicha tribuna pública efectuaba en favor de la Filosofía barrediana. Primero su fundador en México y posteriormente Parra fueron marginados del plantel tan querido, intentándose con ello, terminar con su fuerte influencia. La clase de Lógica fue ocupada por Vigil, intelectual de grandes valores, pero declarado adversario del pensamiento barrediano. Realmente, como dice Ernesto Lemoiné, este hecho representaba una dura ironía del destino, ya que la clase de Lógica, an

torcha del Positivismo, quedó así en manos de una de las figuras más destacadas del an-
tipositivismo.

Mientras tanto, y si confiamos en las palabras de Ramos Pedrueza,

Parra no tuvo ni local para continuar sus cátedras; nuestro ricos que ignoran la ciencia no gustan de ser sus Mecenas; el joven maestro quedó obscurecido por muchos años, vegetando tristemente en las cátedras de Matemáticas en Agricultura y en la de Anatomía en la Escuela de Medicina. ¹³

Posiblemente el juicio anterior fue producto de un exceso sentimental, pronunciado pre-
cisamente en la ceremonia fúnebre que la Universidad organizó con motivo del fallecimiento de Parra, pero en su apoyo, contamos con el testimonio del Lic. Miguel V.

Avalos, expuesto durante una ceremonia de la Escuela Nacional Preparatoria, organizada
para celebrar el cumpleaños de Parra, entonces a cargo de la dirección de dicho plantel.

Avalos, con cierto tono nostálgico, refería a los maestros y alumnos asistentes, las duras épocas en que Parra se vió marginado de la institución que tanto amaba; mas la decepción que le causaba el nuevo giro de la política gubernamental en materia educativa, era ampliamente compensada por la actividad de los estudiantes fieles a sus enseñanzas, quienes, inconformes ante los nuevos senderos académicos, decidieron retar a las autoridades y buscar fuera del plantel las lecciones del maestro. Para ello, se organizaron en torno a una agrupación que denominaron Virtus y cuya meta era sumamente ambiciosa, ya que se proponían la regeneración del género humano, empezando, desde luego, en la propia patria. Así constituídos, estos jóvenes acudían al Dr. Parra en bus-

ca de sus sabios conocimientos y acertada dirección.

¿Os acordáis, maestro?; ¿recordáis aquellas épocas de lucha dura para vos, en que un grupo de muchachos aclamaba vuestro verbo alado, desbordante de entusiasmo, y con el bálsamo de su afecto calmaba los dolores de las heridas que el mundo de los hombres os causaba? 14

No sería hasta la llegada de don Justo Sierra a la Secretaría de Educación Pública cuando Parra, reivindicado como maestro y filósofo, retornó a la Escuela Nacional Preparatoria, esta vez, ya como director de la misma y donde continuó, hasta su muerte, la corriente educativa que treinta años antes iniciara Barreda en dicho plantel.

Durante 1881-1892 desempeñó el cargo de profesor del segundo curso de Matemáticas en la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria de México, y en 1882, logró el cargo de profesor de Patología Externa en la Escuela Nacional de Medicina a propuesta del director y en substitución del célebre Dr. Rafael Lavista.

En Septiembre de 1883 acudió al tercer Congreso Nacional de Higiene, evento inaugurado por el entonces ministro de Gobernación Carlos Diez Gutiérrez, cuyas labores se prolongaron hasta el mes de Abril del año siguiente. Los objetivos de tan importante evento eran bastante ambiciosos, ya que se intentaba elaborar una legislación sanitaria uniforme, que respetara sin embargo la soberanía de los Estados. En ésta como en otras tantas ocasiones Parra destacó por sus acertadas intervenciones en los respectivos debates, junto con eminentes personalidades de la época como el Dr. Carmona y Valle, Dr. Lavista, Dr. Liceaga y el Dr. Lucio entre otros.

Entre los aspectos más urgentes discutidos en el Congreso figuraba la necesidad de orga

nizar los servicios sanitarios de la República, habiéndose llegado a la determinación que Salubridad dependiera del ejecutivo federal y de los ejecutivos locales. Para dichos fines se estableció en la capital de la República un Consejo Nacional de Salubridad y en los puertos y en las fronteras Juntas de Sanidad con sus correspondientes inspectores.

Algunas de las resoluciones de este evento se adelantaron notablemente a su época, como, por ejemplo, la de exigir en calidad de obligatoria la vacuna, misma que debería aplicarse dentro de los cuatro primeros meses de vida del niño.

Mas no era este el único foro desde el cual se hacía oír la palabra, siempre recta, de Porfirio Parra; ya en 1883 fue electo diputado suplente al Congreso de la Unión, cargo que ejerció hasta el año de 1887.

Indudablemente que sus experiencias en el ámbito político nacional dejaron honda huella en la personalidad de Parra, quien a nuestro juicio, conservó durante un largo período de la dictadura porfirista un cierto sentido crítico, que desafortunadamente fue aminorando poco a poco hasta quedar casi totalmente desvanecido en los últimos años del régimen.

Tales sentimientos antigobiernistas, tan marcados en cierta etapa de la vida de Parra, aún pueden percibirse claramente en aquel capítulo de su novela Pacotillas denominado "Bandera del Progreso", en el que, después de hacemos una minuciosa descripción del general Juan López, miembro de la Cámara de Diputados, realiza una crónica en

la que enjuicia duramente la manera intrascendental y poco seria en que acostumbraban transcurrir las sesiones de la misma.

Las críticas de Parra hacia los vicios del sistema no eran veladas, sino al contrario, valientes y francas, actitud que nos confirma don Daniel Cosío Villegas cuando se refiere al año de 1888 en que se veía venir la próxima reelección a la presidencia de la República de Porfirio Díaz. La prensa acomodaticia, tanto en la ciudad de México, como en la provincia, apoyaba abiertamente tal situación. Inclusive, en los primeros días de junio, se organizó una manifestación reeleccionista que recorrió las calles más céntricas de la ciudad. Sin embargo, nos dice, no faltaron algunas críticas de los pocos inconformes que aún quedaban, quienes juzgaban tales actos por su artificialidad y carencia de espontaneidad popular sobre todo, si se les comparaba con otro acontecimiento cuyo escenario había sido la Escuela Nacional de Medicina, en donde Porfirio Parro, al descubrir un busto del médico Rafael Lucio, pronunció un discurso bastante heterodoxo, en el que aludía francamente a la situación del país y en el que fue profusamente aplaudido tanto por sus colegas, como por los jóvenes asistentes a dicha ceremonia.

Fue pues ésta, una de las características representativas de la personalidad del Dr. Parra, durante esta etapa de su vida, quien ignorando su conveniencia personal y por ende su proyección política, bastante prometedora para tales fechas, retaba al régimen profesando públicamente la autenticidad de sus principios.

No obstante que las críticas dirigidas hacia el Porfirismo eran cada vez más escasas,

otros como Parra alzaban denunciando su voz contra el sistema. Juvenal, -seudónimo con el cual se firmó siempre Enrique Chávarri, quien fungió una época como director de "El Monitor Republicano", donde se hizo famoso por sus artículos "Charlas dominicales", durante sus últimos años colaboró en el Imparcial y en el "Mexican Herald" - por ejemplo, en 1893 se pronunció también contra aquellos falsos representantes populares que habían convertido el recinto parlamentario en la antítesis de lo que fue en épocas más dignas.

Reina una calma olímpica..., pudiera oirse el vuelo de un mosquito. El secretario da cuenta con asuntos de escasa importancia: ya es la pensión a una viuda, ya el permiso para que un alto personaje use tal o cual condecoración extranjera... todo pasa en lúgubre silencio... nadie Chista.¹⁵

A partir de 1886 formó parte de la Academia Nacional de Medicina; sin embargo, perteneció a muy diversas sociedades, ya científicas, artísticas o literarias, lo cual, expuesto con absoluta sencillez por nuestro propio autor, nos da una idea de la preparación polifacética con que contó y de la enorme importancia que tuvo dentro de la élite intelectual del Porfirismo.

Pertenezco a la Sociedad Filoiátrica de alumnos y profesores de la Escuela Nacional de Medicina, desempeñando en uno de los años sociales el cargo de Presidente; a la Sociedad Médica Pedro Escobedo y a la Asociación Metodófila Gabino Barreda.

Pertenezco a la Academia Nacional de Medicina, a la Sociedad de Geografía y Estadística; soy socio honorario de la Sociedad Antonio Alzate y Presidente de la Sociedad Positivista de México; soy miembro de la Sociedad Francesa de Enseñanza Popular que se reúne en París y miembro de la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Española, y también de la Academia Mexicana de Ciencias exactas, física y naturales, Correspondiente de la Española.¹⁶

De 1888 a 1902 ocupó el cargo de profesor en Anatomía descriptiva y en 1889 fue nom-

brado delegado por el Estado de Chihuahua al Congreso Pedagógico celebrado en la capital de la República y cuya duración fue de un año.

Este segundo congreso, relevante en cuanto a la reestructuración educativa nacional emprendida por el régimen de Díaz, fue convocado por don Joaquín Baranda, quien explicó, durante la ceremonia inaugural, que si las monarquías prestaban importante atención a la educación pública, más aún lo debían hacer los gobiernos republicanos y democráticos, ya que su misión radicaba en conciliar el orden y la libertad, para lo cual recomendaba prestar especial interés a la preservación del laicismo como uno de los pilares más importantes de dicho sistema.

Fueron también tratados otros temas de importancia capital como:

- a) La extensión de la escuela rural a la hacienda, con lo que se buscaba frenar un tanto la terrible explotación sufrida por el trabajador mexicano.
- b) La educación de los indígenas.
- c) Atención preferente a la escuela primaria.

En términos generales, como ya expresamos con anterioridad, la importancia de este evento dentro de la problemática educativa nacional fue de gran validez, ya que a través de los preceptos en él establecidos, como el declarar laica, obligatoria y gratuita la instrucción primaria, quedaron definitivamente organizadas las bases de tan importante renglón en la vida nacional.

A pesar de haberse acordado en el Congreso de 1889-1890 celebrar uno cada tres años, no volvió a reunirse sino hasta 1905, en que preocupado Justo Sierra por uniformar la

enseñanza primaria en todo el país, encomendó a Porfirio Parra el estudio del tema y le propuso la organización del Tercer Congreso Nacional Pedagógico, con el objeto de repasar las resoluciones del anterior, prestando especial interés a la uniformidad de la educación nacional, la educación indígena, los problemas de las escuelas profesionales y por último, el diseño de un plan de propaganda antialcohólica.

Así Parra lograba ocupar, dentro del ambiente educativo nacional, la situación privilegiada que sus méritos y conocimientos le habían conquistado, posición que, esta vez, no perdería por altibajos políticos, sino que superó al conquistar la dirección de la Escuela Nacional de Altos Estudios, punto culminante de su vida, ya que poco después de haberla tomado bajo su cargo, murió de una afección cardíaca.

Sin embargo, 1890 no fue un año de absolutos éxitos para Parra, ya que políticamente sufrió, sin causa justificable, uno de los golpes más duros de su carrera, circunstancia que Daniel Cosío Villegas describe en los términos siguientes:

En los primeros días de junio de 1890 se advierte que subsiste la vieja costumbre de que los gobernantes visiten la Capital para convenir con el Gran Elector las listas de diputados, senadores y magistrados de la Corte que se presentarán en las elecciones del mes siguiente.¹⁷

Ante estas prácticas gubernamentales, nada quedaba a los candidatos por hacer, favoreciendo tal método de elección a quien menos lo merecía, y por el contrario, desilusionando a quienes por sus brillantes antecedentes considerábanse con suficientes méritos para aspirar al cargo. Tal fue el caso de Porfirio Parra, quien habiendo ocupado dicho puesto con anterioridad y contando además, para estas fechas, con un amplio prestigio y renombre, sufrió "la más espantosa de las derrotas", según palabras usadas

por la prensa de la época.

Afortunadamente los caprichos electivos con que se manejaba la política porfirista no tenían carácter definitivo, y poco después, en las elecciones correspondientes a 1896, Parra fue restituido a su cargo de diputado por Chihuahua. Mas la prensa de entonces, desconcertada ante los principios gubernamentales que arbitrariamente incluían o no a un posible candidato a diputado, nos es expuesta por Cosío Villegas:

Incapaz de contenerse, algún periódico trata de entender qué razones -pues alguna; por fuerza ha de haber- pueden explicar tamaña serie de contradicciones o, por lo menos, el aparente capricho y la indudable desaprensión que han presidido la composición de esta legislatura.¹⁸

Mas el espíritu de lucha de nuestro autor no tomaba muy en consideración los patrones de conducta gubernamentales, e ignorando francamente posibles represalias, continuó, fiel a sus principios liberales, luchando aunque inútilmente, por su preservación; no obstante que para estas fechas, la antigua controversia entre liberales y conservadores había perdido la validez y fuerza de otros tiempos, llegándose inclusive a dar el caso que miembros del propio gobierno las desobedecían con cierta periodicidad.

Los liberales no gobiernistas, ante tales abusos, llegaban a formular alguna protesta pública, conociendo de antemano y casi con absoluta seguridad, la esterilidad de dicho acto. Sin embargo excepcionalmente lograron una reacción de parte del gobierno. Un ejemplo de esta situación fue el escrito enviado al presidente de la Cámara de Diputados, con fecha del 3 de Octubre de 1896 por un grupo de escritores entre los que destacaba Angel Pola, Luis del Toro, Daniel Cabrera, Filomeno Mata, Antonio Rivera G. y Porfirio Parra, en el cual solicitaban que se llevara al Gran Jurado al gobernador de

Tlaxcala, Coronel Próspero Cahuantzi, a quien acusaban de haber violado las Leyes de Reforma al permitir se efectuaran en la capital del Estado, las honras fúnebres del antiguo obispo de Puebla.

Efectivamente y como resultado de dicha petición, Cahuantzi fue consignado al Gran Jurado, pero resultó absuelto de culpa alguna, razón por la cual sus acusadores tuvieron que declararse conformes con el fallo, mas prometieron continuar en su actitud de vigías respecto del futuro cumplimiento de las Leyes Reformistas.

También en este año Parra recibió un premio de Trescientos pesos en un concurso abierto por la Sociedad Médica Pedro Escobedo, que junto a la Academia Nacional de Medicina y a la Sociedad Antonio Alzate, representó una de las más destacadas instituciones del Porfirismo.

Un año después, en 1897 fue nombrado delegado por el Estado de Chihuahua al Congreso Internacional de Medicina y Cirugía celebrado en Moscú, lo que además de representar un éxito en su ya rica carrera profesional, puede ser interpretado como un intento del régimen por mediatizar a quien, por entonces, como hemos podido apreciar, mantenía una línea, si no de ataque, por lo menos, sí de concientización pública contra los vicios del sistema. Posteriormente se dirigió a París, donde entró en comunicación con los más destacados positivistas franceses.

Sobre esta interesante visita, El Imparcial del 27 de Febrero de 1898 publicaba:

Durante numerosas entrevistas, el Dr. Parra ha dado preciosos datos sobre la penetración gradual del positivismo en México.

Debemos al Dr. Parra la traducción al español y la publicación en México del "Discurso sobre el espíritu positivo", ese admirable resumen de la filosofía positiva, bajo su doble aspecto científico y social.

Deseando atestiguar su viva simpatía al Dr. Parra, y por extensión a sus colegas de México, la Sociedad Positivista dio en su honor un banquete que se verificó el 12 de Diciembre último, en los salones del Café Voltaire.¹⁹

De esta manera, Parra contribuía a la actualización del Positivismo en nuestro país, ya que a través de viajes, conferencias, etc., nutría sus ideas con los más recientes puntos de vista al respecto, los cuales, por supuesto, eran posteriormente volcados entre los seguidores mexicanos de dicha corriente.

En 1898, después de haber ejercido el cargo de diputado suplente en diversas ocasiones (1883, 1884 y 1887), fue electo Diputado propietario al Congreso de la Unión, cargo que conservó hasta 1910 en que ocupó el de Senador propietario y donde permaneció hasta su fallecimiento en 1912.

Mas la proyección internacional de Parra no se limitó a su representación en Moscú y a su posterior viaje a París, sino que en 1899 fue nombrado delegado del gobierno mexicano, esta vez a la Conferencia Internacional para la Profilaxis de las enfermedades venéreas y sifilíticas celebrada en Bruselas; en 1900 asiste como delegado del "Gobierno General" a los Congresos Internacionales de Medicina y Cirugía y al de Higiene celebrado en París, al igual que a la Junta Internacional que para uniformar la terminología médica fue realizada el mismo año también en la capital francesa, esta última ocasión en representación del ministerio de Fomento.

Importante, sin duda, el que en 1900 publicara su novela Pacotillas, de la que nos ocuparemos posteriormente y en la cual, nuestro autor plasmó sus más vivas preocupaciones sobre el mexicano contemporáneo, planteando valientemente algunas de sus inquietudes, tanto políticas como sociales.

Sobre dicha obra Juan Hernández Luna nos dice:

El mexicano, que Porfirio Parra estudia en esta novela, no es un ente artificial forjado con los recursos que proporcionan el arte de novelar, sino un hombre real, histórico, de carne y hueso. Es el mexicano que existió durante el período que va de la restauración de la República a la dictadura porfiriana.²⁰

Sin duda que, ya para entonces, Parra había alcanzado su madurez filosófica y literaria, ya que a dicha publicación le sigue, apenas con un intervalo de tres años, su obra Nuevo Sistema de Lógica Inductiva y Deductiva, en la cual vertió todo ese contenido filosófico que durante largos años había ido estructurando cuidadosamente, y cuya influencia en la educación de la juventud mexicana de principios de siglo habría de ser definitiva, ya que el Consejo Superior de Educación lo declaró adecuado para servir de texto en la Escuela Nacional Preparatoria, donde permaneció vigente hasta 1930, según apunta Juan Hernández Luna en "El Gran Pacotillas". De 1902 a 1906 desempeñó el cargo de Secretario fundador del Consejo Superior de Educación, actividad que abandonó para ocupar, triunfante, la dirección de la Escuela Nacional Preparatoria, misma a la que renunció en Septiembre de 1910, por iniciar sus funciones, también directivas, en la Escuela Nacional de Altos Estudios, punto culminante de tan brillante trayectoria profesional.

Para nuestro estudio, cuyo aspecto medular lo representa la obra historiográfica de Pa

rra, resulta de especial interés el año de 1905, en que obtuvo un accésit para el concurso abierto, que con ocasión del primer centenario del natalicio de Juárez, fue organizado por el Gobierno de la República, para lo cual se constituyó una Comisión especial integrada por Félix Romero, Emilio Velasco, Gabriel Mancera, Ramón Prida, José Casarín, Adalberto A. Esteva, Victoriano Salado Álvarez, Carlos Rivas, Pablo Macedo, José de Landero y Cos y José B. Cueto. Aquella comisión convocó un concurso sobre los siguientes temas:

- I - Biografía de Juárez.
- II - Estudio Sociológico de la Reforma.
- III - Composición poética de Juárez.

Los resultados de dicho evento fueron dados a conocer en una velada efectuada en el Teatro Arbeu de la Ciudad de México, resultando premiados, por el primer tema, Rafael de Zayas Enríquez y Leonardo S. Miramontes; por el segundo, Ricardo García Granados, Porfirio Parra y Andrés Molina Enríquez, y por último, en la tercer clasificación Rafael de Zayas Enríquez, Manuel Caballero y Juan A. Mateo.

Fue precisamente este trabajo el motivo medular del presente estudio, e intento lograr, a través del análisis historiográfico del mismo, un mayor conocimiento de la obra de Parra, y de su concepción histórica.

Como expresamos con anterioridad, Parra tuvo la satisfacción final de haber sido reconocido plenamente en cuanto a sus profundas cualidades docentes, actividad a la que, como hemos podido comprobar dedicó gran parte de su vida. Efectivamente, en 1910,

tomó bajo su responsabilidad el cargo de Director Fundador de la Escuela Nacional de Altos Estudios, institución ideada como pilar o complemento indispensable de la Universidad Nacional de México, con lo cual quedaban virtualmente cumplidas las metas educativas de toda una época. Siendo como fue la Escuela Nacional de Altos Estudios, considerada punto culminante de la preparación profesional a la que acudía la aristocracia del profesorado nacional, el hecho de habersele confiado a Parra, nos permite apreciar hasta qué punto se le valoró como conductor de las jóvenes generaciones.

Finalmente, en la ceremonia inaugural de la Universidad Nacional, le fue concedido el título de Dr. Ex-officio junto a otros distinguidos intelectuales mexicanos que reunieron los requisitos exigidos por la Secretaría de Educación Pública:

...esta propia Secretaría manifiesta a esa Dirección que sólo será posible conferirlo a lo más a la cuarta parte del total de profesores de cada una de las escuelas universitarias, y cree conveniente que se sirva usted recomendar a la junta relacionada, que tenga presente, al designar a los profesores que deban recibir el grado de doctores ex-officio, que este grado debe conferirse a los profesores que hayan dedicado a la enseñanza un número muy considerable de años, y lo hayan hecho de tal manera que entre las más importantes de las labores de su vida haya estado la docente, o a los que, aun cuando hayan prestado sus servicios durante menor tiempo, lo hayan hecho, con tanta inteligencia o tanta devoción que hayan impreso un nuevo movimiento a la misma enseñanza por los métodos que hayan usado con verdadero éxito científico...²¹

La cita anterior, constitutiva de un documento enviado por la Secretaría de Educación al entonces director de la Escuela Nacional Preparatoria, nos da una idea de las características que debían llenar los candidatos a recibir tan honroso nombramiento.

Sortecndo sin duda, los problemas que la nueva institución le iba planteando, pasaron

los últimos dos años de la vida de nuestro autor, quien seguramente debió sufrir con gran intensidad el enfrentamiento a una realidad político-nacional que se escapaba totalmente a la imagen ideal y artificial del progreso positivista. La Revolución sorprendió a gran parte de la élite porfirista, pero considero, que el colapso que produjo, afectó más críticamente a los fervientes seguidores de la filosofía barrediana, que en unos cuantos meses, veían dramáticamente destruidos los postulados del positivismo, a los que habían dedicado toda una vida.

Pareciera como si Parra, en sus últimos años, presintiera su próximo límite vital, época en la que abundan sus pensamientos sobre el ser del hombre y los falsos valores que indebidamente motivan su existir:

Hay en nuestro espíritu, nos dice Parra, una propensión falaz en virtud de la cual solo fijamos nuestra atención en lo que sobresale y culmina, y nos parece arrobador y bello lo que destella lejos de nosotros...²²

Inclusive, en un discurso que pronunciara en respuesta a las palabras del entonces profesor de Historia de la Escuela Nacional Preparatoria con motivo de su onomástico, Parra alude a que estas fechas, en lugar de ser razón de alegría, en cierta forma deberían ser motivo de nostalgia, ya que anuncian el límite de una jornada más en el reducido camino de la vida; mas por otra parte, opina, debe ser motivo de júbilo el reconocer como, a través del sendero recorrido, se ha cumplido con la propia justificación existencial, al servir no sólo intereses personales, sino aquéllos que poseen un auténtico valor genérico, en cuanto que representan intereses de la comunidad presente y futura:

... pero que desde otro punto de vista es verdaderamente día de regocijo el considerar que al recorrer el áspero sendero de la vida, y al dejar girones de salud, de vida y de esperanzas se ha cumplido con

una misión verdaderamente de hombre, es decir, en bien no solo propio sino de los demás, de los coetáneos y de los pósteros.²³

También de 1909 es el siguiente pensamiento en que aún, con mayor claridad, podemos apreciar la preocupación que la vida y la muerte causaba en nuestro autor:

Señor*, el siniestro aleteo de no se que ave negra y fatídica como el cuervo de Edgar Poe, conturba mi ánimo, y proyecta notas fúnebres en las páginas de este informe cuando recuerdo que en el último año escolar la etema e implacable segadora de vidas esgrimíó su segur en los fecundos campos de esta Escuela, privándola de muy dignos labradores. Nuestras existencias son senderos tortuosos de variado modo orientados, pero que rematan siempre en las obscuras fauces de la huesa, que devora la vida objetiva; mas la subjetiva, si ha sido bien encaminada, elude la vacía negrura, y, las ideas, los afectos, los móviles de loables actos se orientan al cielo, como la llama, y sobreviven en perenne inmortalidad.²⁴

No eran vanas las preocupaciones del Dr. Parra, quien en 1912, el cinco de Septiembre, muere de una afección cardiaca, sorprendiendo dicho acontecimiento a gran parte de la sociedad mexicana y sobre todo, al grupo intelectual. La Secretaría de Instrucción Pública, considerándose portavoz del sentimiento universitario, dispuso en señal de duelo, que durante nueve días se enlutase la fachada de los edificios que ocuparan la Universidad y las Escuelas de Patología, Bacteriología y Médico Nacional, los museos nacionales de Arqueología, Historia y Etnología y el de Historia Natural, al igual que la Inspección General de Monumentos Arqueológicos.

Así, Porfirio Parra recibió una vez más, la última, el reconocimiento público de su magna labor académica e intelectual. Se le despidió con plenos honores, como correspondía a uno de los forjadores más destacados de su época. El quiebre histórico de 1910

*Se refiere a Justo Sierra

liquidaba toda una generación, y el maestro Parra dejaba el campo libre para futuros pensadores, cuyas ideas, al igual que en otros tiempos las suyas, servirían de pilar a nuevas filosofías, nuevas políticas, nuevos tiempos.

CAPITULO I

1. Valverde Téllez, Emeterio. Crítica filosófica o estudio bibliográfico y crítico de las obras de filosofía escritas, traducidas o publicadas en México desde el siglo XVI hasta nuestros días. México, Tipografía de los sucesores de Francisco Díaz de León, 1904. p. 224.
2. Márquez Montiel, Joaquín. Hombres célebres de Chihuahua. México, Editorial Jus, 1953. p.124-125 Apud. Revista de Chihuahua N° 11, Chihuahua, diciembre de 1895.
3. Ramos Pedrueza, Antonio et al. "Discurso" en A la Memoria del Dr. Porfirio Parra. 1854-1912. México, Universidad Nacional de México, Escuela Nacional de Altos Estudios, 1912. p. 39.
4. Lemoine, Ernesto. La Escuela Nacional Preparatoria en el periodo de Gabino Barreda. 1867 - 1878. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Ediciones del Centenario de la Escuela Nacional Preparatoria. p. 101.
5. Parra, Porfirio. "El Sr. Barreda médico y profesor de la Escuela de Medicina." Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. II. 1909 - 1910. pp. 161-162.
6. _____. Ventajas e inconvenientes de la profesión médica. Mexico, Tipografía Económica, 1907. p. 13.
7. _____. "El Sr. Barreda..." op cit. p. 163.
8. Valverde Téllez, Emeterio. op cit. pp. 224-225.
9. Aragón, Agustín. "El Sr. Dr. D. Porfirio Parra". Revista Positiva. T. XII. México, 1912. p. 436.

10. Ramos Pedrueza, Antonio. et al. "Discurso". A la Memoria... p. 39.
11. Ibidem. pp. 40-41.
12. _____ "La Voz de México" y el suicidio". La Libertad. México, Febrero 14, 1878.
13. Ramos Pedrueza, Antonio. et al. A la Memoria... p. 41.
14. Avalos, Miguel. "El cumpleaños de nuestro director". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. I. 1908-1909. México, 1909. p. 183.
15. Cosío Villegas, Daniel. Historia Moderna de México. El Porfiriato. La Vida Política Interior. Segunda Edición, México-Buenos Aires, Editorial Hermes, 1970. p. 404.
16. Parra, Porfirio. Hoja de servicios del Dr. Porfirio Parra. México, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, Sección Universitaria. p. 10.
17. Cosío Villegas, Daniel. op. cit. p. 411.
18. Ibidem. p. 417.
19. Valverde Téllez, Emeterio. op cit. pp. 226-227.
20. Fernández Luna, Juan. "El Gran Pacotillas". Historia Mexicana. v. I. N° 4. México, abril-junio de 1952. pp. 518.
21. Libro de actas de juntas de profesores en esta escuela. México, Escuela Nacional Preparatoria, 1909. Expediente 1237.
22. Parra, Porfirio. Ventajas e inconvenientes... p. 3
23. _____ "El cumpleaños de nuestro director" Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. I. México, 1908-1909. p. 181.
24. _____ "Informe leído por el director de la Escuela Nacional Preparatoria al inaugu-

rarse solemnemente el año escolar de 1909" Boletín de la Escuela Nacional
Preparatoria. T. I. México, 1908-1909. pp. 229-230.

CAPITULO II

PARRA ANTE SUS CRITICOS, EPIGONOS Y POSTEPIGONOS

A través del presente capítulo nos proponemos fortalecer y enriquecer la imagen de Parra mediante el juicio de sus contemporáneos y de aquellos autores que con posterioridad se han detenido en el análisis de la personalidad de nuestro autor, expresiones que expuestas cronológicamente coadyuvarán a una mayor e íntegra comprensión de una de las figuras más importantes de su tiempo, en cuanto su labor como pilar de la Filosofía Positivista en México.

Aunque pretendemos únicamente exponer aquellos juicios relacionados con su personalidad y valores humanos, ya que en capítulos posteriores, concretamente dedicados al estudio de su obra, tendremos la oportunidad de recordar las diversas justipreciaciones que sobre el tema se han suscitado y que, consideramos nos ayudarán a valorar prudentemente los diversos renglones de su polifacético quehacer; no podemos marginar al hombre de su producción intelectual, haciéndose imposible marcar tajantemente los límites que dividen ambas categorías.

Mr. Laffitte. Miembro de la Sociedad Positivista de París, quien al dar a Parra un saludo de bienvenida en nombre de dicha agrupación, expuso ciertos conceptos que fueron captadas por El Imparcial del 27 de Febrero de 1898.

Bajo el punto de vista positivista, Mr. Laffitte se felicitó de ver reunidos a una misma mesa, en París, futura metrópoli religiosa de la humanidad, un hijo del noble pueblo mexicano y un digno representante de la Turquía: esta es una nueva manifestación decisiva y concreta

del carácter plenamente occidental del Positivismo.¹

Agustín Aragón, discípulo de Parra y creador de la Revista Positiva. (1901):

El dualismo de pensador y literato á pocos les ha sido dado alcanzarlos, y aunque muchos novelistas presumen de pensadores y algunos de éstos buscan laureles literarios, no son numerosos los que como el Dr. Parra causan admiración al disertar sobre las severidades del método científico y deleitan al cantar á las Matemáticas y al describir un estado de alma.²

Manuel M. Flores, presentó en esta fecha y en calidad de director de la Escuela Nacional Preparatoria y profesor de Lógica del mismo plantel, al Consejo Superior de Educación un dictamen proponiendo, como texto para dicha institución, la obra de Lógica de Parra. (1903).

El programa del Curso de Lógica de la Escuela Nacional Preparatoria... es substancialmente el mismo que siguió el ilustre Gabino Barreda, y difiere poco del que adoptó su sucesor en este puesto tan distinguido, el sabio y erudito Dr. D. Porfirio Parra.³

Victoriano Salado Alvarez. (1903).

Parra, filósofo, sociólogo, pedagogo, matemático y verdadera autoridad en Medicina...⁴

Angel Pola, periodista, diputado y editor entusiasta de la Biblioteca Reformista, nos dice sobre Parra. (1904).

Volvióse positivista, influenciado por los estudios de Fisiología y Patología general, por sus dudas volterianas y por instigaciones de Pedro Noriega, que le dió a leer La Science au point de vue philosophique de Litré. Esto decidió de sus creencias, su convicción fue hecha. Y meditó con Noriega los seis tomos del Curso de Filosofía positiva de Comte...⁵

Emeterio Valverde Téllez, vicario general y a partir de 1909 Obispo de León, quien por su credo abiertamente antipositivista fuera uno de los más encarnados enemigos de la labor filosófica y docente realizada por el Dr. Parra; no obstante lo cual, como po-

dremos comprobar a lo largo de este trabajo, reconoció algunas de las irrefutables cualidades que caracterizaron a nuestro autor. (1904).

Es el Sr. Parra uno de los uno de los más convencidos y entusiastas propagandista del positivismo en México, y aun se le proclama como el genuino heredero y continuador de la obra de Barreda: ved ahí por que es necesario conocer su persona y sus obras.⁶

Hombre de claro talento, de vasto saber y de bello corazón!... parece imposible que deje de comprender la insuficiencia del positivismo en el orden científico y moral, en sus obras hay mucho de metafísica; plegue al cielo que alguna vez gravite hacia la fe y la moral cristiana.⁷

Miguel V. Avalos, profesor de Historia General de la Escuela Nacional Preparatoria, con motivo del LV onomástico de Porfirio Parra, director de dicho plantel. (1908).

Con razón fue Ud - el rehacio [sic] al principio, el discípulo con vertido después por la enseñanza del fundador de esta Escuela, del maestro, el nuevo Pablo de la predicación barredista, el largamente deseado, el largamente esperado para dirigir esa obra de propaganda humanitaria a la cabeza de la cual debió ir siempre la Escuela Preparatoria en concepto del magno filósofo que la creara... Muchos discípulos tuvo Barreda con inteligencias privilegiadas como la vuestra; muchos discípulos que en punto a carácter han sido la honra del positivismo mexicano; pero entre todos ellos con la atingencia que en ciertas cuestiones tiene la colectividad, la sociedad entera, a uno solo señaló la opinión pública, solo a uno ungió como al sucesor, como al convencido continuador de la obra apenas comenzada y ese discípulo escogido fuisteis vos... ¿Y por qué tales afectos, por qué tal prestigio de aquel discípulo selecto entre todos los demás de Barreda? Porque aquel hombre era no sólo un convencido y un devoto, sino un propagandista entusiasta, un verdadero apóstol, un hombre de fe; porque no tenía un desfallecimiento, estaba íntimamente penetrado de su misión y en medio de la cruda guerra a sus ideas, estaba seguro de su triunfo... porque ese hombre era por su corazón de oro un digno representante de la solidaridad humana y amaba a sus semejantes, y especialmente a la juventud, con ese afán de desprendimiento para ella, que constituye en el que imparte la enseñanza por amor, uno de los aspectos sublimes de la caridad.⁸

Alfonso Parra, hermano de Porfirio Parra y coautor del Atlas Histórico de la Escuela

Nacional Preparatoria, obra de sumo interés para el estudio de esta institución. (1910).

El actual Director de la Escuela Nacional Preparatoria, es uno de los más fervientes discípulos del ilustre D. Gabino Barreda, y en el culto que a ese venerado espíritu debe la intelectualidad mexicana, el Dr. Parra ha sido un sacerdote, cuyo piadoso celo no ha dejado suspender un sólo momento los ritos y los homenajes debidos a esa gran memoria. Pero si el discípulo lleno de fervor ha honrado el recuerdo del extinto numen, con su elocuencia y clara palabra, en solemnidades científicas y literarias, evocando sus prestigios y las poderosas influencias de su gran obra, el Dr. Parra, como hombre de Ciencia, como pensador y educador, ha honrado también, en grado máximo, la memoria del que fue su maestro, y cuyo poderoso espíritu le sigue animando aún. En el ejercicio de su profesión, en la cátedra, donde difundió magistralmente las enseñanzas de la Lógica; en el libro, donde sobre la misma materia ha escrito uno de los que más poderosamente deben influir en la educación patria, el Dr. Parra ha probado su idoneidad para desempeñar la dirección del establecimiento creado por el que fue su maestro.⁹

Llama nuestra atención que el año de 1910: momento de vital importancia para la historia mexicana, fuera ignorado tan claramente por una gran parte de los seguidores de la corriente filosófica que nos ocupa. Antecedentes de no poca envergadura pronosticaban, desde años atrás, el estallido revolucionario que pondría fin a la dictadura porfirista, y finalmente, el levantamiento de Madero, marcan un punto crítico y definitivo dentro de nuestra compleja realidad. La etapa de la poca política y mucha administración llegaba a su límite, y con ella, también se desintegraban las bases filosóficas que le dieron vida. El brote revolucionario, recién surgido en el ámbito nacional, significaba el principio del fin para sus postulados y abría un paréntesis histórico en que, el orden meta de la filosofía positivista, resultaba instrumento inadecuado en la búsqueda de nuevas alternativas histórico-políticas. Una revolución tal implicaba un total y radical cambio de valores, y por tanto, excluía al positivismo dentro del contexto ideológico en el que se adentraba nuestro México.

La respuesta de esta generación, antaño dominante, fue clara, aunque absurda; ante su impotencia para frenar un proceso irreversible, adoptó la más simple, y hasta cierto punto la más débil de las reacciones e ignoró auténticamente un hecho, que como positivistas que presumían ser, debieron analizar científicamente, ya que era un fruto vivo de la experiencia nacional. Pero carecían, en su mayoría, de la fuerza necesaria para enfrentar sucesos, que en sí mismos destruían la validez de su doctrina. El orden, tan largamente predicado, el progreso, justificación absoluta ambos, de todas las irregularidades políticas y sociales, quedaban frente a la revolución sin valor alguno, y lo que era aún peor, condenadas a perecer irremisiblemente, como reflejos de una época orgánicamente decadente y, por tanto, en proceso de liquidación.

Las siguientes citas, expresadas ante quien fuera en vida motor de la filosofía Positiva, representan una prueba irrefutable de esta actitud, último refugio de una generación que agonizaba junto al siglo y la filosofía que les dió vida, y que esgrimía el silencio como póstuma defensa de una ideología a la que se habían dedicado íntegramente.

Alfonso Pruneda, director de la Escuela Nacional de Altos Estudios a la muerte de Porfirio Parra. (1912).

En vista de que el Sr. Dr. D. Porfirio Parra fue el primer director de esta Escuela y prestó eminentes servicios a la educación nacional, esta Dirección a mi cargo ha pensado que es de justicia publicar, como homenaje a la memoria de ese sabio educador y distinguido filósofo, un cuaderno en que aparezca una pequeña noticia de su vida y de su obra... 10

Antonio Castro, como representante del alumnado de la Escuela Nacional Preparatoria, en el homenaje póstumo que la Universidad Nacional de México organizó con motivo

del fallecimiento del Dr. Parra. (1912).

Para elogiar a tan ilustre varón no se necesita ni la lira de la musa de los cantos elegíacos, ni la severa frase del Obispo Bossuet, porque su gloria trasciende y se esparce, crece y nos circunda y es un hálito bienhechor que en parte nos consuela, si consolable puede ser la pérdida de los sabios. Tan ilustre varón no necesita elogios. Elogiarle sería elogiar a la Ciencia misma, de la que él fue uno de los mejores discípulos; sería elogiar a la misma modestia, pues él sabía reunir en estrecho abrazo las facultades de la mente con las virtudes del alma; pero no se necesita elogiarle, que, al paso de su vida por este mundo, dejó tras sí la estela luminosa de los muchos bienes que hizo y de la mucha ciencia que poseyó.

La Escuela Nacional Preparatoria, en la muerte de quien fue su más amoroso defensor, quien contra los ataques más injustos y agrios a su adorada escuela laica, hizo de su pecho una resistente égida y de su pluma un acicalado estoque; la Escuela Preparatoria, en la muerte de su más querido alumno-fundador, de su más sabio director que con mano firme y recto juicio la condujo por las sendas de la buena instrucción y la mantuvo siempre alta y soberbia; la Preparatoria, digo, en la muerte de su maestro que con más ahinco, con más solicitud, con más amor, como un nuevo Sócrates, impartía sus crecidos conocimientos a sus amantes alumnos, no puede sino derramar copioso llanto y dar corriente a su pena que es grande y que por disfrutar de tal virtud no puede caber en los pequeños y mezquinos moldes del lenguaje... Don Porfirio Parra fue un sabio en toda la extensión del vocablo, fue un sabio que lo mismo se internaba en la selva dantesca de la filosofía, de donde recogió opimos y sazonados frutos, como se hundía en los cálculos más abstrusos de la "ciencia de los Pitágoras y Euclides", como él dice en la más célebre de sus poesías. Sabéis también que en Medicina era una de nuestras preclaras glorias...¹¹

Mas, ¿para que seguir?, se pregunta el joven estudiante, enumerando una y una las cualidades por todos conocidas del Dr. Parra, y finaliza su intervención despidiéndose del ilustre maestro.

Enrique Aragón, maestro de la Escuela Nacional Preparatoria y futuro rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. (1912).

El discípulo predilecto y más amado de Barreda, el ilustre continuador de su obra en la tarea de iluminar y unificar conciencias; el hábil comentador en Lógica del gran filósofo inglés John Stuart Mill, y filósofo a su vez... Uno de los apóstoles de la razón y la verdad, su verbo, acaba de salvar el valladar del más allá. Fue ilustre médico: anatómico y fisiólogo; notable académico y gran poeta.

Como sabio cultivó desde la Matemática, ciencia la más abstracta y homogénea en sus fenómenos y a la que dedicó una Oda, hasta la Biología, ciencia más concreta y heterogénea en sus factores. En ella marcó la influencia Cartesiana, discutió a Bichat, y en su concepto de vida mejoró el concepto Spenceriano.

Se distinguió como Académico... Fue un gran orador.. Al hablar a las masas no era gráfico al estilo de Benjamín Constant o de Herault, de Sechelles, sino motor como Thiers; improvisaba como lo hacía Gambeta y de su cerebro brotaba la obra llena de fecunda inspiración, catarata de bellas imágenes, como muchos años antes brotaba también de Comte, uno de sus principales directores intelectuales.

En la Cátedra no sólo fue el que predicó el orden y marchó a la par con el progreso científico, sino que también, paladín de la libertad y perteneciente a la vieja guardia, siempre defendió los principios de la Escuela y se identificó con ellos.

Fue bueno, y por eso enseñó a amar; fue noble, y por eso, sectario de la religión de la humanidad...

Barreda, el oráculo de su Evangelio, le entregó y legó la antorcha o tea que iluminara la senda y Parra supo conservarla iluminada, legando el fanal intacto a la posteridad. Sus dogmas no los destruyó traidoramente el tiempo; su simiente fructificará produciendo espigas de oro...¹²

Don Gregorio Mendizábal, quien en la ceremonia fúnebre que con motivo del fallecimiento del Dr. Parra realizara la Universidad Nacional de México, representó a la Escuela Nacional de Medicina. (1912).

El Doctor Parra unía a la lucidez del médico la serenidad del filósofo. Tenía una fe tranquila, inquebrantable en el porvenir, un orador inextinguible para la investigación de la verdad, un entu-

siasmo en los conflictos de ideales, que sólo son propios en los sabios. Su alma estaba exenta de creencias y de esperanzas; parecía resignado a extinguirse y a volver a la nada, después de una lucha tan brillante en pro de sus ideales, en medio de los hombres y para bien de la humanidad.¹³

Dr. Carlos Reiche, profesor extraordinario de la Escuela Nacional de Altos Estudios. (1912).

... Su Dirección (Escuela Nacional de Altos Estudios) fue confiada al Dr. Parra, en justa apreciación de su profunda erudición, de sus vastos conocimientos y de sus grandes dotes personales. Como médico fino conocedor de cuanto concierne al género humano, como filósofo positivista de la Escuela de Augusto Comte, versado en la metodología de la ciencia moderna, el Doctor reunía las cualidades más deseables para regentear con brillo un plantel universitario, que a sus estudiantes no tiene que suministrar hechos incoherentes, por interesantes que fueren, sino los resultados de la ciencia vistos en su conjunto filosófico. Y las esperanzas cifradas en él no quedaron frustradas...¹⁴

Antonio Caso, también en representación de la Escuela Nacional de Altos Estudios. (1912).

El Dr. Parra era un verdadero maestro; y la misión del maestro es formar caracteres, iluminar criterios, encender entusiasmos. Agregó que el Doctor Parra había luchado por difundir nociones de verdad, y que, aun en aquellos puntos de su doctrina en que se esté en desacuerdo con él, hay que reconocer la buena fe y energía que dedicó al servicio del ideal...¹⁵

Antonio Ramos Pedrueza, miembro del Consejo Universitario. (1912).

No podía pasar inadvertida para la Universidad la muerte de uno de sus más preclaros fundadores, de los más antiguos profesores universitarios. Porfirio Parra, distinguido alumno fundador de la Escuela Preparatoria, derramó en la cátedra durante más de un tercio de siglo luz sobre las inteligencias juveniles, sirviendo al morir el altísimo puesto de Director de la Escuela de Altos Estudios, plantel destinado en nuestro organismo docente a formar la aristocracia del Magisterio Nacional...¹⁶

Al igual que los anteriores miembros de la comunidad universitaria, Ramos Pedrueza

expresa en esta ocasión, en que nuestra máxima casa de estudios se vestía de luto por la muerte de uno de sus elementos más distinguidos, la pena que le causaba dicha pérdida irreparable, tanto desde el punto de vista social como del personal, ya que el Dr. Parra contaba con el profundo cariño de sus colegas y compañeros, finalizando con verdadera emoción su discurso de despedida al "amigo entrañable, al ilustre maestro", en cuyo féretro se iba "un girón de mi juventud, una página de mi vida de estudiante".

Como podemos certificar por los juicios hasta aquí citados, Parra no podía ser desvinculado de su actividad docente como heredero filosófico del maestro Barreda, y su ardua labor en esta área le ganó el respeto, reconocimiento y cariño incluso de sus enemigos ideológicos.

Agustín Aragón. He creído pertinente cerrar esta parte de nuestro trabajo, correspondiente a los juicios con que sus contemporáneos despidieron a Parra, con las palabras de Agustín Aragón, interesantes por enfocar a nuestro autor desde un ángulo opuesto y noveloso, independientemente de nuestro mayor o menor acuerdo con sus afirmaciones.

Escribió dicho autor para la Revista Positiva un artículo denominado "El Sr. Dr. D. Porfirio Parra", en el que cuestionó ampliamente su proceder como líder de la filosofía Positivista. Aragón, aunque reconoce ciertamente que en los primeros años de su misión desplegó Parra una brillante labor en favor de dicha corriente, etapa que califica como el único período apostólico de su existencia, no obstante que durante esos años "dolores domésticos torturaban al discípulo...", le acusa de su posterior descuido respecto a la misión que le recomendara Barreda. Sin embargo, al margen de tan severo

juicio, contamos con las siguientes palabras, que, aunque frías, reflejan un sincero respeto por quien fuera su maestro.

No es aún tiempo de intentar siquiera una aproximación al juicio último de la vida y obras del Dr. Parra: sólo puede asegurarse que la historia del pensamiento nacional le concederá un lugar entre los pensadores mexicanos. ¹⁷

Aragón guardó, sin duda, gran resentimiento respecto a Parra, constituyendo la mayor prueba de ello, el que precisamente lo manifestara en una nota necrológica, ocasión que por costumbre se dedica a la idealización del personaje recordado. Mas no por ello podríamos acusarle de total parcialidad, ya que, como podremos comprobar a continuación, reconoció ampliamente tanto sus aspectos positivos como los negativos:

El Dr. Parra siguió a Diderot y fué profesor libre de Lógica, aún viven algunos que escucharon ha 30 años sus lecciones: SABIAS, LUCIDAS Y NOBLEŞ. La vida era para él, entonces acción viva y afán perenne, el deber á sus ojos era la lucha y no el buen éxito inmediato; á sus fieles les enseñaba que trabajar es luchar y á trabajar y esperar. Aquel afán también duró poco y el Positivismo en México entró al general sometimiento... El Dr. Parra no volvió á ser apóstol y decidióse á seguir por libres o francos caminos. En sus manos murió, hace menos de un lustro, cuando le fué entregada a él por D. Pablo Macedo, la "Academia Mexicana de Ciencias Sociales" y para haberla mantenido no era menester pasar por horas difíciles, ni se necesitaba de grandes compañías y de constantes alientos de genio. ¹⁸

Posteriormente, Aragón señaló abiertamente su inconformidad respecto al intento realizado por don Justo Sierra y apoyado por Porfirio Parra de revivir lo que él considerara instituciones "caducas por metafísicas", como lo eran el internado y las universidades, reprochándoles incluso el no haber acudido a un enfrentamiento público para discutir las formal y más ampliamente.

Con el respeto debido le salí al frente, sólo en el problema del

internado medimos las armas, en el otro no acudió a la justa. 19

De su actividad como orador nos habla en un tono menos duro; aunque no por ello deja de enjuiciarlo estrictamente:

Era orador, un tanto frío, sin gran voluntad, de hablar monótono, sin aquellas alternativas de suavidad y fuerza al emitir la voz, que dan a ésta melodía y ritmo, y sin el seductor claro oscuro y la agradable sonoridad de nuestra lengua. Carecía de ademanes y no sabía buscar el gesto, pero sabía presentar de bella manera las imágenes con vocablos selectos y adecuados y enardecía la imaginación de sus oyentes arrebatándoles el espíritu; su vasta cultura era su gran apoyo y siempre bajó airoso de la tribuna.²⁰

Para finalizar, después de reconocer las cualidades de Parra como maestro y como autor de su magnífico texto de Lógica, expuso su punto de vista respecto al hombre, y es aquí, donde probablemente alcanzó niveles más drásticos y para mí injustos, ya que como hemos observado a través de su vida y obra, tales acusaciones no responden a la verdadera imagen de Parra:

El hombre -dice Aragón- era lo que menos valía en el Dr. Parra. No le singularizaron ni prendas del corazón ni manifestaciones de la voluntad. Le conocí un solo amor; puro verdaderamente: su amor a la memoria del Dr. Barreda. Cuando el corazón es bueno suple a la mala inteligencia, y la falta de corazón ó lo malo de su condición nada los suple.²¹

Terminamos con las palabras anteriores el juicio que en 1912 nos brindara Agustín Aragón sobre Porfirio Parra, citando posteriormente, ya que llevamos un orden cronológico, al mismo autor, quien probablemente más asentado espiritual e ideológicamente, se refiere ahora a Parra en un tono opuesto; sean pues sus propias palabras las que refuten lo antes dicho.

A partir de 1912 encontramos una incompreensión de juicios respecto a nuestro autor,

lo mismo que a la doctrina positiva en términos generales, y será sólo una década después cuando los intelectuales mexicanos recuerden su obra. Para entonces México se había transformado substancialmente; el antiguo régimen dictatorial había sido aniquilado por la fuerza poderosa de nuestra revolución, la cual, trascendiendo sus diversas fases, había alcanzado la etapa constitucionalista, importante alternativa que intentaba brindar al pueblo mexicano una base jurídico legislativa capaz de garantizar el surgimiento del nuevo Estado Mexicano. Sólo así se tuvo nuevamente la calma necesaria para iniciar la reflexión sobre el régimen porfirista y sobre la élite intelectual que le sirvió de base.

Miguel S. Macedo, en el cuadragésimo aniversario de la muerte de don Gabino Barreda, ocasión en que dicho autor alude nostálgicamente a la generación de alumnos fundadores de la Escuela Nacional Preparatoria (1921), se expresa así:

De los millares que tuvimos la honra de ser discípulos directos del Dr. Barreda y que formábamos una legión al parecer innúmera, sólo sobrevivimos un puñado. Casi todos aquéllos entre quienes descollaron el Dr. Adrián Segura, sucesor del maestro en la cátedra de Patología general, en la Escuela de Medicina, y el prodigio de intelectualidad que se llamó el Dr. Porfirio Parra, sucesor del egregio filósofo en la cátedra de Lógica de la Escuela Preparatoria, casi todos, digo, posaron ya el pie en la sombría ribera y nos dejaron desolados.²²

Agustín Aragón, científico y positivista, como ya sabemos, autor de diversos estudios de Filosofía, Historia y Sociología. Decano de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y miembro de diversas agrupaciones científicas, además de editor de la Revista Positiva, publicación de notable interés para nuestro estudio, se expresa ahora de Parra en los siguientes términos. (1933):

Renace mi espíritu a la alegría y al entusiasmo por el estudio al recordar a mi sabio maestro el Doctor Porfirio Parra. Ocho lustros y un bienio duró en constante brillo en vida suya su ascendiente espiritual en los medios intelectuales de nuestra metrópoli, o desde su arribo de la ciudad de Chihuahua, su tierra nativa, en 1870, en que se inició en la Preparatoria en el tercer año de estudios, hasta su sentida muerte en 1912. ¡Que prodigio el de su inteligencia! Lo mismo esplendía en las cátedras de Matemáticas, Zootecnia y de Medicina de Urgencias, que en las de Anatomía Descriptiva, Lógica y Patología Externa; la seducción de su palabra la producía ésta en prosa o en verso, en lo dialéctico y en lo novelesco, en el teatro, en la tribuna cívica y en la parlamentaria, en la disertación académica, en la controversia, en la improvisación y en la réplica, en el tono más elevado de la oratoria y en el diálogo de la conversación ordinaria.²³

Comenta Aragón que durante veintiún años vivió en comunicación con Parra, lo que le permitió conocer su amplia capacidad en las más diversas disciplinas; sin embargo, reconoce que una de sus mayores cualidades y en la que más destacó, fue en su ilimitada capacidad de enseñanza, respecto a la cual se expresa en los siguientes términos plenos de admiración:

Llegué al pasmo en respecto de sus facultades docentes en 1894, tiempo que fue mi maestro de Anatomía Descriptiva en la Escuela Nacional de Medicina...; cada exposición suya era un encanto, un manantial fresco de saber sistematizado e inagotable del cual brotaba a raudales su ciencia acumulada en el trabajo de años, coordinada con arreglo a los cánones más severos y expuesta con la claridad de la luz meridiana y la belleza del artista consumado.²⁴

No obstante que Aragón admite la diversa actividad desarrollada por Parra, señala que en el área de la Medicina no igualó las excelencias de un Olvera o de un José Terrés, ya que su objetivo vertebral radicaba en el ideal de progreso universal, punto en el que fue inmovible y al que se dedicó en cuerpo y alma, como en un apostolado

orientado a lograr la unidad de conciencia, único medio de garantizar el progreso nacional. Como indicamos con anterioridad existe una notable diferencia entre la postura del Aragón de 1912 y la del autor de Diez Retratos Literarios de Médicos Eminentes (1933), diferencia tal, que inclusive nos ha invitado a cercionarnos de que ambas actitudes provinieran del mismo crítico. Ciertamente, Agustín Aragón se muestra, en el primer caso, enemigo recalcitrante de Parra, mientras que en el segundo, le dedica múltiples elogios y pleno reconocimiento en sus diversas aportaciones intelectuales. Sin duda, hacia 1912, el creador de la Revista Positiva conservaba vivos una serie de resentimientos y rivalidades que años después, con la ayuda del tiempo, habían sido superados, por lo cual su juicio sobre Parra se mostró mucho más benigno.

Alfonso Reyes. (1939).

Porfirio Parra, discípulo directo de Barreda, memoria respetable en muchos sentidos, ya no era mas que un repetidor de su tratado de Lógica, donde por desgracia se demuestra que, con excepción de los positivistas, todos los filósofos llevan en la frente el estigma oscuro del sofisma; y por nada quería enterarse de las novedades, ni dejarse convencer siquiera por la hamiltoniana "cuantificación del predicado", atisbo de la futura logística.²⁵

Leopoldo Zea. (1934)

Al referirse a la primera generación de discípulos de la corriente positiva iniciada en México por Barreda, el Dr. Zea alude al surgimiento de la Asociación Metodófila "Gabino Barreda", tribuna a través de la cual se llevó a cabo la importante labor de enseñanza, no sólo de la Filosofía Positiva, sino lo que es más importante, de la correcta aplicación del método correspondiente y entre cuyos miembros destacó la figura de Parra;

En esta sociedad predominaban los estudiantes de la Escuela de Medicina, había dos de Jurisprudencia, uno de Ingeniería y otro de Farmacia. Con el tiempo, se habrían de destacar de este grupo de estudiantes Porfirio Parra, Miguel S. Macedo, Luis F. Ruiz y Manuel Flores, los cuales llegarán a ser los maestros de la segunda generación de positivistas.²⁶

Zea reconoce pues en Parra, su carácter como figura de primer orden dentro del futuro desarrollo del positivismo en México, presentándolo como uno de los más destacados discípulos de Barreda.²⁷

Joaquín Márquez Montiel, sacerdote jesuita, enemigo también del credo positivista, en cuya obra sobre los hombres más destacados de Chihuahua, dedica algunas líneas al Dr. Parra. (1952).

No obstante su posición abiertamente contraria a la Filosofía Barrediana, reconoce las culidades multifacéticas de nuestro autor; pero al igual que Aragón, observa que destacó excepcionalmente en el campo de la Filosofía, y añade que desafortunadamente la corriente positivista envenenó el alma de la juventud de su época, después de haber hecho lo propio en el mismo Parra, su defensor.

Por aquel entonces substituyó a su maestro Dn. Gabino Barreda en la Cátedra de Lógica en la Nacional Preparatoria. Luego, en la Escuela de Medicina enseñó Patología Externa, Fisiología y Anatomía, la que se sabía de memoria pues tenía una memoria a la Lord Macaulay; y sus clases eruditas y agradables se hallaban salpicadas de poesía y filosofía...²⁸

Julio Jiménez Rueda. (1953).

Bastante parco es sin duda el juicio que Julio Jiménez Rueda nos brinda sobre la obra de Porfirio Parra en su estudio sobre Las Letras Mexicanas del siglo XIX, motivado se-

guramente por lo extenso y general del tema; pero también, y esto es lo incomprensible, por una marcada falta de interés e información respecto al más distinguido discípulo de Barreda, quien hasta la fecha no ha sido suficientemente estudiado, aún por aquellos autores que han abordado el análisis del Positivismo en toda su complejidad.

Las palabras de Jiménez Rueda son las siguientes.

Positivistas fueron D. Porfirio Parra y D. Manuel Flores, directores ambos de la Escuela Nacional Preparatoria, autor el primero de una Lógica Inductiva y Deductiva que se consulta con provecho.²⁹

Abelardo Villegas, quien en su interesante obra sobre la corriente filosófica del Positivismo y su relación con el régimen dictatorial del general Díaz, se refiere a nuestro autor en los términos siguientes: (1960)

En esta analogía [sic]* hemos incluido un capítulo del Nuevo sistema de Lógica inductiva y deductiva de Porfirio Parra, referente al método positivo. Parra se ocupa de aclarar lo que Comte había entendido por lo positivo; se trata, en general, de una actitud que se opone a lo negativo...³⁰

Sobra especificar que, desde luego, las palabras anteriores distan notablemente de las dimensiones requeridas para lograr una correcta imagen de nuestro autor, como figura de primer orden dentro de la corriente filosófica que defendió y que fue fundamento de toda una época de la historia nacional.

Miguel León Portilla. (1966)

Este connotado estudioso del pensamiento prehispánico destaca en su obra Filosofía Náhuatl (pp.37-39) la aportación de aquellos investigadores interesados en el tema, entre los que incluye a Porfirio Parra y su "apriorístico examen" de dicha cultura.

*Probablemente por error de imprenta aparece analogía en lugar de antología.

Para León Portilla, el análisis realizado por el discípulo de Barreda carece de la seriedad y cuidados requeridos, razón por la cual el filósofo positivista concluyó erróneamente en que el movimiento científico mexicano data de la etapa colonial. Tan injustificado como equívoco juicio, no merece, según apunta Miguel León Portilla, la menor refutación, pues resulta absurdo, para él, "que un mexicano, profesor de lógica y gran positivista por añadidura, venga a opinar de tal forma sobre los náhuas que a su juicio "sólo contaban sin equivocarse hasta veinte".

Moisés González Navarro. (1970)

Dicho autor reconoce la labor de Parra como importante defensor de las ideas barredianas, con lo que afirma que llevó a cabo una valiosísima labor en pro de afianzamiento de dicha corriente en nuestro país, sin cuyo notable esfuerzo pudo haberse perdido la obra de Barreda.

Ernesto Lemoine. (1978)

Este crítico se refiere a la admiración de Parra hacia su maestro, y nos señala que dicho sentimiento puede ser apreciado con absoluta claridad en la dedicatoria de su Nuevo Sistema de Lógica, símbolo, según términos de Lemoine, de su "pasión positiva, inmerso en el pasado y pendiente del futuro".

Este sentimiento de profundo respeto y admiración por su maestro, nos dice, fue un caso insólito de fidelidad, prueba de ello es que durante más de tres décadas Parra hizo del aniversario de Barreda, aún en vida de éste, un motivo de "veneración, gratitud y emocionado recuerdo".³¹

Manuel González Oropeza. (1979)

La urgencia de crear una Universidad que gozara aunque parcialmente de cierta libertad e independencia con respecto al Estado estaba bien clara tanto en Sierra como en el futuro director de la Escuela de Altos Estudios D. Porfirio Parra.³²

Carlos Monsiváis, excelente intelectual mexicano, coautor de la Historia General de México editada por el Colegio de México. (1977).

... El mantenimiento del Progreso, el trazo exacto que redimirá al país del atraso, exigen del Estado la protección de la clase más apta, la burguesía, cuyos representantes más preclaros, hombres como Justo Sierra, Gabino Barreda, Emilio Rabasa, Porfirio Parra o José Ives Limántour, encarnan una versión de la cultura sustentada en el principio de la selección natural, la élite como guiadora de pueblos y la oposición congénita entre el espíritu (la civilización) y la barbarie.³³

Luis González, miembro del Centro de Estudios Históricos del Colegio de México y participante junto con Josefina Vázquez, Lilia Díaz y José Luis Martínez del tomo III de la Historia General de México editada por dicha institución, en el que desarrolla el tema denominado "El Liberalismo Triunfante", en el que expone una de las más importantes facetas de nuestro autor al calificarlo como integrante del grupo de los científicos, se expresa de esta manera:

Los científicos, que no científicos, como les llamara la clase media, eran gente nacida desde 1840 y antes de 1856, hombres que en 1888 andaban entre los 32 y los 48 años de edad. Los científicos nunca fueron más de cincuenta y las figuras mayores únicamente Francisco Bulnes, Sebastián Camacho, Joaquín Diego Casasús, Ramón Corral, Francisco Cosmes, Enrique C. Creel, Alfredo Chavero, Manuel María Flores, Guillermo de Landa y Escandón, José Ives Limantour, los hermanos Miguel y Pablo Macedo, Jacinto Pallares, Porfirio Parra, Emilio Pimentel, Fernando Pimentel y Fagoaga, Rosendo Pineda, Emilio Rabasa, Rafael Reyes Espíndola y Justo Sierra Méndez. Fuera de estos veinte, el dictador usaría los servicios de otros cinco hombres prominentes de la misma generación de los anteriores:

Joaquín Baranda, Diódoro Batalla, Teodoro Dehesa, José López Portillo y Bernardo Reyes. En suma, veinte de la maffia "científica", cinco sueltos y varios sobrevivientes de la generación anterior y serán los notables del período 1888-1904, si a ellos se agregan un par de obispos (Ignacio Montes de Oca y Eulogio Gillow); otro par de poetas (Salvador Díaz Mirón y Manuel Gutiérrez Najera), y un pintor, José Ma. Velasco.³⁴

Aunque el esquema antes citado se escapa un tanto de nuestro tema de estudio, he creído pertinente transcribirlo íntegramente pues nos da una idea clara y global de la importancia de Parra dentro del contexto social de su época, así como de su categoría privilegiada como integrante de la oligarquía porfirista, constituyendo quizás, esta posición, la causa de ciertas rivalidades, como la que ya observamos en Agustín Aragón.

Enrique Krauze observa que: (1976)

Por otra parte, en 1909 varios de los más ameritados profesores positivistas eran muy viejos, estaban ya retirados, como es el caso de Justo Sierra, o impartían sus clases de manera reiterativa, sin el entusiasmo de diez o veinte años atrás. Un ejemplo de la decadencia académica fue, en sus últimos días, el doctor Porfirio Parra, heredero espiritual de Gabino Barreda. Parra impartía clase en el último año de la escuela y en 1912 fue profesor de Lógica de Lombardo; pero sólo por unos meses, porque falleció por esos días.³⁵

Las palabras anteriores nos han sorprendido profundamente ya que consideramos carecen de toda base. Tanto Parra como el maestro Sierra se encontraban en 1909 en el momento más brillante de sus respectivas carreras académicas; coordinadamente habían unido esfuerzos en favor de la creación de la Escuela Nacional de Altos Estudios y de la Universidad Nacional de México. Un año después ambos ideales se veían convertidos en una realidad, y Parra, a quien Krauze califica decadente, fue nombrado director de la primera, proyectándose muy seguramente como futuro rector de la Universidad, si la muerte sorpresiva no hubiera terminado con tan brillante carrera.

El mismo Luis González alude a la generación de hombres de avanzada edad que a partir de 1904 dirigían los destinos políticos del pueblo mexicano, generación en la que prevalecía, casi como un sarcasmo estadístico, un porcentaje mayoritario de población joven. Dicho historiador, al referirnos este fenómeno lo representa simbólicamente como nuestra tradicional danza de los viejitos; sin embargo, hace tres excepciones: Justo Sierra, José Ives Limantour y Barnardo Reyes: "Sierra, nos dice, secretario de Educación Pública desde 1905, revitaliza la cultura nacional y obra como si viviese los comienzos de una época."³⁶

Así, el juicio de Krauze dista profundamente de ser compartido por otros especialistas en la materia, como hemos podido apreciar por la idea expuesta con anterioridad.

Quedan así las opiniones enunciadas a lo largo de este capítulo como testimonio vivo de la conciencia histórica mexicana sobre Porfirio Parra, de sus ideales, objetivos, errores y logros. Considero que después de su análisis no es posible desconocer la influencia que ejerció durante un largo período de la vida mexicana; influencia que probablemente se llegó a escapar del control de los mismos pilares del positivismo, y que proyectándose posteriormente adoptó importantes variantes que políticamente caracterizaron la época porfirista y cuyos reflejos de la doctrina positivista se presentaban transformados a tal punto hacia principios de siglo, que aun los mismos paladines y herederos de dicha filosofía desconocían en ellos los principios de la auténtica fe barrediana.

En los siguientes capítulos intentaremos comprobar mediante el análisis de la obra del doctor Parra su invaluable actividad como maestro y heredero de la corriente positiva

iniciada en México por el también creador de la Escuela Nacional Preparatoria don Gabino Barreda.

5

1 1

CAPITULO II

1. Valverde Téllez, Emeterio. Crítica filosófica o estudio bibliográfico y crítico de las obras de filosofía escritas, traducidas o publicadas en México desde el siglo XVI hasta nuestros días. México, Tipografía de los sucesores de Francisco Díaz de León, 1904. p. 226. Apud. El Imparcial. T. IV, N° 527, febrero 27, 1898.
2. Aragón, Agustín. "Pacotillas". Novela mexicana por el Dr. Porfirio Parra". Revista Positiva. T. I. México, 1901. p. 26.
3. Flores, Manuel. "Apéndice, Análisis crítico de esta obra". Nuevo Sistema de Lógica Inductiva y deductiva. México, Tipografía Económica, 1903. p. III.
4. Salado Alvarez, Victoriano. "Novela del Dr. Porfirio Parra". Revista Positiva. T. III. México, 1903. p. 159.
5. Valverde Téllez, Emeterio. Crítica filosófica... p. 224.
6. Idem. p. 224.
7. Valverde Téllez, Emeterio. Bibliografía filosófica mexicana. México, Tipografía de la viuda de Francisco Díaz de León, 1907. p. 115.
8. Avalos, Miguel. "El cumpleaños de nuestro director". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. I. 1908-1909. México, 1909. p. 183.
9. Parra, Alfonso. Atlas histórico de la Escuela Nacional Preparatoria, desde su fundación hasta los momentos de celebrarse el centenario de la proclamación de la Independencia. México, [s.e.], 1910. [s.p.].
10. Ramos Pedrueza, Antonio. et al. "Notas relativas a la autorización para publicar

esta obra". A la memoria del Dr. Porfirio Parra. 1854-1912. México, Universidad Nacional de México, Escuela Nacional de Altos Estudios, 1912.

[s. p.].

11. Ibidem. pp. 23-24.
12. Ibidem. pp. 27-28.
13. Ibidem. p. 32.
14. Ibidem. p. 35.
15. Ibidem. p. 37
16. Ibidem. p. 39
17. Aragón, Agustín. "Necrología" Revista Positiva. T. XII. México, 1912. p. 425.
18. _____ "El Sr. Dr. D. Porfirio Parra" Revista Positiva. T. XII. México, 1912. p. 437.
19. Ibidem. p. 439.
20. Ibidem. p. 441.
21. Ibidem. pp. 444-445.
22. Macedo, Miguel. "En el aniversario de Barreda". Boletín de la Universidad Nacional de México. T. 2. México, 1921. p. 296.
23. Aragón, Agustín. Diez retratos literarios de médicos mexicanos eminentes. México, Comité del Centenario de la Facultad de Medicina, 1933. p. 25.
24. Ibidem. p. 25.
25. Reyes, Alfonso. Pasado Inmediato y otros ensayos. México, El Colegio de México, 1941. p. 17.

26. Zea, Leopoldo. Positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia. México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Filosofía, 1975, p. 151.
27. Ibidem. p. 153.
28. Márquez Montiel, Joaquín. Hombres célebres de Chihuahua. México, Editorial Jus, 1953. p. 126.
29. Jiménez Rueda, Julio. Letras Mexicanas en el siglo XIX. México, Fondo de Cultura Económica, 1944. p. 160. (Tierra Firme N° 3.)
30. Villegas, Abelardo. Positivismo y Porfirismo. México, Secretaría de Educación Pública, 1972. p. 26. (Septuaginta N° 40).
31. Lemoine, Ernesto. La Escuela Nacional Preparatoria en el periodo de Gabino Barreda. 1867-1878. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Ediciones del Centenario de la Escuela Nacional Preparatoria, 1970. p. 154.
32. González Oropeza, Manuel. Antecedentes Jurídicos de la Autonomía Universitaria en México. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979. p.V.
33. Monsivais, Carlos. "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XIX". Historia General de México. México, El Colegio de México, 1977. pp. 313-314.
34. González, Luis. "El Liberalismo triunfante". Historia General de México. op cit. p. 222.
35. Krauze, Enrique. Caudillos culturales en la Revolución Mexicana. México, Editorial Siglo XXI, 1976. p. 46.
36. González, Luis. "El Liberalismo..." op cit. p. 247.

CAPITULO III

PORFIRIO PARRA ANTE LA CORRIENTE FILOSOFICA DEL POSITIVISMO

Como hemos podido corroborar por los juicios expuestos en el capítulo anterior, Porfirio Parra constituyó mucho más que un simple seguidor de la corriente positiva en nuestro país. Independientemente del credo filosófico profesado por cada uno de los autores citados, coinciden en su gran mayoría en calificar a Parra como el discípulo por excelencia del maestro Barreda, el gran pilar que, muerto éste, sirviera de sostén a su doctrina, luchando enérgica y apasionadamente por la supervivencia de sus ideas en la Escuela Preparatoria, plantel en el que habría de llevarse a cabo la magna labor de dotar a la juventud mexicana de un cuerpo único y homogéneo de verdades, sin lo cual, el orden anhelado no pasaría de ser una simple utopía en el futuro patrio.

Y, en verdad, Parra asimiló plenamente en sus años formativos las ideas barredianas, las cuales sostuvo fielmente a lo largo de toda su vida y a través de las más diversas tribunas públicas, destacándose obviamente su labor como maestro de Lógica en la Preparatoria, donde por un corto período continuó integralmente el curso de Lógica que dejara inconcluso Barreda. Con posterioridad, y después de una larga etapa en que se vio marginado de la cátedra tan amada, reinició su actividad en dicho plantel, pero en esta segunda ocasión como directivo del mismo. De esta etapa contamos con diversos documentos, todos ellos de gran valor, ya que en su época alimentaron con sus ideas a toda una generación, y que para nosotros constituyen verdaderos testimonios del contenido filosófico positivista de uno de las figuras más representativas de dicha

corriente del pensamiento.

Son también de especial interés para el análisis de contenido de las obras de nuestro autor, aquellas que escribió cuando apenas se iniciaba en el aprendizaje de las ideas barredianas, como miembro distinguido de la Sociedad Metodófila Gabino Barreda, etapa de la cual contamos con dos trabajos de Parra: La Introducción a los Anales de dicha organización y Las Causas Primeras, ambos de gran importancia por ilustrar con absoluta claridad gran parte de sus ideas básicas, así como el discurso que pronunciara en la Preparatoria en Febrero de 1878, con motivo del cumpleaños de Barreda.

Colabora también en gran medida para los objetivos que nos proponemos en el presente capítulo, la producción hemerográfica de Parra, y que de una manera especial alude a la etapa en que el plantel preparatorio era objeto de los más crudos ataques, razón por la cual estos artículos no sólo reflejan una de las polémicas educativas a nivel nacional más apasionadas y trascendentales, sino que, además, nos brindan toda una serie de argumentos en favor de dicha disciplina filosófica, y a partir de los cuales podremos conocer en toda su complejidad la posición intelectual de nuestro autor dentro de un contexto social determinado.

Finalmente nos serviremos de la obra filosófica más importante de Porfirio Parra, su Nuevo Sistema de Lógica Inductiva y Deductiva, objeto también de apasionados y controvertidos comentarios, que consecuentemente abundan en nuestro estudio sobre la actitud filosófica de su autor.

INICIOS

Parra, abierto a las más diversas disciplinas desde su infancia, mostró sin embargo, si nos guiamos de las palabras de don Miguel V. Avalos, un cierto rechazo a la corriente positivista. El mismo, en algunos fragmentos de su obra, reconoce haber experimentado antipatía hacia el área filosófica, razón por la que se abstuvo de tomar el curso que Barreda impartía en la Preparatoria, actitud que el célebre maestro respetó ampliamente, según testimonio del propio Parra:

El señor Barreda respetó mi voluntad, no me forzó ni directa ni indirectamente a seguir su curso de Lógica, que en efecto no cursé. Si más tarde adopté las ideas filosóficas del Sr. Barreda, fue por un acto deliberado y autónomo de mi propia voluntad, y cuando ya no era yo alumno de la Preparatoria.¹

También sabemos por él que desde su tierra natal, Chihuahua, tuvo sus primeros contactos con el mundo filosófico, donde además del primero y segundo curso de matemáticas, estudió dos años de Latín y Filosofía Escolástica.

Ángel Pola, refiriéndose a los inicios de Parra en el positivismo, expone como al adentrarse en los cursos de Fisiología y Patología general, fue realizándose el cambio intelectual de Parra; mas nos dice que quien tuvo especial influencia en su decisión definitiva, durante estos primeros años formativos, fue Pedro Noriega, con quien leyó y meditó el "Curso de Filosofía Positiva" de Comte.

Don Emeterio Valverde Téllez, uno de sus mayores críticos, nos relata como esta decisión no debió ser nada fácil para Parra, sino al contrario, debió precederle una verdadera lucha espiritual en la que pugnaban fuerzas igualmente poderosas; por una parte

sus tradicionales ideas, producto de una educación religiosa y provinciana, así como, por otra parte, las nuevas corrientes con que sus estudios secundarios y profesionales le nutrían espiritualmente y que efectuaban un verdadero impacto en la sensibilidad del joven estudiante: "... a la postre de reñida lucha en la clase, y quizá consigo mismo, se afilió definitivamente al positivismo".² En verdad, la crisis que las nuevas ideas producían en el ánimo de nuestro autor debieron ser profundas, ya que aun maduro manifiesta ecos de una formación hondamente religiosa, como podemos comprobar por las siguientes palabras expuestas en su trabajo Ventajas e Inconvenientes de la Profesión Médica, conferencia dictada en la Escuela Nacional Preparatoria y publicada en 1907:

No siempre le es dado al médico curar la enfermedad; existen por desgracia, lesiones irreparables, y degeneraciones extensas y profundas, existen organismos en ruina próximos a derrumbarse y para cuyas reparación se necesitaría ¡ay! aquel soplo divino que animó el barro de que fué formado Adán.³

Sentimientos tales no parecen originarse en uno de los baluartes de la doctrina positiva, y mucho menos, haberlos manifestado aquel de quien uno de sus mas queridos amigos, don Gregorio Mendizábal, se refiere con las siguientes palabras:

Su alma estaba exenta de creencias y de palabras; parecía resignado a extinguirse y a volver a la nada, después de una lucha tan brillante en pro de sus ideales, en medio de los hombres y para bién de la humanidad.⁴

Sin embargo, la nueva filosofía fue conquistándole poco a poco, hasta llegar a adoptar la doctrina comtiana como directriz de su vida intelectual, etapa paralelamente a la cual afianzaba sus relaciones con Barreda, quien en definitiva le convenció de lo acertado que resultaba la corriente positiva como único y auténtico medio de conocer la

verdad, y de esgrimir contra el virus político mexicano de una anarquía crónica. Sabemos por Parra de esta incipiente relación, acelerada quizás por un hecho coincidental y aparentemente sin importancia, pero que a la postre tomó características relevantes; la enfermedad del joven practicante de medicina y la intervención de Barreda, acertada y valiente, que le granjeó en definitiva el aprecio y agradecimiento de Parra, punto de partida de su respeto; casi deificado hacia la persona del maestro.

Fué también 1876 un año de especial interés en cuanto a las relaciones entre su maestro, y él, quien narra como al crearse el curso de Patología General a cargo de Barreda, pudo apreciar plenamente la gran personalidad de éste, captando con absoluta claridad, no sólo los novedosos conceptos expuestos sobre una asignatura recientemente creada en México, como producto de la reforma educativa, sino que adquirió también "una idea del método científico", a partir de lo cual nuestro autor confiesa haber aceptado el criterio y las doctrinas del maestro, proclamándose su discípulo.

Las siguientes palabras ilustran sobradamente el imborrable recuerdo que el maestro, creador de la Escuela Nacional Preparatoria, dejara en su joven alumno:

Recuerdo aún aquellas admirables lecciones: Cuando se trataba de la etiología de las enfermedades, exponía Barreda con admirable lucidez la ley de causalidad aplicada a los fenómenos morbosos, y proyectaba sobre ellos la más viva luz; cuando hablaba del concepto hipocrático, de la crisis y de los días críticos, combatía con brío extraordinario los conceptos antológicos de la enfermedad; cuando hablaba de estadística médica, expresaba con nitidez admirable las causas de error a que su elaboración y mala interpretación puede dar lugar, y a la luz del método de concordancia y de la lógica de la probabilidad mostraba lo ilusorio y raquítico de lo que alguna vez se llamó con énfasis método numérico.⁵

Agustín Aragón, al referirnos las diversas influencias ejercidas sobre Porfirio Parra, opina que contó con magníficas enseñanzas, como pudieron ser las de un "Barreda, Ortega, Jiménez, Lucio, Alvarado y Montes de Oca", quienes no sólo le heredaron sus conocimientos en la ciencia médica, sino también aquéllos de carácter filosófico y humano, los cuales Parra asimiló y posteriormente enriqueció notablemente.

Podemos sostener, sin temor a exagerar, que Parra llegó a poseer una amplísima cultura, la cual aflora constantemente en sus obras y nos brindan una idea de las diversas fuentes en que nutrió su espíritu; lo mismo apoya un determinado juicio en un clásico de la Filosofía, como se transporta a la refutación de un científico o literato contemporáneo.

Es un hecho que profesó dentro de la Filosofía Positiva; pero sabemos que esta determinación no fue irresponsable, lo hizo firmemente, y desde su inicio en la Sociedad Metodófila Gabino Barreda, dedicó a aquélla lo más selecto de su energía. Tampoco puede objetársele que lo hizo por un criterio estrecho, por un relativo desconocimiento de otras latitudes del pensamiento, ya que a través de su obra hemos podido comprobar, como anteriormente expusimos, la sólida formación e íntegra cultura que llegó a poseer.

CONSOLIDACION

En 1877 se constituyó en la ciudad de México una importante organización, la Asociación Metodófila Gabino Barreda, cuyos miembros, practicantes de diversas disciplinas y estudiosos de problemas prácticos distintos: según opina Parra,

se encontraban, sin embargo, íntimamente unidos por el poderoso lazo que resulta de la adopción de los mismos principios fundamentales y de un método uniforme, susceptible de aplicarse a la solución de las cuestiones más variadas, ya se trate de

aquellas relativamente simples, que son el objeto de las matemáticas y ciencias físico-químicas, ya de las que suscita en el espíritu del médico la difícil interpretación de un síntoma, ya de las que hacen surgir en la mente del abogado las espinosas análisis y las complejas síntesis, á que se prestan los fenómenos sociales sometidos a su examen .⁶

Entre sus miembros destacó desde un principio la figura del entonces estudiante de medicina Porfirio Parra, quien elaboró la "Introducción" al órgano informativo de la sociedad y en la que especifica cómo a través de estos Anales, dicho grupo cumplía con la obligación de todos aquellos que de alguna manera se dedicaban al estudio de problemas de interés general, de informar a la sociedad respecto al objetivo de su agrupación, así como el resultado de sus respectivas investigaciones.

Junto con otros jóvenes estudiantes de medicina, miembros también de dicha agrupación, entre los que podemos citar al Dr. Adrián Segura, a Andrés Aldasoro, Andrés Almaraz, Salvador Castellot, Alberto Escobar, Carlos Esparza, Angel Gaviño, Regino González, Pedro Mercado, Pedro Noriega, etc., Porfirio Parra se vió sometido a una metódica y rigurosa tutela de parte de Barreda, cuya labor, según términos del Dr. Leopoldo Zea, consistía en cuidar que:

La exposición y réplica de los trabajos que presentan sus discípulos no se descarríe del método que les ha enseñado...
Todas las ideas y cuestiones que se proponían eran sometidas por Barreda a una rigurosa interpretación desde el punto de vista del método positivo, eliminándose todas aquellas que no resistían dicha prueba.⁷

Y así encauzados los discípulos de Barreda, se iban capacitando paulatinamente dentro del método positivista, hasta quedar convertidos en verdaderos practicantes del credo filosófico positivo. A esta etapa de duro aprendizaje la hemos denominado, refiriéndonos

nos a la vida de Porfirio Parra como exponente del positivismo, periodo de consolidación, ya que consideramos que la disciplina a que se vió sometido fertilizaba ricamente los conocimientos que nuestro autor tenía de la escuela comtiana y definíanle en su calidad de luchador incansable del Positivismo en México.

El objetivo perseguido por Barreda al coordinar una asociación de tales características, era dejar perfectamente comprobado que el método positivo, único válido para obtener la verdad, ya que se basaba en la experimentación y comprobación de los hechos, era aplicable a las más diversas áreas del saber humano, y cuyos miembros, gracias a un fondo común de verdades obtenidas en su educación preparatoria, podían entenderse y comunicarse a la perfección, no obstante que sus intereses específicos correspondiesen a las más diversas categorías.

Era, pues, la prueba práctica, real e irrefutable de la validez y efectividad de la Escuela Nacional Preparatoria como punto medular de la reforma educativa nacional, por medio de la cual se lograría dar a los mexicanos un cúmulo determinado de verdades, un fondo común intelectual, que permitiría por vez primera, desde el inicio de nuestra vida independiente, conquistar la paz.

El orden, antaño segregado de la estructura política liberal reformista, convirtióse con Barreda, expositor y defensor de los intereses de la naciente burguesía mexicana, en un factor de primerísima importancia, sin el cual sería imposible superar la etapa de caos político en que nuestro país parecía sumirse inexorablemente, y que sólo podría lograrse mediante una educación que homogeneizara ideológicamente a los mexi

canos.

La Asociación Metodófila representó la respuesta de esta primera generación surgida del plantel preparatorio que creara Barreda en 1867, a las magnas esperanzas en él cifradas. Dejemos pues en boca de Porfirio Parra la decisión enérgica de estos jóvenes por lograr los objetivos para los que se les había formado:

...por más que estemos convencidos de nuestra insuficiencia personal, por más que signifiquemos poco en la corriente magestuosa del progreso de nuestro siglo, nos consideramos como activos, aunque imperceptibles miembros del grandioso cuerpo de las sociedades, y consideramos como un deber ineludible colaborar con nuestros contemporáneos, en la elaboración de la obra magna del porvenir: infiérese de aquí la obligación de indicar la naturaleza de los asuntos a que nos consagramos, de manifestarles el grano de arena, digamos así, con que pensamos contribuir al levantamiento del gran edificio de la reconstrucción.⁸

Aunque adopta una cierta actitud de modestia, Parra, portavoz de sus condiscípulos, ya se confiesa miembro, aunque insignificante, de la magna corriente del progreso patrio; partícula integral de ese todo que sería la reconstrucción nacional y en cuyo futuro, una vez conquistado el orden tan anhelado, se abría un amplio panorama de progreso: la etapa positiva.

Respecto al método que haría posible la realización de tales ideas, sus palabras no son menos elocuentes.

Iniciados en el método científico, merced a una educación sistemática y eminentemente filosófica, durante la cual, le vimos aplicar a toda clase de fenómenos, y conducir en todo caso a conclusiones seguras, susceptibles de engendrar la convicción más íntima, hemos tenido ocasión de convencernos de su excelencia y alto alcance, a tal punto, que le miramos hoy como el medio único que posee el hombre de llegar a inequívocos y

garantizadores resultados, como infalible piedra de toque de la verdad, que como mágica palabra de los cuertos árabes, despliega ante nosotros las maravillas del mundo fenomenal en su efectivo enlace, y nos indica los puntos de apoyo, que la actividad humana busca como Arquímedes, para fijar la palanca que cambie la faz del mundo.⁹

Huelga hacer algún comentario sobre las palabras anteriormente expuestas por Parra; su fe en el método positivo era extrema, describiéndonoslo como "el único medio que posee el hombre" para conocer su auténtica naturaleza, así como el mundo fenoménico que le circunda. Nada podía equipararsele y su valor era tal que permitiría a la débil sociedad mexicana trascender sus limitaciones políticas para adentrarse con absoluta plenitud en una nueva etapa de la historia mexicana.

Así, consideramos que Barrera debió sentirse confortado ante los resultados de la corriente filosófica iniciada apenas diez años atrás en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria. La primera generación que surgía de esta corriente enfrentaba con vigor y valentía la consigna positiva: conquistar el orden nacional para alcanzar, consecuentemente, un progreso sin límites.

Mas en estas primeras manifestaciones de la escuela barreriana podemos percibir un cierto sentimiento de inseguridad, de incertidumbre, que, como indica Leopoldo Zea, se debía seguramente a la cercanía histórica con la época caótica de su pasado inmediato. En 1877 México estaba muy lejos aún de borrar las divisiones partidistas que tanto habían perjudicado su desarrollo. Parra al igual que sus compañeros profesaba auténticamente una fe casi religiosa en la doctrina de su maestro. Creían en el progreso que éste les prometía, aunque no lograban definir sus características:

Contemplando por otra parte el estado actual de la sociedad y viéndola oscilar entre un pasado que se aborrece y un porvenir que no se ve claro aún, presentar los encontrados caracteres, propios de las épocas de crisis, ser el teatro de desencadenada tempestad, que destrozará amenaza las delicadas flores de la moral; época cuyos matices crepusculares inspiran ilusiones de supervivencia a los últimos representantes de una filosofía agonizante, y motivos de volterianas carcajadas a la misantropía escéptica, hemos creído que sólo el método científico, franca y explícitamente aplicado al estudio de los fenómenos sociales, sería la segura panacea de los presentes males, sería el iris de serena paz, que marcará el fin de la tormenta, que sólo el sol de la ciencia haría desaparecer con sus vívidos rayos los postremos fantasmas ontológicos que sombrean aún las más elevadas regiones del saber humano.¹⁰

Lo único cierto, lo único seguro en que podrían apoyarse para modificar sus circunstancias históricas era el método positivo, y a su servicio encaminó talento y energía.

El que hacer para un futuro, cimentado desde luego en dicho método, no se perfilaba fácilmente. Desde esta primera etapa de la producción intelectual de nuestro autor, podemos percibir el franco reto de un positivista por excelencia a los dos grupos sociales contra los que habrían de dirigir su capacidad combativa. Por un lado la amenazante presencia de una filosofía agonizante, cuyas últimas energías no dejan de representar un obstáculo de importancia para el pleno desarrollo de la etapa positiva; por otra parte, el grupo jacobino, quizás el enemigo más peligroso, cuya inspiración volteriana les impedía someterse al orden por el que pugnaba esta nueva filosofía, que en México, al igual que en su país de origen, tendía a efectuar un movimiento de reacción en pro del bienestar de un grupo social, la burguesía, recientemente adueñada del poder político, y cuya supervivencia predominante debía garantizarse a cualquier precio.

Parra, en esa introducción a los Anales de la Asociación profesa públicamente su filiación positivista, así como su inagotable respeto por la figura del maestro:

Tal creencia dictó a nosotros con el irresistible acento del mandato, el deber de consagrarnos con no interrumpido empeño a la cultura de tan fecundo método, y como no nos sintiéramos bastante familiarizados todavía con el manejo de tan poderoso instrumento intelectual, acordamos hacer nuestros ensayos, bajo la sabia dirección del eminente pensador con cuyo nombre se honra la sociedad que con tal fin instituímos; él, que tuvo la gloria de importar a nuestra patria el símbolo de la más adelantada de las filosofías; él, que durante diez años ha sostenido una lucha de titán, con el fin de plantear entre nosotros un sistema de educación general y uniforme..., él, que guió nuestros primeros pasos en tan fértil vía, era el único a quien recurrir debiéramos, para que dirigiese los subsecuentes; como era de esperarse de su afán por el cultivo del método científico, aceptó la presidencia de nuestra asociación y consintió en honrarla con su nombre. ¹¹

Efectivamente, como anunciaba Parra, Barreda desarrolló en la Asociación Metodófila una rigurosa labor de enseñanza y tutela orientada a la óptima aplicación del método por este grupo de jóvenes iniciados, cuya posterior labor, como corifeos de la doctrina, será de suma importancia no sólo en el ámbito educativo, sino en la política porfirista donde el positivismo alcanzó manifestaciones de primer orden.

Inclusive el mismo Porfirio Parra fue seriamente censurado por Barreda en uno de los trabajos que aquel presentó para la Sociedad, denominado Las Causas Primeras, y en el que sustentaba una dura crítica de las filosofías que defendían su existencia, a la vez que le servía de punto de partida para desarrollar un planteamiento defensivo del método positivo, camino único y adecuado para adentrarse en la esencia de los fenómenos naturales, así como en el conocimiento de la ciencia social.

Barreda reconoció las innegables cualidades de dicho trabajo; mas reprobó el punto relativo a la aplicación del método efectuado por su discípulo, por lo que le calificaba como un trabajo de índole sectario, ya que su autor, lejos de intentar establecer demostraciones irrefutables producto de la experimentación, únicamente se concretaba a afirmar el valor de las experiencias frente al conocimiento a priori que se funda en la existencia de las causas primeras.

Las palabras literales de Barreda corrigiendo la tesis de Parra son las siguientes;

...como se ha presentado es un trabajo de secta, y no adecuado para convencer a los que sean de opinión contraria... para nosotros es tan obvia la verdad de los principios que profesamos, que la redacción de la memoria está bastante buena, pero para los que no tienen la misma convicción no está adecuada, se necesita demostrar que nuestra doctrina es buena y fecunda, como lo ha demostrado el Sr. Parra, y en seguida probarles que la suya es insuficiente, infecunda y por tanto mala. Pues es claro que nuestra idea no debe hacernos mutuamente coro, sino ganar prosélitos. ¹²

Llama nuestra atención que el trabajo de Parra, al que Barreda se refiere en términos tales, sea considerado por Emeterio Valverde Téllez, tenaz enemigo del positivismo, como hemos anotado con anterioridad, uno de los más brillantes sobre el tema, aunque claro está, critica ferozmente las conclusiones del mismo:

Desde las primeras sesiones se trató el punto de las Causas Primarias, para llegar a la estúpida, por no terminar la palabra de otro modo, conclusión de que Dios entra en lo desconocido e inaccesible a la razón positivista, y que los argumentos teológicos y metafísicos no son de atenderse. El principal trabajo sobre esta cuestión fue el del Dr. Porfirio Parra. ¹³

Barreda se aplicaba a la crítica de sus discípulos y a la enseñanza de su filosofía con más ardor que sus mismos enemigos: de una manera rigurosa y metódica, pues conocía,

por los duros juicios que ya para estas fechas se hacían oír, que la supervivencia de la doctrina dependería del mayor grado de preparación adquirida por sus seguidores y de la capacidad de éstos para defender un credo, cuyas bases doctrinarias afectaban tan duramente a dos grupos sociales de primer orden, los reaccionarios y los jacobinos radicales. Por tanto, no podía desfallecer en esta última etapa de su proyecto educativo. Los futuros predicadores del positivismo debían de contar, ante todo, con la capacidad de convencimiento que impidiera el ocaso de su doctrina.

Una vez más, Barreda acertaba en las medidas seleccionadas para coronar exitosamente sus planes. Logró inculcar en esta generación un sentimiento extremo de fe y confianza en la doctrina positiva; sentimiento gracias al cual sus seguidores pudieron contrarrestar y aun trascender la fuerte corriente que contra dicha doctrina se desencadenó posteriormente. Parra, como representante idóneo de este grupo de alumnos, encarna esa profesión casi religiosa, tanto por el ejemplo vivo del maestro insigne, como asimismo por las sabias enseñanzas de éste.

Las exposiciones en que dicha actitud queda manifiesta a lo largo de la obra de nuestro autor son múltiples; por tanto he seleccionado alguna de las citas que nos han parecido más adecuadas para ilustrar los sentimientos a que anteriormente aludimos y que, en cierta medida, representan uno de los puntos característicos de Parra, ya que como él, lo hizo, ninguno de los epígonos de Barreda honró al maestro:

¡Cuán de lamentarse es que las muchas atenciones a que consagró su laboriosa vida la hayan privado del reposo necesario para escribir sobre la materia un tratado, en que hubiera vertido los tesoros de saber que prodigó en su clase, y condensado en lumí-

neo foco de haces de luz que en forma difusa se dispersaron en el ámbito del aula. Es verdad que algunos discípulos fieles y laboriosos tomaron taquigráficamente sus lecciones, y aun se han publicado ediciones de ellas. Pero lecciones tales son como las plantas conservadas en un herbario: se ve el tallo, se ven las hojas, se ven las flores; pero la planta está muerta, los colores se marchitaron y se desvaneció el perfume. Así sucedió con las lecciones de Barreda, se perdieron con la vigorosa cabeza que las discurrió, con aquella cabeza vasta y sólida en que cupieron holgadamente las ciencias matemáticas, las ciencias naturales, las ciencias filosóficas y aun quedó en ella lugar para vivos focos de afecto e inagotables manantiales de firme y perseverante voluntad.¹⁴

Dotado Barreda de un espíritu lleno de sagacidad y de gran independencia y originalidad, y disciplinado por estudios variados y sólidos, pues antes de optar por la carrera de médico había adelantado bastante en la de Jurisprudencia; habiendo crecido y desarrollándose en un teatro de lucha y de renovación intelectual, habiendo presenciado de cerca los crecientes progresos de la medicina experimental, y estando dotado de recto juicio y gran circunspección, no podía menos de ser un práctico consumado de su arte, y efectivamente lo fué.¹⁵

Analiza Parra brevemente los nuevos métodos clínicos utilizados por su maestro en el campo de la Medicina, que por su novedad contrastaban con las prácticas tradicionales ejercidas por sus colegas; aplaude la tesis barrediana de otorgar al organismo enfermo la mayor fuerza física posible, para que éste recobrara parte de su vigor, con lo cual atacaba el criterio médico aceptado en la época, de someter al paciente a una serie de dietas y prácticas que en última instancia le agotaban totalmente, haciendo más difícil su curación.

Uno de los puntos que más le disgustaban de la práctica reinante en su época era la dieta cruel a que se condenaba al enfermo, al cual se sometía a un régimen verdaderamente fálmico, pues no se le daba más que tacitas de atole.¹⁶

Inclusive, el maestro Parra, siempre tan mesurado en sus apreciaciones, llega a mani-

festar abiertamente su resentimiento hacia una sociedad cuyos graves prejuicios e ignorancia le impidieron reconocer las cualidades de Barreda, a quien le negó confianza y reconocimiento y en contrapartida, atacó con todo tipo de argumentos:

Difícil es que en las ciudades populosas, que en las grandes capitales en que pululan multitudes ignoras o gentes llenas de preocupaciones, un espíritu independiente e innovador, que no se pliega dócil a las exigencias y caprichos del público, que posee conocimientos universales, y se ciente con vuelo poderoso en los dominios de la abstracción, pueda llegar a ser un médico de moda.¹⁷

Probablemente en donde más claramente podemos comprobar el profundo afecto de Parra hacia su maestro es en el trabajo denominado "Gabino Barreda" elaborado por nuestro autor en 1909 en memoria del eminente filósofo, del cual transcribimos a continuación un interesante párrafo:

Los que con el haz luminoso que irradia su espíritu privilegiado alumbran el difícil sendero que conduce al porvenir; los que con el corazón henchido de amor y la frente preñada de ideas, siembran por donde van la verdad y el bien; los que enuncian en cada palabra una verdad, y realizan en cada acción una tentativa para dar carne al ideal que llevan en su alma, esos no mueren, esos no pueden morir, pues al desaparecer del limitado círculo de nuestros sentidos, viven perdurable vida en los ámbitos sin fin del espíritu, y si se desvanecen en la realidad objetiva, resurgen nimbados de luz en la existencia subjetiva. Gabino Barreda perteneció a esa categoría de seres privilegiados. Dotado de facultades gigantescas que en feliz equilibrio se armonizaban, consagró los fugaces minutos de su existir a alcanzar la verdad y el bien: amó a la ciencia porque es arca y semiente de aquella, la cultivó para ilustrar su espíritu y encaminar su acción hacia la ejecución de éste; la enseñó para redimir otras almas de la servidumbre de la ignorancia, y para levantarlas a las excelsas regiones de la luz, convirtiéndolas así en focos vívidos que el saber difundiese, en ecos sonoros que reprodujeran por doquiera las miríficas vibraciones del gran Verbo, que revela las leyes misteriosas que producen la armonía del mundo, y señala los senderos difíciles por donde el hu-

mano inerme consigue vencer a la Naturaleza; modeló y unificó las almas educándolas en uniformes principios, ejercitándolas en la sublime gimnástica de eficaces métodos, y por esta vía intentó trocar la desunión, que esteriliza y mata, en la firme y estrecha alianza que robustece y fecunda.¹⁸

Anota que el punto culminante de su trayectoria lo representa la creación de la Escuela Nacional Preparatoria, "acto decisivo que le valió la inmortalidad y le clasificó entre los seres egregios" ¡Después de Juárez, Barreda!, palabra de Parra que representa la fórmula de su pensamiento, y continúa:

...Ambos personajes debían sucederse en el inmenso escenario de nuestra historia, para realizar de mancomún esa obra colosal que consiste en reemplazar lo vetusto y carcomido por lo nuevo y radiante: ambas figuras selectas debían completarse la una por medio de la otra, pues su misión, histórica era complementaria, y de su feliz asociación debía resultar la unidad. Juárez fue el titán que atacó de frente el pasado sombrío y no descansó hasta derribarlo en tierra, extinguido y vencido; Barreda representa en la historia al arquitecto que reedifica, que prepara el porvenir, que reconstruye.¹⁹

Después del gran político, era indispensable el advenimiento de un hombre que hiciera posible la reconstrucción, la labor positiva de reorganizar un México semi destruido por el largo período de guerras civiles e invasiones extranjeras de que había sido objeto; es pues Barreda, el hombre de la época positiva, el hombre de ciencia, el sabio que continuaría la obra del estadista; pero no por medio de la violencia como aquel había tenido necesidad de hacerlo, sino a través de pacíficas enseñanzas... en almas vírgenes, no maculadas aun por las cruentas luchas de la vida.²⁰

Prosigue Parra recordando los detalles de esos duros años en que el pueblo mexicano se autoaniquilaba sin lograr reconocer el camino que lo conduciría al orden, a la unión,

meta que había surgido tiempo atrás como elemento medular del plan político de Iturbide; pero que en esa época representaba un objetivo inalcanzable, no por falta de cualidades morales en el pueblo mexicano, a quien Parra reconoce profundos valores, sino por el lamentable estado de cosas existentes, del que nos dice:

... procedía de una mala dirección de las inteligencias, procedía de un concepto extraviado y erróneo de los hombres y de las cosas; el Sr. Barreda se propuso pues, conseguir el acuerdo de las voluntades uniformando las opiniones; haber concebido tal propósito le honra en alto grado como pensador, haberlo planteado y puesto en ejecución lo enaltece como patriota y lo coloca en el bendecido grupo de los bienhechores de la patria...

¡ Barreda fue un maestro, fue un emancipador; su palabra era la revelación de lo porvenir, el análisis de lo presente y el juicio del pasado. Mereció el bien de la patria, porque uniendo los espíritus, por medio de una enseñanza común, intentó constituir el alma nacional, redimida de toda miseria, libre de toda servidumbre.²¹

Para finalizar recordemos la dedicatoria que Porfirio Parra, como director de la Escuela Nacional Preparatoria, escribiera en el Atlas Histórico que este plantel publicara con motivo de las festividades organizadas para honrar el centenario de la Independencia, donde una vez más captamos, en toda su plenitud, la veneración y respeto que sentía por la memoria del maestro inolvidable:

Dedicamos este Atlas a las tres egregias figuras que en la primera centuria de nuestra vida como nación, promovieron, acabaron y perfeccionaron la Independencia Mexicana: A Hidalgo que, audaz y denodado, proclamó en Dolores nuestra Autonomía, rompiendo los seculares vínculos que nos unieron con la nación hispana; a Juárez que, con la clara intuición del porvenir, con la profunda perspicacia del hombre de Estado y con la imperturbable serenidad de su alma estoica, nos dió la plenitud de la libertad política, conquistó la Reforma y consolidó la causa de la República; a Barreda que, con su ciencia, con sus profundas meditaciones, con su consagración absoluta a la verdad

y al bien, perfeccionó la obra de nuestra Independencia, educando a las juveniles inteligencias en un medio exento de todo ominoso prejuicio y resumió la fecunda labor de su vida en la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria que se delinea en las páginas de este Atlas. A estos tres esclarecidos varones dedicamos con alma ferviente y corazón entusiasta esta obra artística.

Ojalá que estos tres nombres insignes, colocados en el frontispicio de este libro merced a esta dedicatoria modesta, sirvan a la juventud de perenne ejemplo de amor a la Patria y al bien.

Ojalá y sus gloriosas vidas, que tan fecundas fueron, sean para los mexicanos incentivo del amor patrio, y alto y noble ejemplo de grandes virtudes.²²

Volviendo al contenido de los escritos de Parra correspondientes a su etapa de aprendizaje en la Sociedad Metodófila Gabino Barreda, encontraremos que en las "Causas Primeras", trabajo leído en la sesión del 25 de Febrero de 1877, nuestro autor plantea importantes ideas, que por su naturaleza filosófica positiva por excelencia, colaboran, como expresamos con anterioridad a profundizar en el estudio y comprensión de dicha interesante corriente del pensamiento.

Nos dice primeramente que el problema de las causas primeras del universo, ocupó durante un largo período de la historia el sitio preferencial del sentimiento humano. Ante él surgieron las más diversas respuestas, reflejo todas ellas del nivel cultural de los pueblos que las ideaban; pero en su totalidad representativas de un período teológico, en el que se desconocía aún el alcance de la razón humana. Años después, cuando el hombre tuvo conciencia de su capacidad racional y un cierto dominio del método positivo que le apartaba insistentemente de aquellos conocimientos de "inspiración apriori,

entonces, opina Parra, este problema pasó automáticamente a un plano secundario, ya que reconoce y declara su incompetencia para resolver problemas de este género:

El hombre se declara incompetente para resolver tal cuestión, que considera de todo punto fuera de su alcance, y cosa rara, problema que a nuestros antepasados parecía fundamental, pierde en este nuevo modo de ver su importancia, hasta degenerar en cuestión pueril, estéril, sin sentido casi, sea que rompiendo con las filosofías anteriores, declaremos explícitamente con Comte la incompetencia del hombre para resolver tal problema, sea que, con Herbert Spencer creamos resolverle, cuando sólo le hemos planteado en términos claros, y demos a lo que deja entrever el significativo nombre de incognoscible.²³

Habiendo dejado perfectamente planteada en la categoría del problema en cuestión, Parra anota que por la enorme trascendencia del tema en épocas pretéritas, es necesario repasar a la luz del pensamiento positivo, las diversas respuestas que el hombre ha ideado para su relativa solución, ya que de su análisis pretendía concluir y comprobar la "incompetencia de la humana razón para juzgar la presente cuestión".

Una vez más presenciamos su tendencia a la modestia, pues confiesa su incompetencia para estudiar íntegramente tan vasto problema, por lo que expone, en dicho trabajo, tan sólo se propondría presentar de una manera general sus principales faces, evolución que para nuestro autor es paralela al saber positivo, de ahí su enorme importancia.

Sin duda, dicha tesis encaja perfectamente dentro del perfil general del positivismo, en la que, como observamos, Parra se apoya francamente en el filósofo francés Augusto Comte, y que, como sabemos, fue una de las ideas básicas esgrimidas por el positivismo mexicano para poder lograr el orden nacional que tanto anhelaba. Sólo así, adoptando una actitud de total exclusión y hasta de indiferencia respecto a los problemas de indo-

le metafísico, podría conquistarse la armonía de los diversos partidos políticos. El positivismo, en boca de Porfirio Parra, se confiesa impotente para solucionar tales problemas, y deja al hombre en total libertad individual para resolverlos según su criterio personal, siempre y cuando éste no afectase el bienestar social. Cada paso que el hombre hubiera dado para lograr esta madurez del intelecto, representaba a la vez un paso hacia el conocimiento verdadero, el positivismo, momento histórico en que consecuentemente no cabrían tales disertaciones, ya que: "si la inteligencia pretendiera aun resolverla, realizaría, en siglos de pleno y completo saber positivo, la ímproba tarea de colmar el mitológico tonel de las Danaides."²⁴

En esta reseña Parra nos brinda las diversas respuestas con que el hombre ha cuestionado el problema de su origen último, denominando a la primera etapa del mismo como "fetiquismo"*, definida por nuestro autor en los términos siguientes:

... primer sistema filosófico de la humanidad, caracterizado por la divinización de todas las cosas, cosecuencia lógica del aislamiento completo, de la absoluta independencia en que se creía a los fenómenos, entre quienes no se descubría lazo alguno; eran coexistentes necesarios de tal sistema la falta absoluta de ciencia, que fundada en buenas observaciones liga los hechos, carencia de escritura, aun imperfecta, que permitiendo anotarlos hace descubrir sus conexiones mutuas.²⁵

El advenimiento de la segunda etapa dentro de esta evolución del pensamiento del hombre, fue posible cuando los seres primitivos superaron las limitaciones señaladas, o sea, cuando el hombre adquirió una mayor capacidad de observación, a la vez que logró perfeccionar su sistema de comunicación escrita; sin olvidar que esta función mental ma

*Término utilizado por Parra para referirse a fetichismo.

yormente ejercitada, pasaba de una generación a otra superándose progresivamente.

Todo esto, nos dice, permitió que nuestros antepasados genéricos captaran la existencia de una relación íntima entre fenómenos que hasta aquí se consideraron independientes. Paralelamente a este proceso, los múltiples dioses o "voluntades" como les denomina Parra, se fueron constituyendo en grupos homogéneos, íntimamente relacionados con las agrupaciones fenomenológicas a que este incipiente método de la observación les había conducido. Es la etapa correspondiente al politeísmo, en la que el hombre continúa explicándose el orden del mundo natural como una resultante del acuerdo entre las "voluntades", y en la que considera a aquellos fenómenos, que por ser esencia proyectaban un principio contradictorio de este orden (grandes tempestades, temblores, etc.), como producto de algún desacuerdo entre los dioses.

Finalmente, el hombre, gracias a esta capacidad de observación siempre progresiva, logra llegar al tercer estadio de su evolución, y concluye que los fenómenos naturales, considerados hasta aquí independientes entre sí, respondían a un principio de unidad o "lazo general". Abstracción tan importante lo conduce de una visión del mundo politeísta al monoteísmo, que en sí representó un gran paso dentro de la evolución del pensamiento. Citemos las palabras textuales de nuestro autor, que como en tantas ocasiones son verdaderas manifestaciones de fe positivista:

Continuando el hombre en esta vía, pudo llegar hasta el último grado de perfección a que se presta tal sistema, a establecer una inducción mejor, esto es, basada sobre más y mejores observaciones, a hacer una generalización menos incompleta, cuando abrazando, aun superficialmente, toda clase de fenómenos, se encontró entre todos un lazo general, que hizo posible la re

ducción a una sola voluntad, de todas las que antes se consideraban independientes. Altamente progresista tal conclusión, supone un ensanchamiento enorme en el campo de la observación, por primera vez hace vislumbrar al hombre el encadenamiento general de los fenómenos, a través de su aparente independencia, revela un fondo de unidad, bajo la apariencia protéica de la naturaleza no son ya varias las voluntades independientes y autónomas que rigen al mundo, es una sola que se considera causa primera y final del universo.²⁶

Así llegaba Parra al período denominado por los seguidores de Comte como etapa teológica, directriz del pensamiento del hombre durante largos siglos; pero paralelamente a este sistema filosófico, observa dicho autor, surge otros que lentamente se va perfeccionando y cuyo representante más remoto fue Aristóteles. Esta filosofía, la Positiva, pierde su interés respecto al problema de las causas primeras, y guiando a la razón humana por el método científico de la observación y experimentación, se propuso la conquista lenta, pero constante del conocimiento verdadero, no sólo del mundo externo, sino aun de la propia naturaleza física y social del hombre mismo.

Desarrolla Parra a continuación la evolución seguida por este conocimiento positivo, que, desde luego, por la complejidad de su naturaleza, tardó largos años en llegar a su plenitud. Parte, según su punto de vista, del conocimiento de aquellos fenómenos que por su simplicidad, generalidad, relaciones numéricas evaluables, su frecuencia que hace trivial su observación, exigen para su estudio métodos relativamente poco complicados, y procedimientos casi exclusivamente lógicos.²⁷

Con el conjunto de leyes que los rigen, constituyéronse las Matemáticas, la Mecánica y la Astronomía, posteriormente la Química y la Biología, que hicieron posible el cono

cimiento del mundo orgánico. Parra constantemente enfatiza el aspecto progresivo de la vida misma, pensamiento a todas luces medular dentro de la corriente filosófica que nos ocupa:

... clasificando sus innumerables seres encontróse en ellos el gradual y progresivo desarrollo de la actividad vital, en constante relación con la complicación creciente de sus organismos; no pudieron considerarse ya como seres aislados entre sí y del resto del mundo, sino como términos de una serie no interrumpida, ramificada y de continua y creciente complicación, que por graduaciones insensibles permitían pasar desde los fenómenos simples, y en apariencia inertes del mundo inorgánico, hasta los más elevados y grandiosos de la inteligencia del hombre.²⁸

El ser humano, así considerado por el Positivismo, había sido conquistado para el estudio científico desde su aspecto orgánico; pero faltaba aún la disciplina que se encauzara a su aspecto psicológico, surgiendo de la observación metodológica correspondiente la ciencia de este nombre, y en consecuencia la proyección social de la misma, fundándose la Sociología.

De esta manera, el conocimiento positivo había llegado a su absoluta plenitud, y gracias a las diversas disciplinas científicas antes citadas, se había podido constituir un conjunto de verdades relacionadas entre sí: "... y, fundando la sociología, se unificó al fin el conjunto de nuestro saber en una vasta síntesis filosófica, en que doctrinas homogéneas, métodos uniformes y adaptables al grado de complicación del asunto, dominan toda clase de fenómenos, y dan a la razón el más fiel y experimentado de los criterios."²⁹

Empero el objetivo que Parra se proponía en dicho trabajo era mucho más ambicioso que deja, como lo ha hecho, perfectamente bien aclarados los diversos pasos que el hombre

tuvo que dar para lograr el dominio del método positivo, como fuente del conocimiento, sino que intentaba además demostrar lo absurdo, en plena etapa positiva, de ocuparse de problemas metafísicos, mismos que por su naturaleza quedaban fuera de la percepción sensorial, base de todo conocimiento, y que por su categoría de verdades absolutas caían en el área del absurdo.

Estableciendo como lo hemos hecho, nuestra incapacidad de poseer nociones absolutas, entre las que se cuenta la de las causas primeras, habremos demostrado lo ociosa que es toda investigación sobre este asunto; si termináramos aquí, pudiera creerse que la ciencia sólo prohíbe en este asunto la investigación, y que tolera la solución que de a estas cuestiones la conciencia individual; pero si examinamos la idea de causalidad científica y hacemos resaltar cuán opuesta es a ella la que implica la cuestión que nos ocupa, que supone la investigación de la causa eficiente; mostraremos que así por el carácter de sus doctrinas, como por el severo criterio de sus métodos, es la ciencia esencialmente hostil no solamente a toda averiguación, sino a toda solución, sea cual sea que se formule sobre este asunto.³⁰

Sabemos que el Positivismo, como corriente filosófica, fue adoptado por la sociedad mexicana de fines de siglo, debido a que respondía plenamente a los intereses de clase de la burguesía nacional, recientemente encumbrada a los niveles políticos más altos. Este grupo, una vez adueñado del poder, necesitó de una ideología tal que le asegurara su permanencia en el mismo, y el positivismo se ajustó maravillosamente a esta tarea. Ambos, Estado y doctrina filosófica ambicionaban lograr un ambiente de orden y paz. Sólo mediante este camino llegaría cada uno a sus respectivos fines simbolizados en la promesa de progreso sin límite; mas para que todo ello fuera una realidad, el estado debía adoptar una actitud abstencionista, al margen de toda respuesta metafísica y teológica. Este es pues en el fondo el sentido filosófico de la idea de Parra expresada

en el trabajo citado, al excluir totalmente de la esfera científica racional tales problemas que en un momento histórico aún tan explosivo pudiera provocar la ruptura entre los diversos grupos, y por tanto reducir a la nada el esfuerzo por lograr la armonía política nacional.

Para finalizar, Parra muestra su confianza en los grandes logros alcanzados por la dictadura porfirista, representados en el franco progreso industrial del régimen, síntoma inequívoco del ascendente camino a que conducía la práctica de la doctrina positivista, sobre la cual y como acostumbra tan apasionado discípulo, nos hace de nuevo la más ferviente de las definiciones:

Vasta será nuestra práctica, como empíricamente lo demuestra el progreso industrial de nuestro siglo, en relación con el científico; nuestra doctrina es como toda verdad, en alto grado regeneradora y progresista; ella se funda en la demostración, base de toda convicción duradera, desafía al tiempo que sólo puede engrandecerla y consolidarla, unirá a los hombres con lazo espiritual indestructible, hará que la conciencia de la humanidad imperecedera se identifique con la conciencia individual. Así realizará el hombre los grandiosos destinos que le están reservados en el futuro, destinos tan esplendentes, que apenas vislumbrados por nosotros como la rosada aurora del día de la humanidad, nos comunican sublimes emociones, nos atraen con magia irresistible, y nos inspiran fuerzas para continuar el laborioso estudio de tan fecundas doctrinas, y emprender su lenta, difícil, aunque segura propaganda.³¹

Indudablemente que el joven Parra, preparado de esta forma, cumpliría sobradamente con la consigna de Barreda. Era consciente, como él mismo lo confiesa, de la lucha ardua que le esperaba; mas tales previsiones no le amedrentaban, sino por el contrario, le servían de acicate para superarse constantemente y poder así enfrentar las corrientes contrarias que intentarían destruir la labor iniciada por Gabino Barreda.

ETAPA DE MADUREZ

Muy pronto, Porfirio Parra, habiendo conquistado simpatía y reconocimiento del maestro Barreda, ocuparía su lugar en la cátedra de Lógica. Aunque breve, tal etapa representa, desde nuestro punto de vista, el umbral de la madurez intelectual de nuestro autor, como representante y heredero de la corriente filosófica que iniciara Barrera doce años atrás. Indudablemente que el haber sido elegido por éste para continuar tan importante misión, refleja con absoluta claridad el especial afecto que por sentía el maestro, quien obligado a partir en misión diplomática rumbo a Europa, veía ante sí la posibilidad de que se desplomara su obra de años.

Muchos deben haber sido, sin duda, los elementos que Barreda sometió a su consideración, decidiéndose finalmente por su joven alumno, Porfirio Parra, como inmejorable continuador de su obra.

Parra, primero en la cátedra y después desde otros foros, luchó incansablemente contra aquella ola gigantesca de ataques que amenazaban la existencia del sistema educativo implantado por Barreda y que a veces alcanzaba a su mismo fundador. Desde que éste le confiara la defensa y continuidad de su obra educativa en 1878, los esfuerzos de nuestro autor en pro del cumplimiento de su misión fueron múltiples, y podríamos afirmar que su labor en dicho sentido no claudicó hasta el momento mismo de su muerte.

En el capítulo anterior pudimos comprobar cómo el nombre de Porfirio Parra fue asociado, por sus contemporáneos, con la ideología positivista de la Escuela Nacional Preparatoria; en épocas adversas, sus enseñanzas continuaron impartándose aún fuera del

plantel, como nos narra don Miguel V. Avalos, quien fuera su alumno en este período de duras pruebas. Parra, instado por un grupo de estudiantes, mantuvo viva la doctrina barradiana, cumpliendo con ello la misión que su maestro le confiara:

Hasta que un grupo de impacientes y ardorosos hicimos más fuera de esta casa, con libertad completa quisimos ser vuestros discípulos y adornándonos con la ingenua presunción de los sanos aun de cuerpo y alma, y con el entusiasmo de los años primaverales, con el nombre de socios de una agrupación a la que llamamos "virtus" ... acudimos a vos de quien recibimos con indecible afán las primeras enseñanzas de la disciplina positiva.³²

Y así continuó durante treinta largos años, los cuales, en términos generales, transcurrieron en lucha constante y creciente contra los enemigos del sistema educativo positivo, quienes utilizaban todos los medios posibles para patentizar su encono.

La Libertad del 13 de Febrero de 1878, cita un artículo publicado con anterioridad por La Patria, en el que este último acusaba duramente al sistema preparatorio, y en cuyo texto se afirma lo siguiente:

Además de acumular trabas y obstáculos en la Escuela Nacional Preparatoria, dizque con el laudable intento de hacerlos enciclopedistas; además de recusarles certificados de establecimientos foráneos, con todas las formalidades legalizadas; además de maniatarles su indiscutible libertad de conciencia, obligándolos a beber las aguas de la ciencia en determinadas fuentes; además de cercarlos por todas partes de escollos y dificultades, ¿todavía se les quiere arrebatar el mezquino pan de civilización que el Estado les proporciona, en cumplimiento de un ineludible deber?³³

El artículo anterior nos da una idea del tono agresivo que desde esta época se hacía oír contra el plantel, situación que para fines de 1880 había alcanzado niveles extremos, repitiendo inclusive en la persona de Parra, quien fue separado de la clase de Lógica por sus ideas radicalmente positivistas; y que posteriormente motivó que la Secretaría

de Justicia e Instrucción Pública, por acuerdo presidencial, suprimiera el texto de Bain, e impusiera en su lugar el de Tiberghien, cuya doctrina básica, de carácter espiritualista, era por consiguiente contraria a la imperante hasta entonces en la cátedra de Lógica.

Las razones que se esgrimieron en la adopción de dicha resolución fueron básicamente de carácter moral, ya que se consideraba al positivismo, como hostil a las religiones, lo que alarmaría profundamente a la sociedad, puesto que el escepticismo religioso que producía dicha actitud provocaría a su vez un sinnúmero de factores negativos para el futuro bienestar de la sociedad, tales como suicidios, duelos, actos de insubordinación, vicio y libertinaje; manifestaciones delictuosas que se habían acrecentado a partir de la introducción de la corriente positiva como elemento medular de la enseñanza media superior.

Nuestro autor, símbolo y representante de dicha Filosofía en el proceso educativo nacional, estaba obligado a defender sus ideas en justa respuesta a la intensidad con que eran atacados. El éxito mayor o menor que pudo lograr ante un reto de tal importancia es obvio. Parra posteriormente retorna triunfante a dicho plantel, el cual continuó siendo durante largos años el baluarte del positivismo. Su mérito, como continuador de dicha doctrina, es indudable, independientemente de los valores de ésta como alternativa filosófica preponderante. De cualquier modo, nos dice Moisés González Navarro, Parra sustituyó a Barreda, patriarca de los positivistas mexicanos.

Afortunadamente contamos con múltiples fuentes que ya por provenir de algún autor con

temporáneo, o ya del mismo Dr. Parra confirman objetivamente la intensiva labor de nuestro autor en el sentido que anotamos con anterioridad; oigamos los siguientes ejemplos representativos por corresponder a los años críticos del periodo en que extremó sus esfuerzos para que continuase la enseñanza preparatoria dentro de los moldes barredianos. Parra expone lo que sigue:

Dotado de inteligencia poderosa, de admirable dialéctica, de asombrosa instrucción, de actividad sin ejemplo, de infatigable constancia, ornado, en una palabra, con los dones tan raros cuanto preciosos del apóstol, el Sr. Barreda es entre nosotros el ferviente sostenedor de fecundas y variadas ideas que simbolizan el progreso, que le condensan en preciosas fórmulas; ha luchado con titánica energía con las dificultades sin cuento que impedían la realización de sus luminosos programas, ha sido constantemente el blanco de los emponzoñados tiros de ruines adversarios.

Las armas de todo género, incluso las de mala ley, se han esgrimido sin cesar contra el grandioso plantel que, honrando nuestra patria, sintetiza las fructuosas reformas de nuestro pensador: el reptil de la calumnia, dispuesto siempre a morder la planta del gigante, ha desahogado su importante rabia tratando de empañar con su hálito venenoso la limpia reputación de nuestro maestro.

¡Corruptor de la juventud! he aquí el dicitario tan antiguo como miserable con que ha tratado de zaherirle, ¡He aquí el arma con que los serviles adoradores del pasado sueñan herir de muerte los gérmenes benditos del progreso, he aquí el dique que oponer quieren a su majestuoso curso, arma dolorosa que hiere a quien la esgrime, quimérico obstáculo aniquilado al primer embate del impetuoso torrente...

Más feliz el Sr. Barreda que otros sus eminentes predecesores, ha tenido la satisfacción de ver marchitarse una por una las esperanzas que de impedir la realización de sus trascendentales reformas, abrigaban sus encarnizados enemigos, de ver germinar y crecer al calor de su cultivo, la fecunda simiente de sus sabias doctrinas, que profundamente impresas en la juventud mexicana, brindan a nuestra patria ópimos frutos. ¡Sublimes doctrinas que

enlazan la nueva generación con el vínculo indisoluble de las ideas, y matan en su germen la cizaña maldita de las fratricidas luchas que han desgarrado el seno de nuestro desventurado país! ¡Benditas doctrinas, que prestan a la moral el robusto apoyo de la demostrabilidad de sus excelsos principios, que honran la inteligencia, substituyendo a la fe ciega la más profunda convicción, hija de la rigurosa prueba! que tan levantados rasgos lleguen a caracterizar una época, y que resultados tan incalculables se producirán, y que transformación tan completa y regeneradora nuestra faz social experimentará; entonces, perteneciendo todos a la misma comunión intelectual, nos sentiremos verdaderamente hermanos, entonces lucirá en todo el esplendor de su magnífico cénit la obra magna del Sr. Barreda. Recibe, entre tanto, sabio maestro, las bendiciones de la juventud que formaste, que se siente dichosa al anunciarte que tu elevado pensamiento se verá realizado; que contempla en tí el maestro a quien respeta, el sabio a quien admira, y el bienhechor apóstol a quien bendice.³⁴

Algunos años más tarde (1882) nuestro autor se verá comprometido en una de las polémicas ideológicas más importantes de su época. Don José Ma. Vigil, incansable defensor de las ideas liberales, y en contrapartida, acérrimo enemigo del positivismo, inició a través de su revista filosófica un análisis crítico de la doctrina barrediana, postura a la cual respondió Porfirio Parra en El Positivismo, publicación en la que fungía como director; réplica de profundo interés para nuestro estudio, ya que por una parte comprueba la difícil y onerosa labor efectuada por Parra, así como también refleja aquellos elementos básicos de su posición ideológica.

Consideramos que la polémica "Parra-Vigil", por otra parte, representa una de las críticas más penetrantes formuladas contra la doctrina sustentada por Porfirio Parra, quien en ciertos momentos presenta una imagen bastante vulnerable, ya que los argumentos esgrimidos por don José María Vigil proceden de un intelecto que dominaba la materia con un lujo de detalles extraordinario y que, sin lugar a dudas, al igual que otros opo-

entes al credo positivista, logró una mayor penetración histórico-social respecto al carácter dudoso de dicha filosofía como estructura base de la paz nacional.

Consciente don José Ma. Vigil de la enorme trascendencia del Positivismo como base de la estructura educativa mexicana, pretende comprobar públicamente el gran riesgo que corría el país al sostener tan nefasto sistema.

La primera acusación que esgrime Vigil contra dicha doctrina es la carencia entre sus más importantes exponentes de un fondo verdaderamente homogéneo de verdades, pues opina que existe entre ellos una verdadera anarquía ideológica, muy lejos, por tanto, de poderse constituir en base y estructura del orden nacional anhelado.

Por otra parte, objeta que aunque el Positivismo dice concretarse a los hechos, cae en terribles contradicciones, ya que la existencia de Dios, por ejemplo, aunque de naturaleza inmaterial, es un hecho que forma parte de las vivencias del hombre y, en cuanto a tal, no debe ni puede ser negado arbitrariamente. El Positivismo, al caer en una negativa de esa índole, se contradice como doctrina.

Parra, un tanto indignado ante las impugnaciones que le hace Vigil, comenta que una vez más dicho autor cae en el error clásico de los enemigos del Positivismo, doctrina que no niega el hecho de la existencia de Dios, sino tan sólo se abstiene de su afirmación: "No afirmar no es siempre negar", y con este argumento Parra intenta destruir los juicios críticos de Vigil.

Esta actitud tibia, intermedia, esgrimida por el portavoz más conspicuo de nuestros po-

positivistas, dio lugar a uno de los mayores sarcasmos para aquellos que pretendían mediante esta corriente filosófica sentar las bases de la armonía política. Había que impedir a toda costa que continuase el desorden, y esto sólo se llevaría a cabo por medio de una doctrina cuyas bases fueran patentes para todos; por tanto, se niega cualquier tipo de discusión sobre determinados puntos en que los individuos pudieran estar en desacuerdo. Tal era el caso de las Causas Primeras; mas precisamente esta actitud neutral adoptada por los positivistas mexicanos motivó el desacuerdo general de la sociedad. Liberales y católicos reprueban al unísono este aspecto del positivismo, contra el cual desencadenaron sus más fuertes críticas.

Continúa Vigil en su análisis crítico de la doctrina, tomando a Porfirio Parra como representante simbólico de la misma y a quien acusa por la poca importancia que da a las divergencias existentes entre los positivistas:

... y le basta haya una base común formada del conjunto de negaciones a que nos hemos referido, para considerar que las doctrinas divergentes de su escuela forman un todo compacto y homogéneo. Reducido, según sus mismas palabras, a una simple forma, vacía de todo valor específico, en el positivismo podrán caber las doctrinas más opuestas y contradictorias, sin turbar por eso lo compacto y homogéneo de la escuela, podrá afirmarse y negarse la idea de causa, podrá afirmarse y negarse todo, siempre siendo positivista, siendo siempre miembro ortodoxo de una escuela que viene a repetir en nuestro tiempo el proloquio de los antiguos sofistas, todo es verdad y todo es mentira.³⁵

Parra rearguye que si bien es cierta la existencia de diferencias entre los pilares del positivismo, tales desacuerdos no tienen importancia capital, pues lo que verdaderamente importa en dicha corriente filosófica es el método y su aplicación, mas no sus conse-

cuencias.

Finaliza Vigil, según términos del Dr. Zea, expresando que:

... o los positivistas mexicanos aceptan la doctrina del positivismo, y entonces caen en contradicciones, o no las aceptan, declarando no ser positivistas. En cualquier forma quedaba demostrado que el positivismo no era una doctrina adecuada para educar a la juventud de México: si se seguía la doctrina, sólo confusión podía originar; pero si se le limitaba al método, éste nada tenía de positivo, no era sino una forma más del empirismo y sensualismo.³⁶

Parra, no aceptando el calificativo de doctrina empírico-sensualista con que Vigil califica al positivismo, intenta soslayar el asunto aferrándose a la idea de que la esencia de los positivistas mexicanos radica en su aplicación del método, indiferentemente inclusive de su contenido filosófico.

Por último, Vigil termina negándole al propio Parra su calidad como filósofo positivo:

Desengáñese el Sr. Parra -dice Vigil-; su separación del gremio es y será un hecho efectivo, a pesar de todas sus negaciones, mientras se mantenga en pugna, que por lo demás aplaudimos, con el sensualismo y el empirismo.³⁷

Además, continúa Vigil dirigiéndose a Parra, en su afán de:

... evitar un escollo, ha despojado usted a la escuela de su parte trascendental, de su significación sustancial y positiva, resultando que sin querer definir el positivismo y con las mejores intenciones, tal vez, le ha asentado usted un tiro de muerte, colocándose por ese mero hecho fuera del gremio.³⁸

Vigil toma como punto fuerte de esta crítica a la Filosofía Positiva, su carácter negativo, ya que al encerrar al hombre en el círculo siempre estrecho del empirismo y el sensualismo, no le acepta otras fuentes de conocimiento salvo las que le brindan los sentidos, lo cual significa aceptar que no es capaz de otro tipo de conocimiento. Actitud tal repre

sentaba para don José Ma. Vigil un verdadero dogmatismo materialista en lugar del teológico que antes regía, y desde este punto de vista, concluye: la educación positiva es anticonstitucional, pues al igual que la teología tradicional, se basa en un solo criterio, el materialista.

Obviamente Vigil logró en esta interesante polémica una exactitud y clarividencias muy lejanas a la dogmática posición de Parra, quien encasillado en su afán de sostener la quimera positivista del orden y el progreso, fue perdiendo paulatinamente toda capacidad crítica de su realidad, así como de su futuro inmediato, quedando finalmente atrapado por sus mismas ideas.

Y continuando nuestro estudio de la obra de Porfirio Parra como defensor incansable de la doctrina Positiva, nos encontramos con un pequeño trabajo de dicho autor, publicado en 1908, denominado La Escuela Nacional Preparatoria y las críticas del Sr. Dr. Francisco Vázquez Gómez, donde una vez más refuta valientemente los ataques que dicho profesionista había dirigido al plantel tan querido y por consiguiente a la doctrina positiva.

El contenido de la obra, escrita y publicada a unos pocos años antes de su muerte, nos muestra que el Parra de 1908 continuaba incansable, como el primer día, su ardua labor. Nada había cambiado en su ánimo desde los lejanos tiempos en que Barreda le dejara a su cargo la continuidad de su obra, sino, por el contrario, su pasión doctrinaria, acrecentada al extremo, llegó como dijimos anteriormente, a hacerle perder la conciencia de su realidad político-social, como podremos comprobarlo en las siguientes líneas, en

que Parra critica el pesimista cuadro que sobre la situación de México expuso Vázquez

Gómez en su "Estudio Crítico":

Se lanza el ágil buzo por entre la masa salobre del Océano, y sólo encuentra un cuadro desolador. La nación mexicana, según la pintura torva y sombría del autor del folleto, se encuentra en la condición más lamentable; todo lo bueno que hay en el país: las grandes industrias, las cuantiosas empresas agrícolas, los ferrocarriles, todo pertenece a los extranjeros, y el mexicano, extranjero en su propia patria, solo puede aspirar, cuando bien le vaya, a posiciones secundarias y mezquinas. "Nuestro papel por más que nos pese, será cada día menos importante en nuestro país: (dice el Sr. Vázquez Gómez al fin de la página 54 del folleto) y nuestra situación como pueblo, cada día mas anómala, hasta un término cuya forma y modo escapan a nuestra previsión."

La pintura es de brocha gorda, y no acredita a su autor de sociólogo; pero en fin, algo hay de cierto en ese cuadro tenebroso... Desde hace unos treinta años, en que una administración vigorosa y hábil logró establecer la paz, ha comenzado un trabajo de reorganización lento y difícil, pero bastante acentuado ya para que se puedan considerar conjurados, y en vía de regresión, los males de antaño.³⁹

Así Parra, fiel defensor del Positivismo y quizás el más apasionado de sus practicantes, se negó a aceptar la realidad que nuestro país venía experimentando y se hacía patente en la primera década del siglo XX, llegando a tachar de absurdo a quien, con mayor penetración crítica, presentía la grave crisis a la que aceleradamente se acercaba el México de fines del Porfiriato.

Quien tantas veces clamó por el análisis objetivo de los fenómenos, excluyendo todo tipo de fanatismo apriorístico, cayó en el mayor de ellos; su fe ciega en el Positivismo le impidió valorar los problemas que día a día surgían imperantes, propugnando un cambio en la esencia político, social y económica del país. Porfirio Parra no quiso o no pudo

enfrentarse a su realidad, defendiendo hasta el último momento las cualidades, para él incomparables, del método positivo.

En 1914, don Valentín Gama, rector de la Universidad de México, en la ceremonia en que tomó posesión de dicho cargo, expone, refiriéndose a la historia de la educación en nuestro país, que la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria constituyó en dicho proceso un importante paso hacia adelante; mas nunca lo consideraría como el término último del mismo, ya que sus principios habían fracasado, pues en definitiva no fue capaz de realizar su objetivo más importante: la implantación del orden a través de un fondo común de verdades que disolviera para siempre la anarquía política mexicana.

UN NUEVO SISTEMA DE LOGICA

Como indicamos al iniciar el presente capítulo, incluimos en nuestro estudio como elemento de primerísima importancia la obra de Parra Nuevo Sistema de Lógica Inductiva y Deductiva, obra que coronó los esfuerzos del discípulo de Barreda en su afán de perpetuar la Filosofía Positiva. Parra, marginado desde 1880 de dicha cátedra, publicó en 1903 el texto antes citado, que aunque fue objeto de importante controversia por los múltiples enemigos de dicha corriente del pensamiento, tuvo una brillante acogida por un grupo de intelectuales, la que se manifestó claramente en la proposición del Dr. Manuel Flores, entonces director de la Escuela Nacional Preparatoria y maestro de Lógica en dicho plantel, moción dirigida al Consejo Superior de Educación Pública, con el objeto de que este organismo lo autorizase como texto oficial de dicha disciplina.

Flores se refiere a la obra en cuestión en términos de franco elogio; considera que si an

tes de su publicación Porfirio Parra ocupaba ya un sitio como "autoridad nacional" en la materia, a partir de entonces, y por las cualidades intrínsecas de la misma, se perfilaría a un nivel internacional, ya que superaba en alto grado todas las escritas hasta el momento: "... Baste decir que, dentro de las opiniones mas autorizadas y mejor fundadas, es el estudio más completo que conozco de la cuestión, especialmente entre los lógicos modernos."⁴⁰ En síntesis, concluye recomendando plenamente el Nuevo Sistema de Lógica, tanto por el método como por lo que respecta a la doctrina, enfatizando que después de haber efectuado un concienzudo análisis de su contenido:

No hay, pues, temor, de que las doctrinas del Dr. Parra extravíen ningún criterio, ni críen perniciosos prejuicios, ni hagan otra propaganda que no sea en pro de la verdad. Ninguna segunda intención lo ha animado; su libro no es libro de sectario, y la única preocupación que lo informa, es llegar a lo verdadero. Todo por la verdad, tal parece haber sido su lema, el lema de los verdaderos filósofos y de los pensadores honrados.⁴¹

Mas no fueron de este tipo todos los comentarios que surgieron ante la publicación de la Lógica del Dr. Parra, sino que también inspiró a algunos de sus más tenaces enemigos, como es el caso de don Emeterio Valverde Téllez, quien no obstante su posición contraria a la corriente filosófica expuesta por nuestro autor, reconoce francamente las cualidades de la obra:

Como historiadores del pensamiento filosófico en México, hemos tenido que ocuparnos de escritores enemigos de la Filosofía cristiana; pero, en prueba de imparcial sinceridad, hemos puesto especial cuidado en reconocer el mérito dondequiera que nos ha parecido hallarlo, y sea el primer paso que demos al ocuparnos del Nuevo Sistema de Lógica. La lectura de esta obra, en general, impresiona gratamente; porque se ve que el autor es hombre de gran talento; que es un literato que sabe manifestar sus pensamientos con frases de coruscante belleza; que es un sabio a quien son familiares las ciencias naturales; que en suma, es un filósofo que

ha observado, experimentado y meditado los fenómenos de la naturaleza; y un maestro que, como hemos dicho en otro lugar, maneja con oportunidad y destreza la comparación y el ejemplo.⁴²

Concluye este autor que si bien ofrece poco propiamente novedoso, sí en cambio logra una exposición metódica y clara, no igualada hasta entonces, por lo que recomienda incluso su estudio como "útil y provechoso".

Pero como era de esperarse en un personaje tan discutido como lo fue Parra, a raíz de la publicación de su obra surgieron también importantes trabajos críticos del mismo, entre los que destacó por su actitud radical los "Comentarios" de don Manuel Brioso y Candiani, intelectual oaxaqueño que según expresión de Valverde Téllez realizó una verdadera disección del Nuevo Sistema de Lógica, la cual publicó en el Diario del Hogar, a partir del 14 de Agosto de 1903, y leyó en el seno de la sociedad de Geografía y Estadística. Finalmente, y a instancias de diversas personas interesadas en la materia, aceptó reunir dichos artículos en un folleto, para cuya realización no faltó quien lo apoyara aun económicamente. Tal era el interés de cierto grupo por contrarrestar el efecto favorable que podría haber causado la Lógica de Parra.

En 1904 surgieron los Comentarios sobre el "Nuevo Sistema de Lógica Inductiva y Deductiva" por el Dr. Porfirio Parra, formados y publicados por el Lic. Manuel Brioso y Candiani, obra que según Valverde Téllez redujo a la nada el esfuerzo de años realizado por nuestro autor:

Cruel decepción para el autor del Nuevo Sistema de Lógica -opina Valverde Téllez- ver así despiadada y públicamente destrozado su libro, fruto de larguísima desvelos. Somos hu-

manos, la crítica siempre duele; pero más en casos como éste, en que el severo Aristarco asumió una actitud quizá en extremo autoritaria y subjetiva: a cada paso salen al encuentro expresiones como éstas; estoy conforme, no estoy conforme, estoy de acuerdo, no estoy de acuerdo, acepto, no acepto, juzgo, me agrada, según mi deseo, yo llamaría, yo diría, yo hubiera preferido...⁴³

Mas sean las palabras del propio Parra las que de alguna manera nos den una idea del contenido, calidad y objetivos que perseguía al escribir su Nuevo Sistema de Lógica.

Primeramente, atendamos a la dedicatoria del mismo, sobre la cual Ernesto Lemoine, en su estudio dedicado a la Escuela Nacional Preparatoria, expresa que es símbolo de la "pasión positiva" experimentada por su autor, "inmerso en el pasado y pendiente del futuro".

Parra, en breves pero emotivas líneas, dedica su obra a tres personalidades, a las que debía apoyo y ayuda en los órdenes "intelectual, material y afectivo". El primero de ellos, don Gabino Barreda, emblema de las generaciones pasadas; el segundo, el amigo recordado Enrique C. Creel, "uno de los más acabados y dignos representantes" de sus contemporáneos, y, por último, a su querido discípulo don Agustín Aragón, "personificación y centinela avanzado" de futuras generaciones.

Considera Parra que la convergencia de tales virtudes, así como la sucesión de sus vidas, representaban una copia de la humanidad, a la que en última instancia pretendía rendir un humilde homenaje.

En su discurso preliminar nos brinda su concepto de esta ciencia, al manifestarnos que:

La Lógica constituye una enseñanza interesantísima, y representa uno de los más soberbios monumentos levantados por la razón del hombre...⁴⁴, forma parte de los conocimientos prácticos, de aquellos cuyo objeto explícito es enseñarnos a modificar los fenómenos de la naturaleza, a encaminarnos en tal o cual dirección..., sus reglas pretenden modificar nuestro espíritu, y concretando más, que quieren obrar sobre la inteligencia, una de las facultades más nobles de aquél, y precisando más todavía, diremos que la Lógica quiere enseñarnos a ejecutar bien una de las operaciones más importantes del entendimiento, la inferencia.

Esta operación, la más elevada de cuantas el espíritu ejecuta, la que le hace pasar de lo conocido a lo desconocido, la que le da bríos para romper el cerco estrecho de lo presente, sagaz mirada para descifrar el pasado y el don sublime de anticiparse al porvenir, constituye la parte esencialmente lógica de nuestra inteligencia; las otras operaciones intelectuales que ocupan a la Lógica, no son más que auxiliares de la inferencia o medios de garantizarla.⁴⁵

Como podemos deducir por las palabras del mismo Parra, la Lógica, una de las más altas manifestaciones humanas por excelencia, es la ciencia que permite al estudiante modificar a voluntad el mundo que le rodea, y, en cuanto a tal, es una disciplina práctica, capaz de formar hombres prácticos. He aquí el carácter positivista por excelencia de la enseñanza de Lógica, cátedra que durante una época impartió el mismo Barreda y posteriormente continuó brillantemente nuestro autor, primero como maestro y finalmente a través de su tratado sobre el tema, el cual, convertido en texto oficial, fue simiente positivista de innumerables generaciones.

Aunque no entra en los objetivos del presente trabajo el elaborar un profundo y detallado análisis del contenido y estructura de la Lógica de Parra, nos permitimos citar un interesante juicio del Dr. Zea en relación con el objetivo de esta importante obra y su

interrelación con las tendencias políticas de su época.

La inferencia expresa esa operación tan cara del positivismo: saber para prever y prever para obrar. Es la operación que permite al hombre dominar y conquistar la naturaleza. El conocimiento no puede tener como fin el conocimiento mismo, sino la acción sobre lo conocido. Se conoce para dominar lo conocido. Porfirio Parra sigue en esto a su maestro Barreda, el cual se propuso acabar con el desorden social mediante la educación de los mexicanos. Era menester encauzar las desordenadas fuerzas de los mexicanos por otro camino que el político, había que encauzar sus energías hacia el dominio de la naturaleza; sólo así era posible el orden, podía ponerse término a ese desordenado gasto de energías que se perdían en la lucha de mexicanos contra mexicanos. Todas estas energías eran ahora encauzadas hacia un fin común: el confort material. Los mexicanos tendrían ahora hacia la obtención de riquezas, de ventajas materiales. Esto era lo que se perseguía con la adopción de la enseñanza sobre bases positivas. La lógica positiva tendía también a reforzar tal idea. La lógica tiene como fin, dice Parra, dirigir "nuestras inferencias, hacemos saber previamente si tenemos razón para esperar se verifique un hecho". He aquí "condensado en breve espacio el fin de la Lógica". Este y no otro era el fin de la Lógica.⁴⁶

Procede Parra a continuación a hacer una breve reseña de aquellas estructuras filosóficas que a lo largo de la historia ha generado el intelecto humano, para establecer el mayor o menor grado de validez de cada una de estas alternativas. Primeramente enmarca y analiza las características, aciertos y errores de la Lógica de la Escuela, concluyendo que fue incapaz de dirigir

... la juvenil inteligencia hacia el teatro animado y vivo en que opera el pensamiento contemporáneo, si no sugiere nociones fecundas, impregnadas de realidad y susceptibles de mejorar la práctica; si estimulando las facultades contemplativas a la par que marchitando las activas, es más apta para formar ascetas, extasiados con los fulgores del cielo, que obreros del siglo que fertilicen la tierra, no le permitamos ya regir la educación intelectual, ni le concedamos más atención que la que inspira una ruina grandiosa, que representa el trabajo intelec

tual de edades que pasaron.⁴⁷

En cuanto a Hegel, Krause y Tiberghien, sus juicios no son menos duros, considerando la postura de dichos filósofos como desvaríos intelectuales ante los cuales prefería inclusive "ver entronizada en la enseñanza la Lógica de la Escuela".

Finalmente, nos dice Parra, después de un largo vacío, ya que no había surgido la doctrina capaz de substituir la construcción aristotélica, nace un gran publicista además de notable economista, John Stuart Mill, quien tuvo la gloria de ser el verdadero regenerador de la Lógica, cuyas ideas constituyen el "punto de partida", como nos dice él mismo, de su Nuevo Sistema, aunque indica que no por ello representa una simple reproducción de Mill o de su continuador Alejandro Bain, sino que intenta acrecentar el legado filosófico de ambos:

Esta obra reconoce por punto de partida las ideas del gran pensador inglés, mas no será una mera reproducción de ellas, ni aun de las de su feliz continuador Alejandro Bain. Creemos que si estos beneméritos de la Lógica pusieron con firmeza el pie en el sendero que en adelante ha de seguir la razón que investiga, se puede proseguir aun en la vía luminosa por ellos trazada, y nos halaga la creencia de que en el presente libro se ha avanzado en efecto si quiera sea un pequeño espacio.⁴⁸

Después de presentarnos brevemente las directrices por él seguidas en la elaboración de su obra sobre Logica, Parra confiesa sinceramente la inquietud que le asaltó durante la elaboración de dicho trabajo, llegando a preguntarse si habría desarrollado verdaderamente un esfuerzo provechoso, a lo cual responde simplemente con su ignorancia respecto a la utilidad del mismo:

¿Habremos trabajado con provecho? Lo ignoramos, nos contenta

mos con presentar sin falsa modestia el fruto de nuestro trabajo: que la crítica sana y desapasionada nos pondere y juzgue, bástenos asegurar que no se separó de nuestra mente el consejo del juicioso escritor Plutarco "no enseñar al joven más que lo que sirva al hombre", para que sin bruscas transiciones, el niño se convierta en hijo de la patria, miembro de la humanidad y ciudadano del mundo.⁴⁹

Es probable que Parra no tuviera respuesta a interrogante de tal importancia en los primeros años del siglo, pero seguramente que después de 1910 tuvo que enfrentarse a sí mismo y responder a los recientes acontecimientos con plena sinceridad; ya que de una u otra forma, los sucesos que se iniciaran entonces, ponían en tela de juicio la doctrina Positiva y por tanto, en un nivel personal, el sentido existencial de la vida del maestro Porfirio Parra.

El estado de ánimo de nuestro autor a raíz de la caída del Porfirismo y con ello el derribamiento de su estructura intelectual nos lo describe él mismo cuando, en 1903 y completamente al margen de que algunos años después sus palabras constituirían verdaderas premoniciones de sí mismo, se refería a la crisis que provoca en un hombre determinado el divorcio entre el intelecto y la realidad:

... un hombre que al contacto de la realidad siente desmoronarse las bien proporcionadas construcciones de su mente; que echa de ver que la verdad se le escapa cuando creía haberla asido, no puede menos que sentir primero disgusto, y luego aversión por las cosas que le rodean, y después sentirse descontento de sí mismo, y envuelto en las pesadas brumas de la misantropía y del tedium vitae.⁵⁰

En 1912, Porfirio Parra muere a consecuencia de un inesperado problema cardíaco, en el momento culminante de su vida profesional. Había recientemente tomado a su cargo la dirección de la Escuela Nacional de Altos Estudios, y sin que por el momento hubiera

reflejado el impacto que indudablemente debió inspirarle el movimiento revolucionario, que de una u otra forma destruía el orden progresivo por el que tanto habían luchado nuestros viejos positivistas. Finalmente, esta era la única respuesta que Porfirio Parra podría brindarnos: el silencio total.

CAPITULO III

1. Parra, Porfirio. La Escuela Nacional Preparatoria y las críticas del señor doctor Francisco Vázquez Gómez. México, Tipografía Económica, 1908. p. 20.
2. Valverde Téllez, Emeterio. Bibliografía filosófica mexicana. México, Tipografía de la viuda de Francisco Díaz de León, 1907. p. 115.
3. Parra, Porfirio. Ventajas e inconvenientes de la profesión médica. Conferencia. México, Tipografía Económica, 1907. p. 18.
4. Ramos Pedrueza, Antonio. et al. "Discurso" A la memoria del Dr. Porfirio Parra. 1854-1912. México, Universidad Nacional de México, Escuela Nacional de Altos Estudios, 1912. pp. 31-32.
5. Parra, Porfirio. "El Sr. Barreda médico y profesor de la Escuela de Medicina." Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. II. 1909-1910. México, 1910. pp. 163-164.
6. "Introducción"; Anales de la Asociación Metodófila Gabino Barreda. México Imprenta del Comercio de Dublán y Chávez, 1877. p. 6.
7. Zea, Leopoldo. Positivismismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia. México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Filosofía, 1975. p. 152.
8. Parra, Porfirio. "Introducción". Anales... p. 6.
9. Ibidem. p. 6.
10. Ibidem. p. 7.
11. Ibidem. pp. 7-8.
12. Barreda, Gabino. "Réplica al trabajo de Parra "Las Causas Primeras". Apud. Positi-

- vismo en México... de Leopoldo Zea. p. 160.
13. Valverde Téllez, Emeterio. Bibliografía... p. 111.
 14. Parra, Porfirio. "El Sr. Barreda..." op cit. p.164.
 15. Ibidem. p. 160.
 16. Ibidem. p. 161.
 17. Ibidem. p. 162.
 18. Parra, Porfirio. "Gabino Barreda" (Discurso pronunciado en el aniversario del maestro el 19 de febrero de 1909). Número extraordinario en memoria del eminente filósofo y educador Gabino Barreda". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. México, 1909. p. 15.
 19. Ibidem. p. 16.
 20. Ibidem. p. 16.
 21. Ibidem. p. 21.
 22. Parra, Alfonso. Atlas histórico de la Escuela Nacional Preparatoria. Desde su fundación hasta los momentos de celebrarse el centenario de la proclamación de la Independencia. México, [s.e.], 1910. [s.p.].
 23. Parra, Porfirio. "Las Causas Primeras". Anales de la Asociación Metodófila... p. 50.
 24. Ibidem. p. 51.
 25. Ibidem. p. 53.
 26. Ibidem. p. 54.
 27. Ibidem. p. 55.

28. Ibidem. p. 55.
29. Ibidem. pp. 57-58.
30. Ibidem. p. 60.
31. Ibidem. p. 60.
32. Avalos, Miguel. "El cumpleaños de nuestro director". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. I. 1908-1909. México, Tipografía Económica, 1909. p. 182.
33. "La Patria" y la Escuela Nacional Preparatoria". La Libertad. México, febrero 13, 1878. p. 1.
34. Parra, Porfirio. "Discurso pronunciado por el Sr. Dr. D. Porfirio Parra a nombre de la Asociación Metodófila, en la fiesta organizada por la Escuela Preparatoria, con motivo del cumpleaños de su Director don Gabino Barreda, la noche del 19 de febrero de 1878." Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. II 1909-1910. México, 1910. pp. 434-435.
35. Zea, Leopoldo. op cit. p. 364. Apud. Revista Filosófica. p. 61.
36. Ibidem. p. 371.
37. Ibidem. p. 373. Apud. Revista Filosófica. p. 124.
38. Ibidem. p. 374. Apud. Revista Filosófica p. 125.
39. Parra, Porfirio. La Escuela Nacional Preparatoria y las críticas... pp. 90-91.
40. Flores, Manuel. "Apéndice, Análisis crítico de esta obra". Nuevo sistema de Lógica inductiva y deductiva. México, Tipografía Económica, 1903. p. VIII.
41. Ibidem. p. XII.

42. Valverde Téllez, Emeterio. Crítica filosófica o estudio bibliográfico y crítico de las obras de filosofía escritas, traducidas o publicadas en México desde el siglo XVI hasta nuestros días. México, Tipografía de los sucesores de Francisco Díaz de León, 1904. p. 237
43. Ibidem . p. 252.
44. Parra, Porfirio. Nuevo Sistema de Lógica inductiva y deductiva. México, Tipografía Económica, 1903. p. 1.
45. Ibidem . p. 2
46. Zea, Leopoldo. op cit. p. 351.
47. Parra, Porfirio. Nuevo Sistema... p. 17.
48. Ibidem. p. 19.
49. Ibidem. p. 20.
50. Ibidem. p. 16.

CAPITULO IV

PORFIRIO PARRA, EL MAESTRO

El presente capítulo tendrá como objeto valorar concretamente la labor realizada por Parra como maestro, labor que abarca su actividad como catedrático, así como su proyección a niveles más altos, ya en la dirección de la Escuela Nacional Preparatoria, o en el breve período que tuvo a su cargo el plantel de Altos Estudios, etapa que coronó espléndidamente un largo recorrido profesional, pleno de satisfacciones; pero también como hemos apreciado en capítulos anteriores, de duras pruebas y experiencias negativas, luchando la mayor parte de su vida contra una corriente adversa a la ideología positiva y, por tanto, contraria a su quehacer docente.

Como hemos podido corroborar por el testimonio de sus contemporáneos, aunque Parra cosechó importantes triunfos en el área de la Medicina, fue antes que nada filósofo y maestro, actividades que convergen en un punto coyuntural de su existir: la Escuela Nacional Preparatoria, plantel al que nuestro autor dedicó lo más selecto de su energía, de sus sentimientos, en fin, de su misma vida.

Mas no fue este el único escenario de su cotidiana labor como catedrático, ya que por él mismo sabemos de su muy rica práctica docente:

El año de 1877 fui profesor de Medicina de Urgencias en el Conservatorio Nacional de Música y Declamación; cesé el mismo año en este empleo, porque se suprimió la cátedra.

En 1878 fui nombrado Profesor de Lógica en la Escuela Nacional Preparatoria, cesando en este cargo a fines del año de 1880 por

haber sido cambiado, por acuerdo del Ministerio de Instrucción Pública, el sistema filosófico que informaba esta enseñanza.

En 1879 obtuve por oposición el nombramiento de Profesor adjunto a la clase de Fisiología en la Escuela Nacional de Medicina. En 1882 fui nombrado Profesor de Patología externa en el mismo establecimiento; serví esta cátedra hasta el año de 1888, en que pasé a desempeñar la de Anatomía descriptiva, que serví hasta 1902, habiendo cesado de desempeñarla por incompatibilidad de empleos. En 1910 fui nombrado Profesor propietario de Fisiología en la misma Escuela, sin llegar a desempeñar el cargo por incompatibilidad de empleos.

En 1881 fui nombrado Profesor del 2º Curso de Matemáticas en la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria de México, habiendo servido esta cátedra hasta el año de 1892, en que se suprimieron en dicha Escuela los cursos preparatorios, y yo pasé a desempeñar en la misma fecha las cátedras de Zootecnia y Obstetricia Veterinaria que regenteé hasta el año de 1898, en que las renuncié por incompatibilidad de empleos. En 1906 fui nombrado Profesor de Lógica en la Escuela Nacional Preparatoria, cátedra que sirvo hasta la fecha.¹

Sin duda son múltiples los testimonios que sobre su labor educativa han llegado hasta nosotros, coincidiendo en su gran mayoría, aun los provenientes de sus más acérrimos enemigos, en reconocer sus grandes dotes en la vocación magisterial. Bástenos con recordar los juicios expuestos en el Capítulo II del presente trabajo, para reconocer el gran respeto y cariño que Parra inspiró entre sus compañeros de profesión, así como entre los alumnos de las diversas instituciones en que practicó la enseñanza. Agustín Aragón, por ejemplo, nos refiere que Porfirio Parra fue uno de los diez eminentes médicos mexicanos que con sabias enseñanzas le habían señalado el camino profesional orientándole intelectualmente, y nos describe, con lujo de detalles, sus grandes dotes en el manejo de la palabra, con lo que conquistaba el respeto de aquéllos que le oían.

Por su parte, don Antonio Ramos Pedrueza, al recordar los años de dura lucha vividos por Parra, prueba irrefutable de su autenticidad ideológica, afirma que paradójicamente a las pruebas entonces superadas, contó con:

una satisfacción inolvidable; hizo latir tal vez como nadie el alma de la juventud mexicana, de nuestra juventud que representa nuestros ideales de ciencia y de belleza, de verdad y de justicia² ...

Y en verdad, quizás como nadie, Parra motivó a la juventud de su época manteniendo viva en todo momento una ideología, que de no haber sido por su incomparable esfuerzo, y considerando la fuerte corriente que siempre tuvo en su contra, probablemente hubiera decaído hasta perderse en la nada. Antonio Caso, como profesor de Filosofía en la Escuela Nacional de Altos Estudios, recuerda en tono nostálgico el espíritu de lucha que animó al maestro a lo largo de su vida, ejemplo que constituye uno de los más valiosos legados que heredara a las nuevas generaciones. Fue quizás esta dedicación a su ideal, esta búsqueda incansable de la verdad, su mayor virtud, y quizás, nos dice ignorando un tanto la legitimidad de la doctrina defendida por Parra, esta persecución de la verdad vale más que la verdad misma.

LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA

Hacia 1878, año en que Barreda abandonó la cátedra de Lógica dentro de la Escuela Nacional Preparatoria, Parra inició su actividad docente filosófica, que no culminó en este plantel hasta 1910, dos años antes de su muerte.

Las ideas de nuestro autor, respeto a la creación de dicha institución, así como a la esencia positivista con que fue constituido son obvias: Parra consideraba que al triunfar

la República en 1867 era una verdadera necesidad pública el crear un órgano que orientase la educación nacional en función de los intereses e ideales del grupo que detentaba el poder. Tres fueron también en esta ocasión las personalidades que de acuerdo con nuestro autor obraron de concierto para hacer posible el surgimiento de la anhelada institución de educación media, cimentada no ya en los retrógrados conocimientos escolásticos, cuyos resultados integrales habían resultado nefastos para el futuro patrio, sino:

en las sólidas y muy útiles enseñanzas de la ciencia, no destinada a formar dialécticos y argumentadores sutiles y capciosos, sino hombres de espíritu sano y vigoroso, aptos para la especulación y para la acción; no meramente instructivo, sino principalmente educativo.³

Benito Juárez, Antonio Martínez de Castro, y Gabino Barreda contribuyeron a la caracterización de la institución, correspondiendo a este último el mérito de haberla convertido en una realidad, y fue precisamente la fundación de este plantel el ápex de su actividad como filósofo y maestro, "el punto culminante de la lumínica trayectoria de Barreda"⁴, atendiendo a la expresión textual del propio Parra.

Nos describe cómo al concluirse la independencia política mexicana respecto a España, persistieron en nuestro México una serie de vivencias morales e intelectuales que mantenían vigente la tan odiada dependencia; mas era inútil luchar contra ellas, ya que representaban manifestaciones naturales del alma del mexicano, eco fiel de la del español. De ahí que los mismos vicios que llevaron a la monarquía española a su decadencia y empobrecimiento económico, se repitieran como ecos consecuentes en lo que fue la Nueva España, y motivaran, después de los sucesos de 1821, que el país reciente-

mente independizado cayera en una etapa de anarquía crónica.

Y en efecto, nos dice Parra, considerando la herencia hispana, los primeros 46 años de nuestra vida independiente fueron una serie de sucesos negativos,

... trágica epopeya de la guerra civil, de la discordia fratricida, de la honda y amenazante división de los intereses, de los sentimientos, de las opiniones; fue también la epopeya doliente de la guerra extranjera acometida con decisión y patriotismo, más cerrada, después de inesperados fracasos, con lamentables pérdidas.⁵

He aquí el cuadro que sobre nuestra vida independiente nos brinda Porfirio Parra, y es precisamente en relación al grado de tropiezos que la caracterizó y en directa proporción a los múltiples factores negativos, que como un común denominador actuaron sobre la nacionalidad mexicana, como podemos calcular el valor con que este autor midió el plantel preparatorio. Había que regenerar el alma del mexicano, y esta ardua labor era la misión que hubo de realizar dicha institución.

En 1867 se sentía la ingente necesidad de reconstruir la nacionalidad mexicana, de infundir nueva savia en el árbol enfermo, de cubrir con vigorizador abono el suelo desolado; no era suficiente haber reformado por medio de leyes la organización del cuerpo social; era preciso mejorar las almas por medio de una educación conveniente y adecuada a la época; la educación es la manera más cierta de reformar las sociedades, pues modela y reforma a las unidades que la componen.⁶

Ésta es pues, sin duda alguna, la idea preponderante que guió a Parra en su actividad magisterial; considerando que la clase de Lógica, heredada por Barreda, representó el núcleo de todo un plan educativo a nivel nacional y cuyos alcances, por todos conocidos, fueron de gran envergadura. A lo largo de su vida y en diversas obras, Parra confirma el juicio anterior, símbolo preponderante de su filiación positivista. Así, su la-

bor magisterial tenía que ir acorde con las magnas dimensiones que atribuía al plantel, basándose desde luego en una educación gradual e integral que desarrollara armónicamente todas las facultades intelectuales y anímicas del educando.

En una de las más importantes polémicas públicas, que nuestro autor desarrollara a lo largo de su vida, en defensa del sistema educativo implantado en la Escuela Nacional Preparatoria por don Gabino Barreda, Parra se refirió a dicho punto en los términos siguientes:

Y por más que el Sr. Vázquez Gómez afirme lo contrario, la clasificación de las ciencias que sirve de base al plan de la Preparatoria posee esta particularidad; no sólo es integral y gradual conforme a los fenómenos estudiados, que abarca en toda su extensión y en su gradual y creciente complicación, sino que también suministra al educando un campo suficientemente vasto para que pueda ejercitar todas sus energías intelectuales, y las diversas secciones de ese campo puedan felizmente amoldarse al desarrollo gradual de las facultades del alumno. El plan de la Preparatoria es, pues, integral y gradual, no sólo desde el punto de vista de los fenómenos estudiados, sino también del sujeto o espíritu que los estudia; realiza la cabal concordancia entre lo subjetivo y lo objetivo que es la mejor fórmula de la verdad, ...⁷

El plan de estudios, programado para alcanzar metas tan ambiciosas era a los ojos del Dr. Parra, "... sabio en alto grado, y de osada e inaudita novedad, no sólo en nuestra patria, sino en el mundo entero."⁸

Dicho plan representaba el alma de la enseñanza preparatoria y cumplía espléndidamente con su cometido, ya que hacía realidad, por vez primera en nuestro país, el ideal de una enseñanza media laica, basada en la ciencia, a la que se acudía como "venero purísimo", ya que su origen no tenía puntos de contacto con lo que Parra califica como

"misteriosas sombras del templo", y que no era más que los conceptos metafísicos con que estuvo saturada la educación durante años.

La ciencia revistió caracteres tales para los positivistas mexicanos, de los que Parra fue uno de sus más apasionados representantes, que paradójicamente a sus enunciados básicos, llegaron a darle facultades absolutas, como podemos apreciar en uno de los tantos juicios que Parra emitió sobre dicho tema.

... la ciencia ha representado en la evolución histórica el papel de noble emancipadora de la inteligencia humana, pues la ha fortalecido, la ha disciplinado, la ha puesto a cubierto del letal influjo de las preocupaciones y de la superstición; la ciencia ha dirigido, además, la acción del hombre sobre la naturaleza exterior y sobre él mismo, permitiéndole trocar en auxiliares suyos las energías naturales, y de esta suerte el hombre ha podido obrar sobre los reinos de la naturaleza y regirlos con firme mano.⁹

Una vez transcurrida la etapa secundaria de la educación nacional, el joven estudiante habría logrado la mayor conquista a que podía aspirar el ser humano, la conquista de su libertad intelectual, emancipada de errores tradicionales, prejuicios de raza, de secta y aun de partido. Habitado a no aceptar como verdadero sino el fruto riguroso de la prueba irrefutable, un hombre con tales características, capacitado en la solución de los más diversos problemas a través del método científico, no escucharía, nos dice, la voz de las pasiones; y sólo entonces, constituiría la esencia de lo verdaderamente humano, sólo entonces, habiendo logrado el más alto grado de perfección que es posible alcanzar, este individuo podría proyectarse benéficamente en la sociedad de la cual forma parte.

En efecto, una de las grandes virtudes de la ciencia es unir a los hombres más diversos por la homogeneidad e importancia de

las doctrinas científicas. El budista /sic/ y el mahometano jamás podrán ponerse de acuerdo acerca de sus dogmas religiosos, pero cuando cultivan la ciencia se entienden entre sí con la mayor facilidad...¹⁰

Parra, el maestro, en su labor docente cotidiana era consciente de su gran responsabilidad; de la de su cátedra y de las otras impartidas en el ámbito de la Escuela Nacional Preparatoria. El alumno adquiriría los conocimientos que le capacitarían como elemento útil a la sociedad, si n lo cual, nos dice, "no podrá pasar por hombre instruido y yacerá, vegetando infelizmente, en el seno de la confusa masa de los desheredados."¹¹ /sic/

Este era, en definitiva, el mayor reto al que hombre alguno se puede enfrentar. De él, en cuanto a su actividad como maestro, dependería en última instancia la ejecución del plan nacional. Sólo mediante una educación adecuada, la nueva generación poseedora de un grupo común de verdades, abandonaría sus antiguas rencillas de tipo ideológico y encauzaría sus actividades hacia el beneficio social; esto es, hacia el progreso. La enseñanza secundaria, afirmaba, está:

... destinada a modelar los elementos activos de la sociedad; conseguir el bien de ésta es el objeto de la preparación educativa de los individuos, los cuales serán beneficiados en proporción del bien que aporten al mecanismo general, y como consecuencia de ese bien...¹²

Opinaba Parra que existía una unidad esencial entre las diversas disciplinas científicas, diferenciándose unas de las otras, únicamente para facilitar su estudio, y establecía que en la resolución de un problema determinado confluyen diversas ciencias. Esta correlación podría observarse aun en los detalles más simples de la vida cotidiana y citaba, a manera de ejemplo, el simple hecho de saborear una taza de café, acto que para efectuarse presuponía la realización previa de una serie de elementos: precisaba de la Agri-

cultura, guiada por la Física, la Meteorología, la Climatología, la Química y la Botánica únicamente para producir el grano; posteriormente, para que éste llegara al alcance del consumidor, era necesario el auxilio de la Economía Política, la acción del comercio que permitiera su distribución y venta, y por último de la Jurisprudencia, para que establezca en las broncíneas páginas de sus códigos que cada uno puede gozar libremente de las comodidades y deleites que le proporcionen el fruto de su trabajo o su caudal."¹³

Mas el hecho anteriormente establecido no impedía, a juicio del Dr. Parra, que, el cultivo específico de cada una de las disciplinas científicas ofreciera determinadas ventajas desde el punto de vista educativo: Las Matemáticas, por ejemplo "deben considerarse como un ejercicio prolongado y el más metódico posible de aquel modo de razonamiento que se llama la deducción."¹⁴

Por su parte, la Física nos familiariza con la experimentación, método que Parra califica como el más adecuado para adentrarse en el complejo mundo de la naturaleza. La Química, además de su amplio carácter experimental, coadyuva al fortalecimiento y desarrollo de la capacidad de observación" y presenta el modelo de la nomenclatura más perfecta que los hombres hayan ideado."¹⁵

Las ciencias biológicas, colaboran con la formación intelectual del estudiante, brindándole un ejemplo de la más acertada clasificación conocida hasta el momento, mientras que específicamente, la Botánica aporta una magnífica terminología, que permite, por medio del lenguaje, describir concreta pero precisamente las características esenciales

de una determinada planta.

Refiriéndose a la Psicología, nos dice que su mayor mérito radica en brindar al educando un sistema nuevo de autoexploración anímica, por medio del cual el ser humano se capacita para reconocer, distinguir y clasificar los más diversos estados de nuestra conciencia.

Por último, se refiere a la Sociología, disciplina sobre la que nos brinda interesantes conceptos, los que transcribimos a continuación:

La Sociología, además de contribuir a desenvolver las facultades ya indicadas, familiariza al educando con la concepción importante que un autor llamó la filiación histórica, y conforme a la cual cada estado social procede de un estado anterior y da nacimiento al que ha de seguirlo, o como han dicho escritores insignes, que el presente está lleno de pasado y de porvenir, pues con tiene los vestigios de aquél y los gérmenes de éste.¹⁶

Sin duda, la idea anterior es interesante ya que al considerar así a dicha área del conocimiento, la dota de cualidades ilimitadas, pues, nuestro pasado nos indica el camino a recorrer en el presente, así como ambos propician el conocimiento previo del por venir, independientemente de nuestro mayor o menor acuerdo con tal punto de vista. Actualmente sabemos, en cambio, que los positivistas mexicanos, y en especial el autor que nos ocupa, estuvieron muy lejos de aprovechar los beneficios que, a su juicio, brindaba la práctica de esta disciplina científica, pues lejos de capacitarlos en una mayor comprensión del presente y, por consiguiente, de su futuro inmediato, les aisló ideológicamente en grado extremo, y en un momento determinado de nuestro proceso histórico llegaron a perder por completo el sentido de las proporciones y, por ende, su capacidad crí

tica.

Señala Parra, continuando en el análisis pormenorizado del cultivo de la ciencia, que la práctica del mismo ofrece al alumno ventajas directas e indirectas. Entre las primeras destacan los conocimientos que el educando obtiene sobre un cierto grupo de fenómenos a los que ha aplicado su interés; pero, desde luego, y sin restarle validez a dicho punto, son las segundas ventajas de carácter indirecto, generalmente ignoradas por la sociedad, las que colaboran mayormente en la formación intelectual del individuo. La práctica científica, al igual que el ejercicio físico en nuestro organismo, desarrolla gradualmente la capacidad intelectual de quién se aplica a ella. Por otra parte, y en ello radica su mayor mérito, "perfecciona ciertas facultades de la más alta utilidad para la existencia humana", como lo es la capacidad de percepción, "base y fundamento", según Parra, de la vida de relación.¹⁷

Nos indica además, que unidas a estas interesantes ventajas existe otra, no de menor brillo, ya que al lado de esta vivencia puramente sensorial, surgida de un mayor grado de la percepción, se desarrolla paralelamente un principio estético:

Al lado de esta educación puramente sensorial, el cultivo de la ciencia experimental imprime cierta educación estética que no por ser especial, carece de realidad y de importancia. Lo que tantas veces y con tal sin razón se ha dicho sobre la aridez de la ciencia, y sobre lo que amortigua la fantasía, sólo puede ser cierto en parte cuando se trata de la ciencia reproducida por los libros, no de la que vive, palpita y aletea en donde se elabora la ciencia experimental. Los fenómenos naturales, tales como la ciencia los muestra, fuera de lo que los empaña y eclipsa, son de una belleza notable, y algunos de una forma tan bella, que absorbe la atención y cautiva la fantasía.¹⁸

Finalmente alude a una ventaja más de la práctica científica, representada por el desarrollo de la capacidad inventiva del ser humano, cuya importancia, en plena era del progreso, significaba la mejor carta de recomendación que Parra podía presentar a una sociedad tan interesada en resultados prácticos.

No de menor interés resultan los juicios que Parra nos heredara sobre la actividad docente propiamente dicha, mostrando a través de ellos su honda preocupación por transmitir adecuadamente el conocimiento.

Opina que en dicha actividad puede procederse de dos maneras "bien distintas": la primera o Método Dogmático, consiste en transmitir el conocimiento tal cual se encuentra en el presente, sin aludir a conceptos pasados ya superados por la experiencia e investigación gradual y constante; la segunda alternativa, representada por el Método Histórico, da a conocer, junto al concepto actual, "la historia de modificaciones que las ideas científicas han venido experimentando desde la cuna de la ciencia hasta el momento presente."¹⁹ Algunos maestros optan por el primero, debido a las constantes limitaciones de tiempo a que a menudo deben enfrentarse, problema que generalmente les obliga a reducir el tema de exposición a lo exigido por el programa correspondiente; pero, independientemente de dicho factor, al que concede cierta validez, Parra se inclina hacia el método histórico por su gran utilidad, en primer lugar, para una mayor comprensión del tema a exponer; en segundo lugar, porque procediendo de esta manera se evita que el alumno sea un mero "recipiente pasivo" del caudal informativo que le es transmitido, hecho que a menudo sucede con el sistema dogmática, y que im-

pide comprender y apreciar en toda su magnitud el esfuerzo que las generaciones pasadas han tenido que realizar para conquistar cierta verdad científica. Y, por último, continúa Parra, mediante el Método Histórico el maestro imprime a su clase un factor de gran importancia en el proceso educativo, pues al estructurar un fenómeno determinado remontándose a sus inicios, confiere vida a enseñanzas, que de otra forma se presentarían demasiado áridas ante el estudiante.

Precisamente este punto constituye uno de los que con mayor nitidez refleja las preocupaciones pedagógicas que constantemente ocuparon a Porfirio Parra. No sólo se afanará en dotar a la enseñanza de una estructura metodológica adecuada, basada en un plan de estudios adecuado; sino que intentará guiar a sus colegas en aspectos prácticos de la profesión, como lo es su deseo por hacer de la clase una exposición amena y llena de colorido.

Ciertas ciencias ofrecen la particularidad de que la exposición histórica de sus nociones, facilite mucho la debida adquisición de estas últimas. La Anatomía, la Geografía y la Astronomía, se encuentran en este caso. Pocos ramos del saber podrían parecer más áridos, más fatigosos que las nociones anatómicas, cuando se presentan, tales como la ciencia las consigna. Enumérense los doce pares de nervios craneanos, y faltará poco para que el alumno se aburra; describánselos, y el alumno con toda certeza quedará abrumado. Mas qué vida, qué colorido, qué tono adquieren los hechos anatómicos, cuando se les expone históricamente. Qué campo tan vasto encuentra el maestro para ensanchar, ampliar y hermosear su exposición, y con qué recursos tan preciosos cuenta, para despertar el interés de sus oyentes y para estimular así su atención...

La Geografía, en razón de su carácter descriptivo, ofrece muchos puntos de contacto con la Anatomía; presenta gran suma de detalles, cuya exposición es también muy pródiga y pesada, los detalles son a menudo inconexos, los nombres propios abundan excesivamente, todo en gran parte arbitrarios, y muchísimos hay cuya

pronunciación es difícil. He aquí todas las circunstancias a propósito para recargar la memoria, para agobiar la inteligencia con la abrumadora carga de detalles tan difíciles de retener; y he aquí un conocimiento que pierde muchas de sus dificultades cuando se neutraliza con una discreta exposición histórica la sequedad de su exposición dogmática.²⁰

En cuanto a la Astronomía, aunque por razones de otra índole, no deja de ser igualmente recomendable la utilización del Método Histórico, pues al exponer verdades tan grandiosas, con la más sublime sencillez, como es característico de sus leyes, se corre el riesgo de que el alumno, carente de conocimientos previos, no valore en su auténtica dimensión tales postulados; por tanto, recomienda Parra:

... hacedle ver cómo en esta ciencia, más que en otra alguna, el hilo de la filiación histórica nos conduce a un concepto cabal de las nociones adquiridas; hacedle ver, cómo la acumulación de las observaciones fue complicando poco a poco el sistema de Ptolomeo; cómo para vencer esta complicación, imaginó Copérnico el suyo; cómo la doctrina heliocéntrica estimuló el genio de Galileo y el sistema singular de Tico Brahe; cómo Kepler perfeccionó la doctrina de Copérnico, formulando sus inmortales leyes; y cómo Newton coronó tan sublime edificio con el mayor descubrimiento de los tiempos modernos; la gravitación universal.^{21*}

Preocupaciones de esta índole caracterizan los años docentes de Porfirio Parra, quien siempre enfocó su atención al logro de una educación óptima, esfuerzo que hemos podido comprobar a través de su obra. En la Escuela Nacional Preparatoria vertió lo más selecto de su potencial intelectual, como educador y maestro de primer orden; y finalmen

*Porfirio Parra, alude a los avances científicos logrados por el hombre en un artículo de nominado "El cultivo de la ciencia" y publicado en 1893 en México Intelectual (tomo X Julio - Diciembre), 12 años antes, como podemos apreciar, de la primera publicación de la teoría especial de la relatividad acaecida en 1905, según apunta L. Barnett en su obra El Universo y el Doctor Einstein.

te, como director del plantel, se muestra excelente administrador, cuyo esfuerzo por sostener y superar gradualmente el nivel de enseñanza ha llegado hasta nosotros a través de sus informes dirigidos a las autoridades del ramo.

En uno de ellos, el correspondiente a la iniciación del período escolar 1909-1910, manifiesta pleno de satisfacción el número total de alumnos inscritos para el ciclo por iniciarse, cifra que entonces rebasaba en un alto porcentaje los niveles hasta entonces registrados. Lo importante del hecho no radicaba precisamente en los 100 alumnos más inscritos respecto al año anterior, sino, en última instancia, simbolizaba el triunfo del plantel, de la enseñanza positivista, frente a los ataques de los que durante años intentaron inutilmente su destrucción. En 1909 se habían inscrito un total de 738 alumnos, lo que para Parra era la prueba fehaciente de su éxito personal, existencial, y aún más, del positivismo como base educativa de la nación.

Tal inscripción, superior en más de cien unidades a la obtenida un año antes y en cerca de doscientas a la que se alcanzó dos años atrás, demuestra el crédito creciente de esta Escuela, demuestra que los padres le confían de buen grado la educación de sus hijos, y nos llena de satisfacción considerar que el gran número de alumnos que siguen sus cursos, y en ellos reciben una educación sólida y completa, es una promesa de prosperidad para la nación y una garantía firme de su adelanto.²²

La alegría que experimenta Parra ante el significado de este hecho es legítima. Tres décadas habían transcurrido desde que Barreda le cediera su sitio como jefe del proceso educativo positivista, doctrina que, como sabemos, irradiaría a través de la Escuela Preparatoria.

A partir de este momento las dificultades fueron constantes; pero de cualquier naturale-

za u origen, se estrellaron ante la férrea ideología de nuestro autor, y creemos sinceramente, que las bases de esta institución, tan importante en el contexto universitario y por consiguiente en el nacional, deben mucho al apasionado e incansable paladín de la herencia barrediana en el plantel que ideara un Juárez, que construyera un Barreda y que sostuviera un Porfirio Parra.

En la ceremonia efectuada al inaugurarse el ciclo escolar 1908-1909, Parra como director del plantel, pronunció un discurso dando la bienvenida a los alumnos, y en él alude a las duras pruebas por las que dicha institución había pasado:

La Preparatoria, a semejanza de esos árboles de profundas raíces, firme tronco y fuertes ramas que resisten los embates de la tempestad, sin que ellos les impidan desempeñar las misteriosas funciones de la vida, acicalar la flor, llevar el fruto a la madurez, y encerrar en la urna de la semilla la garantía de la prosperidad de la especie, ha resistido, sin perturbación alguna en su grandioso mecanismo interior, y en el ejercicio de sus augustas funciones los recios tiros que espíritus apasionados y retrógrados le han asesado.²³

Mas no obstante el triunfo conquistado, Parra continúa incansable trabajando por superar constantemente el nivel académico de la institución que dirige, a través de la adquisición de nuevos equipos para laboratorios o "gabinetes" de Física, y muy especialmente el de Química, disciplina a la que, en la era del progreso, daba prioridad entre otras, por sus variadas aplicaciones industriales. Pero esta inclinación de Parra hacia determinada área no provoca el descuido de otras, como la Zoología, cuya importancia en la formación de los jóvenes resuba también de primer orden, por lo que promueve la creación de un gabinete destinado a la materia.

podrá contener, de modo que salten a la vista e impresionen



vivamente el intelecto de los alumnos, ya ejemplares de seres vivientes con sus caracteres taxonómicos y especial aspecto, ya muestras de aparatos orgánicos, de sistemas anatómicos o de órganos que son en la máquina animal rodajes de un mecanismo pasmoso por cuyo funcionamiento se mantiene la llama de la vida.²⁴

La vida de Parra, como director del plantel preparatorio, transcurre con absoluta normalidad, incluyendo aun los más o menos graves conflictos estudiantiles propios del cargo, como el que se suscitó en 1908, cuando un grupo de alumnos, encabezados por Jenaro y Angel García Núñez, acogieron bastante agresivamente a don Justo Sierra, entonces secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, quien acudía al plantel con el objeto de presidir una ceremonia en el salón de actos. Parra, indignado por la falta de respeto y disciplina mostrada por los estudiantes, castigó a los dos jóvenes responsables con la expulsión del plantel, por lo que el padre de éstos, el Lic. Francisco Pascual García, le acusó ante las autoridades correspondientes por haber violado garantías individuales, al expulsar de la institución, sin base legal alguna, a dichos alumnos.

Parra, por su parte, elaboró un informe para aclarar el incidente legalmente, en el que expuso, con toda claridad, su responsabilidad en el mismo, así como las razones que le motivaron a tomar una determinación de tal naturaleza.

Ahora bien, la Dirección tuvo los elementos de convicción necesarios para persuadirse a creer que los alumnos García Núñez habían sido instigadores de la manifestación. Era notorio entre sus compañeros que estos mal aconsejados jóvenes eran hostiles a las leyes fundamentales de la Nación, hostiles al partido liberal, hostiles a la enseñanza preparatoria, hostiles también, muy particularmente, a la personal del Sr. Sierra, y si se les hubiera dejado impunes, si la Dirección se hubiera limitado a amonestarlos o a arrestarlos, hoy seguirían en la Escuela propagando el espíritu de insubordinación y descontento, y menoscabando el respeto que sus compañeros deben sentir por las leyes fundamentales del país, por las personas que

desempeñan elevados puestos y por la Escuela que, como madre generosa, los abriga y educa.²⁵

El párrafo anterior, aunque nos describe un suceso de poca envergadura, retrata sí, fielmente, alguna de las ideas en que Parra apoyara sus funciones como director del plantel. Mediante estas líneas hemos podido adentrarnos en el transcurrir cotidiano de la escuela preparatoria, que entonces, como ahora, ha presenciado los más diversos conflictos entre los jóvenes estudiantes y las autoridades universitarias. Podemos también apreciar a un Parra de carne y hueso, inflexible en sus decisiones; al Parra de la disciplina férrea, incapaz de perdonar un acto de insubordinación contra la autoridad constituida, a la vez que percibimos su preocupación por justificarse ante terceros que pudieran desconocer su particular punto de vista en el conflicto. Sin duda, los diarios y pequeños disgustos por los que el maestro tuvo que pasar, lejos de disminuir su entrega hacia la juventud servíanle de acicate en la tarea de su vida.

Parra no sólo se manifiesta, en la dirección del plantel, con la personalidad autoritaria que apreciamos con anterioridad, sino también abunda en expresiones diversas, preocupándose por todo tipo de elementos que de alguna forma pudieran afectar al profesorado de la institución o a los mismos alumnos. Como ejemplo de ello contamos con la interesante correspondencia que sostuvo con el intelectual uruguayo José E. Rodó, creador de Ariel, a quien se dirigió como representante de la Escuela Nacional Preparatoria de México, institución descrita bajo los siguientes términos:

... plantel de enseñanza secundaria, de la mayor importancia. pues en él por la primera vez, no sólo en América sino en el mundo entero, se ha roto abiertamente con las tradiciones docentes que nos legó el pasado y se ha intentado, de una manera

franca y resuelta, dar a la juventud una educación emancipada de toda preocupación teológica o metafísica y basada únicamente en las ciencias, manantial inagotable de verdad, modelo incomparable de método, y solemne y continuado acto de culto que el hombre tributa a la naturaleza investigando sus inmutables leyes.²⁶

Añadía que no por ello debía entenderse que dicho instituto sólo se ocupa del desarrollo intelectual del individuo, lo que convertiría a los jóvenes en "máquinas de discurrir", sino también se proponía atender a las facultades morales del educando, así como al desarrollo de la parte estética de la inteligencia.

Para lograr tan ambiciosas metas, confesaba Parra su constante dedicación en la búsqueda de libros y folletos, con el objeto de localizar en las nuevas publicaciones, aquéllas que por su alta calidad y valor intrínseco, pudieran servir en el desempeño de su "ardua labor". Tal fue el caso de Ariel, obra que cautivó el gusto de Parra, y que no sólo se conformó con estudiar personalmente, sino que, en honor de su autor, promovió la realización de una velada cultural en la que, el profesor de Literatura, el poeta D. Luis G. Urbina, dió lectura al interesante folleto, ya que a juicio de nuestro autor, dicha obra "reflejaba con vivos matices el ideal que dió vida a"²⁷ la Escuela Nacional Preparatoria.

Y no sólo esto, sino que interesado en que fuera leído por "alumnos, profesores, directores y otras personas que descuellan en la intelectualidad mexicana",²⁸ fue republicado, aunque modestamente, por la institución.

Sin duda, que la presentación de Ariel, en el medio intelectual mexicano nos señala

otro de los aciertos de Porfirio Parra, quien supo reconocer los valores indiscutibles de este autor sudamericano, propiciando con ello un intercambio ideológico entre México y la naciente corriente latinoamericana, representada, entonces, por Rodó. Ciertamente, a partir de la publicación de dicha obra, Parra escribió a su autor, manifestándole su reconocimiento y presentándole sinceras disculpas por haber procedido, en dicho sentido, sin su conocimiento y autorización previos, a lo que Rodó respondió, que para él era un honor la publicación de una obra dedicada a la juventud de América, por lo cual, a ella pertenecía dicha publicación, y solicitaba en correspondencia, se le enviase un ejemplar de los boletines de la Escuela Nacional Preparatoria, con lo que se mantendría informado, en lo futuro, del desarrollo de una institución de tal importancia, a la que Parra dirigía, a su juicio, tan dignamente. Tal suceso iniciaba, como hemos anotado, un acercamiento entre nuestra patria y el intelectual uruguayo que posteriormente conquistara tantos seguidores entre la juventud mexicana, llegando a ser, para la siguiente generación, uno de los pilares intelectuales de mayor relevancia.

Mas no me parece justo pasar inadvertido, en este punto, la obra del Dr. Edmundo O'Gorman, México el Trauma de su Historia, en la que aporta interesantes juicios sobre Ariel, que enriquecen nuestra imagen, no sólo de su autor, sino de quienes, como Parra, confiesan un acuerdo total con las ideas expresadas por Rodó.

Explica O'Gorman que los liberales, ante el fracaso de su meta (alcanzar el progreso norteamericano), como amantes frustrados, reaccionan en contra del antaño idealizado modelo, transformándolo en el polo contrario de su escala de valores; en la imagen de

lo más odiado, cuyas características había que evitar mediante el arraigo de las calidades propias, mismas que consecuentemente dotan los propios valores extraordinarios. Esta actitud, si se quiere lógica, les conduce a afirmar la superioridad espiritual de los pueblos indoamericanos con respecto a los sajones, y particularmente al de Estados Unidos. A tan optimista visión, nos dice O'Gorman, se adscribe una pléyade de connotados pensadores, y entre ellos, nuestro José Vasconcelos. Pero como se trata de una corriente de dimensiones continentales, destaca la importancia de Ariel, de José E. Rodó, el "texto más conspicuo y representativo" de dicha ideología.

Es un hecho que la tesis expuesta en dicha obra, "el llamado evangelio de la esperanza", es profundamente cuestionado por O'Gorman, quien opina que, a través de ella, Rodó, siendo como fue su mayor representante, prometía que hiciera lo que hiciera el monstruo imperialista, no podría alterar, y mucho menos atropellar la esencia ontológica del ser iberoamericano, al que simboliza en la espiritual figura de Ariel. Consecuentemente, comprueba que dicha tesis, a la que sitúa en una categoría de simples "sueños", es inadecuada a la realidad, lo cual nos expresa en los siguientes términos, no por duros, faltos de veracidad:

Ya se ve -para volver a nuestro cuento de hadas-: O la doncella Iberoamericana permanece en el encierro encantado de su aislamiento metahistórico, o bien, si, empuñando las armas del pragmatismo desciende a la arena de la historia, le será imposible no mancillar la pureza idealista de su espíritu, la condición que se le puso para instaurar en la tierra el imperio de la justicia universal y cumplir, así, con su destino redentor del género humano. En suma, topamos una vez más con la imposibilidad implícita en la encrucijada de Jano: pretender el disfrutar de los beneficios de la modernidad, pero sin querer la modernidad misma.²⁹

De tal forma, O'Gorman liquida la validez del pensamiento defendido por Rodó, actitud que por Lógica hacemos extensiva a la ideología del propio Parra, quien como hemos comprobado con anterioridad, comulgaba fervorosamente con tales postulados; mas ello no impide que la influencia de dicho autor, calificado por O'Gorman como el más claro exponente de tal corriente ideológica, y presentado en México por el que fuera entonces director de la Escuela Nacional Preparatoria, se hubiera extendido notablemente en los círculos intelectuales mexicanos de la época, y aún de las posteriores.

Contamos también, en este intento de analizar la actividad de nuestro autor en cuanto a su calidad docente, con una interesante conferencia que pronunciara en el marco de la Escuela Preparatoria el año de 1907, denominada Ventajas e Inconvenientes de la Profesión Médica, en que expone con absoluta franqueza los problemas, de todo tipo, a que un profesional de la Medicina se tiene que enfrentar diariamente, careciendo en muchas ocasiones de una adecuada retribución económica que le permita vivir con cierta holgura.

Si aspiráis a una vida cómoda y descansada, si amáis el silencioso trabajo de gabinete y se complace vuestro espíritu en vagar contemplativo y absorto por las etéreas regiones de la meditación, no escojáis tampoco la profesión médica, pues es esencialmente activa, es ruda y en ocasiones brutalmente laboriosa; está llena de lo inesperado, de lo dramático y aún de lo trágico, y si vuestro espíritu no es firme y sereno, y si vuestro corazón no está escudado con triple coraza, vuestra sensibilidad se expondrá á rudos golpes, y perderíais aquella calma, aquella sangre fría que el médico debe conservar en todos los casos, pues es el encargado de atender a los heridos en violentas catástrofes, en siniestras explosiones de minas, en descarrilamientos espeluznantes y en batallas encamizadas.³⁰

Aunque dicha conferencia respondía a un acuerdo tomado por la Secretaría

de Instrucción Pública y Bellas Artes, mediante el cual debía efectuarse un ciclo de exposiciones con carácter de orientación vocacional para frenar el creciente número de profesionistas en el país, que aumentaban el problema de desempleo existente, no dejemos de apreciar en el tono de Parra, la preocupación que le causa el que tantos jóvenes, guiados por una imagen falsa de éxitos materiales y sociales, optaran por una carrera, que en la mayoría de los casos defraudaba a sus falsos seguidores. Con ello, Parra cubría un punto de interés capital en el desarrollo de su misión, ya que al orientar a los preparatorianos respecto a la realidad del ejercicio profesional, les brindaba la alternativa de conocer más a fondo una actividad determinada y valorar a ciencia cierta la intensidad de sus deseos, la autenticidad de su vocación y la capacidad práctica de sus aptitudes.

En términos generales podríamos considerar que el interés mostrado por Porfirio Parra en el desempeño de sus funciones directivas respondía a una razón mucho más general, su preocupación por todo lo concerniente al ser humano, llegando él mismo a confesarse ferviente servidor de la sociedad:

... Puedo repetir la grandiosa frase de Terencio: "soy hombre y no puede serme extraño nada que á mis semejantes interese."³¹

LA ESCUELA NACIONAL DE ALTOS ESTUDIOS

Mas el retorno triunfal de Parra a la Escuela Nacional Preparatoria no representó el punto culminante de su carrera docente, sino que habría de escalar aún niveles más altos, coronando una larga trayectoria de esfuerzos múltiples con el cargo de primer director de la Escuela Nacional de Altos Estudios, o como expresara Enrique Aragón al

referirse al tema: "Como premio a sus afanes la Universidad de México le abrió sus brazos y la Escuela de Altos Estudios coronó su carrera" 32

Enunciar el hecho aisladamente le resta parte de su importancia, por lo que para comprender el significado de este nombramiento en la vida profesional de Porfirio Parra, es menester recordar el profundo sentido que a su vez tuvo, dentro del contexto educativo nacional, la creación de Altos Estudios, escuela que Antonio Ramos Pedrueza calificara como "plantel destinado en nuestro organismo docente a formar la aristocracia del Magisterio Nacional."33

Y, en verdad, dicha institución, íntimamente vinculada al establecimiento de la Universidad de México, habría de constituir en nuestro país la cuna de la actividad cultural y docente, proyectada para cubrir tres aspectos educativos: humanidades, ciencias exactas, y ciencias sociales.

Sólo hasta entonces, como sabemos, las humanidades ocuparon el sitio que les correspondía dentro del plan general educativo, otorgando especial interés al estudio de la Filosofía, de la Historia y de las Letras.

Altos Estudios, tal y cómo la concibió Sierra, era el recinto cumbre de la Universidad, donde acudían los jóvenes a estudiar los cursos de posgrado de sus respectivas especialidades.

En Septiembre de 1910, como parte integrante de las festividades organizadas para conmemorar el centenario de nuestra independencia, fue inaugurado el plantel de Altos Es

tudios, ceremonia que tuvo lugar en el salón de actos de la Escuela Nacional Preparatoria y al que asistieron numerosas personalidades políticas y educativas como el Lic. Justo Sierra, secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes; Ezequiel A. Chávez, subsecretario de dicha dependencia y, desde luego, el Dr. Porfirio Parra, director de la nueva institución.

Indudablemente que tal puesto representaba para Parra el coronamiento definitivo de sus esfuerzos en pro de la educación nacional. La Universidad, disipando dudas pasadas, terminaba por conceder su absoluta confianza al ideólogo del positivismo, entregándole en esta ocasión, una vez más, como antaño se hiciera con Barreda, en la Escuela Nacional Preparatoria, el destino futuro del plantel, cúspide de nuestra pirámide docente. Al igual que entonces, Parra tendría una vez más que hacer frente a los problemas propios de una institución compleja por la variedad de sus funciones, y cuya organización futura dependería en grado sumo de sus cualidades personales. Por otra parte, reaparecía un elemento conocido desde antaño por nuestro autor; por segunda ocasión, aunque por otras causas, la opinión pública se rebelaba contra las características generales de la institución, y aunque estas críticas se tornaron mucho más agudas después de 1910, suponemos que desde sus orígenes fue reciamente atacada, lo que, sin duda, representó para su director un nuevo obstáculo que superar.

Aunque el tiempo que transcurrió entre la inauguración del plantel y la muerte de Porfirio Parra, acaecida en 1912, es bastante breve, tenemos alguna noticia de la labor que desempeñó durante este período, considerando que, desde luego, su funcionamiento de-

bió ser bastante irregular ya que poco después de su arranque oficial, como elemento constitutivo de la Universidad Nacional de México, se inició el movimiento revolucionario que modificaría en esencia la estructura político-social del país. Oigamos las palabras que el Sr. Carlos Reiche, profesor extraordinario de la Escuela de Altos Estudios, pronunciara en relación al período directivo de Porfirio Parra en el mencionado plantel.

La Escuela de Altos Estudios está de duelo; el plantel de instrucción superior más joven entre los establecimientos cuya totalidad forma la Universidad Nacional, deplora la muerte prematura de su primer director, de su solícito favorecedor, de su bondadoso padre... el Doctor reunía las cualidades más deseables para regentear con brillo un plantel universitario, que a sus estudiantes no tiene que suministrar hechos incoherentes, por interesantes que fueren, sino los resultados de la ciencia vistos en su conjunto filosófico. Y las esperanzas cifradas en él no quedaron frustradas. Siempre prestó su valioso apoyo a los deseos múltiples de los profesores y estudiantes. La instalación de laboratorios bien montados, la apertura de cursos nuevos, la creación de conferencias populares: Todo se consiguió del laborioso director sin la menor dificultad y con la generosidad que señala el carácter noble...³⁴

Años después, en el discurso pronunciado con motivo de la celebración del XIV aniversario de la Universidad Nacional, don Ezequiel A. Chávez expresa, al hacer un análisis del pasado y presente de la Escuela Nacional Preparatoria como parte fundamental de la Universidad, sus puntos de vista al respecto; mismos que indirectamente valoran la indiscutible importancia de un Porfirio Parra dentro del contexto educativo nacional.

Declaremos aquí, una vez más, que nuestra Universidad no puede concebirse sin la Escuela Nacional Preparatoria, dados los antecedentes históricos que la han ido modelando: fue, en efecto, la Escuela Nacional Preparatoria la que, desde el año de 1867, el de la primera gran ley orgánica de instrucción pública, hasta el de 1910, representó a la Universidad Mexicana, en su espíritu filosófico y sus orientaciones ideales; mientras que cada una de las facultades trabajaba, en efecto, en aquel tiempo sólo para fines prácticos, de interés inmediato, La Escuera

la Nacional Preparatoria tuvo por objeto organizar idealmente los conocimientos, y dar a sus estudiantes, al propio tiempo que las bases de todas las ciencias aplicadas, la posibilidad teórica de acabar con la anarquía crónica del país, por medio de un conocimiento común que llegara algún día a unificar a sus hijos. Concebida así, y habiendo realizado, hasta donde le ha sido posible, esa misión, la Universidad Nacional quedará trunca y mutilada cuantas veces se le prive de su Escuela Preparatoria.³⁵

Y nos atreveríamos a proyectar esta idea respecto a la labor, fuerte y vital, que durante una larga época, Parra supo imprimir a tan importante institución, sin la cual, como hemos podido apreciar, don Ezequiel A. Chávez no concibe a la Universidad de México, preguntándonos si a su vez, puede uno imaginar a la Preparatoria sin asociar dicho concepto a la vida y ardua labor de Porfirio Parra.

CAPITULO IV

1. Hoja de servicios del Dr. Porfirio Parra. México, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, Sección Universitaria.
2. Ramos Pedrueza, Antonio et al. "Discurso". A la memoria del Dr. Porfirio Parra. 1854-1912. México, Universidad Nacional de México, Escuela Nacional de Altos Estudios, 1912. p. 41.
3. Parra, Porfirio. La Escuela Nacional Preparatoria y las críticas del Sr. Dr. Francisco Vázquez Gómez. México, Tipografía Económica, 1908. p. 3.
4. _____ "Gabino Barreda" (discurso pronunciado en el aniversario del maestro el 19 de febrero de 1909). Número extraordinario en memoria del eminente filósofo y educador Gabino Barreda ". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria México, 1909. p. 15.
5. Ibidem. p. 17.
6. Ibidem. p. 17.
7. Parra, Porfirio. La Escuela Nacional Preparatoria y las críticas... p. 16.
8. _____ "Gabino Barreda" (discurso...) op cit. p. 17.
9. Ibidem. p. 18.
10. Ibidem. p. 19.
11. _____ "El cultivo de la ciencia". Antología de la Escuela Nacional Preparatoria en el centenario de su fundación. de Manuel González Ramírez, México, B. Acosta-Amic, Editor, 1967. p. 305.
12. Parra, Alfonso. Atlas histórico de la Escuela Nacional Preparatoria. desde su funda

ción hasta los momentos de celebrarse el centenario de la proclamación de la Independencia de México, [s.e.], 1910.

13. Parra, Porfirio. ¿Según la Psiquiatría, puede admitirse la responsabilidad parcial o atenuada?. Concurso científico. Discurso pronunciado en la sesión del día 15 de julio de 1895. México, Tipografía de la Secretaría de Fomento, 1895. p. 3.
14. Parra, Porfirio. "El cultivo..." op. cit. p. 306
15. Ibidem. p. 306.
16. Ibidem. p. 307.
17. Ibidem. p. 308.
18. Ibidem. p. 309.
19. Ibidem. p. 310.
20. Ibidem. pp.311-312.
21. Ibidem. pp. 312-313.
22. _____ "Informe leído por el director de la Escuela Nacional Preparatoria al inaugurarse solemnemente el año escolar de 1909". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. I. 1908-1909. México, 1909. p. 222.
23. Ibidem. p. 222.
24. Ibidem. p. 224.
25. _____ "Informe con justificación que rindió el director de la Escuela Nacional Preparatoria al C. Juez Primero de Distrito en el juicio de amparo promovido por el C. Lic. Francisco Pascual García, para cumplir lo prevenido en el ar-

- título 799 del Código de Procedimientos Federales". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. I. 1908-1909. México, 1909. p. 87.
26. Parra, Porfirio. "Cartas cambiadas entre el Sr. Dr. D. Porfirio Parra y D. José E. Rodó, con motivo de la publicación que de "Ariel" hizo la Escuela Nacional Preparatoria". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. I. 1908-1909. México, 1909. p. 129.
27. Ibidem. p. 130.
28. Ibidem. p. 130.
29. O'Gorman, Edmundo. México. El trauma de su Historia. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977. pp. 74-75.
30. Parra, Porfirio. Ventajas e Inconvenientes de la profesión médica. México, Tipografía Económica, 1907. pp. 14-15.
31. ____ ¿Según la Psiquiatría...? p. 23.
32. Ramos Pedrueza, Antonio et al. "Discurso" A la Memoria ... p. 28.
33. Ibidem. p. 39.
34. Ibidem. pp. 35-36.
35. Chávez, Ezequiel A. "Discurso pronunciado con motivo de la celebración del XV aniversario de la Universidad Nacional." Boletín de la Secretaría de Educación Pública. T. III. México, 1924. pp. 31-32.

CAPITULO V

PORFIRIO PARRA, POETA Y NOVELISTA

Al analizar la producción bibliográfica de Porfirio Parra, nos sorprende la variedad de géneros que abarcó a lo largo de su vida, destacando obviamente, su producción filosófica, ya estudiada con anterioridad, e histórica, de la cual nos ocuparemos en el siguiente capítulo, por constituir uno de los renglones de mayor importancia dentro de nuestro estudio, razón por la que, intencionalmente, hemosla dejado como punto culminante del presente trabajo.

Mas Parra, como mencionamos con anterioridad, se adentró por otros caminos, buscando en ellos la expresión óptima de sus ideas, siempre positivistas. De esta búsqueda, de este intento constante de expresión ideológica, nos ha heredado una abundante producción poética, ejemplos de la cual daremos más adelante, y en la que destaca, según juicio general, su famosa oda A las Matemáticas, así como A la muerte de Pasteur, A la Medicina, El Agua y su Epístola a un joven desilusionado.

Dentro del género novelístico creó Pacotillas, obra de gran interés, ya que nos permite profundizar en la visión que Porfirio Parra tenía de la vida mexicana, durante el periodo comprendido entre el triunfo de la República y el régimen porfirista. Las interpretaciones que dicha obra ha suscitado son bastante contradictorias entre sí, por lo cual intentaremos exponer los diversos juicios al respecto para más tarde plantear nuestro personal punto de vista.

En el tomo VIII de las Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, se mencionan como Estudios Literarios de nuestro autor las siguientes obras: A las Matemáticas y Epístola a un joven desilusionado, ya citadas anteriormente, Manuel Gutiérrez Najera, Martín Lutero y Recuerdo; y bajo el rubro de Teatro, Lutero, cuadro dramático en un acto y en verso.

A primera vista nos resulta hasta cierto punto incongruente, que una sensibilidad como la de Porfirio Parra, dedicada, como nos consta, a la implantación del positivismo como base educativa nacional, hubiera encauzado tiempo y esfuerzo a tales disciplinas; sin embargo, si recordamos las bases docentes defendidas por el propio Barreda, encontraremos que, lejos de ignorarlas, se les incluía y defendía como asignaturas de gran utilidad para el fin perseguido por el plan general.

Consideraba dicho maestro, que paralelamente al cultivo de la ciencia era recomendable el estudio de la Literatura, cuya utilidad básica radicaba en su capacidad como punto de equilibrio entre razón y sentimientos, por lo cual, defendíala abiertamente:

Como rama de educación, no es posible desconocer la utilidad de cultivar, aunque sea como iniciación, una de las bellas artes más propias para mejorar nuestro corazón, inspirándonos los sentimientos de lo más bello, de la armonía de lo justo y de lo grande. El estudio abstracto de la pura ciencia tiende a secar nuestro corazón, y es conveniente presentar el antídoto de las creaciones poéticas antes de que el mal se haya hecho irremediable. Las creaciones poéticas, digo, son muy propias para corregir la demasiada aridez afectiva de la ciencia pura, antes de que se haga crónica.¹

No creemos faltar a la verdad, si las ideas anteriores, expuestas por Barreda en la Revista Positiva, las proyectamos al propio Parra, quién como hemos comprobado a lo lar

go de este trabajo, manifestó siempre un total acoplamiento ideológico con el que fuera su maestro; además, su interés y dedicación a las letras, expuesto a todas luces, es una prueba irrefutable de la estima con que valoraba tal disciplina.

Los hombres del positivismo subordinaron, necesariamente, los sentimientos a la realidad positiva, por lo cual, nos dice Leopoldo Zea, necesitaron una válvula de escape apropiada y capacitada, para, a través de ella, sublimar tales sentimientos. La doctrina positivista, columna vertebral de su existir mismo, prohibía toda actitud tendiente a la fantasía, a la idealización, ya que, por esencia, todo lo que no constituyera parte de la realidad misma podía perturbar el orden y, por consiguiente, el bienestar social. Sin embargo, tales expresiones no podían serles suprimidas en su absoluta totalidad, ya que, al fin, constituían manifestaciones del hombre mismo, de su esencia natural, por lo que, en su mayoría, los positivistas, según palabras de Zea, buscaron:

... un sustituto por donde dar salida a sus sentimientos, y este sustituto lo constituyeron la poesía sentimental, las leyendas fantásticas, la imaginación puesta en cualquier suceso. Esta es una época en que los hombres formados en el positivismo no se preocupan mucho por sus semejantes de carne y hueso, pero, en cambio, se entemecerán frente a ficciones poéticas, sufrirán con los protagonistas de las novelas y descargarán su imaginación en sucesos comunes dándoles una calidad de sucesos extraordinarios.²

Queda así Porfirio Parra, en cuanto a su quehacer literario propiamente dicho, enmarcado, una vez más, en el cuadro positivista, desvaneciendo la inquietud que inicialmente pudo causarnos el contraste de actividades aparentemente contradictorias, pero que, analizadas detenidamente, observamos convergen en un fin común.

PACOTILLAS

Sin duda ha sido Pacotillas, novela publicada en 1900, la obra de Porfirio Parra que dentro de su producción literaria ha despertado mayores comentarios, sin olvidar en todo caso, aquel en que Juan Hernández Luna dolíase del olvido de medio siglo sufrido por la novela típicamente positivista de Porfirio Parra, obra que, a su juicio, mereció mayor interés por parte de sus contemporáneos. Señala Hernández Luna, en interesante artículo denominado El Gran Pacotillas, que esta "criminal indiferencia" fue observada ya por Salvador Alvarez [sic], quien en carta dirigida a Agustín Aragón, aludía a la frialdad con que fue recibida por la crítica mexicana. Mas Victoriano Salado Alvarez, ciertamente, al igual que sus contemporáneos, analizaron Pacotillas con bastante superficialidad, no obstante que intentan valorarla con equidad, pues tanto Aragón como él la consideraron como una novela simple; "tierna por sencilla, y sencilla por conmovedora", atendiendo a las propias palabras de Salado Alvarez, juicio en el que, desde luego, estamos en total desacuerdo. Por su parte, nos dice Hernández Luna, Carlos Pereyra "se lamenta en un artículo de que el público que vive de las "crónicas de policía" y de la "literatura llamada modernista", la haya recibido "con beocio desvio."³

Así, Hernández Luna plantea el absoluto desinterés con que Pacotillas ha sido vista por los diversos autores de historia de la Literatura, mismos que ni siquiera, según nos dice le dedican la mínima mención; así como tampoco aparece en colecciones recientes, como "Escritores Mexicanos" y "la "Biblioteca del Estudiante", cuyo programa ha sido la divulgación de obras mexicanas. Por último, es de admirar que ni el propio Dr. Leopoldo Zea, en su estudio sobre positivismo mexicano, hubiera dedicado línea

alguna a dicha novela, que entre otras cualidades posee la de "ser el documento que inicia el filosofar sobre el mexicano en nuestro siglo."⁴

Sin embargo, aunque desde luego no abundan hasta el extremo los comentarios sobre Pacotillas, nosotros hemos corrido con mejor suerte, ya que a partir de la publicación del artículo antes citado, surgen algunos textos de Literatura que colaboran con sus juicios a un mayor conocimiento de Porfirio Parra y, por consiguiente, de su obra.

Ralph Emerson Warner, por ejemplo, en su obra Historia de la Novela Mexicana en el siglo XIX, publicada en 1953, un año después del artículo de Hernández Luna, sitúa a Porfirio Parra entre el grupo de novelistas que se ocupan de temas sociales en la última década del siglo pasado. Opina que es común a todos ellos el ensayo de una novela realista, tendencia sofocada finalmente por la formación romántica de sus autores. Tal es sin duda, nos dice, el caso de Pacotillas.

A este grupo, que clasifica como "novelistas menores", pertenece el expatriado José Manuel Hidalgo, Mariano Flores Villar, Pablo Zayas Guameros y el más importante, a su juicio, Porfirio Parra, cuyo personaje principal, Francisco Téllez, apodado por sus compañeros "Pacotillas", es víctima de sus propias ilusiones, porque combina con su idealismo la pereza, y la complaciente satisfacción, con sus grandes ideas. Según dicho autor, Parra, en el costumbrismo y en la manera de contar su historia, recuerda la técnica narrativa de Manuel Payno.

Por su parte, Julio Jiménez Rueda, en su Historia de la Literatura Mexicana, publicada

también en 1953, califica a Parra a igual que el autor anterior, como un escritor del grupo costumbrista, corriente que a menudo acertaba notablemente en sus descripciones, ya de la vida del campo, o del ambiente citadino, brindándonos retratos de ciertos personajes, con la exacta caracterización de la vida socio-política que les enmarcaba.

Posteriormente, Moisés González Navarro opina que Sierra, y Parra en Pacotillas, son un ejemplo de la importancia que en la historia de la Sociología latinoamericana ejercen la historiografía y la novela. Concretamente, sobre la obra que nos ocupa considera que, a través de ella, Parra nos describe un carácter, que por no estar adecuadamente dotado, no obstante sus altas cualidades morales, acaba por sucumbir al medio ambiente. Parra, nos dice, se sirva del argumento de su novela para presentar, en contraposición, los arquetipos de dos generaciones:

... una anémica, escuálida, raquítica, exangüe, cobarde, sin aliento, ideales, ni ánimo, poco soñadora, mezquina, vulgar, enana, etc.; la otra sería, esforzada, entusiasta, viril, y, en fin, heroica. La primera corresponde a la generación jacobina, la segunda a la científica. A la postre la generación positivista triunfa porque, de acuerdo con la selección natural, "la organización domina a la función, y la organización superior avasalla a la inferior". La generación jacobina que simboliza Pacotillas, desarmada para la lucha por la vida, "estaba fatalmente condenada a desaparecer, así sucede no sólo en la sociedad, sino en todo el reino orgánico; los seres que no se adaptan al medio sucumben".⁵

González Navarro señala también el problema aludido con anterioridad por Hernández Luna, y nos comenta que ni Victoriano Salado Alvarez ni Carlos Pereyra prestaron el merecido interés a esta novela, filosófica en su esencia, y por tanto de gran valor, sino que, fue Agustín Aragón quien por vez primera se refiere a Pacotillas con cierta serie-

dad. Según González Navarro, Aragón considera que Parra ni idealiza ni niega, en su novela, la realidad del carácter del mexicano, sino tan sólo expone, con sencillez, la trama del argumento, ya que su objetivo era mostrar únicamente "un cuadro con la acción y reacción de la vida social y la vida doméstica."⁶

Ciertamente, Aragón presenta en la Revista Positiva (tomo I, 1901) al público mexicano la reciente obra de su maestro, Porfirio Parra, alabando su capacidad comprobada en la elaboración de Pacotillas, en cuyo desarrollo se aprecia, según nos dice, un amplio sentido del fin social de este género, poco común en los literatos contemporáneos, por lo que le felicita ampliamente.

En segundo término, Agustín Aragón, reflexiona sobre las ventajas que representa para un público determinado, la lectura de libros esencialmente mexicanos, sin por ello negar el influjo de las obras de origen extranjero, ya que aquellos reflejan nuestra esencia nacional, elemento básico para aspirar a "mejorar la propia condición".

Para terminar, alude al estilo de la obra, en el que, opina, domina un equilibrio pleno de naturalidad y fluidez que "no revela ninguna imitación". Respecto a la trama, su juicio es, desde nuestro punto de vista, profundamente superficial y ligero, pues nos señala que si parece excesivamente sencilla, es porque Parra no buscó la solución de ningún "hondo problema", aspecto que como veremos más adelante está muy lejos de la realidad de Pacotillas.

Por su parte, continúa González Navarro, Victoriano Salado Alvarez, después de lamen

tar la indiferencia con que fue acogida esta obra "admirable", nos comenta que el fracaso de Pacotillas se debió, primordialmente, a su inflexibilidad, no graduada, ante su circunstancia histórico-social; mientras que, en contraposición, "el Chango" triunfaba por conducirse con gran habilidad y audacia, mostrándose indiferente a todo principio de honradez.

Finaliza dicho autor (Gonzalez Navarro), al presentarnos el punto de vista de Pereyra sobre Pacotillas, quien vio en el personaje al nieto del "Periquillo", ya que representaba la generosa juventud que durante el gobierno de Manuel González:

... desconoció que la democracia no se resuelve en el concepto falso de una sociedad homogénea con un gobierno de funcionarios impersonales que eligen mayorías numéricas, computadas por cabeza, sino en la de un nuevo medio de acción política, que difiere de las monarquías absolutas en que las clases dominantes gobiernan u oprimen, ya por la mediación de grupos en quien delegan su poder, ya constituyendo dictaduras, aunque refrendando siempre sus facultades en el voto de asambleas numerosas, instrumento legal de las clases imperantes.⁷

Pereyra, respecto a la época en que se desarrolla la novela, nos hace especial llamado de atención a que se remonta 20 años atrás de su publicación, e inclusive, al finalizar su artículo, invita a Parra, casi a manera de reto, para que colaborara, con sus conocimientos literarios, a la solución de los problemas nacionales. Mas, pensamos que Parra, al circunscribir su obra a esta etapa de la vida mexicana, lo hizo con cierto doble sentido, ya que aunque deseaba enjuiciar varios elementos vigentes, para él indignos, sus intereses personales y la falta de una auténtica libertad de expresión, le impedían hacerlo directamente, por lo que, resolvió el problema ubicando el tema dentro del periodo gubernamental de don Manuel González; pero de hecho, a nuestro juicio, el cua

dro que nos describe es totalmente aplicable al apogeo del Porfirismo.

En dicho artículo: "El Nieto de Periquillo", publicado en el tomo III de la Revista Positiva contra lo expuesto posteriormente por Hernández Luna y por González Navarro, Carlos Pereyra nos brinda una muy completa imagen de la novela que nos ocupa, predominando sobre todo, su indignación por el silencio e indiferencia mostrados ante "una obra de arte tal", que encierra, como lo hace Pacotillas, una problemática tan profunda y trascendental. Para Pereyra, aunque descrito con exactitud y realismo admirables, lo que menos importa es el ambiente, ya que Parra, no se propuso, nos dice, "pintar costumbres, sino definir caracteres".

Volviendo a Hernández Luna, cuyo artículo sobre la obra que nos ocupa, es, hasta la fecha, uno de los más completos que se han realizado, nos encontramos el planteamiento del mexicano estudiado por Parra: "no es un ente artificial forjado con los recursos que proporciona el arte de novelar, sino un hombre real, histórico, de carne y hueso"⁸, de ahí la enorme importancia que concede a dicha obra. No es como dijera Aragón, una narración simple, sino por el contrario, sirve a su autor de instrumento básico para plantear las dos alternativas que la sociedad porfiriana brindaba al mexicano como posibilidades de vida: "el tremendo dilema" de elegir entre el palo y el pan:

Uno de los extremos del dilema, el del palo o la libertad, había sido el ideal de vida nacional perseguido por la tradición revolucionaria representada por Hidalgo, Morelos y Juárez. Para esta tradición, ser mexicano significaba concebirse como ser libre. La libertad se identificaba con la mexicanidad. En la libertad estaba la "razón de ser" mexicana. Negar la libertad era tanto como renunciar al fundamento ontológico de la mexicanidad, era renunciar al propio ser del mexicano. El otro extremo del

dilema, el del pan o del bienestar, era el nuevo ideal de vida propuesto por el Porfiriato. Seguirlo, significaba renunciar a la libertad; significaba que el mexicano dejara de concebirse como un ser libre para definirse en adelante como un ser de bienestar. Quería decir sustituir la libertad, como fundamento ontológico de la mexicanidad, por el bienestar como fundamento ontológico de esa misma mexicanidad. La "razón de ser" de este mexicano dependía, pues, de la elección que hiciera en favor de uno de los términos del dilema; o un ideal de vida fundado en una "libertad sin bienestar" o un ideal de vida fundado en un "bienestar sin libertad"; o el ideal de vida señalado por la Independencia y la Reforma, o el ideal de vida propuesto por el Porfiriato.⁹

En la época en que aparece la novela de Parra (1900), continúa Hernández Luna, la mayoría de los mexicanos había optado por el camino más fácil, el del pan, defendiendo la primera alternativa, tan sólo una reducida minoría, calificada por entonces de "inadaptada", ya que quienes la constituían no se acoplaban a las nuevas características y valores exigidos por el sistema vigente.

Ciertamente, no falta razón a nuestro expositor al plantear el argumento de Pacotillas en tales términos, ya que su mismo autor, Porfirio Parra, señala que a través de tal relato, por el enjuiciado como "sencillo", realiza el bosquejo de un carácter incapaz de adaptarse al medio social, por lo que a la postre sucumbe, no obstante sus grandes dotes.

Sin embargo, considero que uno de los aspectos más importantes de dicho argumento escapa al análisis crítico de Hernández Luna, quien a nuestro modo de ver, adopta ante Pacotillas una actitud hasta cierto punto vacilante, probablemente, y este es el punto clave, porque su mismo autor aborda el tema con esa misma actitud, con ese espíritu oscilante entre dos alternativas, sin encontrar en ninguna de ellas la panacea de la feli-

cidad social, del bienestar colectivo, meta, en última instancia, de la doctrina positiva.

"Pacotillas" y "el Chango" simbolizan ambas alternativas, las dos caminos que el régimen porfirista ofrecía como posibilidades sociales; pero desafortunadamente, ambas abundan en cualidades negativas. "Pacotillas", por un lado, pleno de valores morales, incorruptible, amante de la libertad, luchador incansable del bienestar social, carece de aquellas características, si se quiere calificar como pragmáticas, que le permitirían triunfar en la lucha por la vida. Reprocha dicho personaje a sus compañeros de estudio, su falta de intereses altruistas, su actitud indiferente a todo lo grande y extraordinario, acusándoles de ser "una generación anémica, escuálida, sin alientos ni ideales", a quien no aburre la diaria monotonía, y a cuya "piel de paquidermo" no altera el contacto de la realidad.

Pero este joven, dotado naturalmente de gran inteligencia, ya intuida desde su infancia por su profesor de Gramática y, como hemos anotado, de profundos valores morales, contaba también con vicios de carácter que serían definitivos en su vida futura: inteligente sí, pero mimado en exceso por su padre viudo, de gran sensibilidad, de imaginación ardiente, perezoso en las actividades físicas y amante de "la actividad del alma, era un soñador precoz y poeta agraz"¹⁰ Esta tendencia a la fantasía, a la que a menudo daba rienda suelta por lo fecundo de su imaginación, provocaba que constantemente perdiese el contacto con la realidad, lo que para Parra representaba un acto imperdonable.

Como podemos comprobar, "Pacotillas", en esencia, poseía características tales que le

harían imposible triunfar en la vida. Para Porfirio Parra, positivista por excelencia, nada había peor que esa tendencia a fantasear, por lo cual, compadece a quienes, como su personaje central, por muchos valores que tengan, están destinados a perecer inexorablemente.

¡Pobre muchacho! Con aquel exagerado sentimentalismo, con aquella manía de fantasear, con aquellas frecuentes melancolías, que parecían presentimientos de futuras desgracias, con aquel desconocimiento de la realidad, iba a partir a una gran ciudad, en la que era muy probable que se derrumbara y cayese sobre él la quimérica fábrica de fantasmas, fruto de una niñez solitaria y mimada.¹¹

Segun Hernández Luna, "Pacotillas" simboliza al mexicano por excelencia, al mexicano por antonomasia, al mexicano que ha hecho de la libertad el fundamento de su ser, la "razón de ser de su vida"¹², y que por consiguiente, considera repugnante adaptarse a un ambiente dominado por el anhelo de bienestar y por la corrupción.

Mas no me parece lógico que Parra dedicara en pleno siglo **XX**, su personaje central a un mexicano, que para estas fechas, después de 30 años de efectuar una verdadera evangelización positivista dentro de la Escuela Nacional Preparatoria, debió considerar como definitivamente superado entre la juventud mexicana, sobre todo, si recordamos la falsa idea de paz, progreso y éxito que dominaba a la élite porfirista.

Parra no desconoce las cualidades del grupo jacobino, mismas que en una época sirvieron maravillosamente en la ruta hacia el estadio positivo y condujeron al país a las puertas de la era del progreso; pero una vez en ella, México reclamaba otro tipo de hombre, cuyas cualidades morales no fuesen contrarrestadas por tan fuerte dosis de idealis-

mo y fantasía. "Pacotillas" estaba destinado a desaparecer, pero, y he aquí lo terrible del problema planteado, quizás inconcientemente, por Parra; la nueva generación, la que había formado el régimen porfirista, no por contrastante era totalmente aceptada por nuestro autor. Si bien había perdido los matices metafísicos que tanto daño causaron a la juventud de la Independencia y la reforma, el precio pagado por ello había sido excesivamente elevado, convirtiéndola en el prototipo de una sociedad cuya meta final la representaba el bienestar material, por el cual estaba dispuesta a sacrificar cualquier principio moral de validez universal.

Este grupo, el representante de la segunda alternativa, el que adopta el camino del pan y que Parra personifica en la figura del "Chango", sí logra salir adelante en la lucha cotidiana, triunfar, pero sólo desde el punto de vista material, porque en el fondo, sufre el mayor de los fracasos, el personal, el de una vida íntima frustrada al sacrificar todos los valores en aras de un éxito puramente superficial.

Considero pues que Parra, a través de Pacotillas, ha logrado una penetración crítica no alcanzado por él en otros géneros, y, repito, quizás inconcientemente, se enfrenta por vez primera ante el fracaso de una educación positivista, que lejos de haber formado verdaderos hombres, futuros forjadores del éxito nacional, creó una generación endeble, falsa, que como "el Chango", "Patillitas" y "Santa Anna", estaba desprovista de toda noble intención, perfilando su razón de ser en la simple ambición de conquistar abundante "pan", para así enrolarse sin problemas a la era del bienestar. El mismo "Pacotillas", símbolo de los valores de antaño, sirve a Parra para expresar una idea inusitada en él, su rechazo al estudio de la ciencia:



He amado a la ciencia con la intensidad, con la violencia, con la fiebre que pongo en todas mis inclinaciones; hoy me parece hueca, me parece vacía, hoy la encuentro incapaz de satisfacer el corazón o la inteligencia, y por eso me fastidia. ¹³

¿Hasta dónde se había filtrado la sombra de la duda en el inquebrantable defensor del positivismo, que se atreve a poner, en boca de su figura más importante, tal rechazo al sistema educativo vigente? ¿Es acaso este juicio, la retractación de toda una vida dedicada a la implantación y defensa del positivismo en la organización educativa mexicana? No lo creo, por lo menos no absolutamente. Parra desarrolla a través de Pacotillas una inquietud personal, que seguramente le angustiaba profundamente, mas no en cuanto a la efectividad de dicha doctrina filosófica como la ideara su creador en México, don Gabino Barreda.

Lo que en verdad le preocupa, lo que auténticamente cuestiona en la obra que analizamos, es la desviación que esta doctrina había sufrido en la práctica*, el uso y abuso que de ella había hecho el sistema, equivocando en definitiva la orientación de las jóvenes generaciones hacia una meta, no por contraria a los patrones pasados, adecuada a los fines preestablecidos del método positivo.

En resumen, Parra vacila en el desarrollo de su argumento, y concluye por reprobar ambas alternativas vitales, por lo que considero que implícitamente, el verdadero mensa-

*Recuérdese que durante una larga época, el positivismo, como doctrina base de la educación en México, fue seriamente atacado por el gobierno de la República, alterándose substancialmente el proyecto original creado por Barreda, y defendido enérgicamente y en todo momento por, Porfirio Parra.

je que vibra en la obra es su llamado a la conciencia pública para buscar un patrón de conducta diferente, capaz de retomar cualidades que nunca deben perecer como directriz moral de una sociedad; busca, en resumen, el verdadero representante de una juventud formada en el positivismo; pero al margen de las notables deformaciones causadas por un sistema, que en última instancia Parra rechaza francamente.

En apoyo del juicio anterior, nos encontramos con las diversas manifestaciones críticas, que a lo largo de la obra realiza nuestro autor, contra los vicios del porfirismo, señalando aquellas prácticas de la vida pública, que como la elección de diputados se alejaba cada vez más, de una política sana.

Aunque el General López estaba seguro de su reelección, convenía le no comprometerla en nada, y la comprometiera quizá, si no cumplimentara como debiera, el alto personaje* que tanto tenía que influir en la designación de los afortunados mortales que representarían en la Cámara popular la entidad federativa gobernada por él.¹⁴

En el capítulo VIII denominado "La Bandera del Progreso", después de hacernos una detallada descripción del general López, tanto en lo físico como en lo moral, nos brinda una crónica de la triste forma en que, por entonces, transcurría una sesión en la Cámara de Diputados. Primeramente se manifiesta en contra de los diputados cuyo programa político se reduce a "estar siempre con la mayoría, votar a todo trance con el gobierno y ser partido con los amigos", refiriéndose enérgicamente a la disposición de algunos políticos de ayudar a sus conocidos en cierto "negocito", por aquello, como dice Parra de "hoy por ti, mañana por mí";

*Se refiere al gobernador del Estado

Menciona también el provecho económico que estos ciudadanos sababan de tales cargos, ya que lejos de efectuar una auténtica labor social, los utilizaban como plataforma para otros fines e intereses prácticos y políticos, sin olvidar, en dicho análisis, la afición de todos ellos por las damas, debilidad que, desde luego, no podía ser cubierta con un sueldo nominal, no mayor de 3000.00 pesos al año.

Con igual penetración crítica, Parra logra hacer sentir al lector el ambiente bajo, pleno de envidia, reinante en tan digno recinto, y finaliza con una satírica narración del triste servilismo que los señores diputados mostraban ante la presencia de un secretario de estado determinado, coronando su descripción con la consabida votación "Por unanimidad" en favor del presupuesto del ramo.

Hay latente, en toda la narración, una verdadera añoranza por tiempos pasados, en los que la Libertad y la Democracia señoreaban la vida político-social mexicana, actitud que nos hace patente mediante un párrafo, en que don Marcos, antiguo paladín de las ideas reformistas e incansable luchador en pro de tales principios, se rebela ante el injusto encarcelamiento de "Pacotillas". Las palabras pronunciadas entonces, y que no son más que un reflejo del pensamiento de Parra, son las siguientes:

Volvió a maldecir estos mezquinos tiempos y a ensalzar los grandiosos y heroicos en que floreció su juventud lozana; volvió a deplorar la falta de garantías, volvió a lamentar que los ideales democráticos que el pueblo conquistara, prodigando su sangre generosa, demostrando indomable brío y desplegando irresistible empuje, se viesan hoy postergados, pisoteados, befados y escamecidos... La libertad sucumbe, decía a menudo, y la sociedad con criminal indiferencia lo tolera.¹⁵

Y por si quedara alguna duda, oigamos también en boca de don Marcos, la siguiente

crítica a un sistema que había traicionado indiscutiblemente los esfuerzos de la generación reformista en pro de la conformación nacional mexicana.

Sobran hechos que prueban lo caídos y rebajados que están los tiempos. A ese pobre joven (Pacotillas), sin ir más lejos, en mi época se le habrían brindado amplios y luminosos senderos, en la prensa hubiera sido un Zarco, en la tribuna un Altamirano; sus conciudadanos se hubieran fijado en él, y sacándolo de la oscuridad le habrían encumbrado a elevados puestos, en que sus dotes hicieran el bien del país, llenándole a él de gloria. Pero le tocó vivir en esta triste y menguada época...¹⁶

En fin, quizá sea mejor para él* ; esta sociedad mezquina no era digna de poseerle; hoy sólo las medianías encuentran horizontes y sitio amplio, los caracteres extraordinarios, los genios sublimes, están condenados a sucumbir asfixiados por la densa atmósfera de la vulgaridad que les rodea. ¡Entre los pigmeos los gigantes están de más!¹⁷

Mas pocas veces el juicio crítico de Parra se muestra tan abiertamente antigobierista, como en aquel en que manifiesta sus sentimientos a través de don Marcos:

Don Marcos, aturdido por sus propias ideas, recorría presuroso aquellas largas y animadas calles, sin ver nada y sin oír nada... Pensaba para sí... ¡Oh, sociedad ociosa e indolente! ¡Oh; tu pido enjambre de almibarados paseadores, para quienes la vida es una fiesta y una diversión continua!

¿Como pueden estos idiotas, -se preguntaba -, respirar tan a sus anchas y pavonearse tan algrememente, cuando no hay garantías individuales, cuando cualquiera, por la suspicacia de un poderoso, puede ser arrancado a su hogar y a sus afectos, despojado de su libertad y confinado en sombría cárcel, como lo ha sido ese muchacho infeliz?

...¿En donde está el pueblo? se preguntaba: No le emancipó la sangre de nuestros héroes, no le ilustró la inteligencia de nuestros pensadores, ni la animó ni le galvanizó la voz de nuestros tribunos? ¿En donde está el pueblo parisiense de 93?

* Alude a la enfermedad incurable de Pacotillas.

¿En donde está siquiera el pueblo mexicano de 61? 18

Más explícito aún, Parra, en boca nuevamente de don Marcos, a quien sus sueños le habían transportado momentáneamente a la Francia revolucionaria, nos dice:

Estamos en México, ... se acerca a su fin el siglo XIX...,
No tenemos reyes, pero si tiranía; La Bastilla cayó, pero si-
guen de pie las cárceles amenazando el pensamiento... 19

Así pues, Pacotillas una obra valiente que posee un profundo sentido de denuncia política, que está por demás indicar después de leer párrafos como el anterior, en que su autor, Porfirio Parra, alcanza altos niveles de penetración crítica. Nada hay entre los renglones de la administración pública que no haya sido analizado y atacado por el maestro; lo mismo revela los vicios de una movilidad política nula, como las causas y consecuencias sociales de una prensa vendida, subvencionada por el Estado y amante exclusiva del interés económico, denunciando abiertamente, los peligros que presentaba para entonces el intento de ejercer un verdadero periodismo independiente.

Volviendo al boletín de usted, le diré que me gusta mucho; pero temo que vaya usted a comprometerse, los tiempos son ahora muy difíciles para los periodistas independientes. 20

El periodismo en boga, el que no tenía problemas, era el periodismo gobiernista, "adulador y servil" representado por la figura del general Juan López, director de "La Bandera del Progreso", cuyos intereses nos manifiesta Parra en las siguientes palabras pronunciadas por dicho personaje:

...Mi programa es muy sencillo: soy amigo del gobierno, y deseo que mi periódico no sea un obstáculo al desarrollo de la política actual, sino que en cuanto sea posible la favorezca; esto no quiere decir que vayamos a elogiar ciegamente cuanto haga el gobierno; no; no, ¡qué demonio! Yo también me la echo de independiente, reconozco un jefe, un superior, porque sólo Dios no lo tiene, pero no admito amos, eso sí que no. Sabremos pues,

censurar, pero será con palabras decentes, como de amigo que da un consejo, no de enemigo que vitupera e injuria, o de verdulera que echa sapos y culebras por la boca.²¹

El otro extremo, el del periodismo honrado está representado por don Marcos, director de "El Independiente", y en "Pacotillas", colaborador de dicho medio informativo.

Claro está, los problemas a que se enfrenta este grupo, minoritario como se ha señalado, eran múltiples y graves, destacando, entre otros, el aspecto económico, pues carentes de subvención alguna les era casi imposible subsistir en un país que, como México, no contaba con el suficiente arraigo popular en la lectura de periódicos.

Don Marcos, conversando con un amigo, aceptaba que la intervención de "Pacotillas" en la redacción de "El Independiente" había sido de gran utilidad, mas no por ello esperaba grandes ventajas económicas, pues el número de lectores en México era sumamente reducido:

Es verdad que el Sr. Téllez ha dado mucho lustre a mi periódico, pero no ha habido aumento de suscripciones /sic/; son muy estrechos los horizontes del periodismo en México; aquí los lectores son contados, hablo de los que pagan, y aunque el mismo Castelar escribiera los boletines, no por eso habría un solo suscriptor /sic/ más.²²

En este punto, además de la denuncia de uno de los problemas claves del periodismo nacional, contamos con un elemento que nos parecería injusto pasar desapercibido; este es, la marcada admiración que nuestro autor manifiesta por Emilio Castelar, sentimiento que es común a las grandes figuras de la época, como sería el caso de Emilio Rabasa y Justo Sierra. Específicamente, Parra se refiere a Castelar "el Demóstenes español" en los siguientes términos:

... Leía con deleite una larga correspondencia de Castelar, impresa en un número del Diario de la Marina de la Habana. Castelar era, para Don Marcos, el non plus ultra de los escritores, el fénix de los republicanos y el más elocuente de los tribunos; parecíanle de perlas aquellos sus largos y altisonantes periodos, salpicados de metáforas, constelados de imágenes radiantes y embellecidos por audaces transportaciones.

Pasmaba al buen Don Marcos la sorprendente erudición histórica del hombre de Estado ibero, encantándole la sagacidad con que, en pocas líneas, define el abundoso escritor la situación de las potencias europeas, y desenreda la complicada maraña de la política internacional.

¡Con que energía denuncia el gran publicista la insaciable codicia y los arteros manejos del gabinete de Saint James! ¡Qué bien pone de manifiesto la monstruosa ambición del nuevo imperio germánico, encarnado en su canciller de hierro, el inflexible Bismark! ¡Que elocuencia despliega el florido escritor cuando ensalza las cualidades de la raza latina, escogida por la Providencia para misionera de la civilización moderna y para revelar al mundo atónito el Verbo del progreso.²³

Respecto a la mujer, el trato que Parra le dedica es típico de su época: la mujer como inspiradora de elevadas acciones, objeto de amor y respeto por parte del hombre; este sería, sin duda, el caso de Amalia, la joven amante de "Pacotillas", con quien dicho personaje mantuvo la más pura y noble de las uniones, inspirada en la libertad, en el amor, y no en el interés bajo, como en el caso del matrimonio entre "el Chango" y Rosa, la millonaria, o entre el general López y Mercedes.

No obstante que la unión entre Pacotillas y Amalia estaba fuera de toda norma religiosa y civil, Parra la enaltece en todo momento, siendo esta una forma más de cuestionar los prejuicios de una sociedad falsa, que en la mayoría de los casos, amparaba bajo determinada institución los sentimientos y pasiones más despreciables. Amalia, aunque unida

al joven periodista únicamente por el lazo de un profundo y auténtico cariño, compartía con él toda suerte de problemas, manteniéndose dicho sentimiento, indestructible, hasta el final.

Así, en el desenlace, Parra intenta dar una solución típicamente positivista a la vida de su personaje central: "Pacotillas", solución que pone en boca de un estudiante, portavoz, sin duda, de sus propios pensamientos:

...La muerte es el mejor desenlace del drama de Pacotillas. No estaba armado para la lucha por la vida, y, conforme a la selección natural, estaba fatalmente condenado a desaparecer; así sucede no sólo en la sociedad, sino en todo el reino orgánico; los seres que no se adaptan al medio, sucumben. Francisco, considerado así, era un ser inferior; en la fábrica de sus nervios había muchas imperfecciones; llevaba en la sangre, en la organización, tendencias hereditarias, predisposiciones debidas al atavismo, que hubieran acabado por desequilibrar su cerebro, llevándole al manicomio. Su mamá murió, a lo que parece, de eclampsia; él tuvo convulsiones en la primera infancia; en el cráneo llevaba algunos estigmas de degeneración, y tal juicio está plenamente comprobado por sus rarezas de carácter, su misantropía, su insomnio habitual, su afición al café, al pronto y raro efecto que le producían las bebidas alcohólicas. En una palabra, Pacotillas era, como dicen los autores, un candidato a la locura.²⁴

En embargo, aún en este momento, para con ello no acrecentar la fuerza que en consecuencia tendría la antítesis de este personaje, representada en "el Chango" y el general López, Parra pone en boca de don Marcos su definitiva defensa hacia los valores "metafísicos" de "Pacotillas", con lo cual, una vez más, nos recuerda que si bien la generación reformista padeció de ciertas cualidades negativas, los jóvenes debían ver en ella, aquellos atributos que la hicieron grande, que le permitieron luchar y triunfar frente a las fuerzas del retroceso, virtudes que en definitiva, no debían perecer jamás.

Es usted muy material, amigo mío, exclamó don Marcos;- ¡me pasma usted! ¿con que Tellez es un ser inferior?, pues mire usted que yo le tengo por hombre superior, casi por un genio; ya se ve, yo no mido a los hombres por sus dientes, ni por sus mandíbulas, ni por sus garras, sino por sus facultades, por sus dotes. Usted mide por un cartabón muy estrecho; conforme a su criterio, los grandes bienhechores de la humanidad, los poetas inspirados, los sabios que arrancan a la naturaleza sus secretos, los padres de los pueblos, los libertadores de las naciones, no son más que unos pobres pelleles, unos seres raquíuticos, inferiores y degenerados, destinados a desaparecer y a ser hollados en la lucha; puede que tenga usted razón: Jesús hubiera sido vencido por Milón de Crotona; Francisco de Asis, por el jabalí de las Ardenas; Rabelais por Gargantúa, y el cura Hidalgo por el gigante Salmerón. ¡Cuanto me complace no ser de la opinión de usted! Nosotros los metafísicos, no desconocemos "la naturaleza" ni negamos la "organización". Admitimos la miseria pero estimamos más el espíritu que la vence y la rige; ya lo dijeron los antiguos Mens agit at molem; entre el bruto y el hombre reconocemos la superioridad del último; y al hombre que come, preferimos el hombre que piensa ¡Usted dispense el mal gusto! 25

No cabe duda que Porfirio Parra logra delinear en Pacotillas los perfiles de un problema que para principios de siglo se venía gestando; mas desafortunadamente, como nos consta por otras manifestaciones ideológicas, a las que nos hemos referido con anterioridad, prefirió acallarlos, ahogando, si se quiere, este palpable brote crítico, en la quimera de un progreso ilimitado.

POESIA

En cuanto a la producción poética de nuestro autor, bastante abundante como podemos comprobar en su texto denominado Poesías, atenderemos sólo a la temática de su contenido, que refleja fielmente la mentalidad positivista de su autor, lo cual se nos hace patente con el simple enunciados de sus títulos: "El Agua", "Dinamos", "Oda a la Me-

dicina", "A las Matemáticas", "La Mañana", "En la muerte de Pasteur" y "A un joven desilusionado". Esta última, aunque no tan fielmente como las anteriores, manifiesta también claramente la tendencia filosófica positivista de su autor:

Animo, actividad, afán, trabajo,
 Ahuyentarán de tu alma la carcoma;
 Sacuca el mustio cuerpo de alto abajo,
 Míende las aguas, los corceles doma,
 Esgrime al roble formidable tajo,
 Sitio en carreras y en las luchas toma,
 Vence mil monstruos... ¡Y prudente empieza
 Por el monstruo del alma: la pereza!²⁶

Basta ya de gemir, de estéril duda,
 ¡Cuántas sendas se ofrecen a tu planta!
 ¡Con qué gracia la vida te saluda
 Y á ofrecerte sus dones se adelanta!
 ¡La ciencia y la virtud quieren tu ayuda,
 De tus desdenes la beldad se espanta;
 Rasgue el capullo la ágil mariposa
 Y el néctar libe de la fresca rosa!²⁷

La Poesía de Parra ha sido calificada, con mesura y equilibrio, por su discípulo Agustín Aragón al decirnos que fue "nueva y encantadora" muestra de su género. Indiscutiblemente, opina, pocos hombres de su nivel intelectual distraen su atención a esta actividad, porque no todos poseen, como Parra, cultura amplia a la par que un sentido amor a las bellas artes y una franca sensibilidad artística, que le indujo a expresar sus más íntimos sentimientos.

Pocas veces, como en "Dínamos" se refleja tan claramente su credo filosófico, siendo como fue ésta, una poesía dedicada a la misma máquina:

¡Vigor indestructible,
 Cuyo patente soplo,

Agita los espacios
Y vivifica el Cosmos.²⁸

Mas si hemos llevado con cierto cuidado el análisis del pensamiento de Porfirio Parra, sabremos, casi con seguridad total, que en su repertorio poético no faltará aquella destinada a la memoria de Gabino Barreda, y que esta vez precede con un pensamiento de Manuel Acuña, a manera de pequeña introducción:

... aunque el abismo
Le robe al mundo con su cuerpo un hombre,
Tú para el mundo seguirás el mismo
Mientras viva él perfume de tu nombre.²⁹

Como en otros tantos casos, nuestro autor desarrolla en su poema "D. Gabino Barreda", un verdadero alarde de alabanzas y frases bellas para quien fuera su guía intelectual, hecho que, como sabemos, es una de las líneas distintivas de su obra en general, ya que, a reserva de algún hallazgo futuro, hasta la fecha no se ha registrado un sólo juicio negativo de parte de Porfirio Parra hacia su maestro. Es obvio que incondicionalidad tal, sitúa a Parra en una posición un tanto difícil ante la posterioridad; mas no debemos tampoco dejar de reconocer la autenticidad de sus sentimientos, expuestos en momentos de éxito, sí, pero también, y quizás más apasionadamente, en las épocas de infortunio, tanto de Barreda como de su doctrina.

Dejemos pues, que sea el propio Parra el que una vez más deifique al maestro como apóstol de la ciencia, en cuya historia y no en la política vivirá por siempre



A la memoria del doctor

D. GABINO BARREDA.

¡Maestro de maestros! ¡Gran Barreda!
Aunque en infausto día,
Como la mole que al abismo rueda,
Yerto cayeses en la tumba fría,
Tu renombre el olvido desafía
Y tu alma grande entre nosotros queda.

Los discípulos fieles que te amamos,
Que tu docta enseñanza recibimos,
Que tus egregias dotes admiramos
Y tus huellas seguimos,
Sobre un altar tu nombre colocamos
Y en torno de ese altar nos congregamos.
Y desdeñando la mudable suerte
En alto sostendremos tu bandera,
Hasta caer heridos por la muerte
Como el soldado al pié de la trinchera.

Vivo esplendor de gloria
Corona ya la piedra funeraria,
Sello de tu existencia transitoria,
Y ese vivo esplendor nuestra alma hiere,
A su alto influjo nuestro pecho late,
Pues tú eres nuestro grito de combate,
Pues la idea eres tú que nunca muere.

¿Quién con numen feliz, con vívido estro
La epopeya cantara
De esa labor hercúlea, que afrontara
Por la ciencia y el bien el gran maestro?
¿Dónde el cincel está, que fiel labrara
Los correctos perfiles de su obra?
Pensador, nada soy para cantarte;
Mas si el genio me falta y aun el arte,
Sosténgame el cariño que me sobra.

No vives ya con la corpórea vida
Que al afecto contenta;
La llama genesiaca desprendida
De tu cabeza noble hoy no caliente

Aquella escuela que te fué querida,
 Y en tu inmortal recuerdo se sustenta,
 Mas en la historia vives,
 No en la incompleta que los hechos narra
 De turba de guerreros, cuya mano
 Derriba ó funda poderoso imperio,
 Que á la par que altos hechos de un Trajano,
 Las torpezas refiere de un Tiberio.
 No en aquella tristísima que anota,
 Eco doliente del atroz pasado,
 El cruento triunfo o la sangrienta rota.
 En Historia más alta, sabio insigne,
 Es justo que con rayos luminosos
 Tu venerando nombre se se consigne.

Tú vives en la Historia que conserva
 Los nobles triunfos del ingenio humano,
 Cuando sagaz á la natura observa;
 Cuando imprime su sello soberano,
 Que disipa el arcano,
 En astro enorme ó diminuta yerba;
 O en sublime momento
 Mide la rapidez con que recorre
 La etérea luz el ancho firmamento,
 Y enciende así la antorcha de la ciencia,
 Que proyecta destellos que iluminan
 El Cosmos á la par que la conciencia.

¡Ah! cuan pródiga en bienes fué tu vida!
 Cual fuente que en praderas trueca el yerbo
 La frase de tus labios desprendida
 Curaba las dolencias del enfermo,
 O fecunda en doctrinas, fácil, clara,
 Daba la ciencia á juventud ignara.
 Tú del bien en el árbol generoso
 Fuiste fecundo brote,
 Para el feliz hogar, jefe virtuoso,
 Para el alumno padre cariñoso,
 Para la ciencia austero sacerdote.
 Obrar por el amor es la divisa
 De que tu vida toda fué el reflejo;
 ¡Mil veces con la miel de la sonrisa
 Cubriste la aspereza del consejo.....!

¿Qué palabra hay igual á la que enseña?
 Como la gota que la peña horada,
 Ya grave, ya elocuente, ya risueña,
 Ya con una inflexión apasionada,
 De nuestra alma libérrima se adueña.
 ¿Qué sutil energía
 Tiene ese soplo, al parecer del suelo?
 ¿Qué alas sostiene a su potente vuelo.
 Que alcanzar puede al luminar del día,
 Que abarcar puede el insondable cielo?
 Ninguna voz la del maestro iguala:
 Del trovador la vibradora lira,
 Los Mirabeau y Danton en la tribuna,
 Sólo alcanzaron rápida fortuna.
 No aquel influjo que á lo inmenso aspira:
 Sólo en el alma eterno surco labra,
 Si la emite el maestro, la palabra.

El maestro es la antorcha en que la pura
 Llama de la verdad se enciende y brilla
 Es el lienzo en que traza la Natura
 Su majestad, su esplendidez sencilla,
 Sus leyes, su poder, su donosura;
 Del maestro en el alma luminosa
 Nida el Verbo sublime
 Que a la palida muerte desafía,
 Pues es la inmortal luz que nos redime.
 Puede al suelo inclinar la augusta frente.
 Y acribillado por la saña impía
 Puede al fin sucumbir ¡pero potente
 Se alzará del sepulcro al tercer día.....!
 Y tú fuiste maestro, tú enseñaste;
 Una generación nueva y lozana
 A la ciencia y al bien encaminaste;
 En el cielo del alma mexicana,
 Como un iris, trazaste
 Aquel guión luminoso, diamantino,
 De la verdad espléndido camino.
 Como germina el grano,
 Que en el surco fecundo
 Siembra del labrador la experta mano,
 Y le sucede la bendita planta
 Que mies promete y que la vista encanta,
 El rico grano, así, de tus doctrinas

Germinando en los vírgenes cerebros,
 Hizo brotar los frutos de Pomona
 Donde crecieran híspidos enebros.
 Y con vivo fulgor en tu alma noble
 Ardía del amor el sacro fuego,
 Y tu palabra con influjo doble
 Daba luz y calor. ¡Ah! fuera ciego
 El que osara negar el bien que hiciste:
 Has sido amado porque mucho amaste,
 El saber al ignaro prodigaste,
 Y con plácido acento siempre diste
 Consejos al que erró, consuelo al triste.

Y se posó en tu frente afortunada
 El genio creador, á cuyo Fiat
 Un mundo brota de la estéril nada.
 Tu aquilina mirada
 Sorprendió aquella escla de las ciencias
 Por otro genio ilustre fabricada;
 Eureka, nuevo Arquímedes, clamaste,
 Y en memorable día
 Sobre nueva y feliz filosofía
 La gran Preparatoria cimentaste.

Colosal tu obra fué, las ciencias todas
 Tu poderoso esfuerzo secundaron,
 Y para enriquecer el templo augusto
 Sus valiosas doctrinas aprestaron;
 El porvenir con el pasado adusto
 Uniste en fuerte alianza.
 ¡Tu obra no brilla hoy cual fuera justo
 Mas todo un sol le ofrece la esperanza!
 El noble amor que impulsa al sacrificio,
 El orden y el lumínico progreso,
 Embellecen, Barreda, tu edificio,
 Y sustentan; cual tripode, su peso.

¿Y qué será verdad, maestro mío,
 Que tu docta enseñanza la fundaras
 De horrenda negación en el vacío,
 Que a la ilusión sus flores marchitaras,
 Y á sus fieles discípulos legaras
 De la duda el espectro inerte y frío?
 ¡Ah no, mentira vil, calumnia infame.

Quien desconozca tu doctrina augusta
 En hora buena el mísero así clame.
 Siempre fué torpe la ignorancia injusta,
 Siempre ha desconocido el topo ciego
 La luz que, desde excelso meridiano,
 A torrentes derrama un sol de fuego....

Luz vertiste también, la indeficiente
 Que á la vida moderna nos despierta,
 Y hace al Cosmos venir en nuestra ayuda,
 La que á prodigios mil abre la puerta;

Mas tu voz quedó muda,
 Si más allá del límite prescrito
 Proyectaba, erizada de problemas,
 Su gigantesca sombra el infinito.
 ¡Diste de sabia discreción ejemplo!
 Estudiabas la gran Naturaleza
 Para los dioses reservando el templo.
 Tú no viniste á derribar altares;
 Quisiste en los altares derruidos
 Erigir nuevos dioses tutelares.
 La ciencia fué, maestro, tu doctrina,
 Ella es de almas selectas rica dote,
 Tuvo al cantor de Fausto por poeta,
 Al gran Newton por sumo sacerdote
 Y al ilustre Cartesio por profeta.³⁰

Nos da la impresión que Parra deja inconclusa su poesía, que falta una última estrofa, a manera de saludo final, más por alguna razón determinada y para nosotros desconocida la cierra de esta forma, poco usual y carente de belleza.

Como corresponde a una manifestación de carácter poético, Parra, quizás por vez primera, supera el hermetismo con que generalmente maneja su propia sensibilidad, y se abre ante ojos extraños, manifestando lo más íntimo de sí mismo, sus estados de ánimo, rencores, sentimientos y pasiones, como sucede en el caso de "Virtus", en la que expone abiertamente su profundo sentir, a veces abatido, o en algunos momentos rebelde

contra los ataques sufridos:

Si por fieras borrascas combatida,
Vióse arrojada entre rompientes duras
La vagabunda navé de mi vida;
Si, caminando en pos de las venturas,
Bajo mis plantas el traidor abismo
Abrió sus fauces lóbregas y oscuras;
Si verdugo insensato de mí mismo
Sobre mi altiva frente atraje el rayo
Y bajo mi sendero el cataclismo.³¹

Mas ante los problemas enfrentados, conoceremos a un Parra valiente y resuelto que nos confiesa: "En el atroz combate morir quiero",³² pero no por ello está dispuesto a cejar en su empeño, ya por todos conocido, sino por el contrario, haciendo un admirable acopio de fuerza, se revela a su propia debilidad, llegando, inclusive, a alardear de su rebeldía: "Me encantan los azares de la lucha, Escalar me deleita la trinchera...", o como expresa en el siguiente verso:

En las alas siniestras del despecho
Me eleva el infortunio en vez de hundirme
Y me admira audaz, aunque maltrecho.
¡Podrán mis enemigos perseguirme,
Y aunque á su encono y pequeñez asombre,
Sabrán despedazarme, no rendirme!
¡Corone ó no mis actos el renombre,
Me importa poco, que en mi pecho llevo
Alma de un Dios en corazón de hombre!³³

Sin duda alguna, aunque no conocemos la fecha exacta en que Parra escribió el poema anterior, sentimientos tales surgen como una reacción a la dura embestida sufrida por su autor alrededor de 1880, época en que, sabemos, al ser expulsado de la cátedra de Lógica continuó impartiendo sus lecciones ante un grupo de jóvenes seguidores que se autodenominaron como "Virtus".

Son, pues, las palabras expuestas de gran interés, ya que como hemos podido comprobar, reflejan fiel y ricamente los sentimientos de quien, como Parra, veía cernirse sí una dura batalla por la supervivencia de su ideal:

¡Sobre mí arroje la contraria suerte
Montaña enorme con inmenso impulso,
Tendré, mientras me abrumba el golpe fuerte,
Tranquilo el corazón y quieto el pulso!³⁴

De entre su repertorio llama nuestra atención "En la Muerte de Pasteur", primeramente, porque al glorificar a destacados hombres de ciencia, denota, como observamos en otros autores afines, una marcada tendencia por llenar el hueco, alguna vez pleno, de las figuras religiosas, vacío que sin lugar a duda ocuparon "santos laicos" como Víctor Hugo, Washington, Cristóbal Colón, a quien Parra glorifica en "Colón a bordo del Sta. María", o el célebre científico antes citado, de quien se refiere en los siguientes términos:

¡Oh, gran descubridor! ¡Pasteur sublime!
¡Cuanto te debe el hombre, que afligido
Por cruenta enfermedad doliente gime!
Cautivos del dolor has redimido,
Y ante tu genio la traidora muerte
Sus más pérfidas armas ha rendido...
¡Oh curador de profundas llagas!
¡Oh fuerte escudo de la frágil vida!
¡Oh raudal de magníficas ideas...!
La humanidad exclama agradecida:
¡Eminente Pasteur, bendito seas!³⁵

Como venía diciendo, "En la muerte de Pasteur", nos sorprende, en segunda instancia, porque denota en Parra una rápida compensación sentimental desde el punto de vista patriótico -nacionalista, ya que se refiere en diversas ocasiones a Francia, alusiones en las que se percibe un tono equilibrado, libre de resentimientos pasados, y ante todo,

pleno de admiración por su alto nivel cultural*, actitud que podemos corroborar por los siguientes juicios de nuestro autor: "En la Francia inmortal rodó tu cuna", "Tu culta patria honrar tu genio pudo", "Amiga de los pueblos Francia ha sido", y por último "Francia noble del humano progreso luz y escudo". En apoyo de esta idea, tenemos un interesante artículo de Parra, publicado primero por la Revista de Chihuahua y posteriormente por la Revista Positiva denominado "Impresiones de Viaje", en el que después de manifestar llanamente tales sentimientos hacia la capital francesa, especialmente por sus "grandiosas" instituciones educativas y sus sabios inmortales, describe, con cierto tono presuntuoso, la honda amistad existente entre él y algunos de los más destacados positivistas franceses y alemanes, con quienes pasaba, en sus viajes a París, espléndidos ratos en el café "Voltaire" llegando, con algunos de ellos, a abordar temas relacionados con la Intervención Francesa en México.

Otro de los elementos de interés que nos brinda Parra en su poesía, es que, a través de ella, hemos podido observar con mayor claridad esa especie de recaída teológica sintomática en los positivistas, y que contra todo lo que pudieran plantear en planos puramente teóricos, reflejaba raíces formativas muy profundas en el terreno metafísico, imposible de ser liquidadas en su totalidad. Tal fue sin duda el caso de nuestro autor, quien a menudo sugiere una honda preocupación ante la muerte, resorte creativo del que brota: "A una calavera", "Margarita", "En el Panteón" y "A mi padre poco después de su muerte" poemas todos, en que como su nombre lo indica, domina el tema vida-muerte.

*El poema está fechado en Octubre de 1895

EN EL PANTEON.

¡Esta ciudad de solitarias calles
 Guarda nuestro morada postrimera....!
 Mirad sus melancólicos detalles:
 De guirnaldas marchitas ved cubiertos
 Estos fastuosos, monumentos yertos,
 Sin galas ved las cruces de madera,
 Ved del triste llorón las ramas bellas....
 ¿Oís rumores murmurar inciertos?
 Esas flores no holleis, debajo de ellas
 Se despliega el sudario de los muertos....

Aromas por encima y luz y flores,
 Las verdes hojas, el azul del cielo,
 De la vida los plácidos rumores;
 ¡Las sombras por debajo, los horrores,
 Los restos insensibles del humano,
 Y cercada por fétidos vapores
 La repugnante estirpe del gusano....!
 ¡Por encima.... del sol la ardiente lumbre,
 Oscuridad debajo y podredumbre,
 Y extendiéndose en medio como un velo,
 Que los misterios de la muerte oculta,
 La indiferente máscara del suelo....!

¿No os parece el aliento de la tumba
 El viento que al gemir entre las ramas
 Cual negro moscardón siniestro zumba?
 ¿Vértigo no sentis y escalofrío
 Oyendo esa campana que retumba
 Al herir con sus sonos el vacío?
 ¡Ah! con razón temblais.... ¡El son que vibra,
 La lengua de metal de la campana
 Que estremecer os hace fibra á fibra,
 Que hace venir el llanto á nuestros ojos:
 Anuncia que á este campo de la muerte
 Llega, trocado en míseros despojos,³⁶

"En el panteón" ha llamado nuestra atención porque no obstante que fue escrita en 1887,
 diverge un tanto de la clásica estructura poética positivista, lo cual, desde luego, re-
 presenta una especie de paréntesis en la producción literaria de Parra. Al preguntarnos

sobre la causa de dicha excepcional manifestación, consideramos que es precisamente su temática, de índole metafísica, la que provoca un rompimiento relativo con los patrones establecidos dentro del pensamiento positivista, ajeno teóricamente a preocupaciones de tal índole.

Para finalizar, transcribimos su famosa oda "A las Matemáticas", por considerarla una de las más representativas en su tipo, y que refleja óptimamente esa especie de providencialismo científico, vivido al extremo, cabría decir que como caso típico, por Porfirio Parra:

A LAS MATEMATICAS

Poesía leída por su autor en el "Liceo Hidalgo."

¡Lo grande y lo pequeño, todo mides!
 ¡Lo incógnito descifras
 Con el arte sublime de tus cifras
 Ciencia de los Pitágoras y Euclides!
 El sitio en que resides,
 Templo de la razón en luz bañado,
 Del saber erigido en la alta cumbre,
 Jamás profanará la duda inquieta;
 De la verdad el sello te fué dado,
 Arde en tu frente creadora lumbre,
 Hay en tu voz alientos de profeta.

¿Cual de las ciencias al tender el vuelo
 A alturas tales encumbrarse aspira?
 ¡Rozas con tu ala gigantesca el cielo,
 Muy debajo de ti la tierra gira;
 Tu mirada sagaz penetra el velo
 Con que envolvió Naturaleza al mundo,
 Todo cede á tu esfuerzo de coloso,
 Gime bajo tu yugo el mar profundo,
 Persigues al planeta vagabundo;
 Mide los orbes tu compás grandioso....!



Ni el pliegue de tu frente pensadora
 Ni de tu faz el ceño
 Me alejaron de tí, quise ser dueño
 De tus hondos misterios, y negando
 El tributo debido al dulce sueño,
 Se esforzaba mi mano temblorosa
 Por escribir tu lengua prodigiosa;
 Quise asentar mi planta vacilante
 En tu recinto augusto, y mis oídos,
 Centinelas de mi alma vigilante,
 Acechaban ¡oh ciencia de las ciencias!
 Con incansable afán tus confianzas.

En la nada fecunda de tus cerros
 Quise abismarme, conocer los ritmos
 Con que normas tus cálculos severos,
 Llegar hasta sus límites postreros
 En alas de tus raudos logaritmos.
 ¡Qué voz potente celebrar pudiera,
 Oh ciencia de los números adusta,
 El copioso raudal de tus conceptos?
 ¡De cuan varia manera
 De los guarismos la legión augusta,
 Al tenor de tus útiles preceptos,
 Suele agruparse en una y otra hilera!
 Como en veloz carrera
 Al ciervo acosa la tenaz jauría,
 Unas de otras en pos, así se lanzan
 A descubrir el número buscado
 Tus cifras, Aritmética sublime,
 Le persiguen, le atisban y le alcanzan
 Aunque esté de tinieblas circundado.

¡Insondables abismos
 Llenaran tus innúmeros guarismos!
 ¡Qué increíble portento:
 Cuanto dora la luz del grato día,
 Cuanta estrella tachona el firmamento,
 Cuanto flotare en la extensión vacía,
 Cuanto la fantasía
 En sus raptos espléndidos abarca,
 Y más aún, si dado contar fuera,
 Como amplísima arca
 En los mágicos números cupiera!

Sorpresa, asombro, admiración y espanto
 Infunden tus guarismos portentosos:
 ¿Cómo pueden sus rasgos caprichosos
 Tanto significar, contener tanto?

De la región del número saliendo,
 Los campos de Geber huella afanoso
 El sacerdote del austero culto:
 Las monótonas pampas extendiendo
 Por leguas y más léguas sin reposo
 La ruda tela de su manto inculto;
 Del Sahara las móviles arenas
 A las gracias de Flora siempre ajenas,
 O el recinto polar que el hielo viste,
 Figuraran apenas,
 Algebra oscura, descarnada, triste,
 La aridez, la frialdad que te reviste.

Su pompa no despliega en tus dominios
 La palabra sonora y palpitante,
 Ni la frase galana su hermosura;
 Heladas voces, secos ratiocinios,
 Anhelos del saber febricitante,
 Algebra, moran en tu sede oscura,
 Tú matas la escritura,¹
 Tu la reduces á sus signos yertos,
 Y como el viento al polvo de las ruinas,
 A sitios ignorados y desiertos
 En tu inquieto afanar los encaminas.

Mas ¡ah! ¡qué articuló la lengua torpe!
 Finja engaños falaces la apariencia,
 Huya el liviano de tu rostro austero,
 Tú iluminas la sabia inteligencia:
 Podrá faltar la flor de suave esencia,
 No el fruto sazonado, en tu sendero.

Se alza de la arboleda soberano
 El álamo gentil, ramos frondosos
 Su tronco erguido sin ceder sustenta;
 Compiten con las ricas esmeraldas
 De su follaje inquieto las guirnaldas;
 La vista mira atenta
 Bellezas tales y la voz las cuenta;

Entre sus verdes y lozanas hojas
 Suspira el aura, y tímidaavecilla
 Exhala en dulces trinos sus congojas,
 Discurre al pié la clara fuentecilla;
 Blanda lluvia refresca
 La copa altiva, airosa, pintoresca,
 O hiriéndola del sol los rayos de oro,
 Cual manto bierhechor cubre su sombra
 del verde prado la florida alfombra,
 Y el ánimo se olvida,
 Al contemplar tan rara gentileza,
 De la raíz tortuosa y escondida
 Que con su áspera, oscura y vil corteza
 Tanta pompa sostiene, tanta vida.

Asi también, cuando triunfante el hombre
 Salva con puente audaz la sima negra,
 O taladra la roca resistente,
 O la soberbia cúpula fabrica,
 O cruza en alas del vapor ardiente
 El suelo inmóvil y la mar hirviente,
 La fama vocinglera lo publica;
 Y acaso afrenta con ingrato olvido
 A la ciencia que, urdiendo silenciosa
 Su fórmula sagaz, maravillosa,
 A la materia indómata ha rendido.

¡Descorred de las vanas apariencias
 El denso, el tenebroso, el torpe velo
 Que la mansión del Algebra sublime
 Mancha, y esconde cual la nube al cielo!
 ¡Mirad, mirad: lo que antes parecía
 Tétricas ruinas, páramo infecundo,
 Confusión, soledad, tiniebla fría,
 Trócase en prado, en continente, en mundo
 Que al abrigo del símbolo crecía!
 ¡Oh ciencia de los cálculos grandiosa!
 Cuánta idea, qué luz, cuánta hermosura
 Desconoce el profano
 Burlado por tu austera vestidura!
 Tenebrosa cuestión, enigma oscuro
 Como el que traza misteriosa esfinge,
 El hombre te propone; presto brilla
 El fanal vivo que tu ingenio finje,

Y hace surgir la solución sencilla.
 En la alba frente del papiro terso
 Trazas tú misteriosos caracteres,
 Que á modo de conjuro
 Abren el antro oscuro
 Que esconde los misterios de los seres.
 Como el sol refulgente
 El velo rasga de la torva noche,
 Que la risueña faz del mundo oculta,
 Ilumina tu luz esplendorosa
 La sima pavorosa
 Que á la verdad incógnita sepulta.

Signos extraños, misteriosos cálculos,
 La multitud ignara.
 Por vanos garrapatos os tomara.
 ¿Y por qué el calculista
 Sus caracteres roba al alfabeto?
 ¿No harán surgir ante su atenta vista
 El que persigue, número secreto,
 Los guarismos indianos,
 De la razón espléndida conquista,
 Que no alcanzaron griegos ni romanos?
 ¿Por qué tu mano audaz, profanadora,
 Turbar osa el sosiego
 De que disfruta el alfabeto ilustre
 Que cual rara vasija de áureo lustre
 Contuvo el néctar del ingenio griego?
 Le rompe tu afán ciego,
 Y sus fragmentos de alabanza dignos
 Que del genio selló la augusta llama,
 Su alfa, su corva ro, su esbelta gama,
 Calculador, confundes con tus signos.
 Es en vano clamar que no penetra
 En tu oído mi voz, tú no desmayas,
 Asocias en extraño maridaje
 El número y la letra,
 Y trazas nuevas, peregrinas rayas,
 Cual si cediera á impetu salvaje.
 ¡Torpes protestas de ignorancia ruda,
 En la roca del cálculo estrellas;
 Dejadle continuar su labor muda,
 En cuya cima creadora idea
 Poblados mundos sacará del caos!

¡ No profaneis el misterioso escrito;
 De verdad nueva ó sin igual portento
 Pueden sus toscas líneas ser cimiento".
 ¡ Sabed que entre los muros de granito
 Que del Algebra cercan el santuario,
 Se convierte en real lo imaginario,
 Brota del vano cero lo infinito.....!'

Tímido ya me postro,
 Ciencia, ante tu poder y tu grandeza;
 Ya palidece de terror mi rostro,
 Vértigo insano turba mi cabeza;
 Mas potente atracción á ti me impele,
 Y sin tener piedad de mi flaqueza,
 Arrastra en pos de ti mi planta imbele,
 ¿ Adónde Matemática. sublime,
 Conducirme podrás? Ya complaciente
 Del número el secreto me mostraste,
 Y á encontrar en la oscura y seca fórmula
 La luz y el blando jugo me enseñaste.
 ¿ Aún se estienden mas lejos tus dominios?
 ¿ Cuáles serán los invencibles diques
 Que no puedan salvar tus raciocinios?
 "Sígueme y no repliques?
 ¿ Con tan poco tu anhelo se conforma?
 En tu obsequio abriré la herrada puerta
 Que comunica el mundo de la forma
 Con la región del cálculo desierta. "

Así dijo la diosa; callo y sigo,
 De mas raros portentos
 Dispuesto á ser testigo,
 "Mira," dice al final de la jornada,
 Es la forma increada
 Por mis árduos desvelos extraída
 De entre los seres todos. 'No vi nada;
 Los torpes ojos con afán restriego,
 Creíme idiota ó ciego,
 Y por la decepción estimulada,
 Discurrió así mi voz emocionada:

¿ Razono madre augusta, ó desvarío?
 Asir la etérea forma me ofreciste,
 Y en vano busco el caprichoso río,

El bosque sombrío,
 El ave rauda que á los cielos sube,
 Los móviles contornos de la nube,
 De los oteros la florida espalda,
 De las llanuras el unido suelo,
 Las construcciones mágicas que el hielo
 Suele erigir en las polares zonas,
 Cordilleras que humillen á los Andes,
 Selvas cual las que riega el Amazonas.
 Doquier la forma existe,
 Cual tela prodigiosa todo viste:
 Uniforme se tiende en la llanura,
 De mil modos se pliega en la espesura!
 Y con arte supremo se adereza
 Cuando halaga en el cáliz de la rosa
 O enamora en la faz de la belleza.
 A mi afanar la forma prometiste,
 Y en el vacío lóbrego me hundiste;
 Quiero palpar el mágico Proteo
 Que en la forma se envuelve, aunque al palparle
 Me aflija con su vértigo el mareo;
 Mire yo el nido de la forma bella
 Que enciende en nuestras almas el deseo,
 Sorprenda el antro en el que incuba y crece
 El monstruo que de horror nos estremece.
 Con la forma deliro
 Y sus misterios penetrar aspiro;
 Envuélvanme sus pliegues no contados,
 Siga mi planta su tortuoso giro,
 Toque yo sus contornos ignorados,
 Dame la forma, sabia Geometría.....!
 "La forma que pretendes no es la mía!"

Dijo la diosa austera, y de mi huyendo,
 Castigó tan pueril impertinencia
 Dejándome en los áridos umbrales
 De su templo imponente, portentoso.
 Clamé, volví á clamar; la augusta ciencia
 Que las líneas preside
 Y sus contornos regulares mide,
 Mostróme al fin su reino misterioso.
 A influjo de su numen,
 El pasmoso resumen
 Admiré de sus dones,

La áurea red de brillantes concepciones
 Que con el punto enlazan el volúmen.
 Cual las almas gemelas,
 Marchan con paso igual al infinito
 Las líneas paralelas.
 La mente se conturba
 Contemplando el conjunto
 De tanta línea curva,
 Prole variada del inquieto punto.

Entre ellas tus contornos regulares
 Galana ostentas, circular figura
 Curva perfecta; en la ancha faz del cielo
 Cortejando á la inmóvil Cinosura.
 Te copian los etéreos luminares;
 La juguetona luz cien y cien veces
 Tus correctos perfiles ha trazado;
 Irradias en el halo vagaroso,
 Al crepúsculo pálido limitas,
 Iris misma ha tomado
 Tus gentiles esbozos por dechado.
 Curva graciosa, bella,
 Al mirar accesible
 Y á la medida rígida, inflexible.
 Tu figura hechicera,
 A la par que seduce nuestra vista
 Nuestra razón humilla y desespera
 El hombre que ha pretendido reducirte
 Del número á habitar la estrecha cárcel;
 Mas siempre en vano fué que tus contornos
 Del cálculo las redes eludieron;
 Como al salir del cauce angosto el río
 Desparrama sus móviles cristales,
 Así de la urna del guarismo huyeron
 Tus libérrimos puntos; ni pudieron
 Sujetarlos las cifras decimales
 Por más que á centenares se reunieron.

Inhábil no ha logrado calcularte,
 Mas amoroso de tus formas puras,
 Complácese el mortal en trasladarte
 A las raras hechuras
 De la industria sagaz, del diestro arte.
 ¡Cuántas veces, de dientes erizada,



Has sido, noble curva, trasformada
 En órgano de máquina grandiosa!
 ¡Cercas de los vehículos ¡las ruedas,
 El niveo dedo ciñes de la hermosa,
 Y te envileces ¡ay! en las monedas!

¿Y qué podrá decir mi pobre ingenio
 De tí, curva del genio,
 Elipse bella? ¡lámina atrevida
 Con golpe sesgo dividiendo el cono
 A tu esbozo agraciado dió la vida!
 El enorme planeta
 Que rauda hiende la extensión vacía
 Su marcha imperturbable á tí sujeta.

Volvamos á otra parte la mirada:
 En pos de la cerrada
 Se adelanta la curva siempre abierta,
 Como nuestra alma á la esperanza alada.
 Viene tras el contorno circunscrito
 Aquel que semejante al pensamiento
 Camina audaz en pos del infinito
 ¿Cómo cupieras en mi canto estrecho,
 Parábola grandiosa?
 Con sus hilos la diáfana cascada
 Finge en los aires tu figura hermosa,
 Y suelen los cometas peregrinos
 Dibujarte completa, portentosa,
 En la faz de los cielos cristalinos.

¿Cómo cantar la hipérbola gigante?
 ¿Qué muros de diamante
 Pudieran encerrar su rama doble
 Que sin fin se despliega en el vacío,
 Y por cuádruple rumbo va adelante
 Cansando al débil pensamiento mío?
 ¡Cuántos soles de espléndido topacio,
 Cuántos ignotos, singulares mundos
 Encontrará, del misterioso espacio
 Al sondear los ámbitos profundos!
 Y á curva tal sin descansar persigue
 Recta amorosa que jamás la alcanza.....
 ¡Del hombre imagen que á la dicha sigue!

Loor no habrá que á tu grandeza cuadre,
 Matemática augusta, lumbre viva
 De la razón, de los portentos madre;
 De tus mil líneas en la red, cautiva
 La extensión colosal yace á tus plantas;
 Indómito el error vé con encono
 Que las verdades santas
 Florecen al abrigo de tu trono.
 Si en ignota región tus ojos fijos
 La planta audaz á conquistarla mueves,
 Apréstanse á los cálculos prolijos
 Dóciles cifras, signos compendiosos,
 Fórmulas sábias, luminosas, breves,
 Y hermosa estrella prende la victoria
 En el celeste manto de tu gloria.

Así al tendido llano
 Con rígido compás midió tu mano;
 Las negras nubes traspasó la altura,
 Tu númen soberano
 De la eminencia contempló la sombra,
 Y el gigante engreído
 Desde la frente al pié quedó medido.

Acumuló el espacio
 A millares sus ámbitos vacios
 Entre el suelo y el disco de topacio
 Del inflamado sol; tú meditaste,
 Y la enorme distancia calculaste.
 A inmensa lejanía
 Brilla del éter en las vastas salas
 Con temblorosa luz la clara estrella,
 Rinde distancia tal la fantasía,
 Y de la luz sutil las raudas alas
 Prolongan afanosas su agil vuelo
 Emprendido en el astro misterioso
 Y por fin terminado en nuestro suelo.
 Mas tu afán portentoso
 De tal distancia salvará el abismo
 ¡ Ha de ser por tu númen calculada,
 Y siendo inmensa, quedará guardada
 En la caja pequeña de un guarismo.....!

¡Salve, triforme ciencia,

De literales, números y líneas!
La verdad se reclina en tu regazo,
Hallan en tí: saber la inteligencia,
La mano agilidad, empuje el brazo.
Prosigue imperturbable tu camino,
Huella la faz del suelo,
Explora de la tierra el seno oscuro,
Remonta el audaz vuelo,
Y hendiendo por doquier el éter puro,
Sus más hondos arcanos roba el cielo;
En la red de tus cálculos sujeta
La cauda vaporosa del cometa;
Del espacio en los ámbitos profundos,
Girando en torno de ignorados soles,
Sorprende extraños mundos.
Medita, inquiere, afana,
Y en la vasta extensión del universo
Con el tibio calor la luz hermana;
Puéblese á tus esfuerzos el vacío,
Dí cómo ondula por el cielo terso
Del sutil éter el brillante río;
Calcula sus inquietas vibraciones,
Demuestra que los globos más lejanos
Obedecen á iguales impulsiones,
Que son los cielos y la tierra hermanos.
Trascribe audaz las notas placenteras
Del espléndido coro
Que entonan armoniosas las esferas.³⁷

CAPITULO V

1. Barreda, Gabino. "Instrucción Pública" Revista Positiva. T. I. México, 1901.
p. 320.
2. Zea, Leopoldo. Positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia. México, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Filosofía, 1975, p. 145.
3. Hernández Luna, Juan. "El Gran Pacotillas" Historia Mexicana. Revista Trimestral. v. 1. N° 4. México, abril-junio de 1952. p. 517.
4. Ibidem. p. 518.
5. González Navarro, Moisés. Sociología e Historia en México. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1970. pp. 25-26. (Jornadas N° 67.)
6. Ibidem. p. 26.
7. Ibidem. p. 27.
8. Hernández Luna, Juan. "El Gran..." op cit. p. 518.
9. Ibidem. p. 519.
10. Parra, Porfirio. Pacotillas. novela mexicana. Barcelona, Salvat e hijo, 1900. p. 49.
11. Ibidem. p. 49.
12. Hernández Luna, Juan. "El Gran..." op cit. p. 519.
13. Parra, Porfirio. Pacotillas... p. 23.
14. Ibidem. p. 135.
15. Ibidem. p. 520.

16. Ibidem. p. 546.
17. Ibidem. p. 544.
18. Ibidem. p. 512.
19. Ibidem. p. 512.
20. Ibidem. p. 524.
21. Ibidem. pp. 132-133.
22. Ibidem. pp. 426-427.
23. Ibidem. p. 420.
24. Ibidem. pp. 546-547.
25. Ibidem. pp. 547-548.
26. _____ Poesías. Ciudad Juárez, Chih., Imprenta de El Agricultor Mexicano, Escobar Hnos, Editores, [s.d.] p. 39.
27. Ibidem. p. 47.
28. Ibidem. p. 51.
29. Ibidem. p. 17.
30. Ibidem. pp. 17-21.
31. Ibidem. p. 22.
32. Ibidem. p. 22.
33. Ibidem. pp. 22-23.
34. Ibidem. p. 23.
35. Ibidem. p. 34.
36. Ibidem. p. 83.
37. Ibidem. pp. 68-77.

CAPITULO VI

PORFIRIO PARRA Y SU APORTACION HISTORIOGRAFICA

El presente capítulo, parte fundamental de nuestro estudio, intenta desarrollar un análisis de la postura historiográfica de Porfirio Parra, quien de antemano sabemos no se distinguió específicamente por sus cualidades como historiador; mas no por ello su producción en esta área carece de importancia, sino por el contrario, debe ser considerada con sumo cuidado por constituir un exponente típico de la corriente historiográfica positivista.

Para los fines antes citados contamos primeramente con su Estudio histórico-sociológico sobre la Reforma en México,* obra elaborada para concursar en el evento organizado por la Comisión Nacional del Centenario del Natalicio de Juárez, y en el que Parra resultó premiado junto con Rafael de Zayas Enriquez, Leonardo S. Miramontes, Manuel Caballero y Juan A. Mateos. A través de dicho estudio, Parra expone metódicamente sus ideas sobre la Historia de México, remontándose hasta la etapa colonial para lograr una visión más clara de las diversas circunstancias que motivaron la guerra de Reforma, y posteriormente nos brinda, a manera de epílogo de esta misma, el problema de la intervención francesa, así como el definitivo triunfo de la República.

Contamos también con su Plan de una Historia General de Chihuahua o índice razonado

*Título original de la obra. Fue editada por Empresas Editoriales, S.A. en 1948, y posteriormente, una segunda edición en febrero de 1967 bajo el rubro de Sociología de la Reforma.

de los capítulos que deben formarla, trabajo que Parra presentó ante el Concurso Científico y Artístico del Centenario promovido por la Academia Mexicana de la Lengua correspondiente de la Real de Madrid.

Este trabajo tiene importancia especial, ya que como lo indica su nombre, más que una historia propiamente dicha, constituye un plan metodológico, base de un estudio historiográfico posterior, por lo cual resume conceptos vertebrales de nuestro autor en dicho sentido, e indiscutiblemente, representa un elemento de riqueza invaluable para los fines que nos proponemos.

Por último, contamos con una serie de conceptos expresados por Parra a través de su extensa producción, algunos de gran importancia por su profundidad y contenido, por lo que nos servirán como puntos de apoyo auxiliares en nuestro afán.

HISTORIA Y POSITIVISMO

Quienes han llevado de cerca el análisis que pretendemos a través del presente trabajo, coincidirán junto con nosotros, que es casi imposible aislar a Parra, aún desde su aspecto historiográfico, de la corriente filosófica del positivismo; y desde un punto de vista más concreto, que es imposible considerar su posición ante la Historia ignorando los lineamientos que en este rubro marcara su maestro y guía intelectual don Gabino Barreda.

Para ello, recuérdense simplemente algunos de los postulados que el creador de la Escuela Nacional Preparatoria pronunciara en aquella su célebre Oración Cívica, punto de partida de su filosofía, y en un sentido más amplio, de toda una época; don Gabino

Barreda plantea conceptos que entonces constituyeron una verdadera novedad. Primeramente establece que la Historia tiene que ser considerada como una ciencia obediente, como otras tantas, a leyes que la dominan, sin lo cual, nos sería imposible comprender nuestra propia guerra de Independencia, pues resultaría ilógico que un sencillo párroco de pueblo hubiera podido enfrentarse, sin armas adecuadas, a un poder tan fuerte y cerrado como lo era el colonial, de no haber sido porque anteriormente, una serie de elementos, ya de carácter interno, ya de carácter externo, habían actuado insensiblemente sobre la sociedad mexicana, invirtiendo de tal manera los términos políticos a condiciones más propicias que hicieran posible el movimiento de emancipación.

Para Barreda, el elemento que tan poderosamente permitió un cambio radical en la vida mexicana lo representó la emancipación intelectual surgida por la gradual decadencia de las antiguas doctrinas y su progresiva substitución de las modernas. Ningún obstáculo parcial podría oponerse al estallido revolucionario, que comparó con un gran torrente progresivo y cada vez más poderoso, ya que su fuerza provenía precisamente de las leyes naturales y por tanto, debería alcanzar inevitablemente su meta definitiva.

Así planteaba Barreda en México las bases de una historiografía positivista; la Historia como ciencia, sujeta por tanto a idénticas leyes que las ciencias naturales. Identificaba el maestro, al igual que Comte en Europa, el progreso como punto vertebral y causa última del devenir histórico, el que en el caso particular de México, habría de recorrer los mismos estadios que en un plano universal señalara Comte: el teológico, el metafísico y el positivo. Clero y milicia en el poder representaban la primera etapa, a la que seguía

un período combativo, que en aras del progreso destruye temporalmente el orden conquistado por el estado teológico, es la etapa metafísica, identificada dentro de nuestra historia con las grandes luchas de los liberales contra los conservadores, y que finaliza con el triunfo del partido reformista, triunfo que todavía tuvo una secuela más de lucha en la frustrada quimera imperial de Napoleón III. Finalmente, a la par que la restauración republicana en nuestro país, se iniciaba la tercera etapa o etapa positiva, en la que no tendría cabida ninguna actitud destructiva, ya que en el período anterior se había logrado, en definitiva, el triunfo contra las fuerzas del retroceso. La etapa positiva abre pues un período de orden y progreso.

Para Barreda, en el campo mexicano se desarrollaba la más cruenta y definitiva de las batallas entre las fuerzas del retroceso y las del progreso. La epopeya mexicana, que por tan largos años había sangrado el suelo nacional, rebasaba nuestras fronteras proyectándose a niveles internacionales. Los principios progresistas, la emancipación intelectual aquí defendidas, no sólo simbolizaban para México un mundo de progreso, sino que salvaban al mundo entero de la derrota ante las fuerzas negativas de la reacción. Obviamente que vista desde este ángulo, nuestra guerra contra la intervención toma dimensiones gigantescas y por consiguiente nuestro triunfo, no es ya un suceso nacional, ni siquiera continental, sino que representa el definitivo y gran triunfo de la humanidad:

... Los soldados de la República en Puebla, salvaron, como los de Grecia en Salamina, el porvenir del mundo, al salvar el principio republicano, que es la enseña moderna de la humanidad.¹*

* Idea ampliamente analizada por distinguidos intelectuales como el profesor don José Gaos ("Lo Mexicano en filosofía" *Filosofía y Letras*, t. XX oct-dic. Nº 40, México, 1950. p. 219-241), el Dr. Leopoldo Zea y el Dr. Edmundo O'Gorman.

Porfirio Parra, seguidor incondicional de los principios barredianos, al adoptar la filosofía propuesta por el maestro adopta también su posición ante la Historia, actitud que nos muestra a través de toda su producción historiográfica y que, sin dobleces de ningún tipo, defiende abiertamente, como podemos apreciar a continuación:

Las sociedades evolucionan como todo lo que vive; las naciones se transforman, cambian de instituciones, no al acaso, sino al tenor de leyes uniformes en consonancia con la naturaleza de las cosas y con la naturaleza moral del hombre. Los siglos no pasan en vano sobre las sociedades, como los años no pasan en vano sobre los individuos; éstos y aquéllas se desenvuelven, se desarrollan adaptándose sin cesar al medio ambiente, y al desenvolvimiento gradual de las naciones, que las hace pasar de un estado a otro mejor, constituye el progreso, y las leyes que rigen a éste vienen a ser su fórmula; y era, a no dudarlo, la fórmula del progreso en México salir del régimen social que nos legara España, derrocar las viejas instituciones, acabar con los gremios y las trabas, hacer la justicia igual para todos suprimiendo los fueros y, por tanto, las clases privilegiadas, mejorar las condiciones económicas de la nación, dividiendo la propiedad y movilizando la riqueza pública. Tal era el programa de la Reforma, identificado así con la fórmula del progreso en México.²

Para Parra, al igual que su maestro y continuando la línea intelectual fijada por Augusto Comte, el hombre era incapaz de superar el conocimiento sensible, por lo cual, la metafísica no era más que una hipótesis inverificable. Cree fielmente en la existencia de leyes que rigen a la sociedad, mismas que pueden ser descubiertas por medio del método científico, y posteriormente, al conocerlas en su absoluta complejidad, intentar gobernarlas por medio de la Sociología. Según Geoges Lefèbvre, Comte postula dentro de esta ciencia de nuevo cuño una dinámica social. Las sociedades cambian, se transforman, y esta dinámica es en el fondo Historia.

Las palabras con que Lefèbvre ha expresado dicho pensamiento son rotundas, como puede

mos apreciar en el siguiente juicio:

Augusto Comte creó, de este modo, el conocimiento nuevo de las leyes que presiden la vida de las sociedades humanas, la sociología: a partir del momento en que se conciben las cosas de esta forma, la historia, en definitiva, no es más que una parte de la sociología.³

Por su parte, O'Gorman, respecto a esta posición bastante difícil en que el positivismo sumió a la Historia, nos dice:

... Adviértese que la posición de un historiador dentro del marco positivista no es precisamente la más airosa ni la menos incómoda. ¡Cuánto nos dejaba que desear la historia como conocimiento científico positivo, aspirante apenas a un arrimo ancilar al trono de la sociología.!...⁴

Sin duda alguna Parra, al igual que sus contemporáneos, quedó aprisionado dentro de los límites teóricos de la doctrina positiva. Su misma obra, originalmente titulada Estudio histórico-sociológico, define en cierta forma el contenido y cauce de la misma, independientemente de su posterior explicación aclaratoria sobre el contenido preciso de ambas disciplinas:

El suceso o acontecimiento, por su carácter público, queda guardado en la memoria de los hombres, consignado en documentos y es el elemento o materia prima de la historia. Pero el suceso, aunque tiene por agente o paciente al hombre, no es más que la superficie, y aún diríamos los puntos más salientes de la superficie de una masa enorme de hechos, en su mayor parte extraños a la voluntad humana, y que en muchas ocasiones la orientan y determinan. Estos hechos son los elementos o materia prima de la sociología, ciencia que estudia los fenómenos de coexistencia y sucesión propios de las sociedades humanas.⁵

Así, en su obra histórico-sociológica sobre la Reforma, confluyen paralelamente ambos elementos, ya que los hechos por si solos no constituyen la ciencia, sino son únicamente la materia prima de la misma. Para que la ciencia surja "alada y potente", nos dice



Parra, es necesario que el hombre intervenga dando forma a esta masa confusa de hechos, que los "elabore" por medio de su capacidad intelectual, que los asocie en conceptos y estos los una y torne en leyes. Por tanto, su exposición, como cualquiera que pretenda este doble enfoque, deberá constituirse de "una doble exposición serial", o dicho de otra forma, de dos exposiciones paralelas, la correspondiente a los hechos históricos, así como la referente a los conceptos o leyes sociológicas.

La categoría relativamente inferior que el pensamiento positivista dio a la Historia respecto a la Sociología se nos hace patente en las siguientes palabras pronunciadas por Parra en el preámbulo de su obra:

La serie de sucesos determina y circunscribe el periodo histórico objeto de la investigación; la otra, la que contiene hechos, ideas o uniformidades, de vida, significación y carácter científico a la primera. Sin aquella, el conjunto de consideraciones carecería de objeto definido; sin éste, el periodo histórico carecería de vida y trascendencia, y sólo daría margen a su relato más o menos pintoresco, mas no a un estudio histórico.⁶

En verdad, tal enfoque no era, como opina O'Gorman, nada satisfactorio para la Historia, e inclusive, dicho autor afirma, en su obra Seis estudios Históricos de tema mexicana no . (p. 196) que de la generación de positivistas mexicanos que quedaron atrapados dentro de la red intelectual de su filosofía sólo logró escaparse don Justo Sierra, cuya capacidad y profundidad crítica lo sitúan como un verdadero filósofo y no como un "simple repetidor de sistemas".

Mas las críticas dirigidas al positivismo, como a la historiografía, enmarcada dentro de los límites de dicha corriente filosófica, son múltiples e incisivas, como podemos com-

probar en las palabras que al respecto nos brinda Paul Kim:

Los padres del positivismo querían ofrecer conocimientos adquiridos con severa crítica y limitarse a ellos; pero se volvieron cada día unos constructores de dogmas. Su fin fue descubrir las leyes del curso de la Historia y organizar la acción de acuerdo con ellas.⁷

Kim al igual que Jakob Burckhardt y en contra de la posición de los positivistas, llama a la Historia la más poco científica de todas las ciencias, debido a que en ella la experimentación es imposible, pues ningún hecho o acontecimiento histórico puede ser repetido completamente igual.

Por su parte, Langlais y Seignobos, pese a su positivismo, en su Introducción a los Estudios Históricos no son menos penetrantes al exponernos que, por su misma naturaleza, la Historia es forzosamente una ciencia subjetiva, por lo que sería ilegítimo extender a ella el método de las ciencias biológicas.

Así, la historiografía positivista fue y ha sido duramente atacada, mas indudablemente fueron hechos concretos los que en definitiva destruyeron sus cimientos paralelamente a los inicios de nuestro siglo. En Europa la guerra del '14, y en México nuestro movimiento revolucionario, actuaron como antídotos eficaces contra todo principio que oliera a positivismo; la doctrina fue superada, trascendida por nuevas ideologías más acordes con el fruto de las recientes experiencias; pero sus caudillos intelectuales, así como sus postulados elementales, quedaron por siempre, como parte del proceso y desarrollo ideológico del hombre ya que para nadie es lícito negar, que en su momento, representaron una importante alternativa filosófica que, como otras tantas, en la eterna dialéctica

del cosmos, cooperaron con su granito de arena a una mejor y más diáfana visión del mundo.

Porfirio Parra, como uno de los pilares nacionales de dicha corriente, constituyó toda una imagen positivista de la Historia. Tratemos pues de analizar sus postulados básicos.

Primeramente reconoce las numerosas dificultades con que tropieza el escritor cuando se propone abordar científicamente esta "interesante y especial forma de saber" que es la Historia. Respecto a las ciencias auxiliares de dicha disciplina, se apoya en Michelet y al igual que él, reconoce como indispensable tanto a la Geografía como a la Cronología.

De la primera, en su Plan de una Historia General de Chihuahua, nos plantea que para lograr un conocimiento claro y cabal de un hecho determinado, en este caso la historia de su estado natal, es necesario el dominio del teatro en que se despliega dicho suceso. Mas como nos señala la ciencia moderna, este escenario no ha sido siempre el mismo, sino que a lo largo de los años ha sufrido profundas transformaciones, por lo que la Geología adquiere importancia de primer orden en el profesional de la Historia. Reconoce también, como es natural, la importante aportación que en este sentido nos prestan la Arqueología y la Etnografía.

Ya se comprende por estas líneas, cuan importante es que en un plan de Historia de Chihuahua haya un capítulo de arqueología y etnografía de las razas que tan notable, aunque funesto papel, re presentaron en su Historia.⁸

O'Gorman en sus Seis Estudios Históricos de tema mexicano, plantea dos grandes corrienu

tes historiográficas mexicanas a partir de nuestro surgimiento como país independiente: la tendencia liberal moderna y la de tipo conservador, ambas nos dice, distintas y aparentemente contradictorias. De acuerdo con la primera, ó sea la interpretación liberal de la Historia, la época colonial propiamente dicha no pertenece auténticamente a la historia nacional; en verdad, su significado lo reducen a una especie de tropiezo o "incidente trágico en la vida histórica de México", que por tanto debía ser rechazado como una pesadilla, mientras que la segunda alternativa o historiografía de tipo conservador, asume por lógica una posición contraria respecto a la época colonial, pero ignora consiguientemente nuestro pasado prehispánico.

Ambas tesis, nos dice O'Gorman, la liberal indigenista y la conservadora e hispanista, aunque aparentemente irreconciliables no se excluyen del todo, sino que "buscan conciliarse al mismo tiempo que se hostilizan", al igual que la circunstancia histórica que les dio vida.

Esta doble tendencia historiográfica tuvo al fin, según O'Gorman, un punto de unión, un elemento que a manera de vértice les dio continuidad: la historiografía del porfirismo, que brinda una nueva respuesta a la definición del ser del pueblo mexicano, entendiéndonos, por vez primera, como la resultante de un proceso que comprende por igual el pasado indígena y la etapa colonial; se trata pues, según plantea dicho historiador, de un intento de síntesis entre los extremos del dilema.

Así, el pasado colonial dejaba automáticamente su calidad de época oscura, de superstición y servidumbre, reconociéndosele aportaciones valiosas y precisas en la marcha

hacia el progreso.

Tal actitud historiográfica, ampliamente conciliatoria, es aplicable a Porfirio Parra, quien sobre todo en su Plan de una Historia General de Chihuahua (1911) identificaba ambos períodos como parte constitutiva del ser nacional. Sin embargo, desde el punto de vista cultural, en el caso de Chihuahua, notamos un cierto tono de desprecio respecto a su pasado prehispánico, por haber estado habitada, dicha región, por tribus nómadas en su mayoría "que tan notable, aunque funesto papel, representaron en su Historia." Desde un enfoque más general, Parra desconoce notablemente las contribuciones del mundo prehispánico a la cultura universal, ya que para él, el conocimiento científico propiamente dicho parte de la etapa hispana, juicio que nos expresa en "la Ciencia en México" en México y su evolución social, y que como pudimos observar en el capítulo segundo de nuestro trabajo, ha sido tan apropiadamente objetado por don Miguel León Portilla.

Sin duda dichos grupos opusieron, a juicio de Parra, un obstáculo serio y permanente para el avance del progreso, representado primero, por los "aventureros intrépidos y osados" que realizaron la conquista y colonización, y después, por los padres misioneros, franciscanos o jesuitas, cuya labor caritativa y en favor de la civilización aprecia nuestro autor notablemente. Por firió Parra no escatima adjetivos favorables para ambos grupos, soldados y misioneros que abrieron con sus hazañas las puertas del nuevo mundo al progreso universal. Sobre el celo evangélico de los padres misioneros nos dice:

La caridad de muchos de ellos, la instrucción que les era común facilitaron el estudio de aquellas comarcas, el de las tribus salvajes y el de la fauna y flora locales, pues los padres, dotados de grande amor al estudio, escribieron relaciones preciosas, sobre los diferentes particulares aludidos antes.⁹

En definitiva, a través de esta obra en la que Parra enumera los diferentes capítulos que deberían conformar una verdadera y científica historia general de Chihuahua, no encontramos huella alguna del odio tradicional con que la historiografía liberal trataba la época colonial de nuestro país. Para Parra, clásico positivista, esta etapa no era más que un paso adelante en el constante camino progresivo de nuestro ser nacional. No significaba ello que no tuviera una actitud crítica respecto a España y las circunstancias histórico-políticas en que dicha potencia organizara sus colonias en América, las cuales nos enumera con excesiva dureza, mas en todo momento mantiene un tono de respeto hacia ese período formativo de nuestro pasado. Aún la actitud progresiva de los primeros reformistas mexicanos tuvo sus antecedentes ideológicos más remotos, según Parra, en figuras de la época colonial como Fernandez de Lizardi y Payo del Rosario.

También en su Plan de una Historia General de Chihuahua, Parra propone elaborarla en armonía con "el concepto contemporáneo de la Historia"; esto es una Historia que abandonara los perfiles pasados de simples documentos narrativos de los hechos acontecidos, para abordar firme y valientemente el momento presente. Critica, en este punto, el enfoque de algunos historiadores que equivocadamente hacían de su función verdaderos tribunales de censura en que se pronunciaba el fallo definitivo, ya ensalzando a determinados personajes o "marcándolos con el sello de la reprobacion de los pósteros". No, dice Parra, la Historia ya no se concibe de esta forma, sino que el historiador más que

enjuiciar los hechos, debe relatarlos fielmente e :

interpretarlos con lucidez a la luz de una filosofía sana. El historiador no es ya el juez de hombres y cosas, no es el Tácito o el Suetonio que fulminan sobre la cesárea frente de Nerón el temible rayo de la reprobación histórica; el historiador contemporáneo es simplemente el intérprete, y el fiel relator de los sucesos. El problema histórico, tal como lo comprenden la ciencia y la filosofía de nuestros días, es el siguiente: dada determinada época de una sociedad cualquiera, ligar metódicamente por medio del vínculo de la filiación histórica, los acontecimientos presentes con los que les precedieron en la serie no interrumpida de los tiempos. ¹⁰

En esta exposición de su definición última de la esencia del historiador, ya que un año después de su publicación muere, en este intento de dejar completamente asentado el carácter objetivo de dicha ciencia, en que excluye cualquier tendencia a la parcialidad, una vez más queda al descubierto su filiación positivista y su deidad universal, el progreso:

... Para el historiador contemporáneo el relato de una batalla, o la estrepitosa caída de una administración, tienen acaso menos trascendencia que el perfeccionamiento de un utensilio, que la mejora de un artefacto, que el establecimiento de un colegio, que la propaganda de una doctrina científica o filosófica, que el ensanche del comercio, que la aparición de una nueva fuente de riqueza pública, que la apertura de nuevas vías de comunicación, o en pocas palabras, que la producción de un hecho cualquiera que tienda a mejorar las condiciones de una agrupación humana erigida en entidad política. ¹¹

Indiscutiblemente Parra aceptó la tesis del organicismo, ya que equiparaba a la sociedad con el organismo humano, y como éste, los pueblos nacen, crecen, prosperan, envejecen y mueren. Desde este punto de vista, su doctrina era "democrática", según el término que para calificarla ha usado Moisés González Navarro, pues Parra compara a los miembros de una sociedad con "celdillas vivientes" que de alguna forma determinada co

laboran con su energía al buen funcionamiento del organismo en general.

La Reforma, tema medular para la historiografía positivista mexicana, fue concebida por Parra como un importante cambio dentro del organismo social, equivalente desde un punto de vista biológico, a "trocar elementos orgánicos gastados, envejecidos e incrustados de sales calcáreas, por celdillas nuevas henchidas de vigoroso protoplasma."¹²

Por otra parte, atendiendo a la mayor o menor influencia de los individuos en el devenir histórico, piensa Parra, apoyando su punto de vista en J. S. Mill y en Carlyle, que en el desarrollo histórico, los individuos no son indispensables, ni mucho menos los responsables únicos del acontecer, sino por el contrario, anota que son las circunstancias, al alcanzar un punto de madurez determinado las que condicionan el surgimiento de los individuos. Así, de no haber existido Juárez, la Reforma se hubiera realizado irremediamente, mas en su lugar habría surgido un líder de la medida moral y el valor humano que caracterizó al hombre de la Reforma.

En su artículo publicado por El Universal el 14 de febrero de 1891 "Los Historiadores y su Enseñanza", Parra abunda en su concepto de la Historia, llegando inclusive a criticar francamente a los historiadores científicistas de su tiempo, quienes en su extremado empeño por buscar sucesos, documentos y publicaciones inéditas, se habían quedado en la superficie de la vasta masa de hechos, con lo que su labor manteníase estancada en un primer plano, superficial y carente de un auténtico método científico.

Respecto al problema docente de la Historia, Parra expone una vez más los grandes obs-

táculos que se oponen a dicha actividad, primero por su enorme extensión, y segundo, por la imposibilidad de utilizar un método homogéneo y sistemático, dado que los objetivos por lograr difieren de acuerdo a las diversas edades de los educandos.

Así, Parra clasifica en tres etapas diversas y progresivas la enseñanza de la Historia, etapas correlativas a tres aspectos psicológicos del espíritu del hombre:

- a) Educación primaria, basada en el aspecto afectivo y sentimental, por lo que el material histórico debe ser básicamente informativo, constituido por elementos de la Historia patria y por animadas y pintorescas narraciones.
- b) Educación Media y Preparatoria, etapa en la que se debe cultivar el aspecto imaginativo de nuestra inteligencia para lo cual la Historia Universal resulta disciplina perfectamente adecuada.
- c) Educación Superior, encaminada a desarrollar íntegramente en el individuo su capacidad racional, en función de lo cual, la enseñanza histórica se subdivide en dos etapas: crítica histórica y filosofía de la historia, que a juicio de Parra tenía por objeto la aplicación de la Lógica inductiva en la elaboración de los hechos históricos, para hacer patente la ley sociológica fundamentada en ellos.

Es en esta última y doble etapa, a juicio de nuestro autor, en la que radica la auténtica función del verdadero historiador-filósofo.

Llaman nuestra atención los comentarios que sobre este punto nos brinda el Dr. Juan A. Ortega y Medina, quien sostiene en su obra Polémicas y Ensayos Mexicanos en torno a

la Historia que "La estrecha relación que establecer Porfirio Parra entre los hechos y contenidos históricos y la triple y progresiva repercusión psicológica (emoción-imaginación y razón), en función de la edad, los intereses y los valores espirituales del sujeto de la educación, siguen siendo todavía válidas",¹³ lo cual representa un amplio reconocimiento de la capacidad de Parra, cuyas ideas, después de tantos años, pueden aún considerarse vigentes.

Respecto a las fuentes, nuestro autor se muestra bastante más confiado de aquellas etapas en que éstas abundan, y no como en el caso de la etapa prehispánica de México, en que por falta de documentos informativos suficientes, el historiador tiene que hacer uso de su ingenio por medio de "conjeturas plausibles, suposiciones sagaces y deducciones tan laboriosas como difíciles".¹⁴

Afortunadamente para nuestro autor, el período al cual dedica su obra más importante sobre historia no adolece de dicho problema, por lo que estuvo en posibilidad de consultar varios autores, distinguiendo con su absoluta confianza a don Manuel Abad y Queipo, cuyo testimonio sobre la etapa colonial mexicana sirve a Parra de verdadera pauta para normar su juicio sobre el tema.

➤ Un testigo de testimonio en alto grado fehaciente, una alta dignidad eclesiástica, un hombre observador y generalizador, un estadista hábil, el Sr. D. Manuel Abad y Queipo, nos ha tomado de la mano y nos ha señalado las lacerías, la consunción interior y los profundos defectos de organización de que adolecía aquel virreinato de la Nueva España, tan lozano y florido en apariencia.¹⁵

O en aquel en que se refiere a las cualidades del ilustre eclesiástico :

En apoyo a todo esto citaremos algunos pasajes tomados a los escritos del ilustre D. Manuel Abad y Queipo, el testigo no puede ser más inteligente, más conocedor del asunto ni menos sospechoso...¹⁶

Al referirse a las condiciones socio-económicas que privaban en México durante el período colonial, se apoya, como es de suponerse en un positivista, en el célebre barón de Humboldt, a quien cita constantemente, y cuyo testimonio, igual que en el caso anterior, merece su total confianza.

En el punto relativo a la situación del clero, durante el período colonial se basa también en el Dr. Mora, y para valorar la participación de Comonfort cita al "distinguido escritor español" don Anselmo de la Portilla, de quien nos dice que más que historiógrafo de Comonfort, debe ser considerado como su abogado defensor, actitud que como sabemos Parra reprobaba absolutamente en un estudioso de la historia.

Entre otras fuentes importantes en que se nutrió para la elaboración de su Sociología de la Reforma destaca don Lucas Alamán, figura a la que respeta notablemente no obstante su ideología conservadora, ya que como otros tantos patriotas, buscaba el progreso nacional.

Parra señala, desde luego, el error de enfoque cometido por Alamán al pretender conservar "aquel artificioso sistema de gobierno", y aunque reconoce alguna de las indudables cualidades administrativas hispanas, considera que no eran esos los cauces apropiados en pleno siglo XIX, en que vientos renovados soplaban conduciendo el espíritu por diversos y revolucionarios caminos.

El programa político del partido conservador, percibido con mara villosa claridad y formulado con precisión rara por su corifeo el señor Alamán, era, pues absurdo a la luz de los nuevos ideales, y era, además prácticamente imposible a la mitad del siglo XIX.¹⁷

Percibimos también su comercio intelectual con importantes documentos, aunque desafortunadamente, en este punto no fue tan escrupuloso como correspondía a un teórico del método positivo, ya que no son pocas las ocasiones en que al citar un testimonio documental determinado, lo hace sin notificarnos la fuente utilizada. Leyó a Ocampo, a quién se refiere en algunos puntos, lo mismo que al manifiesto publicado por Comonfort en Julio de 1858.

Por último destácase como fuente de primer orden en la obra de Parra, el amigo y gran historiador don Justo Sierra, a quien cita con absoluto respeto y confianza:

El desplome de la dictadura y la fuga del dictador cerraban un ciclo de nuestra evolución histórica y abrían otro. Así lo asienta magistralmente y en muy gallarda frase el distinguido historiador Justo Sierra.¹⁸

O cuando expone: "Como dice con sobrada razón el historiador Justo Sierra: Comonfort quiso ser un moderador y no fue sino un moderado".¹⁹ Finalmente apreciamos en el estilo de Parra una notable afición por usar términos latinos, lo que por otra parte, es un rasgo común a los intelectuales de la época:

En efecto, la propiedad plena, la que el antiguo derecho calificaba de jus utendi et abutendi, sólo pertenece a los individuos...²⁰

SOCIOLOGIA DE LA REFORMA.

Como anotamos al iniciar el presente capítulo la obra de Parra dedicada a la Reforma en México representa, sin duda, su esfuerzo historiográfico más completo y profesional.

Surgido de su intervención en el concurso organizado por un grupo de liberales mexicanos para honrar el centésimo aniversario del natalicio de Juárez, este trabajo resultó premiado y posteriormente elegido por Empresas Editoriales para ser publicado y porque además de:

... haber descollado el autor entre los liberales y pensadores positivistas de aquella hora, y haber sido prominente representante de toda una época de progreso en el orden de las ideas políticas, sociales y filosóficas mexicanas, la obra responde a un plan científico no sólo por el método adoptado, sino por el análisis que hace de todos los acontecimientos históricos de aquella etapa, agitada y fecunda, de la vida de México.²¹

Así, en el prólogo a la edición de 1967, Empresas Editoriales plantea su reconocimiento hacia una obra que como ésta, logró cumplir cabalmente con el plan y método que su autor se fijara y que él mismo nos expone -vale la pena repetirlo- bajo los siguientes términos:

Relatar los sucesos a la luz de la historia, analizarlos conforme a las enseñanzas de la filosofía, llevando este análisis hasta la intimidad misma de los hechos, conforme a los datos y leyes de la ciencia, he aquí cuales son, en mi concepto, los dos elementos inseparables de un estudio histórico-sociológico.²²

No pasa desapercibida, a la editorial antes citada, la gran capacidad de abstracción mostrada por Porfirio Parra en su estudio, quien en pocas páginas logra, a su juicio, una completa descripción de los "sucesos" que se ha propuesto estudiar, así como de los antecedentes y consecuencias respectivas. Enaltece igualmente el portavoz de la Empresa las acertadas conclusiones alcanzadas por Porfirio Parra, cuya "clara inteligencia y espíritu disciplinado" tenían, por lógica, que conquistarle un triunfo tal.

Una vez identificados objetivos y método a seguir, Parra expone el contenido de su

obra, la cual, como todo estudio histórico-sociológico, deberá constituirse de una doble exposición: la correspondiente a los acontecimientos históricos, así como la relativa a los conceptos o leyes sociológicas, cuya importancia, como hemos visto, ocupa para nuestro autor, un primer orden dentro del plano historiográfico. Así, la Historia de la Reforma en México debería abarcar en principio el período histórico que arranca a fines de 1855 y termina en los primeros meses de 1861; mas no sería metódico, opina Parra, proceder de esta forma, ya que los acontecimientos históricos no se dan aisladamente, por lo que atendiendo a la continuidad que les es propia, deben presentarse enlazados con sus antecedentes inmediatos y sus respectivas consecuencias. Por tanto, su obra comprendería una primera parte denominada "Preliminares de la Reforma", en la que establecería las circunstancias relacionadas con la última administración de Santa Anna, su caída y la presidencia de don Juan Alvarez. Conforme a su plan inicial, esta sección, como la obra en general, estaría dividida en dos capítulos, el relativo a los sucesos y el correspondiente a las ideas.

Posteriormente iniciaría el tema propiamente dicho o capítulo denominado "Reforma iniciada", el cual abarcaría el período gubernamental de don Ignacio Comonfort, siguiendo como es de suponerse el esquema dual que le caracteriza.

Una tercera parte, bajo el nombre de "La Reforma consumada" desarrollaría en plenitud la etapa medular del tema, a la que seguiría, en atención al método señalado un "Epílogo de la Guerra de Reforma", período en el que Parra enmarca, a manera de una continuación de la gran gesta reformista, el tema de la intervención francesa. Para finalizar,

dedica una última sección al análisis detallado de las consecuencias de la Guerra de Reforma, momento angular en el devenir histórico del país, ya que, como digno discípulo de Barreda, veía en esta lucha librada en suelo mexicano la batalla definitiva y universal entre las fuerzas del retroceso y las del progreso.

No queda menos que reconocer la estricta metodología que guiaba a Parra en el desempeño de su labor histórica. Fiel a sus principios positivistas desarrolla su cometido original, brindándonos un estudio profundo y detallado de esta importante etapa de nuestra historia, así como de las causas que la motivaron y sus posteriores consecuencias. Vanas nos resultan, por tanto, sus palabras plenas de modestia en que duda haber cumplido con un trabajo de tal nivel, pues nos atrevemos a afirmar, independientemente de los errores cometidos por el autor, que es patente a través de su Sociología de la Reforma la presencia de un auténtico profesional de la Historia.

Parra, al igual que Justo Sierra, reconoce que la Reforma no era un producto de la voluntad popular, no representaba dicho programa a mediados del siglo XIX el reflejo de las mayorías, sino, por el contrario, respondía a la ideología de una pequeña minoría de exaltados, minoría aún dentro del Congreso, pero capaz, por su fuerza y definición política, de conducir al país de un estado evolutivo a otro superior. Las palabras con que Parra plantea dicha idea son un claro ejemplo de su tendencia historiográfica positiva, ya que equipara las condiciones sociales a las que se enfrentaba el país, con una determinada situación orgánica o fenomenológica.

Las minorías, si son resueltas y de empuje, si tienen la clara percepción del fin que quieren realizar, arrastran a los pueblos,

impulsan a las colectividades y les hacen salvar la distancia que separa un periodo histórico de otro. El filamento nervioso, que distribuye el influjo motor en la masa carnosa de un músculo, es una parte mínima de él, y sin embargo le contrae, le hace mover y en ocasiones le tetaniza; el tenue vapor, que se dilata bajo el émbolo de la locomotora, representa una masa mínima en el conjunto de la máquina locomóvil que arrastra largo séquito de pesados y enormes carros, y sin embargo, ese vapor, con su potente fuerza elástica, hace mover con pasmosa rapidez el férreo y pesado organismo.²³

La Reforma, pues, estaba destinada a realizarse por una minoría, y si consideramos a fondo el pensamiento de nuestro autor, nos percatamos que considera posible su ejecución por un sólo hombre, que como símbolo del progreso estaba dotado de aquellas cualidades excepcionales que le permitirían realizarla hasta sus últimas consecuencias; este caudillo fue sin duda don Benito Juárez, "el gran demócrata, el gran liberal, el gran reformista", quien junto con Hidalgo y Barrera ocupaban la trilogía sacra a la que nuestro autor rindió culto eternamente.

Para una comprensión más completa de la situación a la que se enfrentaba la generación reformista, Parra se remonta a la misma etapa colonial, estructura que en cierta forma persiste a través de nuestra parcial independencia, motivando por tanto la necesidad de un rompimiento a fondo.

Parra, como anotamos con anterioridad, no niega ni rechaza el período histórico de nuestra etapa colonial, sino que incluso, hay un cierto sentido de admiración, sobre todo por aquella primera etapa, la de las "maravillosas hazañas de la conquista". Sin embargo, anota que desafortunadamente España organizó sus nuevas colonias bajo una estructura social "que venía a ser un feudalismo de nuevo cuño, erigido en el Nuevo

Continente cuando ya en el viejo mundo se había desquiciado el feudalismo histórico."²⁴

Esta organización extemporánea aplicada en las colonias españolas en América motivó el surgimiento de los problemas tradicionales mexicanos, mismos que persisten en los primeros años de nuestra vida independiente y que según Porfirio Parra eran básicamente de tres tipos:

- a) Problemas consecuentes de un régimen de propiedad territorial modelado sobre el tipo de la gran propiedad.
- b) Grandes diferencias sociales entre la población, manifiestas en un injusto y legalizado sistema de castas.
- c) Problemas derivados de una organización social basada en gremios y corporaciones, situación que para Parra representó durante los tres siglos de vida colonial y los primeros cincuenta años de nuestra vida independiente un verdadero freno, "obstáculo casi infranqueable" a la marcha administrativa y al progreso de la nación.

Parra se revela enfáticamente contra este estado de cosas, que sumía al país en el estado teológico, y que se manifestaba socialmente en una eterna y profunda desigualdad, condiciones que, por otra parte, no permitían al desheredado el menor asomo de esperanza de un cambio de status. Reinaba la inmovilidad social, y nuestro autor la reprobaba ampliamente como podemos observar a continuación:

Todo el régimen colonial contribuía a mantener la desigualdad de las fortunas; el comercio era un vasto monopolio, las minas una explotación que sólo podía hacerse en grande; no había para los pequeños el menor camino, así fuese áspero y escabroso, que les hiciera salir de su mezquina condición, y giraba toda su vida en el siniestro círculo de su miseria, como por toda una eternidad

giran los condenados del Dante en los círculos del infierno.²⁵

En este análisis concreto del pasado colonial, Parra anota una serie de vicios, ya de carácter económico, ya de carácter social, como por ejemplo el usual abandono por parte de los grandes terratenientes de sus propiedades, así, como la explotación parcial de las mismas debido a las enormes extensiones de algunas de ellas, equiparables a ciertos países europeos, vicios que presentan una gran similitud con situaciones vigentes a principios del siglo. Sin embargo, nuestro autor, no obstante la capacidad analítica mostrada en otros puntos, ignora abiertamente el paralelismo histórico que se le presenta, rehuendo a todas luces asumir la responsabilidad crítica a que le conducía el mismo tema y a la que le comprometía su carácter de científico de la Historia.

Aunque sus juicios nos parecen acertados, esta falta de penetración o valor crítico respecto a su presente, le amarran literalmente dentro de un plano puramente teórico, del que sabemos no pudo escapar.

Respecto a la desigualdad social y a la condición específica del indio nos dice:

Consecuencia de tal estado de cosas era la mísera condición del perón, o trabajador rural, sujeto al mezquino jornal llamado raya entre nosotros y encadenado a la hacienda, como en la Edad Media lo estaba el siervo al terruño, por la tienda de raya, ingenioso y cruel mecanismo destinado a explotar la vida de un hombre.²⁶

Mas su defensa de este indio explotado por el poder colonial, en última instancia no pasaba tampoco de una simple actitud teórica, ya que en la práctica y en pleno siglo XX, Parra distaba enormemente de asumir una actitud incondicional y verdaderamente humana hacia este grupo. Por Moisés González Navarro sabemos del franco apoyo que Parra

prestara a la política de exterminio encabezada por el gobierno del general Díaz contra grupos indígenas semi-salvajes. El Dr. Parra junto con otros destacados personajes del régimen, consideraba totalmente legítima la alegría norteña ante las pruebas (cabe-lleras) del exterminio bárbaro, misma que compara a la alegría de un grupo de campesinos ante la cacería de un animal salvaje.

Sin duda que este hecho nos permite apreciar ese exceso de "flexibilidad" moral mostrado por quienes como Parra, podían en un momento dado, fomentar, con su aplauso, la destrucción masiva de un grupo determinado.

No podemos menos que preguntar al Dr. Parra ¿dónde quedó su democrática y organicista visión del ser humano y de la vida, en la que cada individuo, a manera de pequeña célula viviente, efectuaba una definitiva e importante función dentro del proceso general de la sociedad a que pertenecía? ¿O acaso llegó al exceso, al igual que algunos españoles del siglo XVI, de negar la naturaleza humana de estos seres?

Por otra parte, respecto a la capacidad de trabajo del indio mexicano, Parra no es en plena dictadura porfirista tan altruista como se muestra cuando juzga las injusticias cometidas contra este grupo durante el virreinato. Como trabajador, piensa, que el mexicano era completamente inferior al obrero norteamericano, llegando a tal grado esta diferencia en sus respectivas capacidades de producción, que mientras estos últimos colocan de 2500 a 5000 ladrillos en una jornada de 11 horas, uno de nuestros indios apenas alcanzaba a cubrir 500 ladrillos. Entre las causas que Parra apunta como base de esta diferencia destacan: la falta de una alimentación adecuada, la carencia de una educa-

ción eficaz y las desventajosas condiciones geográficas de nuestro país, que obligan al trabajador a desempeñar su jornada laboral en condiciones extremas, ya en zonas tropicales o demasiado altas, como corresponde a la Ciudad de México.

Señala también el Dr. Parra, fiel a la corriente ideológica de su época, que el indio, poco amante del lucro excesivo y con exigencias sociales mínimas, permanecía conforme dentro de su estancamiento y convertido en un elemento apático, poco favorable, por tanto, para colaborar en el progreso nacional.

Es por tanto notoria, como nos hemos podido percatar, la diferencia de criterios mostrada por nuestro autor entre su posición teórica liberal y las circunstancias históricas reales a que había de enfrentarse.

Otro de los aspectos que dentro de la vida colonial mexicana enervan a Parra, es el relativo a la minería, actividad que desde su punto de vista acentuaba las grandes diferencias coloniales, además de haber sido causa fundamental de una serie de defectos comunes al mexicano como su afición a los juegos de azar, su falta de previsión y su poco amor al ahorro.

Esta posibilidad que las minas procuraban de adquirir en poco tiempo colosales fortunas, el elemento de azar asociado a las empresas mineras que producía en el empresario las punzantes y hondas emociones del juego, contribuyeron a hacer de la minería la primera de las industrias del país, y acaso contribuyeron también a imprimir al carácter mexicano ese sello especial de poco previsor, poco dado al ahorro y amigo de la ostentación y el despilfarro.²⁷

Señala, por último, que la minería motivó una inadecuada planificación urbana, ya

que la fiebre por explotar nuestras zonas ricas en minerales, fomentó un crecimiento irregular y caprichoso que no consideró, en absoluto, la posibilidad de seguir un plan lógico y conveniente, elemento que obstaculizó también seriamente nuestra marcha hacia el progreso.

Sin embargo, de todos estos elementos negativos el que más hondamente preocupa a nuestro autor es el sistema corporativo, al que califica como una forma de "fraccionar el cuerpo social" y por medio del cual el interés colectivo, punto preponderante de cualquier sociedad positiva, se marginaba en función de intereses gremiales que en última instancia torcían los conceptos de justicia y moral, "pues se tenía por más grave infringir los reglamentos del gremio que atender a los intereses públicos o a los derechos de la nación."²⁸

Establece Parra que de estas corporaciones o estados dentro del estado, descolló por su riqueza, por el número de sus miembros y por el carácter de sus funciones, el clero, cuya fuerza llegó a constituirse en una "verdadera y terrible potestad", representante o símbolo de las fuerzas del retroceso.

Como pudimos percibir en la lectura de su Plan de una Historia General de Chihuahua, Parra reconoce la amplia labor social efectuada por los primeros representantes religiosos que como fray Pedro de Gante, fray Toribio de Benavente y Vasco de Quiroga; fueron verdaderos símbolos del progreso. Desafortunadamente, esta situación se transformó paulatinamente conforme este grupo incrementaba su poderío económico, poderío que en épocas futuras trascendió a planos políticos, llegando a poseer tal fuerza que riva-

lizaba con el poder civil. Esta situación se hizo aún más difícil cuando, con la consumación de la Independencia, quedó en México suspendido el patronato regio, que durante tres siglos de vida colonial frenó el creciente y cada vez más poderoso influjo religioso. "Desde entonces, opina Parra, la autoridad del clero no reconoció ya límites."²⁹

Sin embargo, queremos hacer notar una vez más, que en Parra, representante de la corriente historiográfica porfirista, no existe un odio al español por su puro origen; por el contrario, hay en su obra un franco reconocimiento a las características positivas de los conquistadores, superiores en muchos aspectos a las del indio mexicano:

El español era sobrio, trabajador, dado al ahorro y de modales altaneros; el criollo era de inteligencia viva, aguda, mordaz, de costumbres irregulares, poco previsor, más inclinado al derroche que a la economía.³⁰

Ataca con dureza, en cambio, a ese clero tan distante de las necesidades sociales, ya que sus circunstancias, metas e intereses corporativos le hacían permanecer indiferente a estas vivencias, juicio que desde nuestro punto de vista dista profundamente de la seriedad y parcialidad requeridas.

El clero sólo amaba su corporación, los intereses de ella, sus prerrogativas y privilegios, era frío para todo lo demás. Poco le importaba la nación, nada los intereses públicos, nada la sociedad civil; el adelanto de su orden y el engrandecimiento de su convento, si era fraile; la mejora de su parroquia, si era cura; el lustre y riqueza de su cabildo, si era capitular; la extensión de su diócesis y la colecta de sus diezmos, si era obispo. He aquí lo único que preocupaba a los miembros del clero. La patria era poco cosa para ellos.³¹

El mismo Parra posteriormente rectifica este juicio, manifestándose de acuerdo con el

Dr. Mora, al considerar como "monstruosa e injusta" la distribución que de sus bienes hacía el clero, distribución que abría un verdadero abismo entre alto y bajo clero. Mientras que los primeros vivían como "magnates opulentos" en un mundo de ociosidad, por el contrario, en los curas párrocos recaía el peso de la responsabilidad ministerial, para cuyo cumplimiento, en ocasiones tenían que efectuar enormes esfuerzos físicos y no contaban, para subsistir, con más ayuda que el producto de las obvenciones parroquiales, algunas veces demasiado reducido para cubrir los gastos más elementales.

Esta diferencia enorme es calificada por el Dr. Parra como "odiosa" y la considera como causa fundamental de la intervención de algunos religiosos en la guerra de Independencia, pues como miembros del bajo clero conocían y compartían en la práctica, la terrible miseria en que vivía nuestro pueblo.

Respeto al monto total de los bienes del clero, Parra intenta llegar a una conclusión científica lo más apegada que se pudiera a la verdad, para lo cual plantea las diversas posiciones adoptadas, en dicho sentido por sus respectivas fuentes: Abad y Queipo, Humboldt y Mora. Establece que debido a la inexistencia de una fuente cien por ciento confiable sobre la materia, él, como historiador y sociólogo, tenía que calcularla dentro de un plano "conjetural", por lo que se plantea como cifra probable de 100 millones, monto total del que excluye una serie de ingresos que aunque no constituirían materia administrable, alcanzaban sumas de tal consideración que no debían ignorarse.

Parra, pasando por alto toda actitud positiva del clero en materia económica, concluye tajantemente en la manera injusta en que eran invertidos tales fondos, marginando desde

luego todo interés de tipo social.

Se ve, pues, que la enorme suma de bienes que el clero administraba estaba destinada a sostener la opulencia de los obispos, el esplendor de las catedrales, la comodidad de los canónigos, la trabajosa pobreza de los curas, la ociosa miseria de los capellanes y a entretener a los vagabundos de los barrios con cohetes y fuegos artificiales.³²

Indudablemente que prejuicios ideológicos demasiado arraigados en nuestros autores motivaron una visión tan superficial de la actividad socioeconómica realizada por el clero mexicano. Sean las palabras del maestro Martín Quirarte las que nos orienten más acertadamente sobre el tema.

¿Puede determinarse el monto de las propiedades eclesiásticas? Muchas fantasías se han elaborado cuando se ha hablado de los bienes del clero. Falta la voz de una crítica rigurosa unida a una sólida investigación, que pueda determinar el valor más o menos exacto de las propiedades eclesiásticas. Uno de los investigadores que con mayor acopio de datos y con ausencia de prejuicios ha penetrado en el estudio de la formación de los grandes latifundios laicos y eclesiásticos durante los siglos XVI y XVII, ha sido François Chevalier. El investigador francés ha señalado con absoluta precisión el carácter de las propiedades del clero. Si la iglesia acumulaba grandes capitales, con el producto de éstos desempeñaba una función eminentemente social: Sostenía escuelas, hospicios, orfanatos y asilos.³³

Así, concluye Parra, ante el poderío ilimitado del clero, la solución del problema tenía que ser violenta, ya que ambos poderes, el civil y el religioso se mostraban irreconciliables frente a frente.

Dos sociedades, dos poderes, dos gobiernos dividían, pues, a la nación mexicana y la regían; y estas sociedades y estos poderes no estaban en armonía, sino en abierta contradicción y pugna.³⁴

La guerra de Independencia, primer paso efectivo realizado por los mexicanos en su conquista del estadio positivo, opuso, según advierte Parra, un límite parcial a los vi-

cios existentes. De hecho los mayores problemas, los de origen económico y social, no sólo no se resolvieron en 1821, sino, por el contrario muchos de ellos, especialmente el religioso, se agravaron notablemente con la pérdida del patronato real. Estudiadas con cuidado y profundidad los diversos aspectos que en su momento condicionaron el arranque de la vida independiente mexicana, observa Parra la carencia de una madurez pro pia para afrontar la senda del progreso. Hidalgo tuvo que apoyarse en la población más pobre, desprovista de cultura y que por su problemática social arrastraba tiempo atrás hondos resentimientos, los cuales se volcaron en el momento del choque, dando al movimiento una pauta sangrienta y cruel.

Reconoce también, que aunque en el movimiento figuraron personajes de primer orden desde el punto de vista moral, dio cabida a individuos de bajos instintos, sin más ideal que el enriquecimiento personal y cuyo comportamiento para lograrlo desprestigió los altos fines por los que se luchaba.

México iniciaba su vida política independiente con una herencia colonial nefasta y arrastraba además vicios de nuevo cuño. La generación que afanosamente había luchado por lograr el rompimiento con España confiaba absurdamente en aquella riqueza legenda ria pregonizada por Humboldt y que tan negativos resultados y cruentas decepciones motivara posteriormente al enfrentarlos con una realidad más bien triste que optimista.

El halagüeno panorama trazado antes tenía, sin embargo, manchas negras, aspectos sombríos, que no se notaron en los primeros días de la independencia, en la hermosa luna de miel de México con la libertad. Mas a poco fueron haciéndose perceptibles, desvaneciendo y borrando el hermoso ensueño de grandeza. Nuestra riqueza era superficial y aparente; vista de cerca era más bien pobreza.³⁵

Anota Parra que los elementos que se oponían a nuestro progreso eran de muy diversa índole (geográfico, demográfico e histórico), aunado a todos ellos, las circunstancias que caracterizaron nuestra guerra de independencia, que por su naturaleza, ahondaron aún más la zanja que nos separaba del progreso.

Aborda los problemas de índole geográfico característicos del territorio nacional, problema que Parra analiza con gran escrupulosidad, y nos plantea, no sin cierta nostalgia, que por las características contrastantes con Norteamérica, favorables en dicho país al auge comercial, a la explotación agraria y a la inmigración europea, nuestros vecinos contaban con atributos benéficos para la marcha del progreso, destacando especialmente las enormes ventajas que para esta nación representó una política migratoria abierta, obstaculizada en México por la carencia de puertos accesibles y adecuados.

No sucedía lo mismo con las nuestras, colocada en el fondo de un enorme golfo de difícil navegación, a doble distancia de Europa que las costas norteamericanas. Eran malsanas, pues el vómito negro y el paludismo diezaban a sus habitantes; eran de acceso difícil y carecían de verdaderos puertos, pues el de Veracruz no era más que un mal fondeadero que exponía las embarcaciones al furor de los nortes. Sólo en las costas del Pacífico poseíamos buenos puertos, pero estos no estaban en las vías de la inmigración.³⁶

A lo largo de su obra, Parra enfatiza constantemente en la necesidad para nuestro país de fomentar la inmigración extranjera, con lo cual, y siguiendo el ejemplo norteamericano, se poblarían nuestras grandes extensiones deshabitadas, además de que el espíritu de estos hombres, más acorde con las características del progreso, activaría a los mexicanos con su ejemplo y energía. Indica además, que para que dicho programa se hiciera una realidad, era necesario, ante todo, eliminar la intolerancia religiosa existente,

que actuaba en relación con el progreso nacional a manera de "un obstáculo permanente". México, concluye, requería pues de la inmigración tanto como un organismo anémico de glóbulos rojos.

No ignora Porfirio Parra, en su análisis de los graves problemas con que México nacía a la vida independiente, la absoluta carencia de antecedentes prácticos que le ayudaran a saber conducirse en este nuevo e intrincado sendero de la libertad. Acostumbrados como estaban los mexicanos a ser tratados casi como menores de edad, la alternativa de autogobernarse no fue fácil; faltaban hombres de estado capaces de servir de guías; carecíamos en la práctica de los conocimientos indispensables que nos impidieran tropezar en el nuevo camino. Por tanto, los primeros 50 años de vida independiente mexicana constituyeron el período de aprendizaje natural, para llegar finalmente a la meta definitiva: el estadio positivo histórico mexicano.

Por tanto, haciendo gala de su ideología positivista, Parra equipara el período colonial mexicano con la etapa de gestación de un organismo en el seno materno, fase que transcurre en una total dependencia de la madre. La guerra de Independencia, dentro de este cuadro comparativo, sería el momento del parto del pueblo mexicano, punto de partida de un período duro, pero natural, en que el país recientemente creado se esfuerza por adaptarse a un medio ambiente desconocido y en el que tiene que aprender a sortear los problemas que se le presentan.

Finalmente, Parra concluye que la nación mexicana no podría en forma alguna cimentarse en bases tan desvirtuadas como las que caracterizaron la organización colonial. Se

imponía efectuar toda una reconstrucción de nuestras instituciones para crear un México abierto a las posibilidades del progreso y a la proyección de un mundo moderno. Esta fue sin duda, la labor que llevó a cabo la Reforma.

Iturbide, a quien Parra califica como "el desventurado", fue conciente de la necesidad de cimentar nuestra patria sobre la base de unión; pero desafortunadamente estuvo muy lejos de conseguirlo, pues estas conquistas de carácter espiritual no pueden ser alcanzadas por decreto, sino sólo a través de postulados científicos cuyo posterior influjo las hace realidad.

Respecto a la constitución de 1824, Parra asienta con expresa claridad que desafortunadamente cometió idénticos errores a los existentes en la española de 1812, ya que mantuvo vigentes tanto la intolerancia religiosa como los fueros eclesiásticos y militar.

LAS FIGURAS

Una mente progresiva como la de Parra, liberal moderado o matizado por la dictadura porfirista, no podrá menos que rechazar la figura de Santa Anna, brindándonos, como es de suponerse, una serie continua de críticas, refiriéndose a él como un "hombre de limitada ambición e insaciable sed de poder", o como, cuando al mencionar su actividad política, nos dice:

... mas una vez en ella, con esa veleidad y espíritu tornadizo de que tantas veces dio pruebas en su larga y funesta vida pública, se echó en brazos del partido conservador, que juzgó base más sólida de su prestigio, y de esa suerte esterilizó los gérmenes del progreso que el ilustre Gómez Farías había depositado en nuestra política.³⁷

No deja tampoco de anotar la gran influencia ejercida por don Lucas Alamán en el áni-

mo del dictador, figura a la que, como sabemos, manifiesta un profundo respeto y a quien se refiere como el "sesudo conservador", término que refleja, independientemente de la diversidad ideológica existente entre ellos, el profundo reconocimiento que sentía por las cualidades del intelectual conservador y cuya muerte privó a Santa Anna, según opinión de Parra, de su capacidad y energía política, además de su firme voluntad y su habilidad para conocer a los hombres.

Acorde con su línea ideológica, abunda en frases de reconocimiento para "el esclarecido Doctor y hombre de Estado mexicano Don Valentín Gómez Farías", enalteciendo el intento reformista del '33, con lo que, a manera de antecedente histórico, quedaron delineados algunos de los más importantes ideales reformistas.

Este primer paso hacia la Reforma resultó prematuro y bastó la voluntad de Santa Anna, cual eficaz dique, para terminar con él. Sin duda Parra admira profundamente a Gómez Farías, sentimiento que podemos percibir, cuando al describirnos sus grandes cualidades llega incluso a compararlo con Juárez, figura de primer orden en la escala cívica de valores de nuestro autor.

Juan Alvarez, "el honrado y modesto caudillo del sur", es reconocido por el Dr. Parra como un importante elemento dentro del proceso reformista, y nos expresa su admiración por los exaltados liberales que formaron parte de su gabinete, con excepción hecha de Ignacio Comonfort, cuya indecisión y timidez política son profundamente criticadas por nuestro autor.

Sin embargo, no obstante que Parra no perdona la actitud moderada defendida por Comonfort, se percibe un cierto tono de justificación cuando plantea que dicho personaje creía su deber "sostenerse en el poder para reorganizar a la nación y cimentar la paz". Mal podía, nos dice sobre Comonfort, mediar entre ambos partidos antagónicos, sin tener la capacidad de ejercer un auténtico dominio sobre los mismos, requisitos indispensable, a juicio de Parra, para poder efectuar una verdadera labor de conciliación.

Su juicio sobre dicho personaje es bastante duro, seguramente porque con su indecisión acrecentó el impacto de la Guerra de Reforma:

El propósito de Comonfort era tan irrealizable, que equivalía al de querer caminar sin mover ni el pie derecho ni el pie izquierdo; se podrá caminar de tan raro modo, pero arrastrado por otro. Tal le pasó al desventurado Ignacio Comonfort; no quiso pertenecer a partido ninguno y se movió al compás de todos; quería dominarlos, quería hacer mover alternativamente al uno y al otro, y él era el movido, el arrastrado, el arrojado en diversos sentidos por los grupos políticos, que parecían entregarse a un fanático juego de pelota con la obcecada personalidad de Comonfort.³⁸

Reconoce Parra las innegables cualidades humanas de tan trascendental figura, lo mismo que su afortunada intervención militar en la Revolución de Ayutla, pero éstas no suplían sus enormes debilidades políticas, incompatibles a la época turbulenta a la que había tenido que enfrentarse, y cuyas profundas diferencias sólo podrían ser combatidas, sobre todo después de los errores cometidos por Comonfort, a través de la violencia y la lucha armada.

Definitivamente, para Parra, el más grande o uno de los mayores responsables de la violencia con que se desarrolló nuestra Guerra de Reforma, fue sin duda don Ignacio Comon

fort, cuya bondad natural en otras circunstancias hubiera sido óptima; pero que en su momento acrecentó los problemas existentes, favoreciendo el fortalecimiento de las fuerzas reaccionarias:

¿Para qué relatar más hechos, si todos se repiten con tediosa monotonía? Un grupo de pronunciados se lanzaba en armas, el gobierno destacaba fuerzas sobre ellos, eran vencidos en buena lid, eran perdonados, volvían a sus casas y volvían a urdir planes, a conspirar, a pronunciarse, y volvían a ser vencidos y volvían a ser perdonados.

Con tan increíble magnanimidad, la represión se convertía en estímulo, el castigo en aliciente; el gobierno era la befa de los contrarios, pues ya se sabía que todo había de terminar con un generoso perdón.³⁹

No obstante su profunda indecisión, nos dice Parra, la fuerza de los principios reformistas era tal, que en algunos momentos logró arrastrar al "irresoluto" presidente.

Desde luego la dureza de juicios respecto a Comonfort no es característica excepcional de Porfirio Parra, sino es común a todos aquellos estudiosos de la Historia de filiación liberal, como podemos observar en Zayas Enríquez, por ejemplo, quien se expresa de dicho personaje en los siguientes términos:

Nadie ha negado a Comonfort el valor militar; pero nadie tampoco le ha concedido el valor civil. Era un moderado, y con eso está dicho todo. Tenía que ser una rémora para el desarrollo del programa liberal.⁴⁰

Zayas Enríquez, al igual que Parra y de acuerdo con la opinión de don José Ma. Vigil considera que la política moderada practicada por Comonfort, lejos de haber logrado calmar los ánimos de los partidos antagónicos, los enardeció notablemente, perdiendo al final la confianza tanto de liberales como de conservadores.

El partido radical decía: blanco; el partido retrógrado decía: negro; y Comonfort, para conciliarlos dijo: gris. Eso no es una conciliación, sino una confusión.⁴¹

En definitiva, son sin duda las palabras de Zayas Enríquez mucho más incisivas y Tajantes respecto a Comonfort que las expresadas por Parra, ya que inclusive le acusa abiertamente de traidor:

Los errores en política son verdaderas faltas; pero lo de Comonfort no fue un error, sino una traición y la traición en política es un crimen proditorio.⁴²

Sobre el tema, contamos en contraposición, con las interesantes palabras expuestas por el Dr. O'Gorman, quien ve en el pensamiento político de Comonfort un punto de trascendencia poco valorada. Según O'Gorman, Comonfort intuyó la necesidad de poner el gobierno en manos de un hombre fuerte, capaz de garantizar la paz nacional superando los obstáculos legales que hasta aquí habíansele presentado. Sin embargo, continúa exponiéndonos dicho historiador, lo paradójico del caso es que Comonfort "no supo o no quiso" ser ese hombre fuerte cuyas características él mismo había delineado, "cosa que quizás lo honra, pero que acarreó inevitablemente su derrota personal."⁴³

La importancia del pensamiento de Comonfort dentro del plan de Acapulco era mucho más trascendental de lo que comunmente se ha considerado, ya que representaba el contagio en los liberales, del clásico ideal conservador: un poder dictatorial omnímodo, que preparará el camino para el posterior florecimiento de la figura del general Díaz, punto de conciliación, a juicio de O'Gorman, de nuestras tradicionales alternativas políticas: liberal y conservadora.

Así, nos encontramos con un juicio crítico, para nosotros, de gran validez, que invierte los términos tradicionales de nuestra historiografía, planteándonos a un don Ignacio Comonfort "tímido y bueno", como víctima de un Congreso Constituyente que no fue suficientemente capaz para entender la idea de síntesis preconizada por el presidente provisional.

Mas como es lógico, Parra, cautivo como estaba dentro de una historiografía claramente liberal y patrioter, permaneció dentro de los límites de su posición ideológica, y no sólo ataca el desempeño de Comonfort a cargo de la política nacional, sino que se rebela contra todo su gabinete, compuesto a su juicio, salvo don Miguel Lerdo de Tejada, de moderados como don Ezequiel Montes, don Luis de la Rosa, don José Ma. Lafragua y don Manuel Payno.

JUAREZ

Indudablemente que Juárez es para Porfirio Parra el líder de la Reforma, y si consideramos la importancia capital de este movimiento como punto decisivo en el enfrentamiento de las fuerzas del retroceso con las del progreso, valoramos hasta qué punto su figura se proyecta a niveles sobrehumanos, manifestándose en este sentido, el historiador, no como un estudioso de la Historia que enjuicia y valora una figura determinada, sino como un sectario, que ante sus símbolos de fe se reduce a la actitud de un fiel panegirista.

No ponemos en duda las cualidades indiscutibles de Juárez, cualidades que quedaron ampliamente manifiestas tanto en la guerra de Reforma como en el intento frustrado de implantar una monarquía en nuestro país; pero consideramos que Parra debió trascender

su línea política para penetrar más a fondo en la personalidad estudiada, juzgando con mayor equidad aquellos puntos en que sus mismas fallas le hacen surgir más humano, pero, por tanto, más digno.

Juárez es para Parra el primer gran hombre mexicano, que como un vértice histórico termina con la etapa metafísica al liquidar la herencia teológica subsistente que impedía el florecimiento del progreso. Sus juicios elogiosos sobre el hombre de la Reforma son múltiples, pero su papel como punto coyuntural en la etapa positiva, se aprecia ampliamente en el siguiente juicio: "Donde Juárez estuviera estaba la ley, alentaba el progreso."⁴⁴

Mas Parra, previendo que sus continuas palabras de alabanza hacia el "grande hombre" como él le llama, pudieran ser mal interpretadas, indica que no son fruto, como podría pensarse, de la pasión, ya que se declara perteneciente a la generación formada por los hijos de quienes realizaron la Reforma. Por tanto, sus sentimientos deben ser considerados como fruto de una vivencia madura, reposada; pero eso sí, más pura y más firme que la de aquéllos sus panegiristas contemporáneos.

Añade Parra en interesante artículo publicado por la Revista Positiva en Agosto de 1901, (p. 342) que si bien han transcurrido 29 años de la muerte del patricio, "sus amigos y admiradores crecen y se multiplican", enarbolando la serena voz de la posterioridad y no el grito jacobino de las pasiones.

La Historia Mexicana, según Parra, presenta a través de las diversas figuras egregias que



la representan ante la posteridad, ya por su aportación ideológica o por su colaboración física, entre las que distingue muy especialmente a Cuauhtémoc, por el inhumano esfuerzo realizado en favor de su raza y territorio; Hidalgo, quien representa el nacimiento de una nación, síntesis, repitiendo los términos de nuestro autor, "de dos razas heroicas". Mas si Hidalgo rompió los vínculos materiales que nos ataban con España, Juárez realizó toda una epopeya en favor del proceso de nuestra independencia.

Juárez quebrantó las más pesadas aún, que, forjadas durante tres siglos, pesaban sobre el alma mexicana condenándola a vivir en el estrecho recinto de la Edad Media; a nuestro gran reformador cupo la gloria de libertar esa cautiva, trasladándonos en el corto período de catorce años que estuvo al frente de los destinos de la Nación, desde los tenebrosos confines del reino medieval, hasta el recinto luminoso del mundo contemporáneo, en que el espíritu humano llegado a su madurez no reconoce, ni el llamado derecho divino de un monarca, ni la supremacía de un Pontífice Maximo.

Ese período de catorce años representa una verdadera epopeya digna de ser cantada por la musa augusta del progreso.⁴⁵

Juárez fue el hombre de la Reforma, ya que la separación de iglesia y estado era una medida tan profundamente radical, que no podía ser decretada por una asamblea, como de hecho sucedió con nuestro constituyente de '56, sino que "debía surgir de un golpe, como el rayo de la preñada nube, de una alma hiperbólicamente audaz y tempestuosamente revolucionaria, como lo fue el alma privilegiada de Benito Juárez."⁴⁶

Compara a Juárez con Moisés, ya que al igual que éste "atraviesa el mar Rojo de la reacción armada" (Revista Positiva, tomo I, 1901, p. 346). Mas el punto culminante de su actividad lo representa la promulgación de su Código Reformista, momento en que por la extrema audacia desplegada le equipara a Dantón, considerado por Parrá como el hombre

de Estado más insigne que produjera la revolución francesa.

En definitiva, fue Juárez el hombre que triunfador ante las fuerzas del retroceso arraigadas a nuestra patria, sacó todavía energía y valor para defender su México del invasor extranjero, que intentaba implantar una monarquía para regalar al "degenerado descendiente de Carlos V".

Nada es comparable a su proceder, base indiscutible del progreso conquistado y manifiesto en toda su plenitud, según Parra, a principios del siglo XX.

Desde luego Parra, como fiel positivista, defiende en todo momento el nivel de progreso logrado por el régimen de Díaz. Probablemente como otros tantos políticos e ideólogos que compartían su filosofía, estaba sí, en contra de la dictadura; pero en última instancia la apoyaba siempre y cuando fuera una dictadura reglamentada que garantizase el orden.

Parra termina este interesante artículo en una loa, improcedente a nuestro gusto, hacia el gobierno porfirista, al cual considera como sólida garantía de la supervivencia de los ideales reformistas. Por último, enaltece la capacidad de don Benito Juárez, quien supo destruir valores caducos; pero también, y es quizás donde radicaba su mayor mérito, sentó las bases de la reconstrucción nacional en la senda del progreso al fomentar la creación de la Escuela Nacional Preparatoria, "plantel que para honra de México no tiene igual en el mundo".

Cuán distante nos parece en sus líneas generales el artículo que sobre Juárez nos brinda

ra Carlos Pereyra, fechado en diciembre de 1902 y publicado por la Revista Positiva (tomo IV, 1904). A diferencia del tono que campea en la apología de Parra, Pereyra, por el contrario, expresa abiertamente que la verdad no puede ser rígida, sino que es "multiforme y fugitiva", por lo que apriori rechaza toda posición que de alguna manera se parezca a un fanatismo. "Hacer un ídolo de un grande hombre", nos dice, es caer en el providencialismo de Bossuet. Aclara sí, su ilimitada admiración por Juárez, pero sin negar por ello un auténtico y profundo estudio de su perfil histórico. Pereyra enaltece al Juárez que mantuvo viva en su persona la validez de nuestras instituciones, contra las fuerzas reaccionarias y contra el invasor francés, pero donde sus dimensiones como gran estadista quedan francamente de manifiesto es, cuando en 1867, al restablecerse nuevamente la República, "fue el creador de un elemento nuevo de gobierno en nuestra historia: la dictadura civil".⁴⁷

Así, al justificar la demanda y uso de facultades extraordinarias realizada por Juárez para poder consolidar la paz, Pereyra llama nuestra atención exactamente sobre uno de los puntos más delicados de su proceder como estadista, y es precisamente este aspecto el que defiende y que desde su punto de vista hace de don Benito Juárez "un modelo de insuperable grandeza".

Quedan ambos artículos, producidos en una misma época y procedentes de una posición filosófica afín, pero asimismo como testimonio de dos actitudes historiográficas distintas respecto a la figura de Juárez. Consideramos sinceramente que la posición asumida por Parra refleja, contra lo que él mismo plantea, una notable parcialidad, orientada segu-

ramente por un espíritu cívico demasiado apasionado y, desde luego, por una actitud analítica inadecuada y superficial.

LA CONSTITUCION DE 1857 .

Contra lo que pudiéramos considerar, Parra enaltece los principios enarbolados por la Constitución de '57, actitud que desde luego llama nuestra atención pues apriori sabemos que los políticos positivantes la atacaron en la práctica, considerándola casi como un mal que fue necesario en su época; pero que una vez trascendidos los problemas entre reacción y progreso, quedaba sin razón de ser.

Lo que esta generación defiende y que podemos percibir con nitidez absoluta en Francisco G. Cosmes, no son "los derechos"; la sociedad, nos dice, está cansada de la lucha que durante años se le impuso en aras de éstos. Lo que ahora se quiere es orden, y en lugar de aquéllas brillantes ideas, sagradas en el papel pero irrealizables en la práctica, lo que el pueblo mexicano demanda es pan.

Rabasa por su parte, expresa esta vivencia que, como dijimos anteriormente, era general en gran parte de tales políticos, en su obra La Constitución y la Dictadura, donde abiertamente señala que Comonfort fue consciente de la imposibilidad que significaba gobernar dentro de los lineamientos constitucionales de 1857, palabras de suma importancia, ya que además de presentarnos un juicio representativo del grupo elitista del porfirismo, aborda la personalidad de Comonfort bajo términos opuestos a los usados por Parra:

Lo que no pensó fue violar la Constitución fingiendo atacarla. Para él no había, respecto a la ley, más que dos extremos: u obedecerla o destruirla. Tal rectitud, que en tiempos normales habría hecho de

él el más grande de los presidentes de México, debe merecer nuestros respetos y nuestra admiración. Después de medio siglo de experiencia, la opinión de Comonfort ha sido justificada por todos sus sucesores, Juárez el primero: el gobierno es imposible con la Constitución de 1857; "el gobierno que ligue a ella su suerte es gobierno perdido". Juárez, Lerdo de Tejada y el general Díaz antepusieron la necesidad de la vida nacional a la observancia de la Constitución e hicieron bien; pero no corrigieron la ley que amenaza la organización y hace imposible la democracia efectiva. Y esto era precisamente lo que Comonfort se proponía con incontestable elevación de patriotismo y desinterés.⁴⁸

Por contra, Parra, por lo menos teóricamente, en todo momento defiende la validez del código de 1857, al que califica como síntesis de los principios de libertad y progreso. Respecto a la actitud seguida por Comonfort, mantiene el mismo tono parcial que observamos con anterioridad. Considera que dicho personaje, haciendo acopio de todo su valor, en un principio apoyó al grupo radical que presionaba por implantar en México los principios más avanzados de la libertad política; mas cuando se inician los debates sobre el proyecto de Constitución, su posición fue claramente contraria a la tendencia radical de la misma.

Al referirse al Congreso Constituyente, Parra se expresa con sumo respeto, como correspondía a quien admiraba la ideología política de sus representantes. Era, nos dice, "un cuerpo venerable, una congregación histórica convocada conforme al Plan de Ayutla para organizar el país."⁴⁹

Para el Dr. Parra, dos constituciones, a manera de modelo, señalaron al mundo la senda que conducía hacia la "era política": la federal americana y la Constitución Francesa. Ambas constituyeron verdaderas pautas políticas hacia las que se enfocaron idealmente

las naciones en proceso de formación. Mas no debe considerarse que dicha tendencia, una generalizada, obedeciese a una modalidad caprichosa de la época, sino que responde, por el contrario, a razones de mucho mayor trascendencia, ya que reflejaba un síntoma definitivo de la lucha emprendida contra el antiguo régimen.

Ese anhelo constitucional no es a los ojos del pensador sociólogo el efecto de una moda o capricho de la opinión reinante, representa una de las formas de la lucha contra el antiguo régimen, fundado en la arbitrariedad, en el ejercicio del poder irresponsable, que no tenía otro móvil ni otro fundamento que el sic voto, sic jubeo; corresponde a una evolución social avanzada, en que las colectividades humanas se han organizado convenientemente.⁵⁰

Parra desarrolla una verdadera defensa de los principios constitucionales cuando justifica, hasta cierto punto, los ataques de que estos fueron objeto por parte del grupo clerical durante el siglo pasado; pero no comprende como en pleno siglo XX, época en que reinaba la paz y el progreso, "espíritus distinguidos" se atrevían a reprobarla abiertamente, llegando inclusive a abanderar su alegato en contra de dicho código en el método científico, por lo que, indignado se aboca a analizar tales censuras precisamente a la luz y bajo los principios verdaderos de dicho método.

Destaca Parra en su disertación que quienes atacan a la Constitución consideran los derechos del hombre como una entidad metafísica, idea surgida de la filosofía de Rousseau y que descansa, según su punto de vista, en dos afirmaciones erróneas desmentidas por la misma Ciencia: la libertad absoluta y la igualdad.

Para esta corriente, dice nuestro autor, ambos principios niegan la realidad, ya que ésta ha demostrado que tanto el medio ambiente como las aptitudes personales condicionan el

desarrollo individual del ser humano, diferenciándonos de nuestros semejantes.

Parra, en desacuerdo manifiesto con la posición ideológica roussoniana la refuta abiertamente y expone que si bien estamos sometidos a una serie de circunstancias sociales e individuales que por una parte limitan notablemente nuestra libertad de acción y por otra imposibilitan la realización práctica de una absoluta igualdad social; en cambio, existen elementos que una vez conocidos por el hombre y consecuentemente en posibilidad de ser dominados por él, pueden ser alterados y modificados en función de su propia evolución y perfeccionamiento.⁵¹

... pues si es verdad que el hombre está sometido a leyes, como éstas son muchas y en ocasiones sus tendencias son opuestas, el hombre puede, por medio de ciertas leyes de su naturaleza, contrariar, anular y contrarrestar otras, siendo de esta forma agente de su propio perfeccionamiento.

Como la Constitución se refiere, según Parra, a los aspectos morales del hombre, y estos son los más susceptibles de modificación por su misma complejidad, queda destruida la crítica principal con que se ha intentado atacar a la Constitución.

Por otra parte, afirma que libertad "no significa hacer todo, sino intentar sin trabas ejecutar alguna cosa".⁵² Tal concepto rige en las ciencias físicas y naturales, y por tanto debe estar en armonía con la acepción que sobre el término se tenga en ciencias sociales. Parra especifica que, consecuentemente, debemos entender por libertad "la supresión de las trabas, de las coacciones que la misma sociedad oponía antaño a la acción humana". Así, cuando al concepto de libertad se intenta darle una connotación absoluta, cuando se le ve como incondicional y abstracto, resulta vago, lejano, metafísico, como indican

sus críticos; pero cuando se le confiere su auténtico sentido, cuando se le asignan términos relativos, condicionados, el concepto de libertad se convierte, nos dice Parra, en algo claro y significativo.

Por si alguna duda quedara, analiza nuestro autor el tipo de libertades defendidas por la Constitución, e indica que en todos los casos se trata de libertades específicas, nunca de una libertad única, absoluta e ilimitada, por lo que no puede ser considerada como un elemento metafísico, sino como una forma concreta y real de intentar organizar la convivencia social.

En síntesis, Parra defiende la naturaleza real y positiva de los principios emanados de la Constitución de '57, los cuales, insiste, no fueron creaciones metafísicas, sino que determinaron "otra forma de cooperación en consonancia con las ideas modernas: la cooperación espontánea del individuo en la labor colectiva de la sociedad."⁵³ Por tanto, la Constitución representó en su época un progreso real y efectivo, no sólo en las doctrinas, sino también en la práctica.

Respecto al principio del sufragio universal establecido por la Constitución, Parra acepta lo avanzado del mismo en proporción del nivel cultural y de la ínfima educación democrática de una inmensa mayoría de nuestra población; sin embargo opina, fundamentando su punto de vista en Sierra, que "la Constitución es buena tal como está".

Aunque en la práctica no fuese realizable, la Constitución elevaba a nivel de derechos una serie de principios, que por el simple hecho de adquirir categoría legal podían en

la constante evolución de nuestras instituciones modificar los hechos.

Mas Parra considera que si la Constitución de 1857 era irreprochable desde el punto de vista filosófico, no sucedía lo mismo desde su aspecto político, ya que en su origen privaba al poder legislativo del Senado y limitaba excesivamente las atribuciones del ejecutivo, explicándose esta última característica como resultante lógica de la penosa experiencia que dejaron en el país los excesos y arbitrariedades cometidos por Santa Anna durante su última administración.

El empeño de Porfirio Parra por defender la validez de la Constitución en el momento en que fue promulgada, llega al extremo de que al compararla con las de otras naciones, la coloca a un nivel muy superior, como a continuación podemos comprobar:

... La ley fundamentalmente mexicana señala un límite infranqueable al arbitrio judicial, y de ese modo coloca nuestra justicia a un nivel más alto que el que ha alcanzado en otras naciones, y esto, no sólo en el orden teórico y especulativo, sino también en el práctico y efectivo.⁵⁴

Sin duda, la ideología de Parra hacia tan trascendental documento fue sincera; pero quizás ni él mismo se percató que sólo la defendía desde planos teóricos, puesto que el régimen dictatorial al cual pertenecía, había destruido casi en su totalidad los principios reformistas. Por otra parte, nos parece que Parra al abocarse a escribir su historia sobre la Reforma para intervenir en un evento con características tan marcadamente gobiernistas, no podía menos que deificar los símbolos del movimiento reformista, aunque, claro está, respetando siempre las posiciones oficiales.

EL MOVIMIENTO DE REFORMA

Como nos hemos podido percatar a través del análisis de Sociología de la Reforma, para Porfirio Parra este movimiento es el punto coyuntural de nuestra historia; es el acto final de la lucha desplegada por las fuerzas del retroceso, debate a sangre y fuego, únicamente justificado por la trascendencia de sus fines. Representa nada menos que nuestra "segunda independencia", pero esta gesta revolucionaria, insistimos, no sólo tenía repercusiones nacionales, sino sus grandes alcances servirían de modelo al resto de la humanidad. Parra, al igual que su maestro don Gabino Barreda, idealiza hasta su límite máximo el sentido histórico de nuestro movimiento de Reforma, lo cual, en ambos casos, denota una tendencia a perder la perspectiva universal de los acontecimientos. Oigamos al propio Parra expresar su juicio sobre dicha etapa:

Fue la Reforma una serie de medidas audaces, de carácter revolucionario intenso, que condujeron a la separación de la Iglesia y del Estado, enorme resultado que sólo México, entre todas las naciones civilizadas, ha sabido realizar enteramente. Aquellos titánicos reformadores que hicieron la revolución francesa, vertieron torrentes de sangre, segaron centenares de cabezas, sin que les fuera dado lograr de un modo completo, estable y duradero, esa mejora tan trascendental, que realizaron las admirables leyes que Juárez asociado al genio de la Reforma, Melchor Ocampo, dictó desde Veracruz, convirtiendo aquella ciudad en verdadero y fulmineo Sinaí revolucionario.⁵⁵

Sin duda alguna, Parra, aunque contrario a toda manifestación de violencia y aun a cambios bruscos producto de movimientos revolucionarios, justifica ampliamente la sangre que corrió en nuestra patria durante los tres años que duró la contienda reformista. Nada hubiera podido evitarla, ni siquiera aminorarla, ya que las partes beligerantes eran irreconciliables.

Una vez más acude Parra a su formación positivista al comparar la sociedad de entonces (1857), con un organismo enfermo para cuyo alivio debía intervenir el cirujano; pero si se pretendía tener éxito, debía hacerse sin miramientos de ninguna especie, de una manera total y absoluta, ya que si la operación se realizaba parcialmente tan sólo se ganaría un poco de tiempo y, a la larga, el paciente se encontraría sin posibilidad alguna de salvación.

En 1833 se habían realizado reformas parciales que no lograron mayor ventaja para la sociedad mexicana, por tanto, opina Parra, el programa reformista tuvo que efectuarse de un sólo golpe y por sorpresa. "Eran, nos dice, dos ideales puestos frente a frente, eran dos formas de civilización, dos tipos de estructura social entre los cuales no cabía avenimiento".⁵⁶

Mas hay un punto en el que Parra insiste, la Revolución de Reforma no debía, por ningún concepto, confundirse con alguno de los múltiples problemas políticos y militares que se suscitaron en nuestra patria durante la primera mitad del siglo XIX; ésta no tenía ningún punto en común con los motines que mantuvieron al país dentro del caos absoluto. Fue, por el contrario, según apunta nuestro autor, "la expresión de la resistencia nacional armada al pronunciamiento de Tacubaya".

Parra, en algunos de sus juicios sobre el tema dista notablemente de la mesura que correspondía a un científico de la Historia; aunque da pruebas de sentir un hondo respeto por la idea de Dios, manifiesta una antipatía extrema por el clero mexicano, llegando incluso a acusarle de la violencia con que se desarrolló nuestra guerra civil, lo que ver

daderamente nos parece una injusticia, ya que consideramos que ambos grupos cometieron excesos, tanto políticos como militares.

Por otra parte, al referirse al aspecto militar, Parra cae en ciertas contradicciones: por ejemplo, enjuicia a los jefes del ejército reaccionario, Osollo, Miramón y Márquez, como carentes de verdaderos ideales y que sólo lucharon motivados por ambiciones personales, aunque en algunos casos no compartieron las atrasadas ideas del partido reaccionario al que servían. No obstante que se ha referido al primero como impulsado tan sólo por su "sed de mando y ambición de poder", lo cita posteriormente como el "brillante y denotado Osollo", juicios que desde mi punto de vista son contradictorios. Sin embargo, considero que estas faltas son producto de la pasión con que Parra se aventura en su tarea de historiógrafo sobre un tema tan reciente; pero en términos generales, recapacita y reconoce las cualidades de uno de los más destacados caudillos de la reacción,

Había entre los jefes militares que el clero trataba de atraerse con hábiles sugerencias un joven nacido para la guerra y para la gloria, el coronel D. Luis G. Osollo. Era un enemigo temible por su valor y estimable al mismo tiempo por su lealtad.⁵⁷

Por último, advertimos en nuestro autor, siempre preocupado por justificar la guerra de Reforma, un afán por presentar, aun en el primer año de la contienda, un cierto equilibrio de fuerzas, lo cual no deja de sorprendernos si lo comparamos con el juicio de otros historiadores que, como Martín Quirarte, nos presentan, una imagen completamente desfavorable para el grupo liberal durante esta primera etapa.

En el desarrollo de los acontecimientos, si bien Juárez representa la figura estelar, reconoce en todo momento la importancia excepcional de un Ocampo, personaje pleno de va

lores.. Fue sin duda, a juicio de Parra, uno de los hombres más insignes que ha producido el país, al grado de adjudicarle gran parte del mérito en la promulgación de las Leyes de Reforma. Admira especialmente su libertad de espíritu, incapaz de ajustarse a ningún convencionalismo, por fuerte y arraigado que este se presentase; sino por el contrario, insiste Parra, tales situaciones actuaban en él a manera de fuerza dinámica que le proyectaba a una lucha mayor y más íntegra.

Respecto a las figuras representativas del conservadurismo, Parra dista notablemente del tono utilizado por otros autores; tal es el caso de su juicio sobre Zuloaga, a quien se refiere como "el incoloro e inodoro D. Félix Zuloaga, en quien se fijaron los próceres conservadores y los ambiciosos caudillos militares, justamente porque la mediocridad, en nulidad rayana, del hombre de Tacubaya no ofrecería obstáculo alguno a las ambiciones que el nuevo estado de cosas despertaba."⁵⁸

Sus palabras sobre Miramón son igualmente peyorativas y reflejan la honda antipatía de Parra hacia cualquier faceta reaccionaria, lo que al final de cuentas le hace caer en la postura, por él tan criticada, de aquel magistrado más que historiador, que convierte su actividad profesional en un tribunal supremo, a partir del cual se pronuncia la sentencia de la posterioridad:

... Miramón, a seguir las cosas otro curso, hubiera sido en nuestro país un segundo Santa Anna, muy superior al primero en capacidad militar, pero émulo de él en vanidad, en orgullo, en anhelo de placeres y de pompas.⁵⁹

LAS LEYES DE REFORMA

Es obvio que para Parra la promulgación del código reformista significa la "etapa inicial" de una nueva época en la historia de las naciones, correspondiente a una progresista faz de la evolución ideológica del hombre. Una vez más percibimos ese afán de proyectar el valor y trascendencia de nuestra guerra civil a un nivel universal en el que México ocupaba el liderazgo.

Aplauda Parra la valentía con que dichas leyes fueron sometidas a la nación, característica acorde con los valores morales indiscutibles de los líderes del movimiento. Es interesante, por otra parte, apreciar la penetración crítica de Porfirio Parra al analizar la aportación específica de cada uno de los colaboradores de Juárez, como piezas importantes dentro del engranaje total de los acontecimientos:

Aquel hombre egregio no era un intelectual; entre los que le rodeaban en Veracruz, la inteligencia de más brillo asociada al mayor entusiasmo revolucionario era la del señor Ocampo; la inteligencia más positiva, la más serena, la más equilibrada y fría era la del señor don Miguel Lerdo de Tejada; en Ocampo, la Reforma constituía el objeto de una pasión ardiente, era el amado ideal de su vida; por eso fue constantemente su apóstol; poseía el ardor fogoso del sectario, y sus circulares son verdaderos folletos revolucionarios escritos con fuego y palpitantes de emoción; en Lerdo de Tejada se observaba otra cosa; para él la Reforma era un conjunto de temas políticos que se arraigaban en el fondo de su inteligencia produciendo la fría convicción del geómetra. El señor Juárez era el hombre de acción, el hombre de gobierno dispuesto a obrar y a poner en práctica lo conveniente.⁶⁰

De esta forma, Parra defiende la obra de equipo que en su momento significó la culminación de las fuerzas del progreso en su lucha por sentar las bases de una sociedad revitalizada; sin que por ello perdamos de vista la enorme trascendencia que concede a Juárez

rez, prototipo del hombre del progreso.

Para finalizar, Parra indica que el código reformista fue sumamente audaz, ya que adoptó una posición profundamente radical, única que a la postre garantizaría la paz; pero añade que no obstante dicha posición, la Reforma no era contraria a las ideas religiosas de la mayoría de nuestro pueblo, pues respetaba plenamente sus dogmas y no combatía en absoluto creencia alguna de tipo metafísico. El movimiento de Reforma iba orientado tan sólo, a juicio de Parra, contra los privilegios de grupo, los cuales desembocaban en una serie de abusos, típicos de la etapa del retroceso.

Los méritos de tan interesante legislación eran múltiples; pero especialmente destaca que su enfoque trascendía los problemas presentes, proyectándose ambiciosamente hacia el futuro, al plantear, como solución ad hoc para el progreso nacional y la conciencia política de nuestro pueblo, una efectiva estructuración de la instrucción pública:

... porque tiene el convencimiento, de que la instrucción es la primera base de la prosperidad de un pueblo, a la vez que el más seguro medio de hacer imposible los abusos del poder.⁶¹

No olvida Parra su juicio aprobatorio ante el interés de los reformistas por la situación hacendaria nacional, para cuya solución se propusieron una serie de medidas correctoras de vicios pasados que los gobiernos post-independientes, lejos de combatirlos, habían complicado y acrecentado hasta el extremo. Cada uno de los postulados planteados por la generación del progreso, que no olvidó ningún punto de interés público, fueron según Parra, consumándose en diversos momentos de nuestra historia, y aprovecha la oportuni-

dad que le brinda el tema económico, para lanzar el clásico muletazo al gobierno del general Díaz, ya que hasta la administración de éste se había logrado el milagro de nivelar nuestras finanzas "bajo la hábil gestión financiera del señor Limantour".

Parra concluye transmitiendo al lector su satisfacción ante el triunfo reformista, gracias al cual el país despertó de su largo sueño trisecular, e inició un nuevo camino, mirando de frente y confiado hacia el futuro. Juárez, "nuevo Moisés del pueblo mexicano", como vimos, serviría de guía frente a los obstáculos, no insignificantes, que se presentasen en el futuro.

EPILOGO DE LA GUERRA DE REFORMA .

Bajo este rubro sintetiza Parra sus puntos de vista sobre la intervención francesa y el fracasado intento de establecer un imperio mexicano. Considera tales sucesos como una prolongación de la guerra civil, y como un último intento del partido clerical por mantener un status quo que garantizara su permanencia en el poder. Los conservadores, desesperados ante el definitivo triunfo de las fuerzas progresistas, promueven la intervención extranjera como última alternativa histórica favorable a sus ambiciones e intereses.

Una vez más percibimos esa tendencia a la parcialidad que observamos a lo largo de su análisis sobre la Reforma. Parra no puede trascender su posición ideológica, la cual lo involucra, aunque sólo teóricamente, a los ideales reformistas capitaneados por la generación que le precedió, por lo que, quienes se opusieron de alguna manera a este proceso, que él identificó con el camino hacia el progreso, son elementos negativos a los

que en la mayoría de los casos les niega toda virtud cívica.

Es notoria, por ejemplo, la superficialidad de sus juicios al abordar el tema de la Intervención Francesa y el Imperio, cuando enjuicia ambas situaciones como un producto concreto del fracaso reaccionario en la guerra civil mexicana; sin embargo, reconoce la existencia de un partido monarquista desde el mismo momento de nuestro surgimiento como país independiente. Por otra parte, Parra menciona el célebre documento de Gutiérrez de Estrada, en el que dicho personaje declinaba la oferta de Bustamante para hacerse cargo del ministerio de Relaciones Exteriores, y presentaba franca y valientemente la posibilidad de constituir una monarquía en nuestro país como única alternativa para superar la crisis política que se vivía desde nuestro rompimiento político con España.

Es evidente la contradicción en que cae nuestro autor, quien inclusive se refiere al documento antes citado como un elemento que concentró la fuerza de un sector no despreciable de la sociedad, lo que sin mayores complicaciones invalida su tesis de considerar la intervención europea como un simple "epílogo" de la guerra civil que le precedió.

Desde luego, dichos acontecimientos tuvieron, por razones obvias, voz decisiva en el desarrollo del sueño petit - napoleónico y de su quimera imperial en América; pero no debemos olvidar que para que todo esto cuajara en una realidad, jugaron papel de primer orden sucesos internacionales de no poca envergadura, que fueron definitivos en el ánimo del emperador francés.

Por otra parte, consideramos que Parra adopta una actitud sumamente superficial al refe

rirse a los hombres que de una manera probablemente equivocada, mas para ellos auténtica y válida, veían en la intervención extranjera la única solución adecuada frente a los problemas nacionales y frente a la hegemonía estadounidense. Probablemente sólo don Justo Sierra logra, dentro de los historiadores de su época y quizá por razones personales, trascender este espíritu superficial, e intenta comprender más a fondo la mentalidad de los hombres que constituyeron el partido monarquista mexicano.

Defiende también Parra, con gran sorpresa por parte del lector, que "la idea monárquica era exótica en los antiguos virreinos y capitanías generales de América"⁶², pues el rey representaba una imagen casi legendaria debido a la gran distancia que le separó siempre de sus posesiones americanas, motivando que el pueblo únicamente se identificara con las figuras de un capitán general o un virrey, que constantemente eran removidos de su cargo.

Opino que desde luego, las palabras anteriores reflejan un conocimiento superficial y carente de un verdadero análisis de las circunstancias socio-políticas que prevalecieron duranante la época colonial; mas por ningún motivo compartimos su idea de que éstas hayan sido contrarias a una tradición monarquista en nuestro país; sino, por el contrario, opinamos que precisamente constituyeron un factor de primer orden en la solución imperial mexicana intentada desde Iturbide y presente a lo largo de los primeros 40 años de nuestro camino independiente.

Así, Parra presenta un grupo monarquista existente a partir de 1821 y cuyos principios y fuerza se manifestaron claramente en 1840 a través del documento de Gutiérrez de Estra

da; mas por otra parte, sostiene que algunos emigrados mexicanos "despechados por el triunfo de la idea liberal" entre los que destacan don José Hidalgo, Almonte y el "patriarca de los monarquistas" don José Ma. Gutiérrez de Estrada, promovieron exitosamente la intervención europea.

Como observamos con total nitidez en los juicios anteriores, existe una importante contradicción, ya que la idea monarquista mexicana no puede ser considerada simultáneamente como una corriente política manifiesta desde nuestro surgimiento a la vida independiente, y a la vez, como una resultante exclusiva del fracaso de un partido en la guerra de Reforma.

Aunque Parra no se detiene mayormente en el estudio de este período, el que enfoca como una simple consecuencia del proceso reformista, consideramos que lo aborda sin la atención que un problema tal ameritaba. Para él los grandes responsables que actuaron como factores de primer orden en el ánimo de el emperador francés fueron, la emperatriz Eugenia y el duque de Morny. Respecto a la primera, nos dice que se inclinaba al proyecto mexicano por vanidad femenina, cualidad que le hacía abrigar el sueño de dominar lo que fue, en alguna época, el imperio de Moctezuma, de quien se consideraba descendiente. Indudablemente nos gustaría que Parra hubiera profundizado más en este punto, o por lo menos nos hubiera orientado respecto a la fuente en que se informó, ya que no percibimos con claridad por qué razón la emperatriz francesa pudiera haberse sentido vinculada con el tlatoani o emperador mexicano tan estrechamente como nos indica dicho autor. Sobre Morny refleja una total antipatía, notoria a todas luces en la

siguiente expresión: "Era un excéptico de buen tono, amalgama extraña de libertino y hombre de Estado, siempre sediento de placeres, de honores, de dinero y de influjo."⁶³

Por último, señala la enorme influencia ejercida sobre Napoleón III por don José Ma. Hidalgo, "el alma" de los manejos intervencionistas y a quien delata, en un plano bastante poco profesional, por sus relaciones íntimas con la madre de la emperatriz.

Napoleón no sale mejor librado del juicio crítico de Parra: "soñador coronado que tomaba los sueños por grandes propósitos y la obstinación y la porfía por firmeza de carácter"⁶⁴ Características tales, junto con las de filantropía y humanitarismo que le eran propias, le conducen a realizar aquella quimera de frenar la expansión de los Estados Unidos de Norteamérica por medio de la creación de un imperio mexicano.

Sin embargo, no encontramos ese franco desprecio que usa constantemente al referirse a las figuras representativas del proyecto intervencionista, sino que inclusive le resta responsabilidad al presentarlo como un ser "candoroso", engañado por los refugiados mexicanos, quienes con sus mentiras y falsos datos le hicieron confiar en un franco apoyo nacional que nunca existió. También desde el punto de vista económico y por la misma causa eran erróneos los cálculos de Napoleón y Maximiliano, que confiaban en poder recaudar ingresos anuales por valor de 50 millones de pesos en el imperio mexicano, cifra que les dejaría una fuerte suma para cubrir los gastos motivados por la intervención.

Bastante contradictorio y hasta superficial resulta Parra al exponer la responsabilidad de las respectivas potencias signatarias de la Convención de Londres. Afirma que "la Con

vención Tripartita era una gran farsa", ya que España e Inglaterra conocían las intenciones intervencionistas de Francia respecto a México; pero sostiene también que no había unidad de intenciones entre España e Inglaterra, ya que mientras la primera sí guardaba la esperanza de reconquistar la corona mexicana para un miembro de la familia Borbón, esta última no sólo no abrigaba intenciones en este sentido, sino que, por el contrario, "se inclinaba a las ideas reformistas, se oponía a que se interviniera en el gobierno interior de México y mucho menos para imponer una monarquía."⁶⁵

Resulta obvio que tal juicio es contradictorio, ya que si por un lado Inglaterra conocía los planes franceses, como afirma Parra con absoluta claridad, sería absurdo que hubiera continuado adelante en la empresa intervencionista de haber tenido una línea política tan contraria a los intereses napoleónicos. Así, una vez más encontramos bastante superficial el enfoque que de dichos acontecimientos nos brinda el Dr. Parra.

El símbolo de esta sangrienta lucha contra el invasor extranjero fue sin duda, a juicio de Parra, la ciudad de Puebla. Ahí una vez más midieron sus fuerzas el progreso y el retroceso, y fue tal su importancia, que al igual que la guerra de reforma mexicana, ésta tomaba dimensiones globales: el triunfo mexicano de 1862 contra los ejércitos franceses decidió importantes perfiles de la política mundial, ya que al haberse retrasado por un año el avance de las tropas invasoras hacia la capital de la República, se contribuyó al triunfo republicano en el vecino país del norte, pues de haber caído Puebla en este momento, las armas francesas hubieran podido prestar su apoyo a los estados separatistas de la Unión:

... en esa época Inglaterra hubiera consentido en aliarse con Francia en favor de los confederados, y acaso hubiesen triunfado los esclavistas, con detrimento considerable de la grandeza de los Estados Unidos y menoscabo de la civilización.⁶⁶

La conclusión, ante tal línea de pensamiento es obvia, los ideales republicanos-federales brillantemente representados por los Estados Unidos de Norteamérica lograron un triunfo de vital importancia el 5 de mayo de 1862. México fue escenario glorioso de dicha gesta.

Una vez más Porfirio Parra, asimilado por el sistema conciliatorio de la dictadura, aprovecha la oportunidad que le brinda el tema para dedicarle su reconocimiento a Díaz, ya que había figurado notablemente en ese momento histórico de resonancia mundial.

La pareja imperial mexicana también es analizada por Parra con exceso de superficialidad e imprecisión. Maximiliano, hombre, bondadoso, derrochador, poco amante de la acción, era, al igual que el emperador francés, un soñador incorregible. La emperatriz Carlota, por el contrario, merece su compasión, ya que "esta interesqnte mujer fue la primera víctima sacrificada en aras de aquel vano imperio."⁶⁷

De esta forma el conato imperial mexicano, abandonado por Napoleón a sus pobres fuerzas, tenía irremisiblemente que morir; mas no sin brindar a nuestro pueblo un reconocimiento final por los males que le había causado. El imperio fue para Parra, como hemos visto con anterioridad, un simple epílogo de la guerra de Reforma; pero cobra fuerza en tanto que "la completa y redondea". El saldo que en definitiva nos dejó dicho suceso fue favorable al proceso evolutivo nacional, ya que las ideas reformistas, antes sólo pro

problematadas por una pequeña minoría, se generalizaron e identificaron con los principios patrios: "republicanos, liberales y progresistas".

En sus conclusiones, Parra, alejado completamente de la realidad de su México, desarrolla una verdadera apología del gobierno porfirista. Obviamente nos dice, que la Reforma no fue causa única y exclusiva del progreso reinante a principios de siglo; pero que sí contribuyó profundamente a la transformación de nuestra organización social, y aunque reconoce que a corto plazo produjo problemas diversos, a la larga constituyó la base de la etapa positiva en nuestra evolución histórica.

Al contemplar la desventura de antes trocada en la actual prosperidad, se nos figura que somos otro pueblo, que somos otra nación, que alguna savia rejuvenecedora y dinamógena fue inyectada en nuestro organismo y llevó la fuerza a los elementos débiles y la frescura y la lozanía a los marchitos y pálidos órganos, que algún acontecimiento grandioso y reparador acaeció en nuestra vida, regenerándonos y convirtiéndonos de lo que fuimos en lo que somos.⁶⁸

Mas la transformación a que Parra alude, si bien es consecuencia de la gesta reformista, lo es también, en cierta medida, al buen tino gubernamental mostrado por el general Díaz, quien con sus grandes méritos había logrado consolidar la herencia de los Juárez y de los Ocampo.

Así, observamos que el problema ideológico de Porfirio Parra, su falta de percepción histórico-política ante la realidad de principios de siglo aflora plenamente en su producción histórica, concluyendo, aferrado a su concepción positivista, que durante la década que transcurre de 1900 a 1910, nuestro país, libre de toda tendencia reaccionaria y metafísica, cosechaba el fruto de los sacrificios realizados por la generación reformista,

la cual, sin lugar a duda, había impulsado a la nación hacia la era del progreso, simbolizada por el gobierno del general Díaz.

Quedan, pues, de esta forma, expuestos los juicios más importantes del Dr. Porfirio Parra sobre la Historia de México. Sus errores, comprensibles por su filiación filosófica positivista de la que fue un auténtico seguidor, manifiestan determinadas vivencias de una importante etapa de nuestra producción historiográfica, base de nuevos conocimientos, que de una u otra forma han intentado la solución del problema fundamental de ser nacional.

CAPITULO VI

1. Barreda, Gabino. "Oración Cívica". Apud. Gabino Barreda. La Educación Positiva en México. de Edmundo Escobar. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional Preparatoria, 1977. p. 27.
2. Parra, Porfirio. Sociología de la Reforma. Segunda edición. México, Empresas Editoriales, 1967. p. 55. (El Liberalismo mexicano en pensamiento y en acción N° 8.)
3. Lefebvre, Georges El nacimiento de la historiografía moderna. Primera edición mexicana. Traducción de Alberto Méndez. México, Ediciones Roca, 1975. p. 30.
4. O'Gorman, Edmundo. "Justo Sierra y los orígenes de la Universidad en México. 1910". Seis Estudios históricos de tema mexicano. Jalapa, México, Universidad Veracruzana, Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, 1960. p. 194.
5. Parra, Porfirio. Sociología... p. 11.
6. Ibidem. p. 12.
7. Kim, Paul. Introducción a la Ciencia de la Historia. Traducción al español de la 2a. ed. en alemán por el Prof. Orecio Muñoz. México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1961. p. 87.
8. Parra, Porfirio. Plan de una Historia General de Chihuahua o índice razonado de los capítulos que deben formarla. México, Tipografía de la viuda de F. Díaz de León, 1911. p. 13.
9. Ibidem. pp. 12-13.

10. Ibidem. p. 35.
11. Ibidem. pp. 38-39.
12. _____ Sociología... p. 231.
13. Ortega y Medina, Juan A. Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia.
México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970. p. 305.
14. González Navarro, Moisés. Sociología e Historia en México. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1970. p. 305.(Jornadas N° 67.)
15. Parra, Porfirio. Sociología... p. 104.
16. Ibidem. pp. 98-99.
17. Ibidem. p. 59.
18. Ibidem. p. 23.
19. Ibidem. p. 28.
20. Ibidem. p. 84.
21. Ibidem. p. 7.
22. Ibidem. p. 8.
23. Ibidem. p. 30.
24. Ibidem. p. 40.
25. Ibidem. p. 44.
26. Ibidem. p. 41.
27. Ibidem. p. 42.
28. Ibidem. p. 62.

29. Ibidem. p. 54.
30. Ibidem. p. 46.
31. Ibidem. pp. 63-64.
32. Ibidem. p. 68.
33. Quirarte, Martín. Visión Panorámica de la Historia de México. México, Editorial Cultura, 1966. pp. 15-16.
34. Parra, Porfirio. Sociología... p. 55.
35. Ibidem. p. 92.
36. Ibidem. p. 94.
37. _____ "El Sr. Barreda médico y profesor de la Escuela de Medicina. "Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. II. 1909-1910. México, 1910. pp. 158-159.
38. _____ Sociología... p. 28.
39. Ibidem. p. 76.
40. Zayas Enríquez, Rafael de. Benito Juárez. Su vida. Su obra. México, Secretaría de Educación Pública, 1972. p. 91. (Sepsetentas 1.)
41. Ibidem. p. 101.
42. Ibidem. p. 103.
43. O'Gorman, Edmundo. "Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla". Seis Estudios ... p. 107.
44. Parra, Porfirio. Sociología... p. 145.
45. _____ "Juárez". Revista Positiva. T. I. México, 1901. pp. 343-344.

46. Ibidem. pp. 344-345.
47. Pereyra, Carlos. "Juárez Dictador". Revista Positiva. T. IV., México, 1904.
p. 700.
48. Rabasa, Emilio. La Constitución y la Dictadura, Estudio sobre la organización política de México. 5a. ed. México, Editorial Porrúa, S.A., 1976. pp. 90-91.
49. Parra, Porfirio. Sociología... p.29.
50. Ibidem. p. 117.
51. Ibidem. p. 122.
52. Ibidem. p. 122.
53. Ibidem. p. 124.
54. Ibidem. p. 137.
55. _____ "Juárez". op cit p. 344.
56. _____ Sociología... p. 36.
57. Ibidem. p. 72.
58. Ibidem. pp. 146-147.
59. Ibidem. p. 146.
60. Ibidem. p. 166.
61. Ibidem. p. 169.
62. Ibidem. p. 191.
63. Ibidem. p. 197.
64. Ibidem. p. 196.
65. Ibidem. p. 198.

66. Ibidem. p. 199.

67. Ibidem. p. 204.

68. Ibidem. p. 214.

CONCLUSIONES

- Porfirio Parra, cuya polifacética labor ha sido reconocida por gran parte de sus críticos, representó un pilar de primer orden dentro de las manifestaciones culturales de la época porfirista, por lo que el estudio de su obra constituye un importante factor para comprender dicho período histórico en sus más diversas manifestaciones.
- Como fiel seguidor de la corriente filosófica del positivismo en México, Parra se constituyó en defensor incansable de dichos principios, los cuales protegió franca y valientemente, habiendo asegurado con ello la supervivencia de la doctrina barrediana en el ámbito docente mexicano.
- Podemos afirmar que entre los discípulos de don Gabino Barreda no hubo quien, como Parra, dedicara con absoluta devoción toda una vida a esa especie de culto, rayando en lo enfermizo, hacia la vida y la obra del Dr. Barreda; pero gracias al cual las enseñanzas del fundador de la Escuela Nacional Preparatoria quedaron a salvo de las embestidas que, durante largo tiempo, amenazaron su continuidad, y que sin duda alguna aportaron, en su momento, importantes elementos ideológicos para la vida mexicana.
- Porfirio Parra, paralelamente a su quehacer filosófico y en íntima relación con él, desarrolló a lo largo de su vida una rica labor docente, propagando, ya en la cátedra, en conferencias, en el periodismo o en el libro de filosofía,

los principios positivistas que fueron columna vertebral de toda una época y que sólo fueron aniquilados en 1910 por la fuerza irrefutable de la realidad mexicana.

- A través de la poesía y la novela, Porfirio Parra sostuvo, también, de una manera audaz, los principios positivistas aplicados a la vida cotidiana, aunque en este último renglón logró, como en ningún otro, trascender sus límites ideológicos y manifestar las profundas dudas que los postulados progresistas le planteaban como válidos para el bienestar social.
- Porfirio Parra alcanza en el género novelístico representado por su obra Pacotillas, una profunda penetración crítica, tanto de los valores morales vigentes, como de la estructura política de fines del siglo XIX, digna de ser estudiada y analizada con mayor atención, pues representa un franco enfrentamiento de los ideales liberales ante la estructura progresista y pragmática del porfirismo.
- Representante típico de la corriente historiográfica positiva, la obra de Porfirio Parra resulta en este renglón de interés primordial para aquellos que pretenden adentrarse en el análisis y comprensión de dicha corriente del pensamiento, importante a todas luces desde un plano general; pero más aún desde el muy particular mexicano, ya que, como ha quedado comprobado, dicha filosofía fue base de un período trascendental dentro del proceso histórico nacional.
- Parra, acorde a la corriente historiográfica positivista, aborda el estudio del

pasado con una actitud de síntesis frente a las corrientes tradicionales: la conservadora hispanista y la liberal indigenista, adoptando en su lugar, como corresponde a un representante del positivismo, una posición de comprensión ante ambas etapas, hasta aquí consideradas como antitéticas, pero gracias a la filosofía comtiana barrediana, analizadas como partes integrantes de un todo: nuestra identidad nacional.

- Como historiador positivista identifica los estadios comtianos con la evolución de nuestra historia; así, el estadio teológico lo representaban las etapas prehispánica y colonial; el metafísico, la violenta crisis que iba desde el inicio de nuestra Revolución de Independencia hasta la restauración de la República en 1867, año en que finalmente se iniciaba el tercer estadio o etapa positiva de la historia nacional.
- A diferencia de la escuela comtiana y de acuerdo con las modificaciones que Barreda hiciera al pensamiento positivista francés, Parra considera que dentro del estadio metafísico o negativo, existieron indudables brotes de actitudes progresivas, elementos precursores de la etapa positiva.
- No obstante que su formación positiva le obligaba a abordar el estudio de la Historia desde un plano científicista y objetivo, Porfirio Parra da muestras, a lo largo de su producción historiográfica, de una marcada tendencia a la parcialidad, por lo que su obra resulta, en ciertos casos, carente de la penetración crítica y del equilibrio a que imperiosamente le comprometía la metodo-

logía científicista de la que fue eterno propagandista.

- Porfirio Parra, inmerso dentro de su visión positivista de la Historia, fue incapaz de trascender el plano puramente teórico de su filosofía, razón por la cual permaneció al margen de su realidad histórica, sin vislumbrar, ni siquiera remotamente, la crisis que amenazaba destruir las bases ideológicas del positivismo y con ello la etapa del progreso ilimitado representada por la dictadura porfirista. Fue, por tanto, un teórico de su filosofía, un teórico de la Historia y quizás hasta un teórico de la vida, no apto para enfrentar la realidad de su México con la fuerza de carácter, la profundidad analítica y la capacidad deductiva que las circunstancias histórico-políticas le demandaban.

BIBLIOGRAFIA

GENERAL

Anales de la Asociación Metodófila Gabino Barreda. México, Imprenta del Comercio de Dublán y Chávez, 1877.

Antología de poetas mexicanos. 3a. ed., facsímil. México, Ediciones del Centenario de la Academia Mexicana, 1979. pp., 361-373.

Aragón, Agustín. Diez retratos literarios de médicos mexicanos eminentes. México, Comité del Centenario de la Facultad de Medicina, 1933.

Barnett, L. El Universo y el doctor Einstein. México, Fondo de Cultura Económica, 1973. (Breviario No. 132.)

Barreda, Gabino. "Oración Cívica", Apud Gabino Barreda. La Educación Positivista en México de Edmundo Escobar. México, Editorial Porrúa, 1978.

Bloch, M. Introducción a la Historia. Traducción de Pablo González Casanova y Max Aub, México, Fondo de Cultura Económica, 1975. (Breviario No. 64.)

Braudel, Fernand. La Historia y las Ciencias Sociales. Traducción de Josefina Gómez Mendoza, Madrid, 1970.

Díaz y de Ovando, Clementina y Elisa García Barragán. La Escuela Nacional Preparatoria, los afanes y los días. (1867-1910), 2 Vols. México. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1972.

Documentos y discursos alusivos a la solemne inauguración de la Escuela Nacional de Altos Estudios verificada el día 18 de septiembre de 1910. México, Tipografía de Fidencio S. Soria, 1911.

- Escobar, Edmundo. Gabino Barreda. La Educación Positiva en México. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de la Escuela Nacional Preparatoria, 1977.
- Escobar, Edmundo. Nueve Preparatorianos Ilustres. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional Preparatoria. 1977.
- Febvre, Lucien. Combates por la Historia. Traducción castellana de Francisco J. Fernández B. y Enrique Argullo. Barcelona, Ediciones Ariel, 1970.
- Fuentes Mares, José. La emperatriz Eugenia y su aventura mexicana. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1976. (Nueva Serie No. 21).
- García Granados, Ricardo. La Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma. Estudio histórico-sociológico. México, Tipografía Económica, 1906.
- González Navarro, Moisés. Sociología e Historia en México. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1977. (Jornadas No. 67.)
- _____ "La Vida Social" Apud. Historia Moderna de México. Porfiriato Dir. Daniel Cosío Villegas. México, Buenos Aires. Editorial Hermes.
- González Ramírez, Manuel. Antología de la Escuela Nacional Preparatoria, en el centenario de su fundación. México, B. Acosta-Amic, Editor, 1967.
- Iguiniz, Juan B. Bibliografía Biográfica Mexicana. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1930.
- _____ Bibliografía Biográfica Mexicana. México. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1969.
- _____ Bibliografía de Novelistas Mexicanas, Ensayo biográfico, bibliográfico y crí-

tico, México, 1926. (Monografías Bibliográficas Mexicanas N° 3.)

Jiménez Rueda, Julio. Historia de la literatura mexicana. 5a. ed. México, Botas, 1953.

Letras mexicanas en el siglo XIX. México, Fondo de Cultura Económica, 1944. (Tierra Firme N°. 3.)

Kim, Paul. Introducción a la Ciencia de la Historia. Traducción al español de la 2a. ed. en alemán por el Prof. Orencio Muñoz. México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1961.

Krauze, Enrique. Caudillos culturales en la Revolución Mexicana. México, Editorial Siglo XXI, 1976.

Langlois, C.V. y C. Seignobos. Introducción a los estudios históricos. Traducción de Domingo Vaca. Buenos Aires, Editorial La Pléyade, 1972.

Lefebvre, Georges. El nacimiento de la historiografía moderna. Traducción de Alberto Méndez. México, Ediciones Roca, 1975.

Lemoine, Ernesto. La Escuela Nacional Preparatoria en el periodo de Gabino Barreda. 1867-1878. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Ediciones del Centenario de la Escuela Nacional Preparatoria, 1970.

Libro de actas de juntas de profesores en esta Escuela. México, Escuela Nacional Preparatoria, 1909.

León Portilla, Miguel. Filosofía Nahuatl estudiada en sus fuentes. 3a. ed. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1966.

Márquez Montiel, Joaquín. Hombres célebres de Chihuahua, México, Editorial Jus, 1953.

Matute, Alvaro. La teoría de la Historia en México (1940-1973). México, Secretaría de Educación Pública, 1974. (Sepsetentas 126.)

Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Española. Tomo VII, México, 1945. pp., 206-207.

Ibidem. Tomo VIII, México, 1946. pp., 224-228.

Molina Enríquez, Andrés. Los grandes problemas nacionales (1909). Prólogo de Arnaldo Córdova. 2a. ed. México, Ediciones ERA, 1979.

Monsivais, Carlos. "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX" Apud. Historia General de México. Vol. 3, México. El Colegio de México, 1977.

O'Gorman, Edmundo. Seis estudios históricos de tema mexicano. Jalapa, México. Universidad Veracruzana, Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, 1960.

_____. México, el trauma de su Historia. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977.

Ortega y Medina, Juan A. Humboldt desde México. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1960.

_____. Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970.

Paz, Ireneo. Los hombres prominentes de México, 2a. ed. Cuernavaca, Morelos. Editor Manuel Quezada Brand, 1967.

Primeros días de la Revolución, Los. Testimonios periodísticos alemanes. Traducción del

alemán, presentación, introducción y notas de Jesús Monjarás Ruiz. México, Secretaría de Educación Pública. 1975. (Sepsetentas 220.)

Quirarte, Martín. Gabino Barrera, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Ediciones del Centenario de la Escuela Nacional Preparatoria, 1970.

Raat, William D. El Positivismo durante el porfiriato 1876-1910. Versión castellana de Andrés Lira, México, Secretaría de Educación Pública, 1975. (Sepsetentas 228.)

Ramos Pedrueza, Antonio et al. A la memoria del Dr. Porfirio Parra 1854-1912, México, Universidad Nacional de México, Escuela Nacional de Altos Estudios, 1912.

Rodó, José Enrique. Ariel, México, Editorial Porrúa, S.A., 1977.

Ruiz Gaytán de San Vicente, Beatriz. Apuntes para la historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Con un apéndice sobre la Casa de los Mascarones por Francisco de la Maza. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras. - talls. Mayela - 1954.

Valadés, José C. El Porfirismo, historia de un régimen, El nacimiento (1876-1884). México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977.

Valverde Téllez, Emeterio. Bibliografía filosófica mexicana. México, Tipografía de la Viuda de Francisco Díaz de León, 1907.

Crítica filosófica o estudio bibliográfico y crítico de las obras de filosofía escritas, traducidas o publicadas en México desde el siglo XVI hasta nuestros días. México, Tipografía de los sucesores de Francisco Díaz de León, 1904.

- Vigil, José María. Discurso pronunciado por los profesores José Ma. Vigil y Rafael Angel de la Peña en la junta de catedráticos celebrada en la Escuela Nacional Preparatoria los días 27 y 31 de agosto y 1o. y 4 de septiembre del presente año, con motivo de la designación de texto para la clase de Lógica. México, 1885.
- Villegas, Abelardo. Positivismo y Porfirismo. México, Secretaría de Educación Pública, 1972. (Sepsetentas 40.)
- Warner, Ralph E. Historia de la novela mexicana en el siglo XIX. México, Antigua Librería Robredo, 1953. (Clásicos y Modernos. Creación y crítica literaria 9.)
- Zayas Enríquez, Rafael de. Benito Juárez. Su vida. Su obra. México Secretaría de Educación Pública, 1972. (Sepsetentas 1.)
- Zea, Leopoldo. Positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia. Mexico, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Filosofía, 1975.

PARTICULAR

- Parra, Porfirio. "Introducción". Carta dirigida al C. Mariano Riva Palacio. Puebla, 1803.
- _____ "Introducción" en Anales de la Asociación Metodófila Gabino Barreda. México, Imprenta del Comercio de Dublán y Chávez, 1877.
- _____ "Las Causas Primeras" en Anales... pp. 49-67.
- _____ "Discurso pronunciado por el Sr. Dr. Porfirio Parra a nombre de la Asociación Metodófila", con motivo del cumpleaños de su director. D, Gabino Barreda"

en Anales ... pp. 429-435.

Ensayo sobre la patogenia de la locura. México, Tipografía Literaria, 1878.

(Tesis. Facultad de Medicina de México.)

"Prólogo" a Historia de la Medicina en México; desde la época de los indios hasta la presente. de Francisco Flores. México, Secretaría de Fomento, 1886-88.

A un joven desilusionado; epístola. México, Pedro J. García, 1887.

Oda a las Matemáticas. México, oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1877.

Índice alfabético general por materias y por autores de los veintitrés primeros tomos de la Gaceta médica de México, que comprende el periodo del 15 de septiembre del año de 1864 al 15 de diciembre del año de 1888. México. Gobierno, 1889.

El Agua; poema lírico descriptivo. México, Secretaría de Fomento, 1895.

¿Según la Psiquiatría, puede admitirse la responsabilidad parcial o atenuada? Concurso científico. Discurso pronunciado en la sesión del día 15 de julio de 1895. México, Tipografía de la Secretaría de Fomento, 1895.

Juicio Crítico de la clasificación del Código Penal relativo a las heridas.

Concurso científico. México, Sociedad médica "Pedro Escobedo", oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1895.

Poesías. Ciudad Juárez, Chih., El Agricultor Mexicano, Escobar Hnos.,

[s.d.].

et al. Discursos y Poesías en honor del Dr. D. Gabino Barreda. México, Tipografía T. González Sucesor, 1898.

Pacotillas; novela mexicana. Barcelona, Salvat e hijo, 1900.

"Prólogo" a Obras Completas de Melchor Ocampo . por Angel y Aurelio J. Venegas. México, F. Vázquez Editor, 1901.

"La Ciencia en México". México, su evolución social . México, J. Ballesca y Cía., 1902.

Nuevo Sistema de Lógica inductiva y deductiva. México. Tipografía Económica, 1903.

Estudio histórico sociológico sobre la Reforma en México. Guadalajara, Jalisco, La Gaceta de Guadalajara, 1906.

"Prólogo" a Corazón. Diario de una niña de Longinos Cadena. México, P. Munguía e hijos, 1906.

Algunas Poesías. México, El Correo Español, 1906.

Ventajas e inconvenientes de la profesión médica. Conferencia. México, Tipografía Económica, 1907.

Discursos y Poesías. México, Guerrero Hnos. y Co. Impresores y Encuadernadores, 1908.

La Escuela Nacional Preparatoria y las Críticas del señor doctor Francisco Vázquez Gómez . México, Tipografía Económica, 1908.

José Enrique Rodó. Ariel. México, Ediciones de la Escuela Nacional Preparatoria, Tipografía Económica. [s.d.]

"Dedicatoria" a Atlas histórico de la Escuela Nacional Preparatoria desde su fundación hasta los momentos de celebrarse el centenario de la proclamación de la Independencia; septiembre 15 de 1910. México, 1910.

Plan de una Historia General de Chihuahua o índice razonado de los capítulos que deben formarla. México, Tipografía de la viuda de F. Díaz de León, Sucs., 1911.

Martín Lutero. Ciudad Juárez, Chihuahua, El Agricultor Mexicano. Escobar Hnos. editores [s.d.].

Lutero, cuadro dramático en un acto y en verso. México, Tipografía de Antonio Mena, 1886.

Nuevo Sistema de Lógica inductiva y deductiva. París, Vda. de Ch. Bouret, 1921.

Sociología de la Reforma. México, Empresas editoriales, 1948. (El Liberalismo mexicano, en pensamiento y en acción. N° 8.)

Sociología de la Reforma. Segunda edición. México, Empresas editoriales, 1967.

HEMEROGRAFIA

GENERAL

- Aragón, Agustín. "Pacotillas". Novela mexicana por el Dr. Porfirio Parra". Revista Positiva. T. I. México, 1901. pp. 24-26.
- _____ "Nuevo Sistema de Lógica". Revista Positiva. T. II. México, 1902. pp. 514-516.
- _____ "Una grande obra mexicana de Filosofía". Revista Positiva. T. IV. México, 1904, pp. 271-294.
- _____ "Necrología". Revista Positiva. T. XII. México, 1912. pp. 425-26.
- _____ "El Sr. Dr. D. Porfirio Parra". Revista Positiva. T. XII. México, 1912, pp. 433-446.
- Avalos, Miguel. "El cumpleaños de nuestro director". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. I. 1908-1909. México, Tipografía Económica, 1909. pp. 181-184.
- Chávez, Ezequiel A. "Discurso pronunciado por Ezequiel A. Chávez, subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes en el acto de la solemne inauguración de la Escuela Nacional de Altos Estudios." Boletín de Instrucción Pública. T. XV. México, 1910. pp. 531-538.
- Cordero, Juan N. "Nuevo Sistema de Lógica Inductiva y Deductiva del Dr. Porfirio Parra". Revista Positiva. T. IV. México, 1904. pp. 482-493.
- Hernández Luna, Juan. "El Gran Pacotillas". Historia Mexicana. Revista trimestral.

v. 1. N° 4. México, abril-junio de 1952. pp. 517-546.

Pereyra, Carlos. "El nieto del Periquillo". Revista Positiva. T. III. México, 1903. pp. 225-232.

_____ "Juárez Dictador". Revista Positiva. T. IV. México, 1904. pp. 676-701.

Salado Alvarez, V. "Novela del Dr. Porfirio Parra". Revista Positiva. T. III. México, 1903. pp. 158-161.

Schulz, Miguel. "Altos Estudios. Historia". Boletín de la Universidad, México, 1917. pp. 102-106.

Valenzuela, J.E. "La Noche. A mi amigo el Dr. Porfirio Parra". La Libertad. México, diciembre 12, 1878.

PARTICULAR

Parra, Porfirio. "Aristóteles". La Libertad. México, octubre 20, 1878.

_____ "A, La Ilustración Católica". La Libertad. México, octubre 20, 1878.

_____ "Otra vez, La Ilustración Católica". La Libertad. México, noviembre 23, 1881.

_____ "La Ilustración Católica, Concluye". La Libertad. México, noviembre 27, 1878.

_____ "La Lógica de Bain y los profesores sus enemigos". La Libertad. México, julio 16, 1880.

_____ "El Sr. Gabilondo y la Filosofía Positiva". La Libertad. México, octubre 29, 1880.

- _____ "El Sr. Gabilondo y la Filosofía Positiva". La Libertad. México, noviembre 13, 1880.
- _____ "Importancia de los estudios lógicos". La Libertad. México, noviembre 23, 1881.
- _____ "Importancia de los estudios lógicos II". La Libertad. México, noviembre 26, 1881.
- _____ "Importancia de los estudios lógicos III". La Libertad. México, diciembre 1, 1881.
- _____ "La Educación Intelectual I. Preliminares". La Libertad. México, diciembre 10, 1881.
- _____ "La Educación intelectual II. El eclecticismo y los medios que propone". La Libertad. México, diciembre 13, 1881.
- _____ "La Educación Intelectual III. El eclecticismo en la Preparatoria". La Libertad. México, diciembre 17, 1881.
- _____ "El discurso del padre Félix". La Libertad. México, junio 7, 1882.
- _____ "El discurso del padre Félix" (concluye). La Libertad. México, junio 10, 1882.
- _____ "Siluetas Científicas. Gall y sus ideas". La Libertad. México, junio 10, 1882.
- _____ "Siluetas Científicas. Gall y sus ideas". La Libertad. México, junio 25, 1882.
- _____ "Siluetas Científicas. Francisco Javier Bichat". La Libertad. México, junio 28, 1882.
- _____ "Siluetas Científicas. Lavoisier". La Libertad. México, junio 11, 1882.

_____ "Siluetas Científicas. Benjamín Franklin". La Libertad. México, julio 14, 1882.

_____ "La Revista Filosófica". La Libertad. México, agosto 11, 1882.

_____ "Racionalismo, Sensulismo y Positivismo". La Libertad. México, agosto 19, 1882.

_____ "Siluetas Científicas. Andrés Vesale I". La Libertad. México, noviembre 9, 1882.

_____ "Siluetas Científicas. Andrés Vesale II". La Libertad. México, noviembre 11 1882.

_____ "Jhon* Stuart Mill I. Su educación". La Libertad. México, septiembre 1, 1882.

_____ "Jhon Stuart Mill II. Su educación". La Libertad. México. septiembre 8, 1882.

_____ "Jhon Stuart Mill III". La Libertad. México, septiembre 14, 1882.

_____ "El Cólera Asiático". La Libertad. México, octubre 17, 1882.

_____ "El Cólera Asiático II". La Libertad. México, octubre 19, 1882.

_____ "El Cólera Asiático III". La Libertad. México, octubre 26, 1882.

_____ "El descubrimiento de América". La Libertad. México, diciembre 29, 1882.

_____ "Una práctica defectuosa". La Libertad. México, mayo 3, 1883.

_____ "Una censura injusta". La Libertad. México, mayo 12, 1883.

_____ "La estadística". La Libertad. México, mayo 12, 1883.

_____ * Escrito así en el original.

- _____ "La adulteración de comestibles y bebidas". La Libertad. México, junio 7, 1883.
- _____ "La reconstrucción del Hospital Juárez". La Libertad. México, junio 12, 1883.
- _____ "Los que viven fuera de la higiene". La Libertad. México, junio 16, 1883.
- _____ "Los que viven fuera de la higiene II". La Libertad. México, junio 22, 1883.
- _____ "Los que viven fuera de la higiene III". La Libertad. México, junio 28, 1883.
- _____ "La Instrucción Pública". La Libertad. México, julio 5, 1883.
- _____ "Las Víctimas del pulque". La Libertad. México, julio 14, 1883.
- _____ "Importancia de un código sanitario". La Libertad. México, noviembre 6, 1883.
- _____ "El balance orgánico". La Libertad. México, noviembre 25, 1883.
- _____ "La Ley de Colonización". La Libertad. México, diciembre 14, 1883.
- _____ "La Ley de Colonización". La Libertad. México, diciembre 28, 1883.
- _____ "Los historiadores. Su enseñanza". El Universal. México, febrero 14, 1891.
- _____ "El cultivo de la ciencia". México Intelectual. T. X. México, Jalapa-Enríquez, julio-diciembre, 1893.
- _____ "Manuel Gutiérrez Nájera". Revista Azul. México, marzo 8, 1896.
- _____ "Enseñanza de la anatomía". Revista Positiva. T. I. México, 1901. pp. 100-109.
- _____ "Juárez". Revista Positiva. T. I. México, 1901. pp. 341-349.
- _____ "Las localizaciones cerebrales y la Psicología". Revista Positiva. T. I. Méxi

co, 1901. pp. 413-422.

_____ "La nueva ciencia. La Física Biológica". Revista Positiva. T. I. México, 1901. pp. 485-491.

_____ "Pecados mortales contra la higiene". Revista Positiva. T. I. México, 1901. 499-502.

_____ "Enumeración y clasificación de las formas de sensibilidad". Revista Positiva. T. II. México, 1902. pp. 120-134.

_____ "Distribución del material lógico". Revista Positiva. T. II. México, 1902, pp. 497-514.

_____ "Discurso leído por el Sr. Dr. D. Porfirio Parra, en la sesión solemne de la Sociedad Positivista de México verificada el 15 Bichat de 114 (diciembre 17 de 1902) para conmemorar el primer centenario de la muerte del ilustre fundador de la Biología Xavier Bichat". Revista Positiva. T. III. México, 1903. pp. 20-24.

_____ "Discusión del internado en el Consejo Superior de Educación Pública". Revista Positiva. T. V. México, 1905. pp. 521-537.

_____ "Etología o Ciencia del Carácter". Revista Positiva. T.V. México, 1905. pp. 546-549.

_____ "División del carácter". Revista Positiva. T.V. México, 1905. pp. 550-552.

_____ "Discusión del internado en el Consejo Superior de Educación Pública". Revista Positiva. T. VI. México, 1906. pp. 99-103.

_____ "Impresiones de viaje". Revista Positiva. T. VII. México, 1907. pp. 262-267.

_____ "La Escuela Nacional Preparatoria y un "Estudio Crítico". Preliminares I. Carácter sofisticado de la argumentación del Sr. Vázquez Gómez". El Imparcial. México, febrero 19, 1908.

_____ "La Preparatoria no es un experimento". El Imparcial. México, febrero 20, 1908.

_____ "La enseñanza preparatoria es educativa y no simplemente instructiva". El Imparcial. México, febrero 21, 1908.

_____ "El señor Vázquez Gómez y la libertad de la inteligencia". El Imparcial. México, febrero 23, 1908.

_____ "El Sr. Vázquez Gómez vuelve a negar que el plan de la Preparatoria sea educativa. Testimonios que lo refutan". El Imparcial. México, febrero 25, 1908.

_____ "La selva oscura". El Imparcial. México, febrero 26, 1908.

_____ "La Psicología del señor Vázquez Gómez y la Psicología experimental". El Imparcial. México, febrero 27, 1908.

_____ "El estudio de las matemáticas en la Preparatoria no es prematuro, ni exclusivo ni excesivo". El Imparcial. México, febrero 28, 1908.

_____ "La Aritmética del Sr. Vázquez Gómez". El Imparcial. México, febrero 29, 1908.

_____ "En la muerte del Sr. José Ramos". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. I. México, 1909. pp. 3-5.

_____ "Cartas cambiadas entre el Sr. Dr. D. Porfirio Parra y D. José E. Rodó, con

motivo de la publicación que de "Ariel" hizo la Escuela Nacional Preparatoria". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. I. 1908-1909. México, 1909. pp. 129-131.

_____ "Informe leído por el director de la Escuela Nacional Preparatoria al inaugurarse solemnemente el año escolar de 1909". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. I. 1908-1909. México, 1909. pp. 221-230.

_____ "Informe con justificación que rindió el director de la Escuela Nacional Preparatoria al C. Juez Primero de Distrito con el juicio de amparo promovido por el C. Lic. Francisco Pascual García, para cumplir lo prevenido en el artículo 799 del Código de Procedimientos Federales". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. I. 1908-1909. México, 1909. pp. 81-89.

_____ "Discurso pronunciado por el Sr. Dr. D. Porfirio Parra a nombre de la Asociación Metodófila, en la fiesta organizada por la Escuela Preparatoria, con motivo del cumpleaños de su Director don Gabino Barreda, la noche del 19 de febrero de 1878". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. II. 1909-1910, México, 1910. pp. 149-156.

_____ "Gabino Barreda". discurso pronunciado en el aniversario del maestro el 19 de Febrero de 1909. Número extraordinario en memoria del eminente filósofo y educador Gabino Barreda". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. México, 1909. pp. 15-21.

_____ "El Sr. Barreda médico y profesor de la Escuela de Medicina". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. II. 1909-1910. México, 1910. pp. 156-

164.

_____ "Discurso de bienvenida a los alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria en la solemne inauguración de los cursos del año de 1910". Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria. T. II. 1909-1910. México, 1910. pp. 237-243.

_____ "Solemne Inauguración del 4º Congreso Médico Nacional". El Imparcial. México, septiembre 20, 1910.

INDICE

	pág.
INTRODUCCION	i
CAPITULO I	
Porfirio Parra y Gutiérrez. Semblanza Biográfica	1
CAPITULO II	
Parra ante sus críticos, epígonos y postepígonos .	31
CAPITULO III	
Porfirio Parra ante la corriente filosófica del Positivismo	55
CAPITULO IV	
Porfirio Parra, el maestro	103
CAPITULO V	
Porfirio Parra, poeta y novelista	133
CAPITULO VI	
Porfirio Parra y su aportación historiográfica	179
CONCLUSIONES	248
BIBLIOGRAFIA	252
HEMEROGRAFIA	261
INDICE	270